This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 863,415

1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

C 15
M

TEATRO SELECTO

DE

CALDERON DE LA BARCA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

TEATRO SELECTO

DE

CALDERÓN DE LA BARCA

PRECEDIDO DE UN ESTUDIO CRÍTICO

DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

TOMO III

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.

LA DAMA DUENDE.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1887

CASA CON DOS PUERTAS

MALA ES DE GUARDAR.

PERSONAS.

D. Félix, *galan.*
Lisardo, *galan.*
Fabio, *viejo.*
Calabazas, *lacayo.*
Herrera, *escudero.*
Laura, *dama.*
Marcela, *dama.*
Silvia, *criada.*
Celia, *criada.*
Lelio, *criado.*
Criados.

La escena pasa en Ocaña.

JORNADA PRIMERA.

Campo á la entrada de la villa.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA y SILVIA, *con mantos, como recelándose; detras* LISARDO, CALABAZAS.

MARCEL. ¿Vienen tras nosotras?
SILVIA. Sí.
MARCEL. Pues párate.—Caballeros,
Desde aqui habeis de volveros,
No habeis de pasar de aquí;
Porque si intentais así
Saber quién soy, intentais
Que no vuelva donde estais
Otra vez; y si esto no
Basta, volveos porque yo
Os suplico que os volvais.
LISARDO. Difícilmente pudiera
Conseguir, señora, el sol
Que la flor del girasol
Su resplandor no siguiera:
Difícilmente quisiera

El norte, fija luz clara,
Que el iman no le mirara;
Y el iman difícilmente
Intentara que obediente
El acero le dejara.
Si sol es vuestro esplendor,
Girasol la dicha mia;
Si norte vuestra porfía,
Piedra iman es mi dolor;
Si es iman vuestro rigor,
Acero mi ardor severo;
Pues ¿cómo quedarme espero,
Cuando veo que se van
Mi sol, mi norte y mi iman,
Siendo flor, piedra y acero?

MARCEL. A esa flor hermosa y bella
Términos el dia concede,
Bien como á esa piedra puede
Concederlos una estrella:
Y pues él se ausenta y ella,
No culpeis la ausencia mia;
Decid á vuestra porfía,
Piedra, acero ó girasol,
Que es de noche para el sol,
Para la estrella de dia.
Y quedaos aquí, porqué
Si este secreto apurais,
Y á saber quién soy llegais,
Nunca á veros volveré
A aqueste sitio, que fué
Campaña de nuestro duelo;
Y puesto que mi desvelo
Me trae á veros aquí,
Crêd de mí que importa así.

LISARDO. De vuesto recato apelo,
Señora, á mi voluntad;
Y supuesto que sería
No seguiros cortesía,
Tambien será necedad.
Necio ó descortés, mirad
Cuál mayor defecto es;
Vereis que el de necio, pues
No se enmienda; y así, á precio
De no ser, señora, necio,
Tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
Hace que en este camino
Ciego el amor os previno,
Para ser mi salteadora:
Tantas há que á aquella hora
Os hallo á la luz primera,
Oculto sol de su esfera,
De su campo rebozada
Ninfa, deidad ignorada
De su hermosa primavera.
Vos me llamasteis, primero
Que á hablaros llegara yo;
Que no me atreviera, no,
Tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
Aspid ya de sus verdores,
No deidad de sus primores,
Desde entónces fuisteis; pues
Aspid, que no deidad, es
Quien da muerte entre las flores.
Dijísteisme que volviera
Otra mañana á este prado,
Y puntual mi cuidado

Me trajo como á mi esfera.
No adelanté la primera
Ocasion; porque bastante
No fué mi ruego constante
A que corriese la fe
(Que adora lo que no ve)
Ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
El riesgo, y el favor no,
Quiero á mí deberme yo
Lo que á vuestra luz no debo;
Y así á seguiros me atrevo,
Que hoy he de veros ó ver
Quién sois.

MARCEL. Hoy no puede ser,
Y así dejadme por hoy;
Que yo mi palabra os doy
De que muy presto saber
Podais mi casa, y entrar
A verme en ella.

CALAB. (A Silvia.) ¿Y á ella,
Doncella de esa doncella
(La verdad en su lugar,
Que yo no quiero infernar
Mi alma), hay cosa que la obligue
A taparse?

SILVIA. Y si me sigue,
Tenga por muy cierto...

CALAB. ¿Qué?

SILVIA. Que me persigue; porqué
Quien me sigue, me persigue.

CALAB. ¡Ya sé el caso, vive Dios!

SILVIA. ¿Qué va que no le declaras?

CALAB. Muy malditísimas caras

Debeis de tener las dos.

SILVIA. Mucho mejores que vos.

CALAB. Y está bien encarecido,
Porque yo soy un Cupido.

SILVIA. Cupido somos yo y tú.

CALAB. ¿Cómo?

SILVIA. Yo el pido y tú el cu.

CALAB. No me está bien el partido.

MARCEL. (A Lisardo.) Esto os vuelvo á asegurar
Otra vez.

LISARDO. Pues ¿qué fianza
Le dejais á mi esperanza
De las dos que he de lograr?

MARCEL. (Descúbrese.) La de dejarme mirar.

LISARDO. Usar de esa alevosía,
Para turbar mi osadía,
Ha sido traicion, pues ya
Viéndôs, ¿cómo os dejará,
Quien sin veros os seguia?

MARCEL. Quedad, pues, de mí seguro
Que en breve tiempo sabreis
Mi casa, y entendereis
Cuánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.

LISARDO. Ya en seguiros soy de hielo.

MARCEL. Y yo sin algun recelo,
De que agradecida estoy,
Por esta calle me voy.

LISARDO. Id con Dios.

MARCEL. Guárdeos el cielo.

(Vanse las dos.)

ESCENA II.

LISARDO, CALABAZAS.

CALAB. ¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla, hasta saber
Quién ha sido una mujer
Tan embustera.
LISARDO. Es error,
Calabazas, si en rigor
Ella se recata así,
Seguirla.
CALAB. ¿Eso dices?
LISARDO. Sí.
CALAB. Vive Dios, que la siguiera
Yo, aunque hasta el infierno fuera.
LISARDO. ¿Qué me debe, necio, dí,
De haber cuatro dias hablado
Conmigo en este lugar,
Para darla yo un pesar,
De quien ella se ha guardado?
CALAB. Debe el haber madrugado
Estos dias.
LISARDO. Ya que estamos
Solos, y que así quedamos,
Sobre lo que podrá ser
Tan recatada mujer,
Discurramos.
CALAB. Discurramos.
Díme tú, ¿qué has presumido,
De lo que has visto y notado
LISARDO. De estilo tan bien hablado,

De traje tan bien vestido,
Lo que he pensado y creido
Es, que esta debe de ser
Alguna noble mujer,
Que, donde no es conocida,
Disimulada y fingida
Gusta de hablar y de ver,
Y por forastero á mí
Para este efecto eligió.

CALAB. Mucho mejor pienso yo.

LISARDO. Pues no te detengas, dí.

CALAB. Mujer que se viene así
A hablar con quien no la vea,
Donde ostentarse desea
Bachillera é importuna,
Que me maten si no es una
Muy discretísima fea,
Que por el pico ha querido
Pescarnos.

LISARDO. ¿Y si la hubiera
Visto yo, y un ángel fuera?

CALAB. ¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende habrá sido,
Que volver á vivir quiere.

LISARDO Aun bien, sea lo que fuere,
Que mañana se sabrá.

CALAB. ¿Luego crees que vendrá
Mañana?

LISARDO. Si no viniere,
Poco ó nada habrá perdido
La necia esperanza mia.

CALAB. El madrugar otro dia
¿Poca pérdida habrá sido?

LISARDO. El negocio á que he venido

A madrugar me ha obligado;
No lo debo á este cuidado. (Vanse.)

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA III.

LISARDO, CALABAZAS; *y luego* DON FÉLIX, HERRERA.

CALAB. Cerca de casa vivió,
Pues de vista se perdió
Cuando á casa hemos llegado.
LISARDO. Y tarde debe de ser.
CALAB. Sí, pues vistiéndose sale
Quien á los dos nos mantiene,
Sin ser los dos justas reales.
(Salen Don Félix y Herrera.)
LISARDO. Don Félix, bésôs las manos.
D. FÉLIX. El cielo, Lisardo, os guarde.
LISARDO. ¿Tan de mañana vestido?
D. FÉLIX Un cuidado, que me trae
Desvelado, no permite
Que sosiegue ni descanse.
Pero vos, que os admirais
De que á esta hora me levanto,
¿No me dijisteis anoche
Que á dar unos memoriales
Habiais de ir á Aranjuez?
¿Pues cómo á Ocaña os tornasteis
Desde el camino?
LISARDO. Sí bien
Me acuerdo, regla es del arte
Que la pregunta y respuesta

Siempre un mismo caso guarden;
Y puesto que á mi pregunta
Fué la respuesta más fácil
Un cuidado, de la vuestra
Otro cuidado me saque,
Que es quien á Ocaña me vuelve.

D. FÉLIX. ¿Apénas ayer llegasteis,
Y hoy teneis cuidado?

LISARDO. Sí.

D. FÉLIX. Pues por obligaros ántes
Que me obligueis á decirle,
Este es el mio: escuchadme.

CALAB. En tanto que ellos se pegan
Dos grandísimos romances
¿Tendreis, Herrera, algo que
Se atreva á desayunarme?

HERRER. Vamos hácia mi aposento,
Calabazas; que al instante
Que hayais vos entrado en él,
No faltará algo fiambre. (Vanse.)

ESCENA IV.

DON FÉLIX, LISARDO.

D. FÉLIX. Bien os acordais de aquellas
Felicísimas edades
Nuestras, cuando los dos fuimos
En Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
Del libre, el glorioso ultraje
Con que de Vénus y Amor
Traté las vanas deidades,

De su hermosura y sus flechas
Tan á su pesar triunfante,
Que de rayos y de plumas
Coroné mis libertades.
¡Oh nunca hubieran, Lisardo,
Luchado tan desiguales
Fuerzas, porque nunca hubieran
Podido los dos vengarse,
O hubiera sido su golpe,
Puesto que á todos alcance,
Por costumbre solamente,
Flecha disparada al aire,
Y no por venganza flecha
Bañada en venenos tales,
Que salió del arco pluma,
Corrió por el viento ave,
Llegó rayo al corazon,
Donde se alimenta áspid!
La primer vez que sentí
Este golpe penetrante,
Que sabe herir sin matar
(Y áun esto es lo más que sabe),
En la juventud del año,
Una tarde fué agradable
Del abril; pero mal dije,
Al alba fué. No os espante
Ser por la tarde y al alba;
Que con prestados celajes,
Si bien me acuerdo, aquel dia
Amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
Por divertirme y holgarme
Salí á caza, y empeñado
Llegué de un lance á otro lance

Al real sitio de Aranjuez,
Que, como poco distante
Está de Ocaña, él es siempre
Nuestro prado y nuestro parque.
Quise entrar á sus jardines,
Sin saber qué me llevase
A ver lo que tantas veces
Habia visto; que esto es fácil
Todo el tiempo que no asisten
Al sitio sus Majestades.
En el de la Isla entré...
¡Oh cómo, Lisardo, sabe
La desdicha prevenirse,
El daño facilitarse!
Pues como la mariposa,
Que halagüeñamente hace
Tornos á su muerte, cuando
Sobre la llama flamante
Las alas de vidrio mueve,
Las hojas de carmin bate;
Así el infeliz, llevado
De su desdicha al exámen,
Ronda el peligro, sin ver
Quien al peligro le trae.
Estaba en la primer fuente
(Que es un peñasco agradable
Donde, temiendo el diluvio
De sus cruzados cristales,
Parece que van viniendo
A él todos los animales)
Una mujer recostada
En la siempre verde márgen
De murta, que la guarnece
Como cenefa ó engaste

De esmeralda, á cuyo anillo
Es toda el agua diamante.
Tan divertida en mirar
Su hermosura en el estanque
Estaba, que puse duda
Sobre si es mujer ó imágen;
Porque como ninfas bellas
De plata bruñida hacen
Guarda á la fuente, tan vivas,
Que hay quien espere que hablen;
Y ella miraba tan muerta,
Que no pudo esperar nadie
Que se pudiese mover,
La naturaleza al arte
Me pareció que decia:
«No blasones, no te alabes
De que lo muerto desmientes
Con más fuerza en esta parte
Que yo desmiento lo vivo;
Pues en lo contrario iguales,
Sé hacer una estatua yo,
Si hacer tú una mujer sabes,
O mira un alma sin vida,
Donde está con vida un jaspe.»
Al ruido que entre las hojas
Hice (¡ay de mi!), por llegarme
A mirarla de más cerca,
Del éxtasis agradable
(¡No fuese de amor!) volvió
Con algun susto á mirarme.
No me acuerdo si la dije
Que ufana no contemplase
Tanta beldad, por el riesgo
De ser de sí misma amante;

Que donde hubo ninfa y fuente,
No fué posible escaparme
Del concepto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
Sin responderme volvió
La espalda, y siguió el alcanco
De una tropa de mujeres
Que andaba más adelante
Midiendo de los jardines
Ya los cuadros, ya las calles,
Hasta que su pié llegó
A hacer á todos iguales;
Porque al pequeño contacto,
Flores produjo fragantes
Tantas la arena, que ya
No pudo determinarse
Si era calles, ó era cuadros
El jardin por todas partes;
Pues fueron rosas despues,
Las que eran veredas ántes.
El traje que se vestia
Era un bien mezclado traje,
Ni bien de corte, ni bien
De aldea, sino á mitades,
De señora en el aliño,
De aldeana en el donaire.
En un airoso sombrero
Llevaba un rizo plumaje,
A quien tuvieron accion
La tierra despues y el aire
Por el matiz ó la pluma,
Sobre si era flor ó ave.
Seguíla hasta que llegó
A la cuadrilla, que errante

Coro tejido de ninfas,
A los templados compases
De hojas, pájaros y fuentes,
Sonoramente sũaves,
Cada paso era un festin,
Cada descuido era un baile.
A todas las conocia,
En fin, como naturales
De Ocaña, y sólo ignoré
Quién era de mis pesares
La ocasion; que ya lo era,
Porque desde el mismo instante
Que la ví, sentí en el alma
Todo lo que hoy siento. Nadie
Diga que quiso dos veces;
Que aunque aquí mire, allí hable,
Aquí festeje, allí escriba,
Aquí pierda y allí alcance,
No ha de querer más que una;
Que no pueden ser iguales
En el mundo dos efectos,
Si de una causa no nacen.
De algunas de las que iban
Con ella, pude informarme
De quién era, y hallé en ella
Más calidad por su sangre,
Que por su beldad. La causa
De no haberla visto ántes,
Fué por haberse criado
En la corte con su padre,
Hasta que á Ocaña se vino,
Porque viva donde mato.
No os digo que la servi
Feliz y dichoso amante,

Porque dichas que se pierden
Son las desdichas más grandes;
Sólo digo que obligada
A mis finezas constantes,
A mis servicios corteses
Y á mis afectos leales,
Merecí que alguna noche
Por una reja me hablase
De un jardin, donde testigos
Fueron de venturas tales
La noche y jardin; que sólo
A los dos quiso fiarme:
Porque al jardin y á la noche,
Que son el vistoso alarde,
Ya de flores, ya de estrellas,
Hiciera mal de negarles,
A las unas lo que influyen,
Y á las otras lo que saben;
Puesto que estrellas y flores
Siempre en amorosas paces,
Enlazadas unas de otras
Eran terceras de amantes.
Desta suerte, pues, teniendo
La fortuna de mi parte,
Viento en popa, del amor
Corrí los inciertos mares,
Hasta que el viento mudado
Levantaron huracanes
De una tormenta de celos,
Montes de dificultades.
Tormenta de celos dije:
Ved, si alguna vez amasteis,
¿Qué esperanza hay del piloto?
¿Qué seguro de la nave?

Bien crêréis, Lisardo, bien,
Cuando así escucheis quejarme
De los celos, que soy yo
Quien los tiene: no os engañe
El afecto de sentirlos
Desta suerte; porque ántes
Soy quien los he dado, y ellos
Son en sus efectos tales,
Que me matan dados, como
Tenidos pueden matarme.
¡Oh! ¿A qué nacen los que á ser
Dados ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña,
quieA n yo rendido amante
Festejé un tiempo; ésta, pues,
Por darme muerte y vengarse,
Se ha declarado con ella,
Fingiendo finezas grandes
Que á mi amor debe. ¡Ay Lisardo,
Qué prontamente, qué fácil
En los celos las mentiras
Sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retirado
Tal, que áun para disculparme
No permite que la vea,
No me deja que la hable.
Mirad, pues, si este cuidado
Consentirá que descanse,
Cercado de tantas penas,
Cargado de tantos males,
Muerto de tantos disgustos,
Lleno de tantos pesares;
Y finalmente teniendo
Sin culpa ofendido á un ángel,

Pues el padecer sin culpa,
Es la desdicha más grande.

LISARDO. Don Félix, aunque los celos,
De quien así os quejais, basten
A dar pesadumbre dados,
En no ser tenidos traen
Anticipado el consuelo;
Que el dolor es tan distante
Desde darlos á tenerlos,
Cuanto hay de ser un amante
La persona que padece,
O la persona que hace.
Con lástima empecé á oiros
Cuando los celos nombrasteis;
Mas cuando dijisteis que eran
Engaños y no verdades,
La lástima se hizo envidia;
Porque no hay gusto tan grande
Cuando hay desengaño, como
Hacer damas y galanes,
O paces para reñir,
O reñir para hacer paces.
Id á ver á vuestra dama,
Que yo sé, aunque más se guarde,
Pues ella tiene los celos,
Que ella está en aqueste instante,
Más que vos desengañarla,
Deseando desengañarse.

ESCENA V.

MARCELA Y SILVIA, *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detras de ella.*—LISARDO, DON FELIX.

MARCELA. (Ap. á Silvia.)
Por esta puerta, que al cuarto
De mi hermano, Silvia, sale
Desde el mio, á verle vengo;
Porque aunque él esté ignorante
De que he salido hoy de casa,
Con esto he de asegurarle.
SILVIA. Detente, que está con él
El tal huésped, y ya sabes
Que no quiere mi señor
Que llegue á verte ni hablarte.
MARCELA. Y áun esa fué mi desdicha.
Oigamos desde esta parte.
LISARDO. Y si en tanto que este gusto
Llega, quereis que yo trate
De divertiros, pues fué
Concierto que os escuchase
Un cuidado, y que os dijese
El mio, oidme, escuchadme.
MARCELA. Oye.
LISARDO. Despues que troqué
El hábito de estudiante
Al de soldado, la pluma
A la espada, la süave
Tranquila paz de Minerva
Al sangriento horror de Marte,

La escuela de Salamanca
A la campaña de Flándes,
Y despues, en fin, que hube
(Sin valedor que me ampare)
Merecido una jineta,
Premio á mis servicios grande,
Por haberme reformado
Entre otros capitanes,
Ya la campaña acabada
(Que no me viniera ántes),
Pedí licencia, y partí
A España, por ver si honrarme
Merezco el pecho con una
De las cruces militares,
Que sobre el oro del alma,
Son el más noble realce.
Con esta pretension vine,
Y su Majestad, que guarde
El cielo para que sea
Fénix de nuestras edades,
Remitió mi memorial,
A tiempo que á desahogarse
De molestias cortesanas
Vino á Aranjuez, admirable
Dosel de la primavera.
Mas ¿qué mucho que se alabe
De serlo, si la más bella,
Las más pura, más fragante
Flor, la flor de lis, la reina
De las flores, tras sí trae
Cuantas á envidia del sol
Rayos brillan, luz esparcen?
Seguí la corte, traido
Más de mi afecto constante

Que de mi necesidad;
Porque de ministros tales
Hoy el Rey se sirve, que
No es al mérito importante
La asistencia, porque todos
Acudir á todo saben;
Gracias al celo de aquel,
Con quien el peso reparte
De tanta máquina, bien
Como Alcides con Atlante,
Llegué en efecto á Aranjuez,
Donde vos me visitasteis
En una posada, y viendo
Tan incómodo hospedaje,
Como tienen en los bosques
Escuderos y pleiteantes,
Que me viniese con vos
A Ocaña me aconsejasteis;
Pues los dias de la audiencia,
Dos leguas era tan fácil
Andarlas por la mañana,
Y volverlas por la tarde.
Yo, por vuestro gusto, mas
Que por mis comodidades,
Obebecí. Todo esto
Ya vuestra amistad lo sabe;
Pero importa haberlo dicho,
Para que de aquí se enlace
La más extraña novela
De amor, que escribió Cervántes.

MARCELA. (Ap.) Aquí entro yo ahora.

LISARDO. Un dia,
Que madrugué vigilante,
Por llegar antes que el sol

Nuestro horizonte rayase,
Junto á un convento, que está
De Ocaña poco distante,
Entre unos álamos verdes
Ví una mujer de buen aire.
Saludéla cortésmente,
Y ella, ántes que yo pasase,
Por mi nombre me llamó.
Volví en oyendo nombrarme,
Y diciendo á Calabazas
Que con el rocin me aguarde,
Llegué diciendo: «¡Dichoso
El forastero, á quien saben
Su nombre las damas!» Y ella,
Con más cuidado en taparse,
Me respondió á media voz:
«Caballero de esas partes
No es forastero en ninguna;»
Y añadió favores tales,
Que me obliga la vergüenza,
Por mí mismo, á que los calle;
Porque no sé cómo hay hombres
Tan vanos, tan arrogantes,
Que de que ha habido mujeres
Que los buscaron, se alaben.

SILVIA (Ap.) Él cuenta nuestro suceso.

MARCELA. ¡Oh quién pudiera estorbarle,
Antes que en Félix las señas
Alguna malicia causen!

D. FÉLIX. Proseguid.

LISARDO. Ella, en efecto,
Siempre embozado el semblante,
Me despidió con decirme
Que como no examinase

Quién era, ni la siguiese,
Otro dia estaria á hablarme.
Seis veces, pues, corrió al sol
Las cortinas orientales
Sumiller el alba, y seis
Tapada hallé entre unos sauces
Esta mujer. Yo, enfadado
De recato semejante,
Determiné de seguirla
Hoy cuando á Ocaña tornase;
Pero no pude, porque
Volviendo ella por instantes,
Me vió y no quiso pasar
De la vuelta desta calle.

D. FÉLIX ¿Desta calle?

LISARDO. Y á la cuenta
Vive hácia aquí, que al instante
La perdí de vista. Aquí
Me dijo que la dejase
Otra vez, porque su vida
Aventuraba mi exámen.

D. FÉLIX. ¡Extraña mujer!

MARCELA. (Ap.) Ya es fuerza
Que las señas me declaren.

D. FÉLIX. Proseguid.

LISARDO. Yo, pues...

ESCENA VI.

CELIA, *con manto.*—DICHOS.

CELIA. Don Félix,
¿Podrá una mujer aparte

Hablaros?

D. FÉLIX. ¿Pues por qué no?

MARCELA. (Ap.) ¡Oh á qué buen tiempo llegaste,
Mujer ó ángel, para mí!

D. FÉLIX. Luégo irá el cuento adelante:
Permitid ahora, por Dios,
Que con esta mujer hable,
Que es criada de la dama
Que os dije.

LISARDO. Pues que me maten,
Si ello no es lo que yo he dicho.
Ved el recado que os trae,
Y adios; porque para estotro.
No importa que tiempo falte. (Vase.)

D. FÉLIX. ¿Era hora de vernos, Celia?

CELIA. No te admires ni te espantes
Que no me atreva á venir
A verte; porque si sabe
Mi señora que te he visto,
No habrá duda que me mate.

D. FÉLIX. ¿Tan cruel conmigo está?

CELIA. Viniendo yo hácia esta parte
A un recado, no he querido
Dejar de verte y hablarte.

D. FÉLIX ¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CELIA. Sentir, es lo más que hace,
Tu ingratitud.

D. FÉLIX. ¡Plegue á Dios,
Si la ofendí, que él me falte!

CELIA. ¿Por qué á ella no se lo dices?

D. FÉLIX. Porque no quiere escucharme.

CELIA. Si tú hubieras de callar,
Yo me atreviera á llevarte
Donde la hablaras.

D. FÉLIX ¡Ay Celia,
No habrá mármol que así calle!
CELIA. Pues vente agora conmigo:
Yo haré una señal si sale
Mi señor, y dejaré
La puerta abierta; tú entrarte
Hasta su cuarto podrás.
D. FÉLIX. Dasme nuevo aliento, dasme
Nueva vida.
CELIA. Aquesta es
La hora mejor; mas no aguardes,
Vénte tras mí.
D. FÉLIX. Tras tí voy.
CELIA. (Ap.) ¡Ay bobillos, y qué fácil,
A la casa de su dama,
Es de llevar un amante!
(Vanse D. Félix y Celia.)
MARCELA. ¡Yo salí de lindo susto!
SILVIA. Pues ¿cómo afirmas que sales,
Si luégo han de verse, luégo
Proseguirá el cuento?
MARCELA. Antes
Lo habré remediado.
SILVIA. ¿Cómo?
MARCELA. Escribiéndole que calle
Hasta que se vea conmigo;
Y esto ha de ser esta tarde.
SILVIA. ¿Declarada por quién eres?
MARCELA. ¡Jesus, el cielo me guarde!
SILVIA. Pues ¿qué has de hacer?
MARCELA. ¿No es mi hermano
De Laura, mi amiga, amante?
¿No sabe lo que es amor?
Pues hoy he de declararme

Con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el más extraño lance
De amor, porque yo fingida...
Pero no quiero contarle;
Que no tendrá despues gusto
El paso, contado ántes. (Vanse.)

Casa de Fabio.

ESCENA VII.

LAURA, FABIO.

FABIO. Notable es la tristeza,
Que el rosicler turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos dias,
Que entregada (¡ay de mí!) á melancolías
Tales, á todas horas
Triste suspiras y rendida lloras?

LAURA. Si yo, señor, supiera
La causa de mi mal (Ap. A Dios pluguiera
No la supiera tanto),
El consuelo mayor, menor el llanto
Fuera, pues fuera entónces el sabella
El primer aforismo de vencella.
Pero la pena mia
Es, señor, natural melancolía,
Y así el efecto hace,
Sin que llegue á saber de lo que nace;
Que esta distancia dió naturaleza
En la melancolía y la tristeza.

FABIO No sé lo que te diga,

Sino que á tanto tu dolor obliga,
Que rigoroso y fuerte
Padeces tú el dolor, y yo la muerte;
Pues ya vivir no espero,
Miéntras tan triste á tí te considero. (Vase.

ESCENA VIII.

LAURA.

¿Qué haré yo, que rendida,
A pesar de mi vida,
Vivo? ¿Qué es esto, cielos?
Mas bien se deja ver que estos son celos
Porque una ardiente rabia
Que el sentimiento agravia,
Una rabiosa ira
Que la razon admira,
Un compuesto veneno
De que el pecho está lleno,
Una templada furia
Que el corazon injuria;
¿Qué áspid, qué monstruo, qué animal, qué [fiera,
Fuera ¡ay Dios! que no fuera,
Compuesta de tan varios desconsuelos
La hidra de los celos?
Pues ellos solos son á quien los mira,
Furia, rabia, veneno, injuria y ira.
¡Oh quién ántes supiera
Aquella voluntad, Félix, primera
Tuya! que no empeñara
Tanto la mia, que hasta el fin llegara!
Pues aunque no sabía

De amor, cuando tan libre (¡ay Dios!) vivia,
Tampoco no ignoraba
Que tarde ó nunca el que lo fué se acaba.
Quiere á Nise en buen hora,
Pero déjame á mí morir.

ESCENA IX.

CELIA. — LAURA.

CELIA. Señora.
LAURA. Celia, ¿qué hay?
CELIA. Que he hecho
Mi papel, y sospecho
Que no muy mal, ¡así tu beldad viva!
Entré en su casa, díjele que iba
A un recado, y que acaso
Pasando por su calle, aunque de paso
Le quise ver. Con un suspiro entónces,
Que ablandara los mármoles y bronces,
Me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecíle luego
Tu enojo, y que si acaso tú supieras
Que le habia ido á ver, muerte me dieras;
Y como que salia
De mí, le dije: ¿por qué no venía
Por instantes á darte
Satisfacciones y desenojarte?
Dijo, que porque estabas
Tal, que no le escuchabas:
Díjelo, que viniera,
Que yo aunque á tanto riesgo me pusiera,
Hasta tu mismo cuarto le entraria.

Con tal que no dijese en algun dia
Que yo le habia traido.
Juró el secreto, y muy agradecido
El caso se concierta,
Y está esperando enfrente de la puerta
La seña; voyla á hacer, pues no está en casa
Mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAURA. Llámale pues; que aunque de Nise creo
Los celos que me da, tanto deseo
Ver cómo se disculpa,
Que quiero hacerle espaldas á la culpa:

(Vase Celia.)

Pues la que más celosa
Se muestra, más colérica y furiosa,
Más entónces desea
Satisfacciones, aunque no las crea;
Que es dolor el de celos tan extraño,
Que se deja curar áun del engaño:
Pues cuando el desengaño no consiga,
Conseguiré á lo ménos que él lo diga.

ESCENA X.

CELIA, DON FELIX.—LAURA.

CELIA. (Ap. á D. Felix.) Fuera está de casa Fabio,
Mi señor; el tiempo es este
Mejor para entrar á hablarla.

D. FÉLIX. Vida y ventura me ofreces.

CELIA. Disimula que llamado
De mí á entrar aquí te atreves.—
¿Señor Don Félix, qué es esto?
¿Cómo os entrais...

D. FÉLIX. Celia, tente.
CELIA. Hasta aquí?
D. FÉLIX. Celia, por Dios,
Que calles.
LAURA. ¿Qué ruido es ese?
CELIA. ¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
Se ha entrado el señor Don Félix,
Sin mirar, sin advertir,
Que si acaso ahora viniese
Mi señor, tú...
LAURA. ¿Caballero,
Pues qué atrevimiento es este?
¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,
Os entrais de aquesta suerte?
D. FÉLIX. Como quien morir desea
Nada mira, nada teme;
Y si mi muerte ha de ser
Venganza de tus desdenes,
Quiero morir á tus ojos,
Por hacer feliz mi muerte.
LAURA. (A Celia.) Tú tienes la culpa desto
CELIA. ¿Yo, señora?
LAURA. Si tuvieses
Cerrada esa puerta tú...
CELIA. Cerrada estaba.
D. FÉLIX. No tienes
Que reñir á Celia, que ella
De mi error ¿qué culpa adquiere?
Yo sólo tengo la culpa;
Riñeme á mí solamente;
Castígame solo á mí,
Sino es ya que á reñir llegues
A Celia, por la costumbre
Con que la inocencia ofendes.

LAURA. Dices bien; error es mio
De que me he dejado siempre
Llevar, pues no habiendo tú
Escrito á Nise papeles,
No habiendo entrado en su casa,
Y no habiendo ella ido á verte
A la tuya, yo cruel,
Colérica é impaciente,
Inocente te persigo,
Que eres tú muy inocente.
Y siendo así, que yo soy
Tan desigual, tan aleve,
Tan injusta, tan mudable,
¿Qué me buscas? ¿qué me quieres?

D. FÉLIX. Sólo quiero persuadirte
Al engaño que padeces
De tus celos.

LAURA. ¿Quién te ha dicho
Que yo tengo celos, Félix?

D. FÉLIX. Tú misma te contradices.

LAURA. ¿De qué suerte?

D. FÉLIX. Desta suerte.
O tienes celos, ó no:
Si dices que no los tienes,
¿Para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
Desengañarte no quieres,
Pues ninguno al desengaño
Celoso la espada vuelve?
Luego para disculparme,
O para satisfacerte,
Si los tienes, has de oirme,
O hablarme si no los tienes.

LAURA. Si fuera argumento tal,
Que negarse no pudiese,
Quien está enojada está
Celosa, muy sutilmente
Arguyeras; mas si no
Se sigue precisamente,
Pues puedo estar enojada
Sin que á estar celosa llegue,
Ni yo tengo que escucharte,
Ni tú que decirme tienes.

D. FÉLIX. Pues, vive Dios, que has de oirme
Antes que de aquí me ausente,
Celosa ó quejosa.

LAURA. ¿Iráste
Si te oigo?

D. FÉLIX. Sí.

LAURA. Pues di, y véte.

D. FÉLIX. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise...

LAURA. Oye, detente.
¿Y es estilo de obligarme,
Modo de sátisfacerme,
Decirme, cuando aguardaba
Mil rendimientos corteses,
Mil finezas amorosas,
Fuesen verdad ó no fuesen,
Que hay duelos de amor, adonde
Queda bien puesto el que miente,
Decirme en mi misma cara
Que á Nise has querido? Advierte
Que con lo mismo que piensas
Que desenojas, ofendes.

D. FÉLIX. Si no me oyes hasta el fin...

LAURA. ¿Desto disculparte puedes?

D. FÉNIX. Sí.
LAURA (Ap.) ¡Plegue á amor!
D. FÉLIX. Oye pues.
LAURA. ¿Iráste?
D. FÉLIX. Sí.
LAURA. Pues dí, y véte.
D. FÉLIX. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error;
Mas pensar tú que este amor
Es como el que te he tenido,
Mayor error, Laura, ha sido;
Pues si á Nise un tiempo amé,
No fué amor, ensayo fué
De amar tu luz singular,
Que, para saber amar
A Laura, en Nise estudié.
LAURA. A ciencias de voluntad
Las hace el estudio agravio;
Pues amor, para ser sabio,
No va á la universidad;
Porque es de tal calidad,
Que tiene sus libros llenos
De errores propios y ajenos;
Y así en su ciencia verás
Que los que la cursan más
Son los que la saben ménos.
D. FÉLIX. Pues explíqueme mejor
Otro ejemplo: nace ciego
Un hombre, y discurre luego
Cómo será el resplandor
Del sol, planeta mayor,
Que rumbos de zafir gira;
Y cuando por fe le admira,
Cobra en una noche bella

La vista; y es una estrella
La primer cosa que mira.
Admirando el tornasol
De la estrella, dice: «Sí,
Este es el sol; que yo así
Tengo imaginado al sol;»
Pero cuando su arrebol
Tanta admiracion le ofrece,
Sale el sol y le oscurece.
Pregunto yo: ¿ofenderá
Una estrella, que se va,
A todo un sol que amanece?
Yo así que ciego vivia
De amor, cuando no te amaba,
Como ciego imaginaba
Cómo aquel amor sería:
Adoraba lo que via,
Presumiendo que era así
El amor; mas ¡ay de mi!
Que no ví al sol, ví una estrella,
Y entretúveme con ella
Hasta que el sol mismo ví.

LAURA. Eso no: pues si me doy
Por entendida contigo,
Que Nise fué mi sol digo,
Y que yo su estrella soy.
Pruébolo: pues si yo estoy
Contigo la noche fria,
Y ella de dia te envía
A llamar, y estás con ella,
¿Quién será el sol ó la estrella?
¿Cúya es la noche ó el dia?

D. FÉLIX. ¡Vive Diós, Laura, que son
Engaños tuyos, y plegue

Al cielo, que si la he visto,
Que un rayo me dé la muerte,
Desde que á Ocaña viniste!
¿Qué más desengaños quieres
De lo que cuenta de mí,
Que escuchar que ella lo cuente;
Pues es el mayor desaire
Del duelo de las mujeres,
Confesar sus celos, donde
Lo escucha de quien los tiene?

LAURA. Yo sé que han sido verdades,
Y no engaños aparentes.

D. FÉLIX. ¿De qué lo sabes?

LAURA. De que
Es mal que á mí me sucede,
Y no puede ser mentira:
Porque de los males suele
Decirse, Félix, que fueron
Astrólogos excelentes,
Porque siempre adivinaron,
Y dijeron verdad siempre.

D. FÉLIX. Por lo ménos ya confiesas
Que son celos, y los sientes.

LAURA. ¿Si me estás dando tormento,
Es mucho que los confiese?

D. FÉLIX. Si tanto aprietan fingidos,
Ciertos, ¿qué. .?

CELIA. Mi señor viene.

LAURA. Véte por aquesta puerta
De esotro cuarto; pues tiene
Puerta á la calle.

D. FÉLIX. Dí, ¿cómo
Quedamos?

LAURA. Como quisieres.

D. FÉLIX. Yo querré desenojada...
LAURA. A verme esta noche vuelve,
Que quiero verte esta noche,
Aunque de Nise me acuerde.
D. FÉLIX. ¡Ay, Laura, cuánto te engañas!
LAURA. ¡Ay, cuánto me agravias, Felix!
CELIA. ¡Ay, cuánto no sirve una
Casa que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, CELIA *por una puerta, y por otra* MARCELA y SILVIA *con mantos*, HERRERA.

LAURA. Tú seas muy bien venida
A esta casa.
MARCEL. Y tú seas,
Amiga, muy bien hallada.
LAURA. Con tal visita, ya es fuerza
Que lo esté.
MARCEL. Yo pienso ántes,
Que te has de hallar mal con ella;
Que vengo á darte cuidado.
LAURA. Yo le tengo, hasta que sepa
En qué te puedo servir.—
Llega aquesas sillas, Celia,
Que aquí estaremos mejor
Que en el estrado.
HERRER. Quisiera
Saber á qué hora vendré.
MARCEL. Al anochecer, Herrera,
Podrá venir.
HERRER. El sereno
A esa hora tiene más fuerza. (Vase.)

MARCEL. Mi amiga eres, Laura hermosa,
A quien dió naturaleza
Noble sangre, claro ingenio;
¿Pues de quién con más certeza
Me fiaré, que de quien es
Mi amiga, noble y discreta?
LAURA. Con tan grandes prevenciones
La proposicion empiezas,
Que ya, más que tú decirla,
Estoy deseando saberla.
MARCEL. ¿Estamos solas?
LAURA. Sí estamos.—
Celia, salte tú allá fuera.
MARCEL. No importa que Celia lo oiga.
LAURA. Prosigue pues.
MARCEL. Oye atenta.
Mi hermano Don Félix, Laura,
Por amistad que profesan
Él y un noble caballero
Desde sus edades tiernas,
Le trajo á casa estos dias,
Que Aranjuez, sagrada esfera
Del cuarto Felipe, cifra
La luz del cuarto planeta.
Este hospedaje en efecto
Fué con tan vana advertencia,
Que para traerle á casa,
La primer cosa que ordena
Es, que retirada yo
A un cuarto pequeño della,
Les deje á los dos el mio,
Y que tal recato tenga,
Que escondida siempre dél,
Ni alcance, Laura, ni entienda

Que vivo en casa; que así
(¡Mas qué accion tan poco atenta!)
Pensó sanear la malicia
De que Ocaña no dijera
Que traia á casa un huésped
Tan mozo, teniendo en ella
Una hermana por casar:
Y fué aquesto de manera,
Que retirada á este cuarto
Que te he dicho, áun una puerta
Que sale al cuarto de Félix
(Porque nunca presumiera
Que habia más casa), la hizo
Cubrir con una antepuerta,
Y por ella á aderezarle
Sola Silvia sale y entra.
Dejemos, pues, á Lisardo,
Que, sin que jamás entienda
Que hay mujer en casa, vive
Con este descuido en ella;
Dejemos tambien á Félix,
Que con esto sólo piensa
Que curó en salud el daño
De que me hable y que me vea;
Y vamos á mí, que viendo
La prevencion con que intenta
Mi hermano ocultarme, hice
De la prevencion ofensa;
Porque no hay cosa que tanto
Desespere á la más cuerda,
Como la desconfianza.
¡Cuánto ignora, cuánto yerra
En esta parte el honor!
Que es como el que olvidar piensa

Una cosa, que el cuidado
De olvidarla es quien la acuerda;
Es como el que desvelado
Se quiere dormir por fuerza,
Que llamando al sueño, es
El sueño quien le despierta;
Y es como el que halla en un libro
Borradas algunas letras,
Que por sólo estar borradas,
Le da más gana de lêrlas.
Este recato, en efecto,
En Félix mi hermano, esta
Curiosidad, Laura, en mí,
O este destino en mi estrella,
Despertaron un deseo
De saber si el huésped era,
Como gallardo entendido,
Cosa que quizá no hiciera
A no habérmelo vedado;
Que en fin la culpa primera
De la primera mujer,
Esto nos dejó en herencia.
Y para poder mejor
Hablarle, sin que supiera
Quién era la que le hablaba,
Fuí una mañana á esas huertas,
Paso de Aranjuez, por donde
Habia de pasar por fuerza.
Llaméle pensando, Laura,
Que el hablarle no tuviera
Mayor empeño que hablarle
Por curiosidad ó tema.
Mas ¡ay, que es fácil la entrada,
Cuanto difícil la vuelta

Del más hermoso peligro!
Dígalo el mar desde afuera,
Convidando con la paz
A cuantos á verle llegan,
Cuando jugando las ondas
Unas con otras se encuentran;
Pues el que más confiado
Pisó su inconstante selva
Ese lloró más perdido
La saña de sus ofensas.
Yo así apacible juzgué
El mar de amor; pero apénas
Reconocí sus halagos,
Cuando sentí sus violencias.
Pensarás que este cuidado
Sólo alcanza, sólo llega
A hallarme hoy enamorada;
Pues más mal hay que el que piensas
Porque de amor y de honor
Estoy corriendo tormenta.
Hoy, pues, Lisardo á Don Félix
(Que yo detras de la puerta,
Que te he dicho, lo escuchaba)
De todo le daba cuenta,
Si (no importa declararme)
No se lo estorbara Celia.
Doblada quedó la hoja,
Y temo que por las señas
Del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela
Con que le hablé, ó por haber
Seguídome hasta tan cerca
De casa, puedan en Félix
Moverse algunas sospechas;

Y así, ántes que el discurso
A enlazarse, Laura, vuelva,
Me importa hablar á Lisardo,
Para cuyo efecto queda
Silvia ya con un papel,
En que le digo que venga
A verme á esta casa, donde
Yo he de estar...

LAURA. Detente, espera;
Que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
De la amistad: pues primero
Que á ese Lisardo escribieras,
Ni á mi casa le llamaras,
Debieras mirar, debieras
Advertir desde la tuya,
Los inconvenientes desta.

MARCEL. Ya, Laura, los he mirado,
Sin que corran por tu cuenta.

LAURA. ¿De qué manera? Si yo...

MARCEL. Escucha de qué manera.
Tu casa tiene dos cuartos,
Y del uno cae la puerta
A otra calle: á Silvia dije
Que le trajese por ella;
De suerte que entrando, Laura,
Por donde saber no pueda,
En fin, como forastero,
Si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA. Arriesgo el que lo pregunte,
Y lo que hoy no sabe, sepa
Mañana, y piense que yo
Soy la tapada.

MARCEL. Que adviertas,

Te pido, que yo he de estar
De visita y descubierta,
Como si fuera mi casa,
Dentro de la tuya mesma.

LAURA. Cuando el verte á tí me libre
A mí con esa cautela,
¿Cómo me podré librar
Del peligro de que venga
Mi padre, y halle aquí un hombre?

MARCEL. ¿Luego ha de venir por fuerza
Hoy, y luego han de cogernos
En el primer hurto? Esta
Fineza has de hacer por mí,
Pues es tan digna fineza
De tu sangre y mi amistad.

LAURA. (Ap.) ¡Oh quién decirla pudiera
El tercer inconveniente,
Pues no es el de menor pena
Que acierte á venir Don Félix,
Y me halle á mi hecha tercera
De su hermana y de su amigo!

ESCENA II.

SILVIA, *con manto.*—DICHAS.

SILVIA. A Ocaña he dado mil vueltas
Hasta hallarle.

MARCEL. Silvia, ¿qué hay?

SILVIA. Que di tu papel, y apénas
Le leyó, cuando tras mí
Vino, y queda ya á la puerta
Que me dijiste.

MARCEL. Ya, Laura,
No hay como excusarte puedas.
LAURA. De mala gana te sirvo
En esto.
MARCEL. Quítame, Celia,
Este manto: llama, Silvia,
Tú á Lisardo, y tú no quieras (Vase Silvia.)
Verle, que eres muy hermosa
Para criada.
LAURA. Ya quedas
Hecha dueña de mi casa,
Marcela: mira por ella.—
(Ap. ¡Oh, á qué de cosas se obliga
Quien tiene una amiga necia!) (Vase.)

ESCENA III.

SILVIA, LISARDO.—MARCELA.

SILVIA. Esta es la casa, señor,
De aquella dama encubierta,
Que ya descubierta veis.
LISARDO. ¿Quién vió dicha como esta?
MARCEL. Estaríades, señor
Lisardo, muy olvidado
De que iría mi cuidado
A buscaros.
LISARDO. Mi temor
Confieso, y que la esperanza
Desta ventura perdí;
Que siempre andar juntos ví
Fortuna y desconfianza.
MARCEL. Aunque es verdad que pudiera

Hoy, por el gusto de hablaros,
Señor Lisardo, llamaros
A mi casa, no lo hiciera,
A no tener que reñiros
Un descuido contra mí.

LISARDO. ¿Descuido contra vos?

MARCEL. Sí,
De que me importa advertiros.

LISARDO. Si vos misma disculpais
Mi ignorancia, con que ha sido
Descuido mal advertido,
Ya importa que le digais,
Porque no vuelva á incurrir
En lo que ignorante estoy.

MARCEL. ¿A quién empezasteis hoy
Nuestro suceso á decir,
Que os estorbó una criada
La relacion?

LISARDO. Ya os entiendo,
Y aunque pueda, no pretendo
Satisfaceros en nada;
Porque mujer que de mí,
Donde no soy conocido,
Tanta noticia ha tenido;
Mujer que se guarda así
De un hombre de quién yo soy
Amigo; mujer que tiene
Criada en su casa, que viene
Con las nuevas que le doy...
Harto callando la digo,
Harto con irme la muestro,
Porque ántes que galan vuestro
Fui de Don Félix amigo.

MARCEL. Habeis sin duda pensado,

Por las nuevas que yo os doy,
Que dama de Félix soy;
Pues estais muy engañado;
Y esto me habeis de creer,
Si algo crê quien dice que ama,
Que no sólo soy su dama,
Mas que no lo puedo ser.

LISARDO. Si los principios negàis,
Mal argumento teneis.
¿De quién mi nombre sabeis,
Y de mí informada estais?
¿De quién, pues, habeis sabido
(Decir puedo en un momento)
Lo que en su mismo aposento
A los dos ha sucedido?

MARCEL Para que aquí se concluya
Lo que á dudar os obliga,
Sabed que yo soy amiga
De una hermosa dama suya.
Esta, hablando, pues, conmigo
En Félix, nuevas me dió
De vos, porque en vos habló
Como de Félix amigo;
Y aunque él es tan caballero,
En nadie un secreto cupo
Mejor, que en quien no le supo;
Y así suplicaros quiero
Que á Don Félix no le deis,
Señor, más señas de mí,
Ni le digais que yo os ví,
Ni que mi casa sabeis;
Porque me van en rigor,
A una sospecha creida,
Hoy por lo ménos la vida,

Y por lo más el honor.

LISARDO. Bien pensaréis que ha cesado
De mis dudas la razon,
Y ántes mayor confusion
Es la que me habeis dejado:
Porque si no sois...

ESCENA IV.

CELIA, *despues* LAURA.—DICHOS.

CELIA. Señora.

MARCEL. ¿Qué hay, Celia?

CELIA. Que mi señor
Viene por el corredor.

MARCEL. (A Celia.) Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?

CELIA. No, que viene
Por la puerta que él entró,
Y saber que hay otra no
Es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.

LISARDO. ¿Qué haré?

CELIA. Esconderos es forzoso
En esta cuadra.

LISARDO. Dudoso
Estoy.

MARCEL. Presto, que si os ve...

LISARDO. ¡Vive Dios, que estoy perdido!

(Escóndese en un aposento. - Sale Laura.)

MARCEL. Cercada de penas muero.

LAURA. ¿Ves, Marcela? En el primero
Hurto al fin nos han cogido.

¡En buena ocasion me has puesto!

MARCEL. ¿Quién pudiera prevenir
Que ahora hubiese de venir
Tu padre?

ESCENA V.

FABIO. — Dichos.

FABIO. Celia, ¿qué es esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
Sueles, por dicha, tener?

LAURA. Vinome Marcela á ver,
Y por estar esa puerta
La más cerca de una casa
Adonde ella estaba, yo
La hice abrir; por ella entró,
Y quedóse así: esto pasa.

FABIO. Perdonad, bella Marcela;
Que como la luz del dia
Ya se va á poner, no os via.

LAURA. (Ap.) ¡Gran daño el alma recela!

CELIA. (Ap.) ¡Qué confusion! (Vase.)

SILVIA. (Ap.) ¡Qué temor!

MARCEL. Yo, habiendo ahora sabido
La tristeza que ha tenido
Laura, me trajo mi amor
A verla, y ver si merezco
De sus penas consolar
La tristeza y el pesar.

LAURA. Son tantas las que padezco,
Que me añade más dolor
El remedio prevenido,

Y ántes pienso que has venido
A hacérmele tú mayor;
Que crece con el remedio
Este accidente.

FABIO. No sé
Qué te diga, ni sabré
Hallar á tus males medio.—
Hola, traed luces aquí.

ESCENA VI.

CELIA, *con luces, que pone sobre un bufete;* HERRERA. — Dichos.

CELIA. Ya aquí las luces están.

HERRER. Las ocho y media serán,
¿Habemos de irnos de aquí
Esta noche, pues que ya
Ha anochecido, señora?
¿No es de recogernos hora?

MARCEL. Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado; (Ap. á ella.)
Pero excusarle no puedo.

LAURA. Yo, en fin, á pagar me quedo
Las culpas que no he pecado.

MARCEL ¿Qué puedo hacer? (¡Ay de mí!)
Dáme licencia.

FABIO. Yo iré
Sirviéndós.

MARCEL. No hay para qué
Me trateis, señor, así.
Quedad con Dios.

LAURA. (Ap. á Marcela.) Mejor es

Dejarle ir, para que pueda
Irse este hombre que aquí queda.

FABIO. Yo tengo de ir con vos.

MARCEL. Pues
Me honrais tanto, replicar
A vuestra gran cortesía,
Pareciera grosería.

FABIO. La mano me habeis de dar.

MARCEL Sois tan galan, que no puedo
Negaros ese favor.

(Vanse Fabio, Marcela, Herrera y Silvia.)

LAURA. ¿Hay, Celia, pena mayor
Que la pena con que quedo?
¿Quién crêrá que yo encerrado
Aquí tengo un hombre que
No conozco? Y si me ve,
¿Quedará desengañado
De que Marcela no ha sido
El dueño de aquesta casa?

CELIA. Todo cuanto aquí nos pasa,
Fácil enmienda ha tenido
Con irse ahora mi señor.
Retírate tú de aquí:
Yo le sacaré de allí
Sin que pueda del error
En que está, desengañarse;
Pues él sin veros se irá,
Ni á tí ni á Marcela.

LAURA. Ya
Sólo falta efectuarse.
La puerta abre; mas detente,
Que parece que he sentido
En esta sala rüido.

CELIA. Ya es otro el inconveniente.

ESCENA VII.

DON FÉLIX.—LAURA, CELIA.

D. FÉLIX. Apénas la sombra fria
Tendió, Laura, el manto negro
Capa de noche que viste
Para disfrazarse el cielo,
Cuando á tu puerta me hallaron
Las estrellas; que el deseo
Tanto anticipa las horas,
Que á verte á estas horas vengo
Haciendo el tiempo en tu calle,
Porque no se pierda el tiempo.
Ví que mi hermana salia
De tu casa, y advirtiendo
Que tu padre la acompaña,
A entrar hasta aquí me atrevo;
Porque las paces de hoy
Me tienen con tal contento,
Que no quise dilatar
Sólo un instante, un momento
El verte desenojada.

LAURA. Pues no haces bien, si es que advierto,
Que un enojo apénas quitas,
Cuando otro vas disponiendo.
¿Tanto podia tardar
(Ap. Apénas á hablarle acierto.)
En recogerse la casa,
Que temerario y resuelto
Te entras aquí, sin mirar
Que ha de volver al momento

Mi padre?

D. FÉLIX. Sólo he querido
Que sepas, Laura, que espero
En la calle á que sea hora
Para hablarte; porque luégo
No digas que de otra parte
Vengo, cuando á verte vengo.
En la calle pues estoy.

LAURA. Eso sí; vuélvete presto,
Que al punto que se recoja
Mi padre, hablarnos podremos
Más despacio. No me tengas
Con tanto susto, que creo
Que sospechoso (¡ay de mí!)
Está ya del amor nuestro;
Tanto, que á esa puerta falsa
La llave ha quitado, (Ap. Esto
Digo por asegurar
El paso al que está acá dentro.)
Y anda todos estos dias
A casa yendo y viniendo.

D. FÉLIX. Por quitarte ese temor,
Me voy, y en la calle espero.

FABIO. (Dentro.) Hola, bajad una luz.

LAURA. Él viene ya.

CELIA. Dicho y hecho.

(Toma Celia una luz y vase.)

D. FÉLIX. Si de esotra puerta dices
Que quitó la llave, es cierto
Que no hay por donde salir;
Y así, en aqueste aposento
Me esconderé.

(Va á entrar donde está Lisardo, y se pone delante Laura.)

LAURA. Aguarda, espera;

Que no has de entrar aquí dentro.
D. FÉLIX. ¿Por qué?
LAURA. Porque siempre aquí
Está mi padre escribiendo
Mucha parte de la noche.
D. FÉLIX. ¡Vive Dios, que no es por eso!
Porque al entreabrir la puerta
He visto un bulto allá dentro.
LAURA. Mira...
D. FÉLIX. Aquí, ¿qué hay que mirar?
LAURA. Advierte...
D. FÉLIX. Ya nada temo.
LAURA. Que entra ya mi padre.
D. FÉLIX. ¡Ay triste,
En qué gran duda estoy puesto!
Si aquí hago alboroto, a Fabio
De sus ofensas advierto;
Si callo, sufro las mias.

ESCENA VIII.

FABIO.—Dichos.

FABIO. ¡Vos aquí, Félix! ¿qué es esto?
LAURA. (Ap. á Don Félix.)
Mira, por Dios, lo que haces;
Pues en quien es caballero,
El honor de las mujeres
Siempre ha de ser lo primero.
D. FÉLIX (Ap. Es verdad; disimular
Tomo por mejor acuerdo,
Si celos se disimulan.)
Buscando á mi hermana vengo. (A Fabio.)

Que me dijeron que aquí
Estaba.

FABIO. Ya yo la dejo
En su casa, y vengo ahora
De servirla de escudero.

LAURA. Eso es lo mismo que yo
Le estaba, señor, diciendo.

D. FÉLIX. Dios os guarde por la honra
Que á mi hermana la habeis hecho.

FABIO. Ella os espera ya en casa.

D. FÉLIX. (Ap. No sé (¡ay Dios!) lo que hacer debo.
Estarme aquí, es necedad;
Irme, si aquí un hombre dejo,
Es desaire; alborotar
Aquesta casa, desprecio;
Pues esperarle en la calle,
Si hay dos puertas, ¿cómo puedo
Yo solo? ¡Oh, quién á Lisardo,
Que es mi amigo verdadero,
Consigo hubiera traido!
Mas ya he pensado el remedio.)
Quedad con Dios.

FABIO. Él os guarde.

D. FÉLIX. (Ap.) Hoy he de ver, ¡vive el cielo!
Si es verdad que la fortuna
Ayuda al atrevimiento.

(Don Félix se va muy aprisa, Fabio llega hasta la puerta con él, y Celia despues toma una luz y se va; Fabio toma otra luz.)

FABIO. Alumbra, Celia, á Don Félix.
Laura, éntrate tú acá dentro,
Que tengo que hablar á solas
Contigo.

LAURA. (Ap.) Otro susto, ¡cielos!

Mi padre ¿qué me querrá?
Laura, ¿en qué ha de parar esto? (Vanse.)

ESCENA IX.

CELIA, *que vuelve con la luz; despues* LISARDO.

CELIA. Sin esperar que bajara
A alumbrarle, en un momento
Se me despareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
Que es de dar presto la vueita
A la calle; mas primero
Que él llegue, ya habrá salido
Estotro; que en su aposento
Está mi señor con Laura.
No hay que esperar. Caballero, (A Lisardo.)
En gran confusion estamos
Por vos. (Sale Lisardo.)

LISARDO. Ya sé lo que os debo;
Que aunque he entendido muy poco
Del caso, porque aquí dentro
Llegaban muertas las voces,
He entendido por lo ménos
Los empeños desta casa.

CELIA. Vamos de aquí.

LISARDO. Vamos presto.

CELIA. (Ap.) Salga él una vez de casa,
Y mas que sucedan luégo
Muertes de hombres en la calle.

(Apaga la luz y vase con él.)

ESCENA X.

DON FÉLIX; *despues* LAURA.

D. FÉLIX. En un esconce pequeño
Que hace la escalera, ántes
Que la luz bajara, muerto
De celos y de desdichas,
Pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido
De echar á este hombre, y no creo
Que, sabiendo que en la calle
Estoy, se atrevan á hacerlo.
El fin con que he me quedado,
A mis desdichas atento,
Es de sacarle conmigo
Hasta la calle, fingiendo
Que soy criado de casa,
Y que sé todo el suceso.
(Llégase á la puerta.)
Esta es la puerta, y está
Abierta. Ce, caballero,
Seguidme: seguro soy.
¿No me respondeis? ¿Qué es esto?
Obligaréisme callando,
¡Vive Dios! á que éntre dentro. (Entra.)
(Sale Laura con luz.)
LAURA. Nada me queria mi padre
Que fuese de más momento,
Que decirme que mañana
Ha de ir á un cercano pueblo,
Adonde su hacienda tiene,

Y yo á mis desdichas vuelvo.
Celia, Celia, ¿dónde estás?
Pondré que se han ido huyendo
Todos, y que me han dejado
En el peligro. Y es cierto;
Pues nadie parece. ¡Ay triste!
¿Qué he de hacer en tanto aprieto?
Félix estará en la calle,
Cuando estotro está aquí dentro.
Pero aunque todo lo arriesgue,
Esto ha de ser; que primero
Soy yo. Perdone Marcela,
Esta vez. Ce, caballero,
A quien necia una mujer
En tanto peligro ha puesto,
No os espanteis de mirarme.

(Sale Don Félix embozado.)

D. FÉLIX. ¿Cómo puedo, cómo puedo
Dejar de espantarme, Laura,
De mirarte...

LAURA. ¡Ay Dios! ¡qué veo!

D. FELIX. Tan mudable...

LAURA. ¡Ay infelice!

D FÉLIX. Y tan falsa?

LAURA. ¡Ay Dios! ¿qué es esto?

D. FÉLIX. Esto es, Laura, esto es
(Si es que yo á decirlo acierto)
El desengaño mayor
Que á un hombre han dado los celos.
Pero miento, que no son
Celos, sino agravios estos.

(Paséase y ella tras él.)

LAURA. (Ap. ¡Yo estoy muerta! Félix mio,
Mi bien, mi señor, mi dueño:

D. FÉLIX. Mi mal, mi muerte, mi ofensa,
¿Qué me quieres?
LAURA. Que te quiero;
Te quiero, no más.
D. FÉLIX. Y yo,
Pues tú lo dices, lo creo;
Porque no habiendo tenido
Un hombre en este aposento;
No habiendo dicho que estaba
Cerrado el paso por esto;
No habiendo venido tú
A hablarme por él; no habiendo
Visto yo... ¿Qué he de haber visto?
Nada digo, nada entiendo.
¡Mal haya yo, porque estuve
Antes á tu honor atento,
Y no... Adios, Laura; adios, Laura.
LAURA. Detente, porque primero
Que te vayas, has de oirme.
D. FÉLIX. ¿Puede ser mentira esto?
LAURA. Sí, bien puede ser mentira.
D. FÉLIX. ¿Mentira lo que estoy viendo?
LAURA. ¿Qué viste?
D. FÉLIX. El bulto de un hombre
Que estaba en este aposento.
LAURA. Algun criado sería.

ESCENA XI.

CELIA, *muy alborozada.*—DICHOS.

CELIA. Señora, ya por lo ménos
Nada sucederá en casa,

Que ya en la calle los dejo.

(Ve á Don Félix, y túrbase.)

D. FÉLIX. Mira, si era algun criado.

CELIA. ¿Pues esto agora tenemos?
¿Cómo aquí?... No puedo hablar.

LAURA. ¿Ves, Félix, con cuánto aprieto
Se eslabonan mis desdichas?
Pues culpa ninguna tengo.

D. FÉLIX. Pues yo la culpa tendré.

LAURA. Tanto te estimo y te quiero,
Que áun no quiero yo decirlo,
Porque te está mal saberlo.

D. FÉLIX. ¡Qué antiguo sagrado es ese
De un culpado, en no teniendo
Que responder! Esto en fin
Se acabó, Laura, esto es hecho.
Adios, adios.

LAURA. Mira...

D. FÉLIX. Suelta...

LAURA. No has de irte así.

D. FÉLIX. ¡Vive el cielo,
Que dé voces que despierten
A tu padre, al mundo entero,
Diciendo quién eres!

LAURA. ¡Félix!

D. FÉLIX. Harás que pierda el respeto
A tu hermosura, porque
Nadie le tuvo con celos. (Vase.)

LAURA. Ténle, Celia.

CELIA. ¿Yo tenerle?

LAURA. Pues aunque vayas huyendo,
Yo te buscaré. ¡Ay, Marcela,
En qué de dudas me has puesto! (Vanse.)

Cuarto de Lisardo en casa de D. Felix.

ESCENA XII.

LISARDO, CALABAZAS.

CALAB. Señor, ¿qué es lo que tienes?
¿De dónde ó cómo á tales horas vienes?
LISARDO. Ni sé de dónde vengo,
Calabazas, ni sé lo que me tengo.
CALAB. Despues de haberte ido
Sin mí (cosa que nunca ha sucedido,
Ni héchose con lacayo
De bien), vuelves á casa como un rayo,
Casi al amanecer, descolorido,
Colérico, furioso, acontecido,
Airado...
LISARDO. No me mates,
Ni empieces á decirme disparates,
Sino pon las maletas; porque luégo
Me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,
A esotra cuadra pasa,
Mira si hablar á Félix puedo.
CALAB. En casa
Él no está; que aunque ya ha amanecido,
Creo que no ha venido
A acostarse hasta agora.
LISARDO. ¡Feliz él, que habrá estado (¿quién lo ignora?)
Celebrando las paces con su dama;
Que es la felicidad del que bien ama!
¡Y yo, infeliz, á quien han sucedido
Tantas cosas!. .
CALAB. ¿Qué han sido?

LISARDO. Oye, porque me dejes,
Con condicion que luégo no aconsejes.
Llamóme por un papel
Aquella dama tapada,
A que en su casa la viese.
A verla fuí, y la criada
Por un jardin me guió,
Hasta que llegué á una sala
De estrado, donde la misma
Que ví en las huertas, estaba
Tan bella como entendida:
Esto, que te diga, basta.
Muy á los primeros lances,
Me dió á entender enojada
No sé bien qué quejas, cuando
Su padre á la puerta llama.
Métenme en un aposento,
Donde, despues de pasadas
Algunas conversaciones,
De quien poco entendí ó nada
(Porque como retirado
Estaba á puerta cerrada,
Llegaban á mí confusas
Las voces sin las palabras),
La puerta un hombre entreabrió;
La capa tercié y la espada
Empuñé, y al mismo instante
Me volvieron á cerrarla
Por defuera, sin poder
Ver el talle ni la cara
Del hombre. De allí á otro rato,
Triste, confusa y turbada,
Otra moza me sacó
Hasta la calle, con várias

Prevenciones de que Félix
No supiera desto nada.
Yo pues, cercado de dudas
Y de sospechas contrarias,
Estoy sin saber qué hacerme
En confusion tan extraña;
Porque si á Félix le callo
El lance, ya acreditada
La sospecha de que ha sido
Dama suya, será ingrata
Correspondencia, que él tenga
A su enemigo en su casa;
Si se lo digo, y no es
Su dama, sino otra dama
Que de mí se fia, el decirlo
Es de mi nobleza infamia.
Y así entre hablar y callar,
La opinion más acertada
Es, pues dos daños me embisten,
Volver á los dos la espalda.
Así con esto á Don Félix
No ofende lo que se calla,
Ni lo que se dice, ofende
A la mujer. Luego trata
De poner toda la ropa,
Que ántes que amanezca el alba,
Con ocasion de que ya
Hecha mi consulta baja,
De Ocaña me tengo de ir,
Aunque me deje en Ocaña
En un ingenio la vida,
Y en una hermosura el alma.

CALAB. ¡Honrada resolucion!

LISARDO Porque apruebas y no cansas,

Toma aquel vestido que hice
De camino, Calabazas.

CALAB. Tus manos, señor, te beso
De resultas de las plantas,
No tanto por el vestido,
Aunque es dádiva extremada,
Como por dármele hecho;
Y en tanto que se levanta
Quien la ropa me ha de dar,
Escúchame en dos palabras
Lo que hecho un vestido ahorra.

(Mudando voces.)

—Señor maestro, ¿cuántas varas
De paño son menester
Para mí?—Siete y tres cuartas.
—Con seis y media le hace
Quiñones.—Pues que le haga;
Mas si él saliere cumplido,
Yo me pelaré las barbas.
—¿Qué tafetan?—Ocho.—Siete
Han de ser.—No quite nada
De siete y media.—¿Ruan?
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,
No puede salir.—¿De seda?
—Dos onzas, treinta de lana.
—¿Bocací á los bebederos?
—Media vara.—¿Angeo?—Otra tanta.
—¿Botones?—Treinta docenas.
—¿Treinta?—¿Habrá más de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilo:
Vamos con todo esto á casa.
Junto vuesarced los piés,
Ponga derecha la cara,
Tienda el brazo.—¿Seor maestro,

NEU

Son matachines?—¡Qué gracia
Hará el calzon!—Oye usted,
La ropilla ancha de espaldas,
Derribadica de hombros,
Y redondita de falda.
—Frisa para las faldillas
Haber sacado nos falta.
Póngala usted.—Que me place.
—¡Ah! sí; esto se me olvidaba:
Entretelas.—Deste viejo
Ferreruelo me las haga.
—Voy á cortarlo al momento.
—¿Cuándo vendrá esto?—Mañana
A las nueve.—La una es:
¡Oh cuánto este sastre tarda!
—Seor maestro, todo el dia
Me ha tenido usted en casa.
—No he podido más, que he estado
Acabando unas enaguas,
Que, como mil paños llevan,
No fué posible acabarlas.
—¡Ah! caballero, muy seca
Está esta obra.—Remojarla.
—Angosto vino el calzon.
—De paño es, no importa nada,
Que luego dará de sí.
—Esta ropilla está ancha.
—No importa nada, es de paño,
Que ella embeberá (así basta,
Que los paños dan y embeben
Como el sastre se lo manda.)
—El ferreruelo está corto.
—Más de media liga tapa,
Y ahora no se usan largos.

—¿Qué se debe?—Poco ó nada:
Veinte del calzon, y veinte
De la ropilla y sus mangas,
Diez del ferreruelo, treinta
De los ojales... y tantas
Impertinencias, que en fin,
Que me venga ó que me vaya,
Quien me da un vestido hecho,
Me da la mejor alhaja.
A componer voy las tuyas;
Aquí gloria y despues gracia. (Vase.)

LISARDO. ¡Qué locuras! Quién tuviera
Tu alegría, y no llegara
Hoy á sentir los extremos
De tantas penas, de tantas
Confusiones y sospechas!
Válgate Dios por tapada,
Toda misterios y toda
Prevenciones sin que haya
Nunca visto la verdad!

(Vuelve Calabazas.)

CALAB. Ya la dije á una criada
Que me sacase la ropa
Porque hoy nos vamos á Irlanda.

LISARDO. En efecto, me destierran,
Antes de tiempo de Ocaña,
Tramoyas de una mujer.

ESCENA XIII.

MARCELA, *con manto*, SILVIA, *sin él, y quedan á la puerta.*—DICHOS.

SILVIA. Mira á qué te atreves.
MARCELA. Nada
Me digas, porque no estoy
Para escucharte palabra.
¿Que hoy se va, no dices?
SILVIA. Sí.
MARCEL. ¿Pues, Silvia, de qué te espantas
Que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
Quién soy, y de mí va huyendo.
SILVIA. ¿Pues si esto temes, qué tratas?
MARCEL. Hablarle ya claramente;
Que puesto que á esta hora falta
Mi hermano, ya no vendrá,
Hasta que le lleven capa
Y valona, ó sea de noche.
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.
(Vase Silvia.)
LISARDO. Mira si ha venido Félix.
CALAB. Félix no, pero la dama
Tapada sí que ha venido.
LISARDO. ¿Qué dices?
CALAB. *Ecce quam amas.*
MARCEL. Señor Lisardo, no sé
Que sea accion cortesana
El iros sin despediros
Hoy de una mujer que os ama.

LISARDO. ¿Tan presto tuvisteis nueva
De mi partida?
MARCEL. Las malas
Vuelan mucho.
CALAB. (Ap.) ¡Vive Dios,
Que con los demonios habla!
¿Si es Catalina de Acosta,
Que anda buscando su estatua?
MARCEL. En fin, ¿os vais?
LISARDO. Sí, y huyendo
De vos, que vos sois la causa.
MARCEL. De eso infiero que sabeis
Ya quién soy (¡estoy turbada!);
Y si el haberlo sabido
Anticipa la jornada,
Id con Dios; pero advirtiendo
Que fué en mí y en vos la causa
Imposible de decirla,
Y imposible de callarla.
LISARDO. No os entiendo, pues no só
De vos (esta es verdad clara)
Más de lo que sé de vos:
Y ántes la desconfianza
Que haceis de mí, es quien me mueve
A irme.
(Mira Calabazas adentro.)
CALAB. Ce: por la sala
Entra Don Félix.
MARCEL. ¡Ay triste!
LISARDO. ¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estais.
MARCEL. Es verdad;
Mas puesto que mis desgracias
Unas con otras tropiezan,

Y tan en mi alcance andan,
Sabed, que yo soy... No puedo,
No puedo hablar más palabra,
Que entra ya. Mi vida está
En vuestras manos, guardadla;
Que yo aquí me escondo. (Escóndese.)

LISARDO. ¡Cielos,
Sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama sin duda,
Pues que tanto dél se guarda.

ESCENA XIV.

DON FÉLIX.—LISARDO; MARCELA, *escondida.*

D. FÉLIX. Lisardo.

LISARDO. ¿Qué hay, qué traeis,
Don Félix?

D. FÉLIX. Traigo un pesar,
Y véngole á consolar
Con vos, que me aconsejeis.

LISARDO. Cuando por haber faltado
De casa... Véte de aquí.
(A Calabazas. Vase.)
Toda la noche, creí
Que habíades celebrado
Las paces con vuestra dama,
¿Al amanecer venís
Con el pesar que decís?

D. FÉLIX. Sí, que un mal á otro mal llama.
¡Ay Lisardo! bien dijisteis,
Cuando hablasteis de los celos,
Que sus mortales desvelos,

Y que sus efectos tristes,
Eran tan otros tenidos
Que dados, cuanto se ofrece
Entre quien hace y padece:
Pues padecen mis sentidos
El daño que ántes hicieron.
¡Oh quién un siglo los diera,
Y un punto no los tuviera!

LISARDO. Pues ¿cómo ó de qué nacieron?
(Ap. ¡Vive Dios! que él ha seguido
Esta dama, y que sus celos
Son de mí y della.)

MARCEL. (Ap.) Los cielos
Dén mis penas á partido.

D. FÉLIX. Muy rendido ayer llegué,
Donde (¡ay de mí!) satisfice
Con los extremos que hice,
Las lágrimas que lloré,
Las mal fundadas sospechas
Que de mí (¡ay cielos!) tenía
La hermosa enemiga mia;
Y cuando ya satisfechas
Estaban, y yo esperaba
De los sembrados rigores
Coger el fruto en favores,
De la calle en que aguardaba
Entré á verla muy contento;
Y porque fué fuerza así
Un aposento entreabrí
(Mal haya mi sufrimiento),
Y en él (¡qué torpes desvelos!)
El bulto de un hombre ví.

LISARDO. (Ap.) ¡Esto es lo que anoche á mí
Me pasó, viven los cielos!

D. FÉLIX. ¡Oh mal haya yo, porqué,
Aunque su padre viniera,
Y aunque su honor se perdiera,
A darle muerte no entré!
Quedarme pude escondido,
Con ánimo de volver
A buscar el hombre, y ver
Quién era.

LISARDO. ¿Habeislo sabido?

D. FÉLIX. No, porque ya una criada
Le habia sacado de allí.
Tras él al punto salí;
Pero no pude hallar nada.
Así hasta el mediodía
Toda la mañana he estado
(¡Mirad qué necio cuidado!)
Pensando que volveria.
Ved si habrá en el mundo quien
Tenga el dolor que yo tengo,
Pues hoy aquí á tener vengo
Celos, sin saber de quién.

LISARDO. (Ap.) En este punto creí
Todo cuanto imaginé;
La dama esta dama fué,
Y yo el encerrado fuí.
Las señas son; mas supuesto
Que él no sabe que fuí yo,
Ni que ella aquí se ocultó,
Ponga fin á todo esto
Mi ausencia, puesto que así
Todo el silencio lo sella;
Pues no sabrá agravios della,
Ni tendrá quejas de mí.

D. FÉLIX. ¿Agora suspenso estais?

¿Cómo no me respondeis?
LISARDO. Como admirado me habeis,
Aun más de lo que pensais.
D. FÉLIX. ¿Qué puedo hacer?
LISARDO. Olvidar.
D. FÉLIX. ¡Ay, Lisardo, quién pudiera!
CALAB. (A la puerta.) Señor, una dama ahí fuera
Dice que te quiere hablar.
D. FÉLIX. Ella es, que habrá venido
A verme. Yo no he de vello.
LISARDO. Mirad primero si es ella.

ESCENA XV.

LAURA, *tapada.*—DICHOS.

D. FÉLIX. ¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusion,
Querrá agora que yo crea
Que todo mentira sea.
LISARDO. (Ap.) Ya es otra mi confusion:
Si esta es la que Félix ama,
Y dentro en su casa vió
Un hombre, y éste fuí yo,
¿Quién es, quién, estotra dama?
LAURA. Lisardo, por caballero
Os ruego que os ausenteis,
Y con Félix me dejeis;
Porque hablar con Félix quiero.
D. FÉLIX. ¿Quién te ha dicho que querrá
El Félix hablarte á tí?
LAURA. Dejadnos solos.
LISARDO Por mí

Obedecida estais ya.
(Ap. Fuerza es dejar encerrada
La otra dama hasta despues,
Y estar á la vista. Nada
Tengo ya que temer, pues
No es su dama mi tapada.)

(Vanse Calabazas y Lisardo.)

ESCENA XVI.

LAURA Y DON FELIX; MARCELA, *escondida*.

LAURA. Ya que estamos los dos solos,
Don Félix, y que podré
Decir á lo que he venido,
Escúchame.

D. FÉLIX. ¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme
Que ilusion, que engaño fuó
Cuanto allí ví y cuanto oí;
Y si esto en fin ha de ser,
Ni tú tienes qué decir,
Ni yo tengo qué saber.

LAURA. ¿Y si nada de eso fuese,
Sino todo eso al revés?

D. FÉLIX. ¿Cómo?

LAURA. Escucha, oiráslo.

D. FÉLIX. ¿Iráste
Si te escucho?

LAURA. Sí.

D. FÉLIX. Dí pues.

(Asoma Marcela.)

LAURA. Negarte que estaba un hombre

En mi aposento...

D. FÉLIX. Deten.
¿Y es estilo de obligar,
Modo de satisfacer,
Decirme, cuando esperaba
Un rendimiento cortés,
Una disculpa amorosa,
Confesar la ofensa? ¿Ves
Cómo otra vez la repites,
Porque la sienta otra vez?

LAURA. Si no me oyes hasta el fin...

MARCEL. (Ap.) ¡Quién vió lance más cruel!

D. FÉLIX. ¿Qué he de escuchar?

LAURA. Mucho.

D. FÉLIX. ¿Iráste
Si te escucho?

LAURA. Sí.

D. FÉLIX. Dí pues.

LAURA. Negarte que estaba un hombre
En mi aposento, y tambien
Que Celia le abrió la puerta,
No fuera justo; porque
Negarle á un hombre en su cara
Lo mismo que escucha y ve,
Es darle á un desesperado,
Para consuelo un cordel;
Mas pensar tú que fué agravio
De tu amor y de mi fe,
Es pensar que cupo mancha
En el puro rosicler
Del sol, porque con mi honor
Aun es sombra todo él.

D. FÉLIX. ¿Pues quién aquél hombre era?

LAURA. No puedo decirte quién.

MARCEL. (Ap.) ¡Quién vió confusion igual!
D. FÉLIX. ¿Por qué?
LAURA. Porque no lo sé.
D. FÉLIX. ¿Qué hacía escondido allí?
LAURA. No lo sé tampoco.
D. FÉLIX. ¿Pues
Dónde la satisfaccion
Está?
LAURA. En no saberlo.
D. FÉLIX. ¡Bien!
No saberlo es la disculpa,
La culpa el saberlo es:
¿Pues cómo quieres que venza
Lo que sé á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.
LAURA. Félix, Félix, déjame;
Que, aunque lo puedo decir,
Tú no lo puedes saber.
D. FÉLIX. Otra vez me has dicho ya
(Baldon ó despecho fué)
Eso mismo, y ¡vive Dios!
De no escucharlo otra vez;
Porque aquí me has de decir
La verdad desto...
MARCEL. (Ap.) ¿Qué haré?
¡Que, por disculparse á sí,
Me ha de echar á mí á perder!
D. FÉLIX. Que nada me está peor
Que el pensarlo.
LAURA. Sí diré.
MARCEL. (Ap. No dirás; porque primero,
Tus voces estorbaré
Con esta resolucion.
Amor ventura me dé.

Como me da atrevimiento.)

(Pasa por delante tapada, como jurándosela á Don Félix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.)

Sólo esto he querido ver.

D. FÉLIX. ¿Qué mujer es esta?

LAURA. Hazte
De nuevas.

D. FÉLIX. Déjame que
La siga y la reconozca.

LAURA. ¡Eso querias tú, porque
Pudieras desenojarla,
Diciéndola á ella despues
Que me dejaste por ir
Tras ella! Pues no ha de ser.

D. FÉLIX. Laura mia, mi señora,
El cielo me falte, amén,
Si sé qué mujer es ésta.

LAURA. Yo sí; yo te lo diré:
Nise era, que al pasar
Yo la conocí muy bien.

D. FÉLIX. Ni era Nise, ni sé yo
Cómo estaba aquí.

LAURA. Muy bien;
¡La disculpa es no saberlo,
La culpa el saberlo es!
¿Pues cómo quieres que venza
Lo que sé á lo que no sé?
Adios, Félix.

D. FÉLIX. Si no basta
El desengaño que ves,
¿Cómo quieres que yo crea
Lo que tú, Laura, no crés?

LAURA. Porque yo digo verdad,
Y soy quién soy.

D. FÉLIX. Yo tambien,
Y ví en tu aposento un hombre.
LAURA. Yo en el tuyo una mujer.
D. FÉLIX. No sé quien fué.
LAURA. Yo tampoco.
D. FÉLIX. Sí supiste, Laura; pues
Ya me lo ibas á decir.
LAURA. Ya, sin decirlo me iré,
Por no dar satisfacciones
A un hombre tan descortés.
D. FÉLIX. Mira, Laura...
LAURA. Suelta, Félix.
D. FÉLIX. Véte, que es cosa cruel,
Haber de rogar quejoso.
LAURA. Quédate; que es rabia haber
De llevar traiciones, cuando
Finezas vine á traer.
D. FÉLIX. Yo bien disculpado estoy.
LAURA. Si á eso vamos, yo tambien.
D. FÉLIX. Pues ví en tu aposento un hombre.
LAURA. Yo en el tuyo una mujer.
D. FÉLIX. Si esto, cielos, es amar...
LAURA. Si esto, fortuna, es querer...
LOS DOS. ¡Fuego de Dios en el querer bien!
Amén. Amén.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Marcela.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, SILVIA.

SILVIA. Grande atrevimiento fué.
MARCEL. Como perdida me ví,
Cuando ya á Laura escuché,
Que iba á descubrir allí
Cuanto en su casa pasé,
Estorbar la relacion
Quise con tan loca accion;
Que, ya preciso un pesar,
Algo se ha de aventurar.
SILVIA. Así es verdad.
MARCEL. La razon
Que me animó más, fué ver
A Lisardo, que esperaba
Más afuera, al parecer,
En qué el suceso paraba
De su encerrada mujer;
Y como yo lo sabía,
No temí la empresa mia:
Pues, á no suceder bien,

Ya en Lisardo al ménos quien
Me defendiese tenia:
Y en fin, ello sucedió
Mejor que esperaba yo;
Pues yo á mi cuarto pasó,
Y en los celos que dejé
El lance se barajó
De suerte, que ni Lisardo
Se empeñó por mí gallardo,
Ni Laura el caso contó,
Ni Félix me conoció,
Ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA. Digo que fué extraño cuento,
Y si escarmiento ha dejado,
Será de más fundamento.

MARCEL. ¿Pues cuándo dejó escarmiento,
Silvia, un peligro pasado?
Antes el haber salido
Deste tan bien me ha movido
A pensar cómo pudiera
Ser que Lisardo volviera
A verme.

SILVIA. Oye, que hacen ruido.

ESCENA II.

DON FÉLIX, *por la puerta escondida.*—DICHAS.

D. FÉLIX. Marcela.

MARCEL. ¿Qué novedad
Es entrar tú en mi aposento?

D. FÉLIX. Es venir mi voluntad
Por luz á tu entendimiento,

Por consuelo á tu piedad.
Anoche, cuando saliste
De ver á Laura, yo entré
En su casa (¡Ay de mí triste!)
Y ví en su casa, y hallé...

MARCEL. Dí, ¿qué hallaste? dí, ¿qué viste?

D. FÉLIX. Un hombre.

MARCEL. ¿Tal pudo ser?

D. FÉLIX. Vínome á satisfacer;
Una mujer, que salió
De mi alcoba, lo estorbó...

MARCEL. ¡Miren la mala mujer!

D. FÉLIX. Que con Lisardo debia
De estar. Él, cuerdo y discreto,
Presumiendo que ofendia
De mi casa así el respeto,
Dice que tal no sabía.
En fin, sea lo que fuere
(Que no hay nadie que lo diga),
Celosa Laura, no quiere
Que desengaños consiga,
Ni que disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
Tampoco mi sentimiento,
No la quiero hablar ni ver;
Pero quisiera saber
Hasta el menor pensamiento
Suyo. Para esto ha pensado
Una industria mi cuidado.

MARCEL. ¿Y es, si me la has de decir?

D. FÉLIX. Que tú, hermana, has de fingir
Que un gran disgusto, un enfado
Conmigo has tenido, y que
En tanto que esto se pasa,

Te quieres ir á su casa:
Y así una espía tendré
Para el fuego que me abrasa;
Pues tú á la mira estarás,
Y á pocos lances verás,
Quién este embozado es,
Y con secreto despues
De todo me avisarás.

MARCEL. Aunque hay bien que replicar,
Hoy me iré á su casa.

D. FÉLIX. No
Puede hoy ser; que por mostrar
Cuán poco mi mal sintió,
O por darme este pesar,
Hoy de su casa ha salido,
Y al mar de Antigola ha ido.

MARCEL. Pues digo que iré mañana.

D. FÉLIX. La vida me das, hermana;
Tuya desde hoy habrá sido. (Vase.)

MARCELA. ¿Hay cosa, como llegar
Rogándome lo que yo
Puedo, Silvia, desear?
Pero mira quién se entró
En el cuarto sin llamar.

SILVIA. Laura y Celia son, señora.

ESCENA III.

LAURA, CELIA.—MARCELA, SILVIA.

MARCELA. Laura mia, ¡á aquesta hora!

LAURA. No te espantes desto, amiga;
Que á tanto una pena obliga.

MARCELA. ¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?
LAURA. De la suerte que de mí
Te fuiste ayer á valer,
Vengo á valerme de tí.
CELIA. Aprended, damas, de aquí,
Lo que va desde hoy á ayer.
LAURA. Aquel hombre que dejaste
Cerrado, Marcela mia,
En mi casa, vió Don Félix.
MARCELA. ¡Jesus!
LAURA. No importa que diga
El cómo ó el cuándo, puesto
Que bastaba ser desdicha,
Para que ella se estuviese
Desde luego sucedida.
Quísele satisfacer,
Y vine á tu casa, amiga,
Sin mirar á los respetos
A que el ser quien soy me obliga.
Entré en su aposento, y cuando
A representarle iba
Disculpas, que no tocasen
En tu opinion ni en la mia,
Una mujer, que detras
De su aposento tenia,
Y que era sin duda Nise...
MARCELA. ¿Quién duda que ella sería?
LAURA. Salió á dar celos por celos.
MARCELA. ¡Hay tan gran bellaquería!
¿Y qué hizo Félix á eso?
LAURA. Él, aunque quiso seguirla,
Yo no lo dejé. En efecto,
Las dos quejas repetidas,
Ni las suyas quise oir.

Ni él saber quiso las mias.
Por mostrar que estaba (¡ay cielos!)
Gustosa y entretenida,
(¡Oh cuán á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!)
Al mar de Antígola hoy
Salí con unas amigas,
Donde, aunque debió alegrarme
Su hermosa apacible vista,
No pudo, que para mí
Ya se murió la alegría;
Tanto, que ni el ver la Reina,
Que infinitos siglos viva,
Para que flores de Francia
Nos den el fruto en Castilla,
Cómo en su verde carroza,
Que caballos del sol tiran,
Varado bajel de tierra
Llegó á abordar á la orilla:
Ni el ver tan ufano entónces
Ese breve mar, que imita
Del Océano las ondas
Encrespadas y movidas
De los céfiros süaves,
Cuando al mirar quien las pisa
Como plata las entorcha,
Y como vidrio las riza:
Ni el ver que ya el bergantin,
Coche del mar, pues le guian,
Como caballos, los remos,
A quien el freno registra
De un timon, abrió el estribo
De su hermosa barandilla,
Para que su popa ocupe,

Para que su esfera admita
Un sol, á quien hizo guarda
No ménos que el alba misma:
Ni el ver las hermosas damas,
Que como flores seguian
La rosa, bien así como
Tejido coro de ninfas,
En las selvas de Diana
Profanas fábulas pintan:
Ni el ver, en fin, que tan bello
Ya el bajel bogando iba
El piélago de cristal,
Que al acercarse á la isla
Del cenador, que con tantas
Flores el estanque habita,
No pudo determinar
Desde aparte, no, la vista,
Cuál el bergantin, ó cuál
Era el cenador; pues via
Flores en cualquiera tantas,
Que unas á otras competidas,
Naval batalla de flores
Se dieron muertas y vivas,
Me pudo aliviar; pues toda
Esta pompa hermosa y rica,
En los cristales bullicio,
En las flores alegría,
En los vientos suavidad,
En las hojas armonía,
En las damas hermosura
Y en todos los campos risa,
Llanto fué, llanto en mis ojos
Celosa de Félix. Mira,
Si á quien esto no divierte,

Bastantemente peligra.
Yo no he de hablarle; porque
Es triste cosa, es indigna
Accion darle yo á torcer
Mis celos; y así querria
De una industria aquí valerme,
Si es que mi amistad codicias;
Y es, que para que yo vea
Si Nise en su cuarto habita,
Le he de acechar esta noche
Por aquella puerta, amiga,
Que dijiste, y que á su cuarto
Cae y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
Podré? es fuerza que aquí digas;
Y responderéte yo
Que hoy mi padre fué á una villa,
Adonde su hacienda tiene,
Y no vendrá en cuatro dias.
Así que estas noches puedo
Ser tu huéspeda, si obliga
Mi amistad á esta fineza,
Pues es fineza de amiga
Tan principal, tan discreta,
Tan noble y tan entendida.

MARCEL. ¿Cómo te podré negar,
Laura, lo que solicitas,
Si con mi razon me arguyes,
Si con mi dolor me obligas?
Sólo hay un inconveniente;
Mas si tú lo facilitas,
Ven desde luego á mi casa;
Mal dije, á la tuya misma.

LAURA. ¿Cuál es el inconveniente?

MARCEL. Tanto mi hermano te imita
En el dolor y en la causa
(No importa que te lo diga;
Primero somos nosotras),
Que hoy me ha pedido que finja
Con él un enojo, y vaya
A ser por algunos dias
Tu huéspeda; porque yo
Allá de adalid le sirva.
Pues si no voy á tu casa
Yo, porque estás tú en la mia,
Dirá...

LAURA. Escucha; ántes mejor
Es que desde luégo finjas
Tú el enojo, y que te vayas;
Pues con aquesto le obligas
A que él esté más seguro
De que yo en su casa asista.

MARCEL. Dices bien, que con mi ausencia
Se sanea esta malicia.

LAURA. ¿Cómo se ha de hacer?

MARCEL. Así:
Dáme el manto, y dirás Si vio,
Que fuí en casa de Laura;
Que para hacer más creida
La causa, quise ir de noche.

(Pónese el manto.)

Y despues (aparte mira)
Busca á Lisardo, y dirásle
Como mi afecto le avisa
Que á verme vaya esta noche;
Y quédate donde sirvas
A Laura. Tú, Celia, ven
Conmigo; pues nos obliga

Esto á trocar con las casas
Las criadas.

LAURA. ¿Tan aprisa?

MARCEL. Estas cosas más se aciertan,
Miéntras ménos se imaginan.

LAURA. Marcela, á mi casa vas;
Por ella y por mi honor mira.

MARCEL. Por ella mira y mi honor,
Pues te quedas tú en la mia.
¿En qué ha de parar aqueste
Trueco?

CELIA. ¿Quieres que lo diga?
En algun lance que á todas,
O nos case, ó nos aflija.

(Vanse por una parte Celia y Marcela, y por otra Silvia y Laura.)

Cuarto de Lisardo.

ESCENA IV.

LISARDO, CALABAZAS.

LISARDO. ¿Qué papel es ese?

CALAB. Es
El que ha de ser, es y ha sido
Del tiempo que te he servido,
Cuenta estrecha.

LISARDO. Díme pues,
¿A qué propósito agora...?

CALAB. A propósito de que hoy
De tu servicio me voy.

LISARDO. ¿Por qué causa?
CALAB. ¿Quién lo ignora?
Porque andas aquestos dias
Muy discreto.
LISARDO. ¿Qué has querido
Decir?
CALAB. Que andas divertido.
LISARDO. Tales son las penas mias.
CALAB. Y no ha de ser tan discreto
El amo, que ha de pensar
Que no le puede guardar
Calabazas el secreto.
Tú te andas sólo contigo,
Contigo solo te estás,
Contigo vienes y vas,
Y en fin, contigo y sin migo
En cualquier parte te ven;
Que parecemos, señor,
El dinero y el amor:
Mirad ¡con quién, y sin quién!
Si alguna tapada viene
A verte, *salte allá fuera;*
Si vas á verla, *aquí espera,*
Porque ir allá no conviene.
¿Pues esto ha de ser así?
¡Pesar de quien me parió!
¿Para qué te sirvo yo?
Y así quiero desde aquí
Buscar amo más humano;
Porque para mí, en rigor,
Ninguno será peor,
Aunque sea un luterano,
Aunque sea un presumido
De docto, siendo menguado,

Con ingenio un desdichado;
Sin él un entremetido,
Un poeta que hace trazas
De comedias, y seamos
Los criados y los amos
Todo en casa Calabazas,
Aunque sea un lindo compuesto,
Que hable melífluo y despacio,
Y aunque galantee en palacio,
Que es peor que todo esto.

LISARDO. Las cosas que me han pasado
Tan públicas han venido,
Calabazas, que no ha sido
Forzoso haberlas contado
Para que las sepas: pues
Hablar á aquella tapada
En el campo, tan guardada
Verla en su casa despues,
Adonde me sucedió
Aquel lance parecido
Al de Félix, que escondido
En su casa me pasó;
Venir á verme á la mia,
Adonde desengañado
De que es otra me ha dejado,
La que Don Félix queria;
Salir de allí tan veloz;
Irse, en fin, como se fué:
Ello se dice y se ve,
Sin que aquí tenga mi voz
Que contar; pues aunque quiera,
No te puedo decir más
De lo que tú viendo estás.

CALAB. Ella es gentil embustera.

LISARDO. En cuanto á que estoy pensando
Qué es lo que me ha sucedido,
Es verdad, y estoy corrido
De estar creyendo y dudando,
Qué mujer es esta; pues
Cuando yo ser presumia
Dama de Félix, vivia
Sin discurrir: mas despues
Que estando conmigo ella,
De Félix la dama entró,
Y que me desengañó
De que era otra dama aquella,
Mayor deseo me ha dado
De saber quién es; pues puedo
Perder á su honor el miedo,
Que por Félix le he guardado.
CALAB. Yo bien pudiera decir
Quién es.
LISARDO. ¿Tú?
CALAB. Yo.
LISARDO. Dílo pues.
CALAB. ¡Vive Dios, que sé quién es!
LISARDO. Pues no me hagas discurrir.
CALAB. ¿Ella no es enredadora?
Quien es sé. ¿No es embustera?
Quien es sé. ¿No es bacillera?
Quien es sé. ¿No es habladora?
La misma razon lo enseña
Quien es, sí, jurado á Dios.
LISARDO. Dílo.
CALAB. Aquí para los dos...
LISARDO. Prosigue.
CALAB. Es alguna dueña.
LISARDO. ¡Qué disparate!

ESCENA V.

SILVIA. — DICHOS; *poco despues* DON FÉLIX.

SILVIA. Lisardo,
Que aquí me escucheis os pido.
CALAB. ¡Mujer! ¿de dónde has caido?
LISARDO. Ya lo que quieres aguardo.
SILVIA. Una dama, de quien vos
La casa, señor, sabeis,
Que á su ventana llameis
Esta noche os pide. Adios. (Vase.)
CALAB Tapada de las tapadas,
Oye.
LISARDO. Tente; ¿dónde vas?
CALAB. Deja, que no quiero más
De darla dos bofetadas,
Que las lleve á su señora...
LISARDO. ¿Hay quién tus locuras crea?
CALAB. Porque otra vez no me sea
Dueña engerta.
LISARDO. Escucha agora:
Pues que ya la noche fria,
En mal distinto arrebol,
Da priesa diciendo al sol
Que se vaya con el dia,
Y á mí esperándome están,
Dáme un broquel, y tú aquí
Me espera.
CALAB. ¿Yo esperar?
LISARDO Sí.
CALAB. Espere un judío de Oran;

Que á casa donde encerrado
Estuviste, y áun corrido,
Y hay padre de conocido
Y galan de imaginado,
No has de ir solo.

LISARDO. Sí he de ir.

(Sale Don Félix.)

D. FÉLIX. ¿Dónde, Lisardo?

LISARDO. No sé
Cómo callaros podré,
Ni cómo os podré decir
Lo que en Ocaña me pasa.
¿Teneis que hacer ahora?

D. FÉLIX. ¿Yo?
Ni en toda esta noche.

LISARDO. ¿No?

D. FÉLIX. No, que el fuego que me abrasa,
Por acrecentar su ardor,
Treguas por ahora ha dado.

LISARDO. Pues yo quiero mi cuidado
Fiaros ya sin temor;
Que si hasta aquí he suspendido
La relacion que empecé,
Respeto que os tuve fué;
Pero habiendo ya sabido
Que nada os puede tocar
Y sois quien sois en efeto,
De mi amor todo el secreto
Hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo, y sabreis,
Porque el tiempo no perdamos,
Extraños sucesos.

D. FÉLIX. Vamos;
Que mucha merced me harcis

En divertir el dolor,
De que mi pecho está lleno;
Porque de amor el veneno
Cure triaca de amor.

CALAB. Yo ¿qué he de hacer?

LISARDO. Esperar
Aquí en casa á que vengamos.

(Vanse Don Félix y Lisardo.)

ESCENA VI.

CALABAZAS.

¡Buenos, paciencia, quedamos,
Sin ver ni oir, á callar!
Cuando no tiene el servir
Otro gusto, otro placer,
Que escuchar para saber,
Y saber para decir,
Aun deste gusto me priva
El recatarse de mí.
Pues no ha de pasar así;
Así Calabazas viva,
Que por aquel mismo caso
Que aquí de mí se guardó
Tengo de seguirle yo.
Tras ellos, paso entre paso,
Tengo de irme rebozado;
Porque si yo, cual sospecho,
No le murmuro y acecho,
¿Para qué soy su criado? (Vase.)

Camino de Ocaña.

ESCENA VII.

FABIO, LELIO.

LELIO. Aliéntate, que ya estás
Cerca de Ocaña, señor.
FABIO. Es tan notable el dolor,
Lelio, que no puedo más;
Que aunque yo, por descansar,
De la yegua me apeé,
Y quise venir á pié
Este rato, por dejar
Con ejercicio vencido
El dolor de la caida,
Te confieso que en mi vida
No me he visto tan rendido
LELIO. Ello fué dicha, señor;
Pues apénas una legua
Andada, cayó la yegua,
Porque pudieras mejor
Volverte á tu casa, donde
Con más cuidado podrás
Curarte.
FABIO. A esta pierna más
Todo el dolor corresponde,
Que fué la que me cogió
Debajo.
LELIO. Súbete, pues
Irás ántes.
FABIO. Mejor es
Andar otro poco, y no

Dejar, Lelio, resfriar
La caida.

LELIO. Dices bien;
Mas considero tambien
Que ya ha empezado á cerrar
La noche, y que lo que andado
En tal parte se mejora,
Se llega más á deshora
A tu casa, y quizás, cuando
Ya recogida, no habrá
Modo de curarte.

FABIO. Bien
Dices: la yegua preven,
Que atada á ese tronco está,
Y vamos, si esto restaura
Mi salud; aunque yo creo
Que ir á casa no deseo,
Por no dar cuidado á Laura,
Que me quiere de manera,
Que temo que hoy ha de ser
Su fin, si me ve volver
Con una pena tan fiera.

LELIO. Como hija, claro está
Que lo sienta mi señora.

FABIO. Pondré que aquesta es la hora
Que está recogida ya.

LELIO. ¿Quién lo duda?

FABIO. ¡Oh cuánto siento
Haberla de despertar!
Mas no lo puedo excusar.
Lo que haré será, que atento
A su quietud, llamaré
Por la puerta principal;
Pues con prevencion igual

Podrá ser, pues que se ve
De su cuarto más distante,
No oirme.

LELIO. Dispon agora
Tu salud, que mi señora
Lo estimará.

FABIO. No te espante
Verme con tanta fineza;
Que soy en mi senectud,
Amante de su virtud,
Como otros de su belleza. (Vanse.)

Calle próxima á la casa de Fabio.

ESCENA VIII.

LISARDO, DON FÉLIX; *despues* CALABAZAS.

D. FÉLIX. Mucho me he holgado de oiros,
Por ser la novela extraña.

LISARDO. Esto es por mayor; que dejo
De contar mil circunstancias,
Por no cansaros, Don Félix;
Y pues sabeis que me aguarda,
Idos con Dios, que ya es la hora.

D. FÉLIX. Decirme á mí que una dama
Vais á ver, y haberme dicho
Que tuvisteis en su casa
Riesgo, y decir que me quede,
Son dos cosas muy contrarias;
Pues no soy de los amigos

Yo, con quien solo se hablan
Las cosas; que precio más
Las obras, que las palabras.
Id á lograr vuestro amor
Norabuena, que hasta el alba
Yo sabré estar en la calle.

LISARDO. A amistad, Don Félix, tanta,
Mal hiciera en resistirme.

(Sale Calabazas acechando.)

CALAB. (Ap.) Si cual veo lo que andan,
Lo que hablan viera, yo viera
Lo que andan y lo que hablan.
Llegarme quiero.

LISARDO. ¿Qué es esto?

D. FELIX. Un hombre, si no me engaña
La vista, que tras nosotros
Viene.

LISARDO. Pues sacad la espada.

D. FÉLIX. ¿Quién va?

CALAB. Nadie va; porque
No diz que va el que se pára.

D. FÉLIX. ¿Quién sois?

CALAB. Un hombre de bien.

LISARDO. Pues pase, si acaso pasa.

CALAB. No paso, que me hago hombre.

D. FÉLIX. Pues jugaré yo de espadas.

LISARDO. Dadle la muerte.

CALAB. ¡Detente!
¡Ay, ay! Señor, que me matas;
Que soy Calabazas.

D. FÉLIX. ¿Quién?

CALAB. Calabazas.

LISARDO. Calabazas,
¿Qué es esto?

CALAB. Es venir á ver
Dónde vais. (Danle los dos.)
D. FÉLIX. ¡Por Dios...!
CALAB. Ya basta.
LISARDO. Dejadle; no alboroteis,
Porque está cerca la casa
Que buscamos.
D. FÉLIX. ¿Hácia aquí
Vive, Lisardo, la dama
Que venís á ver?
LISARDO. Sí, Félix.
D. FÉLIX. ¿Y es bizarra?
LISARDO. Muy bizarra.
D. FÉLIX. ¿Tiene padre?
LISARDO. Sí.
D FÉLIX. ¿Y aquí
Os cerrasteis en la cuadra?
LISARDO. Sí.
D. FÉLIX. ¿Y estando ella con vos,
Entró la que me buscaba?
LISARDO. Sí.
D. FÉLIX. Ved que como la noche
Llena está de sombras pardas,
Más oscura que otras veces,
Pues áun la luna la falta,
Podrá ser que os engañeis.
LISARDO. No me engaño. A esta ventana
He de llamar, y esta puerta
Han de abrir.
CALAB. (Ap.) Ya sé la casa.
D. FÉLIX. (Ap.) ¿Esta ventana? ¿Esta puerta?
¡Ay de mí, el cielo me valga,
Que estas las de Laura son,
Para mí dos veces falsas!

LISARDO. Retiraos, porque yo
La seña, que es esta, haga.
(Hace la seña á la reja.)
D. FÉLIX. Si mal no me acuerdo (¡ay triste!)
En la relacion pasada
Dijisteis que la mujer,
Que para hablaros aguarda,
Es la que hoy escondida
Dentro de mi cuarto estaba.
LISARDO. Es verdad.
D. FÉLIX. Y que la otra
Que vino...

ESCENA I

CELIA.—DICHOS.

CELIA. (En la ventana.) Ce.
LISARDO. Ya me llaman.
CELIA. ¿Es Lisardo?
LISARDO. Sí, yo soy.
D. FÉLIX. (Ap.) Celia es ésta.
CELIA. Pues aguarda,
Abriré la puerta.
LISARDO. Ya
Conmigo habló la criada,
Y dice que viene á abrirme
La puerta.
D. FÉLIX. Antes que la abra,
Decid... (Abre la puerta Celia.)
LISARDO. No puede ser ántes.
D. FÉLIX. Si es...
LISARDO. Adios, porque me aguarda

D. FÉLIX. La dama...
CELIA. Entrad presto.
LISARDO. Luégo
Hablarémos. (Éntrase.)
(Al entrar Lisardo, quiere entrar Don Félix, y Celia cierra la puerta.)

ESCENA X.

DON FELIX, CALABAZAS.

D. FÉLIX. ¡Y en la cara
Con la puerta me dió Celia!
CALAB. Con cerradura no agravia
Una puerta, aunque es de palo;
Que el tener hierro la salva.
D. FÉLIX. (Ap.) ¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién vió confusiones tantas?
¿En casa de Laura, ¡cielos!
Viene buscando la dama
Que hoy de mi cuarto salió
Cuando entró en mi cuarto Laura?
Luego ella no puede ser.
Mas ¿quién ser puede en su casa?
¡Oh quién no la hubiera dicho
A Marcela que dejara
Para mañana el venir
Aquí; que ella lo apurara!
Pero miéntras más discurro,
Más lugar doy á mi infamia.
Pues no discurramos, celos,
Sino á ver la verdad clara
Caminemos más aprisa;

Pues ella es Laura, ó no es Laura:
Si no es ella, ¿qué se pierde
En desengañar mis ánsias?
¿Y qué se pierde, si es ella,
En perder la vida y alma,
Despues de Laura perdida?
La puerta en el suelo caiga.
Pero ¿cómo á esto me atrevo,
Si á Lisardo la palabra
Le he dado? ¿Pero qué importa
La amistad, la confianza,
El respeto, ni el decoro?
Que donde hay celos se acaba
Todo, porque no hay honor
Ni amistad que tanto valga.

(Da golpes á la puerta, para derribarla, y al mismo tiempo; más léjos, dan tambien golpes dentro.)

CALAB. ¿Qué haces, señor?
D. FÉLIX. Darte muerte...
CALAB. Si es posible, no lo hagas.
D. FÉLIX. Mas ¿qué golpes son aquellos?
CALAB. ¿De qué te admiras y espantas?
Otro será en otra parte
Que le habrá dado otra rabia,
Y da golpes á otra puerta.
FABIO. (Dentro.) Abre aquí, Celia, abre, Laura.
CELIA. (Dentro.) Mi señor es, ¡ay de mí!
D. FÉLIX. Fabio es aquel. (Cuchilladas dentro.)
FABIO. (Dentro.) ¡Esta infamia
Llego á ver!
CALAB. Por Dios, que allá
Ya han llegado á las espadas.
D. FÉLIX. ¡Mal haya la puerta!
CALAB. Amén. (Vanse.)

Sala en casa de Fabio.—La escena está á oscuras.

ESCENA XI.

LISARDO, *con* MARCELA *en los brazos*; *despues* FELIX Y CALABAZAS.

LISARDO. No temais, señora, nada;
Que, aunque llaman á esta puerta,
Seguro es quien á ella llama.
MARCEL. Con vos, Lisardo, he de ir;
Que como yo á vuestra casa
Llegue, nada hay que temer,
Si es que ella una vez me ampara.
LISARDO. Venid, y no os receleis
De un hombre que me acompaña.
MARCEL. ¿Es Félix?
LISARDO. Sí.
MARCEL. Pues mirad
Que es Félix...
LISARDO. ¿En qué reparas?
Ya no es tiempo de recatos.—
(Salen Don Félix y Calabazas.)
¿Félix?
D FÉLIX. ¿Quién va?
LISARDO. Mis desgracias.
D. FÉLIX. ¿Qué ha sido aquesto?
LISARDO. Que estando
Hablando con esta dama,
Vino su padre de fuera,
Llamó, y viendo que tardaban
En abrirle, derribó
La puerta y sacó la espada.

Porque se apagó la luz
Tuve lugar de librarla.
Llevadla; que yo me quedo
A guardaros las espaldas,
Para que ninguno os siga;
Que conmigo Calabazas
Quedará.

CALAB. No quedará.

D. FÉLIX. Mejor es con ella vaya,
Y nos quedemos los dos.

LISARDO. ¿Tan sola hemos de dejarla?
No es razon; pues la primera
Obligacion es la dama
En todo trance; así, Félix,
Vos solo habeis de llevarla,
Y ponerla en salvo.

D. FÉLIX. Es justo.
¿En fin, has venido, Laura, (Á Marcela.)
A mi poder?

MARCEL. (Ap.) ¡Ay de mí!

D. FÉLIX. (Ap.) Yo estoy muerto.

MARCEL. (Ap.) Estoy turbada.

D. FÉLIX. Ven conmigo; que aunque no
Mereces finezas tantas,
Soy quien soy, y he de librarte.

MARCEL. ¡Hay mujer más desdichada!

D. FÉLIX. ¡Hay hombre más infelice!

(Vanse Don Félix y Marcela.)

ESCENA XII.

FABIO, LELIO, *con luz,* Y CRIADOS *con las espadas desnudas.*—LISARDO, CALABAZAS.

FABIO. Aunque las fuerzas me faltan,
No las fuerzas del honor
Para tomar mil venganzas.
LISARDO. Deteneos, que ninguno
De aquí ha de pasar.
FABIO. Mi espada
Hará paso por el pecho
Vuestro. (Riñen todos.)
CALAB. ¡Infeliz Calabazas!
¿Quién te metió en acechar?
LISARDO. (Ap.) Pues que ya Félix se alarga,
Antes que aquí me conozcan
Mejor es volver la espalda;
Esto es valor, no temor. (Vase.)
FABIO. Espera, cobarde, aguarda.
CALAB. (Ap.) ¿Quién creyera que Lisardo
En la ocasion me dejara?
LELIO. Aquí se quedó uno dellos.
FABIO. Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?
CALAB. Deteneos, ¡por Dios!
FABIO. ¿Quién sois?
CALAB. Si es que el miedo no me engaña,
Un curioso impertinente.
FABIO. Dejad la espada.
CALAB. La espada
Es poca cosa; el sombrero,
La daga, el broquel, la capa,

La ropilla y los calzones.

FABIO. ¿Sois criado del que agravia
Esta casa?

CALAB. Sí señor;
Porque es *un agravia-casas*,
Que no se puede sufrir.

FABIO. ¿Quién es, y cómo se llama?

CALAB. Lisardo se llama, y es
Un soldado, camarada
De Félix.

FABIO. Porque no empiece
Por la menor mi venganza,
No te doy muerte.

CALAB. Haces bien.

FABIO. Y pues alguna luz hallan
Mis desdichas, á buscar
Iré á Félix. ¡Oh, mal haya
Casa con dos puertas, pues
Tan mal el honor se guarda! (Vanse.)

Casa de Don Félix.

ESCENA XIII.

DON FÉLIX Y MARCELA, *á oscuras*; *despues* HERRERA, LAURA Y SILVIA.

D. FÉLIX. (Dentro.) ¡Hola! traed aquí una luz.

HERRER. (Dentro.) Ya la llevo, si es que hallan
Luz unos ojos dormidos.

(Salen al paño Laura y Silvia.)

LAURA. (A Silvia.) Ya dentro del cuarto andan:

Escuchemos desde aquí.
D. FÉLIX. Ya por lo ménos, ingrata,
Ya por lo ménos no puedes
Negarme...
LAURA. (Ap.) Con mujer habla.
D. FÉLIX. En este lance, que eres
Mudable, inconstante, falsa,
Cruel, aleve, engañosa;
Pues á nadie desengañan
Más cara á cara sus celos.
MARCEL. (Ap.) Aquí mi vida se acaba.
D. FÉLIX. ¿Para esto viniste hoy
A mi casa?
LAURA. (Ap.) La que estaba
Tapada hoy es, pues la dice
Que hoy ha venido á su casa.
D. FÉLIX. En mi poder estás, mira
Si habrá disculpa. ¡Mal haya
Cuanto tiempo te he querido,
Cuantas penas, cuantas ánsias
Padecí, y cuantas finezas
Hizo mi amor por tu causa!
LAURA. ¿No escuchas cómo confiesa
Que la ha querido? ¿Qué aguarda
Mi paciencia?
SILVIA. ¿Dónde vas?
LAURA. No sé. (¡Ay Silvia, estoy turbada!)
A escucharle de más cerca.
D FÉLIX. ¡Oh cuánto con la luz tardas!
HERRER. (Dentro.) Ya va la luz.
MARCEL. (Ap.) ¿Qué he de hacer,
Si la trae?
D. FÉLIX. ¿No dices nada?
Pero si estás convencida,

¿Qué has de decir?

(Suéltala de la mano, vase retirando Marcela; y Laura viene á ponerse en medio de las dos; él la coge la mano, entendiendo que es Marcela.)

MARCEL. (Ap.) ¡Oh si hallara
Por donde irme; que á lo ménos
La vida así asegurara!

D. FÉLIX. Detente, no huyas, no huyas;
Que no quiero más venganza
De tí, que sepas que sé
Esto.

LAURA. (Ap.) Por otra me habla,
Y he de callar mis agravios
Hasta que las luces traigan,
Y vea que yo soy con quien
Está.

MARCEL. (Ap.) Confusa y turbada,
La puerta hallé de mi cuarto;
Este sagrado me valga,
Pues fué dicha estar abierta.

SILVIA. ¿Eres Laura?

MARCEL. No soy Laura.
¿Eres tú Silvia?

SILVIA. Yo soy.
¿Qué es esto?

MARCEL. Fortunas várias.
Cierra esa puerta, y conmigo
Ven, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

(Vanse, cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA XIV.

DON FÉLIX, LAURA; HERRERA, *que saca luz.*

HERRER. Ya están las luces aquí.
D. FÉLIX. Déjalas, y afuera aguarda.
(Vase Herrera, y cierra la puerta Don Félix.)
LAURA. (Ap.) ¡Aquí es ello, cuando vuelva
Á verme!
D. FÉLIX. En efecto, Laura,
Yo soy quien solo guardó
A sus celos las espaldas.
LAURA. (Ap.) ¿Qué esto? ¿Cómo de verme
Ni se turba ni embaraza?
D. FÉLIX. Sólo yo en el mundo traje
Para otro galan su dama.
Dí agora que yo te ofendo.
LAURA. ¡No está la deshecha mala!
¡Bien te alientas á fingir
La razon con que me agravias;
Pues viéndote convencido,
Cuando en tus brazos me hallas,
De haberme hablado por otra
A quien traes á tu casa,
Prosigues las quejas della
Conmigo!
D. FÉLIX. Sólo eso falta
A mi paciencia ofendida,
Que tú agora creer me hagas
Que hablaba con otra yo.
LAURA. ¿Pues, de qué, Felix, te espantas,
Si es verdad?

D. FÉLIX. ¿Pues dónde está
La mujer con quien yo hablaba?
LAURA. Si una casa con dos puertas
Mala es de guardar, repara
Que peor de guardar será,
Con dos puertas una sala.
Ya se fué.
D. FÉLIX. Laura, por Dios,
Que me dejes. Véte, Laura,
Que me harás perder el juicio,
Si quieres que yo no haya
Traídote aquí, porque
Estando (la voz me falta)
Tu padre fuera, Lisardo...
No puedo hablar.
LAURA. Tú te engañas;
Que yo escondida esta noche
En el cuarto de tu hermana
He estado, por sólo ver
Esto que á los dos nos pasa;
Y ella...
D. FÉLIX. Detente, que ahora
Lo veré.—¡Marcela, hermana!

ESCENA XV.

MARCELA, SILVIA.—DON FÉLIX, LAURA.

MARCEL. ¿Qué quieres? (Ap. Disimular
Importa, pues informada
Estoy de todo.)
D. FÉLIX. Di. ¿ha estado
Contigo esta noche Laura?

MARCEL. ¿Laura conmigo, señor,
A qué efecto? Yo mañana
Habia de ir á estar con ella;
Pero ¡ella conmigo!

LAURA. Aguarda.
¿No vine esta tarde yo
A pedirte que en tu casa
Me tuvieras? ¿Y á la mia
Tú...?

MARCEL. No prosigas, que nada
De eso es verdad.

D. FÉLIX. Laura, ¿ves
Qué mal te salió la traza?
¿Estáse esotra en su cuarto
Recogida y retirada,
Y dices que estás con ella?

LAURA. Pues tú, Marcela, me agravias.

MARCEL. (Ap. á Laura.) Sí, que soy primero yo.

LAURA. Pues tanto me apuras, salgan
Verdades á luz. Marcela
Ha sido... (Llaman dentro.)

SILVIA. A la puerta llaman.

LISARDO. (Dentro.) Abrid, Don Félix.

D. FÉLIX. Agora
Verás que todo se acaba;
Pues tu galan, Laura, viene.

LAURA. Ahí tengo yo mi esperanza.

MARCEL. (Ap.) Aquí se deshace todo.
¡Quién á Lisardo avisara
De mi peligro! (Retírase á un lado.)

ESCENA XVI.

LISARDO.—DICHOS.

LISARDO. Don Félix,
Porque ninguno llegara
A seguirme, tardé. ¿Dónde
Habeis puesto aquella dama?
D. FÉLIX. Veisla aquí; pero primero
Que acabe con mi esperanza
El verla en vuestro poder,
Me habeis de sacar el alma.
LISARDO. Hasta agora no creí
Que caballeros, engañan,
De vuestras obligaciones,
A los que dellos se amparán.
La dama que os entregué,
Os pido.
D. FÉLIX. ¿No es esta dama
La que me entregasteis?
LISARDO. No.
D. FÉLIX. ¡Sólo aquesto me faltaba
Para acabar de perder
La paciencia!
MARCEL. (Ap.) ¡Ay desdichada!
LISARDO. Si esta suponeis, Don Félix,
Porque os obliga otra causa,
Hablad más claro conmigo.
LAURA. Yo de confusiones tantas
Os sacaré.—Dí, Lisardo,
¿Es ésta á quien buscas y amas?
LISARDO. Esta es. Sí, aquí la teneis.

¿Qué os ha obligado á ocultarla?

LAURA. (A Don Félix.) ¡Mira si estaba en su cuarto,
Recogida y retirada!
Primero soy yo, Marcela. (Ap. á ella.)

D. FÉLIX. Corrido estoy; esta daga
Dé á una vil hermana muerte.

MARCEL. Lisardo, mi vida ampara.

LISARDO. (Poniéndose delante.)
¿Hermana de Félix sois?

D. FÉLIX. Y en quien tomaré venganza.

LISARDO. Sabeis quién soy, y es preciso
Defenderla y ampararla
Por mujer.

D. FÉLIX. Tambien sabeis
Quién yo soy, y que en mi casa
Ménos que quien sea su esposo,
No ha de atreverse á mirarla.

LISARDO. Luego con serlo quedamos
Bien los dos.

ESCENA XVII.

FABIO, CALABAZAS, CRIADOS.—DICHOS.

FABIO. Esta es la casa,
Entrad.

D. FÉLIX. ¿Qué es esto?

FABIO. Esto, Félix,
Es honor.

CALAB. (Ap.) ¡Qué linda danza
Se va urdiendo!

FABIO. ¿Dónde está
Un Lisardo, camarada

Vuestro?

LISARDO. Yo soy; porque nunca
A nadie escondí la cara.

CALAB. (Ap.) Nunca la cara escondió,
Pero volvió las espaldas.

FABIO. ¡Oh traidor!

D. FÉLIX. Fabio, teneos;

(Pónense los dos á un lado.)

Que la cólera os engaña.
El enojo que traeis,
Si ha sido la ocasion Laura,
Es conmigo, y me ha tocado
Como á mi esposa guardarla.

FABIO. No tengo qué responderos,
Si Laura con vos se casa.

D. FÉLIX. Pues para que veais si es cierto,
Aquesta es mi mano, Laura.
Y pues el haber tenido
Dos puertas esta y tu casa,
Causa fué de los engaños
Que á mí y Lisardo nos pasan,
De la *Casa con dos puertas*,
Aquí la comedia acaba.

LA DAMA DUENDE.

PERSONAS.

DON MANUEL.
DON LUIS.
DON JUAN.
COSME, *gracioso.*
RODRIGO, *criado.*
DOÑA ANGELA.
DOÑA BEATRIZ.
CLARA, *criada.*
ISABEL, *criada.*
Criados.
Gente.

La escena pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, COSME, *vestidos de camino.*

D. MAN. Por una hora no llegamos
A tiempo de ver las fiestas,
Con que Madrid generosa
Hoy el bautismo celebra
Del primero Baltasar (1).

COSME. Como esas cosas se aciertan,
O se yerran por un hora.
Por una hora que fuera
Antes Píramo á la fuente,
No hallara á su Tisbe muerta:
Y las moras no mancharan;
Porque dicen los poetas
Que con arrope de moras
Se escribió aquella tragedia.
Por un hora, que tardara
Tarquino hallara á Lucrecia

(1) El príncipe Don Baltasar Cárlos, hijo de Felipe IV, nació á 17 de Octubre de 1629.

Recogida; con lo cual
Los autores no anduvieran,
Sin ser vicarios, llevando
A salas de competencias
La causa, sobre saber
Si hizo fuerza, ó no hizo fuerza.
Por un hora que pensara
Si era bien hecho ó no era,
Echarse Hero de la torre,
No se echara, es cosa cierta;
Con que se hubiera excusado
El doctor Mira de Méscua
De haber dado á los teatros
Tan bien escrita comedia;
Y haberla representado
Amarílis tan de véras,
Que volatin del carnal
(Si otros son de la cuaresma),
Sacó más de alguna vez
Las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido
Por un hora tan gran fiesta,
No por un hora perdamos
La posada; que si llega
Tarde Abindarraez, es ley
Que haya de quedarse afuera;
Y estoy rabiando por ver
Este amigo que te espera,
Como si fueras galan
Al uso, con cama y mesa,
Sin saber cómo ó por dónde
Tan grande dicha nos venga;
Pues, sin ser los dos torneos,
Hoy á los dos nos sustenta.

D. Man. Don Juan de Toledo es, Cosme,
El hombre que más profesa
Mi amistad, siendo los dos
Envidia, ya que no afrenta
De cuantos la antigüedad
Por tantos siglos celebra.
Los dos estudiamos juntos,
Y pasando de las letras
A las armas, los dos fuimos
Camaradas en la guerra.
En las de Piamonte, cuando
El señor duque de Feria
Con la jineta me honró,
Le dí, Cosme, mi bandera.
Fué mi alférez; y despues,
Sacando de una refriega
Una penetrante herida,
Le curé en mi cama mesma.
La vida, despues de Dios,
Me debe: dejo otras deudas
De menores intereses,
Que entre nobles es bajeza
Referirlas; pues por eso
Pintó la docta academia
Al galardon, una dama
Rica, y las espaldas vueltas;
Dando á entender, que, en haciendo
El beneficio, es discreta
Accion olvidarse dél;
Que no le hace el que le acuerda.
En fin, Don Juan obligado
De amistades y finezas,
Viendo que su Majestad
Con este gobierno premia

Mis servicios, y que vengo
De paso á la corte, intenta
Hoy hospedarme en su casa
Por pagarme con las mesmas;
Y aunque á Búrgos me escribió
De casa y calle las señas,
No quise andar preguntando
A caballo dónde era;
Y así dejé en la posada
Las mulas y las maletas,
Yendo hácia donde me dice.
Ví las galas y libreas,
E informado de la causa,
Quise, aunque de paso, verlas.
Llegamos tarde en efecto,
Porque...

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, ISABEL, *tapadas*.—DICHOS.

D.ª ANG. Si, como lo muestra
El traje, sois caballero
De obligaciones y prendas,
Amparad á una mujer
Que á valerse de vos llega.
Honor y vida me importa
Que aquel hidalgo no sepa
Quién soy, y que no me siga.
Estorbad, por vida vuestra,
A una mujer principal
Una desdicha, una afrenta;
Que podrá ser que algun dia...

¡Adios, adios, que voy muerta!

(Vanse las dos muy aprisa.)

COSME. ¿Es dama, ó es torbellino?

D. MAN. ¡Hay tal suceso!

COSME. ¿Qué piensas
Hacer?

D. MAN. ¿Eso me preguntas?
¿Cómo puede mi nobleza
Excusarse de estorbar
Una desdicha, una afrenta?
Que, segun muestra, sin duda
En su marido.

COSME. ¿Y qué intentas?

D. MAN. Detenerle con alguna
Industria; mas, si con ella
No puedo, será forzoso
El valerme de la fuerza,
Sin que él entienda la causa.

COSME. Si industria buscas, espera,
Que á mí se me ofrece una.
Esta carta, que encomienda
Es de un amigo, me valga.

ESCENA III.

DON LUIS, RODRIGO.—DON MANUEL, COSME.

D. LUIS. Yo tengo de conocerla,
No mas de por el cuidado
Con que de mí se recela.

RODRIGO. Síguela, y sabrás quién es.

(Llega Cosme, y retírase Don Manuel.)

COSME. Señor, aunque con vergüenza

Llego: vuesarced me haga
Tan gran merced, que me lea
A quién esta carta dice.

D. Luis. No voy agora con flema. (Detiénele Cosme.)

Cosme. Pues si flema sólo os falta,
Yo tengo cantidad de ella,
Y podré partir con vos.

D. Luis. Apartad.

D. Man. (Ap.) ¡Oh qué derecha,
Es la calle! Aun no se pierden
De vista.

Cosme. Por vida vuestra...

D. Luis. ¡Vive Dios, que sois pesado,
Y os romperé la cabeza,
Si mucho me haceis...!

Cosme. Por eso
Os haré poco.

D. Luis. Paciencia
Me falta para sufriros.
¡Apartad de aquí! (Empújale.)

D. Man. (Ap. Ya es fuerza,
Llegar. Acabe el valor
Lo que empezó la cautela.)
Caballero, ese criado (Llega.)
Es mio, y no sé que pueda
Haberos hoy ofendido,
Para que de esa manera
Le atropelleis.

D. Luis. No respondo
A la duda ó á la queja,
Porque nunca satisfice
A nadie. Adios.

D. Man. Si tuviera
Necesidad mi valor

De satisfacciones, crea
Vuestra arrogancia de mí,
Que no me fuera sin ella.
Preguntar en qué os ofende,
En qué os agravia ó molesta,
Merece más cortesía:
Y pues la corte la enseña,
No la pongais el mal nombre,
De que un forastero venga
A enseñarla á los que tienen
Obligacion de saberla.

D. LUIS. Quien pensare que no puedo
Enseñarla yo...

D. MAN. La lengua
Suspended, y hable el acero.

D. LUIS. Decís bien. (Sacan las espadas, y riñen.

COSME. ¡Oh quién tuviera
Gana de reñir!

RODRIGO. Sacad
La espada vos.

COSME. Es doncella,
Y sin cédula ó palabra,
No puedo sacarla.

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, CLARA, *con mantos.*—DON JUAN Y GENTE.—DICHOS.

D. JUAN. Suelta,
Beatriz.

D.ª BEAT. No has de ir.

D. JUAN. Mira que es

Con mi hermano la pendencia.

D.ª BEAT. ¡Ay de mí triste!

D. JUAN. A tu lado (A Don Luis.)
Estoy.

D. LUIS. Don Juan, tente, espera;
Que, más que á darme valor,
A hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero,
Quien no excusó la pendencia
Solo, estando acompañado,
Bien se ve que no la deja
De cobarde. Idos con Dios;
Que no sabe mi nobleza
Reñir mal, y más con quien
Tanto brío y valor muestra.
Idos con Dios.

D. MAN. Yo os estimo
Bizarría y gentileza;
Pero si de mí, por dicha,
Algun escrúpulo os queda,
Me hallareis donde quisiereis.

D. LUIS. Norabuena.

D. MAN. Norabuena.

D. JUAN. ¡Qué es lo que miro y escucho!
¡Don Manuel!

D. MAN. ¡Don Juan!

D. JUAN. Suspensa
El alma no determina
Qué hacer, cuando considera
Un hermano y un amigo
(Que es lo mismo) en diferencia
Tal, y hasta saber la causa,
Dudaré.

D. LUIS. La causa es esta:

Volver por ese criado
Este caballero intenta,
Que necio me ocasionó
A hablarle mal. Todo cesa
Con esto.

D. JUAN. Pues siendo así,
Cortés me darás licencia,
Para que llegue á abrazarle.
El noble huésped, que espera
Nuestra casa, es el señor
Don Manuel. Hermano, llega;
Que dos, que han reñido iguales,
Desde aquel instante quedan
Más amigos; pues ya hicieron
De su valor experiencia.
Dadme los brazos.

D. MAN. Primero
Que á vos os los dé, me lleva
El valor que he visto en él,
A que al servicio me ofrezca
Del señor Don Luis.

D. LUIS. Yo soy
Vuestro amigo, y ya me pesa
De no haberos conocido,
Pues vuestro valor pudiera
Haberme informado.

D. MAN. El vuestro
Escarmentado me deja.
Una herida en esta mano
He sacado.

D. LUIS. Más quisiera
Tenerla mil veces yo.

COSME. ¡Qué cortesana pendencia!

D. JUAN. Venid al punto á curaros.

Tú, Don Luis, aquí te queda
Hasta que tome su coche
Doña Beatriz, que me espera;
Y desta descortesía
Me disculparás con ella.—
Venid, señor, á mi casa,
Mejor dijera á la vuestra,
Donde os cureis.

D. MAN. Que no es nada.

D. JUAN. Venid presto.

D. MAN. (Ap.) ¡Qué tristeza
Me ha dado que me reciba
Con sangre Madrid!

D. LUIS. (Ap.) ¡Qué pena
Tengo de no haber podido
Saber qué dama era aquella!

COSME. (Ap.) ¡Qué bien merecido tiene
Mi amo lo que se lleva,
Porque no se meta á ser
Don Quijote de la legua!

(Vanse Don Manuel, Don Juan y Cosme.

ESCENA V.

DON LUIS, DOÑA BEATRIZ, CLARA, RODRIGO.

D. LUIS. Ya la tormenta pasó:
Otra vez, señora, vuelva
A restituir las flores,
Que agora marchita y seca,
De vuestra hermosura el hielo
De un desmayo.

D.ª BEAT. ¿Dónde queda

Don Juan?

D. LUIS. Que le perdoneis
Os pide; porque le llevan
Forzosas obligaciones,
Y el cuidar con diligencia
De la salud de un amigo
Que va herido.

D.ª BEAT. ¡Ay de mí! ¡Muerta
Estoy! ¿Es Don Juan?

D. LUIS. Señora,
No es Don Juan; que no estuviera,
Estando herido mi hermano,
Yo con tan grande paciencia.
No os asusteis; que no es justo
Que sin que él la herida tenga,
Tengamos entre los dos,
Yo el dolor y vos la pena:
Digo dolor, el de veros
Tan postrada, tan sujeta
A un pesar imaginado,
Que hiere con mayor fuerza.

D.ª BEAT. Señor Don Luis, ya sabeis
Que estimo vuestras finezas,
Supuesto que lo merecen
Por amorosas y vuestras;
Pero no puedo pagarlas;
Que esto han de hacer las estrellas
Y no hay de lo que no hacen,
Quien las tome residencia.
Si lo que ménos se halla,
Es hoy lo que más se precia
En la corte, agradeced
El desengaño, siquiera
Por ser cosa que se halla

Con dificultad en ella.
Quedad con Dios.
(Vanse Doña Beatriz y Clara.)

ESCENA VI.

DON LUIS, RODRIGO.

D. LUIS. Id con Dios.—
No hay accion que me suceda
Bien, Rodrigo. Si una dama
Veo airosa, y conocerla
Solicito, me detienen
Un necio y una pendencia;
Que no sé cuál es peor:
Si riño, y mi hermano llega,
Es mi enemigo su amigo:
Si por disculpa me deja
De una dama, es una dama
Que mil pesares me cuesta:
De suerte que una tapada
Me huye, un necio me atormenta,
Un forastero me mata,
Y un hermano me le lleva
A ser mi huésped á casa,
Y otra dama me desprecia.
¡De mal anda mi fortuna!
RODRIGO. De todas aquesas penas
¿Qué sé la que sientes más?
D. LUIS. No sabes.
RODRIGO. ¿Que la que llegas
A sentir más, son los celos
De tu hermano y Beatriz bella?

D. Luis. Engáñaste.
Rodrigo. ¿Pues cuál es?
D. Luis. Si tengo de hablar de véras,
(De tí sólo me fiara)
Lo que más siento es que sea
Mi hermano tan poco atento,
Que llevar á casa quiera
Un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
Viuda y moza, y como sabes,
Tan de secreto, que apénas
Sabe el sol que vive en casa;
Porque, Beatriz, por ser deuda,
Solamente la visita.
Rodrigo. Ya sé que su esposo era
Administrador en puerto
De mar de unas reales rentas
Y quedó debiendo al Rey
Grande cantidad de hacienda,
Y ella á la corte se vino
De secreto, donde intenta,
Escondida y retirada,
Componer mejor sus deudas:
Y esto disculpa á tu hermano;
Pues, si mejor consideras
Que su estado no la da
Ni permision, ni licencia
De que nadie la visite,
Y que, aunque tu huésped sea
Don Manuel, no ha de saber
Que en casa, señor, se encierra
Tal mujer, ¿qué inconveniente
Hay en admitirle en ella?
Y más habiendo tenido

Tal recato y advertencia,
Que para su cuarto ha dado
Por otra calle la puerta,
Y la que salia á la casa,
Por desmentir la sospecha,
De que el cuidado la habia
Cerrado, ó porque pudiera
Con facilidad abrirse,
Otra vez, fabricó en ella
Una alacena de vidrios,
Labrada de tal manera,
Que parece que jamás
En tal parte ha habido puerta.

D. Luis. ¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas
Darme muerte; pues ya dices
Que no ha puesto por defensa
De su honor más que unos vidrios,
Que al primer golpe se quiebran. (Vanse.)

Habitacion de Doña Ángela en casa de Don Juan.

ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA, ISABEL.

D.ª Ang. Vuélveme á dar, Isabel,
Esas tocas (¡pena esquiva!),
Vuelve á amortajarme viva,
Ya que mi suerte cruel
Lo quiere así.

ISABEL. Toma presto;
Porque si tu hermano viene
Y alguna sospecha tiene,
No la confirme con esto,
De hallarte de la manera
Que hoy en Palacio te vió.

D.ª ANG. ¡Válgame el cielo! Que yo
Entre dos paredes muera,
Donde apénas el sol sabe
Quién soy, pues la pena mia
En el término del dia
Ni se contiene, ni cabe:
Donde inconstante la luna,
Que aprende influjos de mí,
No puede decir: «Ya ví
Que lloraba su fortuna.»
Donde en efecto encerrada
Sin libertad he vivido,
Porque enviudé de un marido,
Con dos hermanos casada:
¡Y luego delito sea,
Sin que toque en liviandad,
Depuesta la autoridad,
Ir donde tapada vea
Un teatro en quien la fama,
Para su aplauso inmortal,
Con acentos de metal
A voces de bronce llama!
¡Suerte injusta, dura estrella!

ISABEL. Señora, no tiene duda
El que mirándote viuda,
Tan moza, bizarra y bella,
Tus hermanos cuidadosos
Te celen; porque este estado

Es el más ocasionado
A delitos amorosos;
Y más en la corte hoy,
Donde se han dado en usar
Unas viuditas de azar,
Que al cielo mil gracias doy
Cuando en la calle las veo
Tan honestas, tan fruncidas,
Tan beatas, y aturdidas;
Y en quedándose en manteo
Es el mirarlas contento;
Pues sin toca y devocion,
Saltan más á cualquier són,
Que una pelota de viento.
Y este discurso doblado
Para otro tiempo, señora,
¿Cómo no habemos agora
En el forastero hablado,
A quien tu honor encargaste,
Y tu galan hoy le hiciste?

D.ª Áng. Parece que me leiste
El alma en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido,
No por él, sino por mí;
Porque despues, cuando oí
De las cuchilladas ruido,
Me puse (mas son quimeras),
Isabel, á imaginar
Que él habia de tomar
Mi disgusto tan de véras,
Que habia de sacar la espada
En mi defensa. Yo fuí
Necia en empeñarle así;
Mas una mujer turbada

¿Qué mira ó qué considera?
ISABEL. Yo no sé si lo estorbó;
Mas sé que no nos siguió
Tu hermano más.
D.ª ÁNG. Oye, espera.

ESCENA VIII.

DON LUIS.—DOÑA ÁNGELA, ISABEL.

D. LUIS. ¡Ángela!
D.ª ÁNG. Hermano y señor,
Turbado y confuso vienes.
¿Qué ha sucedido, qué tienes?
D. LUIS. Harto tengo, tengo honor.
D.ª ÁNG. (Ap.) ¡Ay de mí! sin duda es
Que Don Luis me conoció.
D. LUIS. Y así siento mucho yo
Que te estimen poco.
D.ª ÁNG. Pues
¿Has tenido algun disgusto?
D. LUIS. Lo peor es que cuando vengo
A verte, el disgusto tengo
Que tuve, Angela.
ISABEL. (Ap.) ¿Otro susto?
D.ª ÁNG. Pues yo, ¿en qué te puedo dar,
Hermano, disgusto? Advierte...
D. LUIS. Tú eres la causa; y el verte...
D.ª ÁNG. ¡Ay de mí!
D. LUIS. Angela, estimar
Tan poco de nuestro hermano...
D.ª ÁNG. (Ap.) Eso sí.
D. LUIS. Pues cuando vienes

Con los disgustos que tienes,
Cuidado te da. No en vano
El enojo que tenia
Con él, el huésped pagó;
Pues sin conocerle yo,
Hoy le he herido en profecía.

D.ª ÁNG. Pues ¿cómo fué?

D. LUIS. Entré en la plaza
De Palacio, hermana, á pié,
Hasta el palenque; porqué
Toda la desembaraza
De coches y caballeros
La guardia. A un corro me fuí
De amigos, adonde ví
Que alegres y lisonjeros
Los tenia una tapada,
A quien todos celebraron
Lo que dijo, y alabaron
De entendida y sazonada.
Desde el punto que llegué,
Otra palabra no habló,
Tanto que á alguno obligó
A preguntarla por qué
Porque yo llegaba, habia
Con tanto extremo callado.
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocia,
Y no pude; porque ella
Le puso más en taparse,
En esconderse y guardarse.
Viendo que no pude verla,
Seguirla determiné:
Ella siempre atras volvia
A ver si yo la seguia,

Cuyo gran cuidado fué
Espuela de mi cuidado.
Yendo desta suerte pues,
Llegó un hidalgo, que es
De nuestro huésped criado,
A decir que le leyese
Una carta; respondí
Que iba de prisa, y creí
Que detenerme quisiese
Con este intento, porqué
La mujer le habló al pasar;
Y tanto dió en porfiar,
Que le dije no sé qué.
Llegó en aquella ocasion,
En defensa del criado,
Nuestro huésped, muy soldado.
Sacamos en conclusion
Las espadas. Todo es esto;
Pero más pudiera ser.

D.ª ÁNG. ¡Miren la mala mujer
En qué ocasion te habia puesto!
Que hay mujeres tramoyeras.
Pondré, que no conocia
Quién eras y que lo hacia
Sólo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo
De decir (si bien te acuerdas)
Que mires que no te pierdas
Por mujercillas, que no
Saben más que aventurar
Los hombres.

D. LUIS. ¿En qué has pasado
La tarde?

D.ª ANG. En casa me he estado,

Entretenida en llorar.

D. LUIS. ¿Háte nuetro hermano visto?

D.ª ANG. Desde esta mañana no
Ha entrado aquí.

D. LUIS. ¡Qué mal yo
Estos descuidos resisto!

D.ª ANG. Pues deja los sentimientos;
Que al fin sufrirle es mejor;
Que es nuestro hermano mayor,
Y comemos de alimentos.

D. LUIS. Si tú estás tan consolada,
Yo tambien; que yo por tí
Lo sentia. Y porque así
Veas no dárseme nada,
A verle voy, y áun con él
Haré una galantería. (Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA, ISABEL.

ISABEL. ¿Qué dirás, señora mia,
Despues del susto cruel,
De lo que en casa nos pasa?
Pues el que hoy ha defendido
Tu vida, huésped y herido
Le tienes dentro de casa.

D.ª ANG. Yo, Isabel, lo sospeché
Cuando de mi hermano oí
La pendencia, y cuando ví
Que el herido el huésped fué.
Pero áun bien no lo he creido;
Porque caso extraño fuera

Que un hombre á Madrid viniera,
Y hallase recien venido,
Una dama que rogase
Que su vida defendiese,
Un hermano que le hiriese
Y otro que le aposentase.
Fuera notable suceso;
Y aunque todo puede ser,
No lo tengo de creer
Sin verlo.

ISABEL. Y si para eso
Te dispones, yo bien sé
Por dónde verle podrás,
Y áun más que verle.

D.ª ANG. Tú estás
Loca. ¿Cómo, si se ve
De mi cuarto tan distante,
El suyo?

ISABEL. Parte hay por donde
Este cuarto corresponde
Al otro: esto no te espante.

D.ª ANG. No porque verlo deseo,
Sino sólo por saber,
Dime, ¿cómo puede ser?
Que lo escucho y no lo creo.

ISABEL. ¿No has oido que labró
En la puerta una alacena
Tu hermano?

D.ª ANG. Ya lo que ordena
Tu ingenio he entendido yo.
Dirás que pues es de tabla,
Algun agujero hagamos
Por donde al huésped veamos.

ISABEL. Más que eso mi ingenio entabla.

D.ª Ang. Dí.

Isabel. Por cerrar y encubrir
La puerta que se tenía,
Y que á este jardin salía,
Y poder volverla á abrir,
Hizo tu hermano poner
Portátil una alacena.
Está (aunque de vidrios llena)
Se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien; porque, cuando
La alacena aderecé,
La escalera la arrimé,
Y ella se fué desclavando
Poco á poco: de manera,
Que todo junto cayó,
Y dimos en tierra yo,
Alacena y escalera;
De suerte, que en falso agora
La tal alacena está,
Y, apartándose, podrá
Cualquiera pasar, señora.

D.ª Ang. Esto no es determinar,
Sino prevenir primero.
Ves aquí, Isabel, que quiero
A esotro cuarto pasar,
Y he quitado la alacena.
Por allá, ¿no se podrá
Quitar tambien?

Isabel. Claro está;
Y para hacerla más buena,
En falso se han de poner
Dos clavos, para advertir
Que sólo la sepa abrir
El que lo llega á saber.

D.ª ANG. Al criado que viniere
Por luz y por ropa, dí
Que vuelva á avisarte á tí,
Si acaso el huésped saliere
De casa; que, segun creo,
No le obligará la herida
A hacer cama.

ISABEL. ¿Y, por tu vida,
Irás?

D.ª ANG. Un necio deseo
Tengo de saber si es él
El que mi vida guardó:
Porque, si le cuesto yo
Sangre y cuidado, Isabel,
Es bien mirar por su herida,
Si es que segura del miedo
De ser conocida, puedo
Ser con él agradecida.
Vamos, que tengo de ver
La alacena; y si pasar
Puedo al cuarto, he de cuidar,
Sin que él lo llegue á entender,
Desde aquí de su regalo.

ISABEL. Notable cuento será.
Mas ¿si lo cuenta?

D.ª ANG. No hará,
Que hombre, que su esfuerzo igualo
A su gala y discrecion,
Puesto que de todo ha hecho
Noble experiencia en mi pecho
En la primera ocasion,
De valiente en lo arrestado,
De galan en lo lucido,
En el modo de entendido.

No me ha de causar cuidado
Que diga suceso igual;
Que fuera notable mengua
Que echara una mala lengua
Tan buenas partes á mal. (Vanse.)

Cuarto de Don Manuel.—Una alacena movible, hecha con anaqueles; vidrios en ella. Un brasero, etc.

ESCENA X.

DON JUAN, DON MANUEL, UN CRIADO *con luz; despues* DON LUIS, Y OTRO CRIADO.

D. JUAN. Acostaos, por mi vida.
D. MAN. Es tan poca la herida,
Que ántes, Don Juan, sospecho
Que parece melindre el haber hecho
Caso ninguno della.
D. JUAN. Harta ventura ha sido de mi estrella;
Que no me consolara
Jamás, si este contento me costará
El pesar de teneros
En mi casa indispuesto, y el de veros
Herido por la mano
(Si bien no ha sido culpa) de mi hermano.
D. MAN. Él es buen caballero,
Y me tiene envidioso de su acero,
De su estilo admirado,
Y he de ser muy su amigo y su criado.

(Llega Don Luis y un criado con un azafate cubierto, y en él un aderezo de espada.)

D. Luis. Yo, señor, lo soy vuestro,
Como en la pena que recibo muestro,
Ofreciéndôs mi vida;
Y porque el instrumento de la herida
En mi poder no quede,
Pues ya agradarme ni servirme puede,
Bien como aquel criado
Que á su señor algun disgusto ha dado,
Hoy de mí lo despido.
Esta es, señor, la espada que os ha herido;
A vuestras plantas viene
A pediros perdon, si culpa tiene.
Tome vuestra querella
Con ella en mí venganza de mí y della.

D. Man. Sois valiente y discreto:
En todo me venceis. La espada aceto,
Porque siempre á mi lado
Me enseñe á ser valiente. Confiado
Desde hoy vivir procuro;
Porque ¿de quién no vivirá seguro
Quien vuestro acero ciñe generoso?
Que él solo me tuviera temeroso.

D. Juan. Pues Don Luis me ha enseñado
A lo que estoy por huésped obligado,
Otro regalo quiero
Que recibais de mí.

D. Man. ¡Qué tarde espero
Pagar tantos favores!
Los dos os competís en darme honores.

ESCENA XI.

COSME, *cargado de maletas y cojines.*—DICHOS.

COSME. Docientos mil demonios
De su furia infernal den testimonios,
Volviéndose inclementes
Docientas mil serpientes,
Que, asiéndome, de un vuelo
Den conmigo de patas en el cielo,
Del mandato oprimidos
De Dios, por justos juicios compelidos;
Si vivir no quisiera sin injurias
En Galicia ó Astúrias,
Antes que en esta corte.
D. MAN. Reporta...
COSME. El reportorio se reporte.
D. JUAN. ¿Qué dices?
COSME. Lo que digo;
Que es traidor quien da paso á su enemigo.
D. LUIS. ¿Qué enemigo? Detente.
COSME. El agua de una fuente y otra fuente.
D. MAN. ¿Y por eso te inquietas?
COSME. Venía de cojines y maletas
Por la calle cargado,
Y en una zanja de una fuente he dado,
Y así lo traigo todo
(Como dice el refran) puesto de lodo.
¿Quién esto en casa mete?
D. MAN. Véte de aquí, que estás borracho. Véte.
COSME. Si borracho estuviera,
Ménos mi enojo con el agua fuera.
Cuando en un libro leo de mil fuentes
Que vuelven várias cosas sus corrientes,

No me espanto, si aquí ver determino,
Que nace el agua á convertirse en vino.

D. MAN. Si él empieza, en un año
No acabará.

D. JUAN. Él tiene humor extraño.

D. LUIS. Sólo de tí queria
Saber (si sabes lêr, como este dia
En el libro citado
Muestras) ¿por qué pediste tan pesado
Que una carta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME. Porque sé lêr en libros y no en cartas.

D. LUIS. Está bien respondido.

D. MAN. Que no hagais caso dél, por Dios os pido.
Ya le ireis conociendo,
Y sabreis que es burlon.

COSME. Hacer pretendo
De mis burlas alarde.
Para alguna os convido.

D. MAN. Pues no es tarde,
Porque me importa, hoy quiero
Hacer una visita.

D. JUAN. Yo os espero
Para cenar.

D. MAN. Tú, Cosme, esas maletas
Abre, y saca la ropa; no las metas
Hasta limpiarlas harto.

D. JUAN. Si quisieres cerrar, esta es del cuarto
La llave; que aunque tengo
Llave maestra, por si acaso vengo
Tarde, más que las dos, otra no tiene,
Ni otra puerta tampoco, (Ap. Así conviene.)
Y en el cuarto la deja, y cada dia
Vendrán á aderezarle.

(Vanse todos, menos Cosme.)

ESCENA XII.

COSME.

Hacienda mia,
Ven acá; que yo quiero
Visitarte primero;
Porque ver determino
Cuánto habemos sisado en el camino;
Que, como en las posadas
No se hilan las cuentas tan delgadas
Como en casa, que vive en sus porfías
La cuenta y la razon por lacerías,
Hay mayor aparejo de provecho,
Para meter la mano, no en mi pecho,
Sino en la bolsa ajena.
(Abre la maleta, y saca una bolsa.)
Hallé la propia; buena está y rebuena,
Pues aquesta jornada
Subió doncella, y se apeó preñada.
Contarlo quiero, aunque es tiempo perdido,
Porque yo ¿qué borregos he vendido
A mi señor para que mire y vea
Si está cabal? Lo que ello fuere sea.
Su maleta es aquesta:
Ropa quiero sacar, por si se acuesta
Tan presto; que él mandó que hiciese esto.
¿Mas porque él lo mandó, se ha de hacer pres-
Por haberlo él mandado [to?
Antes no lo he de hacer, que soy criado.
Salirme un rato es justo

A rezar á una ermita. ¿Tendrás gusto
Desto, Cosme?—Tendré.—Pues, Cosme, vamos
Que ántes son nuestros gustos que los amos.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA ÁNGELA, ISABEL, *que salen por la puerta disimulada con la alacena.*

ISABEL. Que está el cuarto solo dijo
Rodrigo, porque el tal huésped
Y tus hermanos se fueron.

D.ª ANG. Por eso pude atreverme
A hacer sola esta experiencia.

ISABEL. ¿Ves que no hay inconveniente
Para pasar hasta aquí?

D.ª ANG. Ántes, Isabel, parece
Que todo cuanto previne
Yo, fué muy impertinente,
Pues con ninguno encontramos;
Que la puerta fácilmente
Se abre y se vuelve á cerrar,
Sin ser posible que se eche
De ver.

ISABEL. ¿Y á qué hemos venido?

D.ª ANG. A volvernos solamente;
Que, para hacer sola una
Travesura dos mujeres,
Basta haberla imaginado;
Porque el fin esto no tiene
Más fundamento que haber
Hablado en ello dos veces,

Y estar yo determinada
(Siendo verdad que es aqueste
Caballero el que por mí
Se empeñó osado y valiente,
Como te he dicho) á mirar
Por su regalo.

ISABEL. Aquí tiene
El que le trajo tu hermano,
Y una espada en un bufete.

D.ª ANG. Ven acá. ¿Mi escribanía
Trajeron aquí?

ISABEL. Dió en ese
Desvarío mi señor.
Dijo que aquí la pusiese
Con recado de escribir,
Y mil libros diferentes.

D.ª ANG. En el suelo hay dos maletas.

ISABEL. Y abiertas. Señora, ¿quieres
Que veamos lo que hay en ellas?

D.ª ANG. Sí, que quiero neciamente
Mirar qué ropas y alhajas
Trae.

ISABEL. Soldado y pretendiente,
Vendrá muy mal alhajado.

(Sacan todo cuanto van diciendo, y lo esparcen por la sala.)

D.ª ANG. ¿Qué es eso?

ISABEL. Muchos papeles.

D.ª ANG. ¿Son de mujer?

ISABEL. No, señora,
Sino procesos que vienen
Cosidos, y pesan mucho.

D.ª ANG. Pues si fueran de mujeres,
Ellos fueran más livianos.
Mal en eso te detienes.

ISABEL. Ropa blanca hay aquí alguna.
D.ª ANG. ¿Huele bien?
ISABEL. Sí, á limpia huele.
D.ª ANG. Ese es el mejor perfume.
ISABEL. Las tres calidades tiene
De blanca, blanda y delgada.
Mas, señora, ¿qué es aqueste
Pellejo con unos hierros
De herramientas diferentes?
D.ª ANG. Muestra á ver. Hasta aquí hierro
De sacamuelas parece;
Mas estas son tenacillas,
Y el alzador del copete
Y los bigotes esotras.
ISABEL. Item, escobilla y peine.
Oye, que, más prevenido,
No le faltará al tal huésped
La horma de su zapato.
D.ª ANG. ¿Por qué?
ISABEL. Porque aquí la tiene.
D.ª ANG. ¿Hay más?
ISABEL. Sí, señora. Item,
Como á forma de billetes,
Legajo segundo.
D.ª ANG. Muestra.
De mujer son, y contienen
Más que papel. Un retrato
Está aquí.
ISABEL. ¿Qué te suspende?
D.ª ANG. El verle; que una hermosura,
Si está pintada, divierte.
ISABEL. Parece que te ha pesado
De hallarle.
D.ª ANG. ¡Qué necia eres!

No mires mas.

ISABEL. ¿Y qué intentas?

D.ª ANG. Dejarle escrito un billete.
Toma el retrato. (Pónese á escribir.)

ISABEL. Entre tanto
La maleta del sirviente
He de ver. Esto es dinero;
Cuartazos son insolentes,
Que en la república donde
Son los príncipes y reyes
Las doblas y patacones,
Ellos son la comun plebe.
Una burla le he de hacer,
Y ha de ser de aquesta suerte:
Quitarle de aquí el dinero
Al tal lacayo, y ponerle
Unos carbones. Dirán:
¿Dónde demonios los tiene
Esta mujer? no advirtiendo
Que esto sucedió en Noviembre,
Y que hay brasero en el cuarto.
(Quita el dinero de la bolsa, y pone carbon.)

D.ª ANG. Ya escribí. ¿Qué te parece
Adónde deje el papel,
Porque, si mi hermano viene,
No le vea?

ISABEL. Allí, debajo
De la toalla que tienen
Las almohadas; que al quitarla,
Se verá forzosamente,
Y no es parte que hasta entónces
Se ha de andar.

D.ª ANG. Muy bien adviertes.
Ponle allí, y vé recogiendo

Todo esto.

ISABEL. Mira que tuercen
Ya la llave.

D.ª ÁNG. Pues dejallo
Todo, esté como estuviere,
Y á escondernos, Isabel,
Ven.

ISABEL. Alacena *me fecit.*

(Vanse por la alacena.)

ESCENA XIV.

COSME.

Ya que me he servido á mí,
De barato quiero hacerle
A mi amo otro servicio.—
Mas ¿quién nuestra hacienda vende
Que así hace almoneda della?
¡Vive Cristo, que parece
Plazuela de la Cebada
La sala con nuestros bienes!
¿Quién está aquí? No está nadie,
Por Dios; y si está, no quiero
Responder. No me responda,
Que me huelgo de que eche
De ver que soy enemigo
De respondones. Con este
Humor, sea bueno, ó sea malo
(Si he de hablar discretamente),
Estoy temblando de miedo:
Pero como á mí me deje
El revoltoso de alhajas
Libre mi dinero, llegue

Y revuelva las maletas
Una y cuatrocientas veces.
Mas ¿qué veo? ¡Vive Dios, (Registra la bolsa.(
Que en carbones lo convierten!
Duendecillo, duendecillo,
Quienquiera que seas ó fueres,
El dinero que tú das
En lo que mandares vuelve,
¿Mas lo que yo hurto, por qué?

ESCENA XV.

DON MANUEL, DON JUAN, DON LUIS. — COSME.

D. JUAN. ¿De qué das voces?
D. LUIS. ¿Qué tienes?
D. MAN. ¿Qué te ha sucedido? Habla.
COSME. ¡Lindo desenfado es ese!
Si tienes por inquilino,
Señor, en tu casa un duende,
¿Para qué nos recebiste
En ella? Un instante breve
Que falté de aquí, la ropa
De tal modo y de tal suerte
Hallé, que, toda esparcida,
Una almoneda parece
D. JUAN. ¿Falta algo?
COSME. No falta nada.
El dinero solamente
Que en esta bolsa tenía,
Que era mio, me convierte
En carbones.
D. LUIS. Sí, ya entiendo.

D. MAN. ¡Qué necia burla previenes!
¡Qué fria y qué sin donaire!
D. JUAN. ¡Qué mala y qué impertinente!
COSME. No es burla esta, ¡vive Dios!
D. MAN. Calla, que estás como sueles.
COSME. Es verdad; mas suelo estar
En mi juicio algunas veces.
D. JUAN. Quedaos con Dios, y acostaos,
Don Manuel, sin que os desvele
El duende de la posada;
Y aconsejadle que intente
Otras burlas, al criado. (Vase.)
D. LUIS. No en vano sois tan valiente
Como sois, si habeis de andar,
Desnuda la espada siempre,
Saliendo de los disgustos
El que este noco os pusiere. (Vase.)

ESCENA XVI.

DON MANUEL, COSME.

D. MAN. ¿Ves cuál me tratan por tí?
Todos por loco me tienen
Porque te sufro. A cualquiera
Parte que voy, me suceden
Mil desaires por tu causa.
COSME. Ya estás sólo, y no he de hacerte
Burla mano á mano yo;
Porque sólo en tercio puede
Tirarse uno con su padre.
Dos mil demonios me lleven
Si no es verdad que salí;

Y álguion, fuese quien se fuese,
Hizo este estrago.

D. MAN. Con eso
Ahora disculparte quieres
De la necedad. Recoge
Esto que esparcido tienes,
Y entra á acostarte.

COSME Señor,
En una galera reme...

D. MAN. Calla, calla, ó vive Dios
Que la cabeza te quiebre.

(Entra en la alcoba.)

COSME. Pesárame con extremo
Que lo tal me sucediese.
Ahora bien, vuelvo á envasar
Otra vez los adherentes
De mis maletas. ¡Oh cielos,
Quién la trompeta tuviese
Del juicio de las alhajas,
Porque á una voz solamente
Viniesen todas!

(Vuelve Don Manuel con un papel.)

D. MAN. Alumbra,
Cosme.

COSME. Pues ¿qué te sucede,
Señor? ¿Has hallado acaso
Allá dentro alguna gente?

D. MAN. Descubrí la cama, Cosme,
Para acostarme, y halléme
Debajo de la toalla
De la cama, este billete
Cerrado; y ya el sobrescrito
Me admira más.

COSME. ¿A quién viene?

D. MAN. A mí; mas de modo extraño.
COSME. ¿Cómo dice?
D. MAN. Desta suerte.
(Lee.) «Nadie me abra, porque soy
»De Don Manuel solamente.»
COSME. ¡Plegue á Dios, que no me creas
Por fuerza! No le abras, tente,
Sin conjurarle primero.
D. MAN. Cosme, lo que me suspende
Es la novedad, no el miedo;
Que quien admira no teme.
(Lee) «Con cuidado me tiene vuestra salud,
»como á quien fué la causa de su riesgo.
»Y así, agradecida y lastimada, os suplico
»me aviseis della, y os sirvais de mí; que
»para lo uno y lo otro habrá ocasion, de-
»jando la respuesta donde hallasteis éste:
»advirtiendo que el secreto importa, por-
»que el dia que lo sepa alguno de los ami-
»gos, perderé yo el honor y la vida.»
COSME. ¡Extraño caso!
D. MAN. ¿Qué extraño?
COSME. ¿Eso no te admira?
D. MAN. No;
Antes con esto llegó
A mi vista el desengaño.
COSME. ¿Cómo?
D. MAN. Bien claro se ve
Que aquella dama tapada,
Que tan ciega y tan turbada
De Don Luis huyendo fué,
Era su dama, supuesto,
Cosme, que no puede ser,
Si es soltero, su mujer.

Y dando por cierto esto,
¿Qué dificultad tendrá
Que en la casa de su amante,
Tenga ella mano bastante
Para entrar?

COSME. Muy bien está
Pensado; mas mi temor
Pasa adelante. Confieso
Que es su dama, y el suceso
Te doy por bueno, señor;
¿Pero ella cómo podia
Desde la calle, saber
Lo que habia de suceder,
Para tener este dia
Ya prevenido el papel?

D. MAN. Despues de haberme pasado,
Pudo dársele á un criado.

COSME. Y aunque se le diera, ¿él
Cómo aquí ha de haberle puesto?
Pues nadie en el cuarto entró
Desde que en él quedé yo.

D. MAN. Bien pudo ser ántes de esto.

COSME. Sí; mas hallar trabucadas
Las maletas y la ropa,
Y el papel escrito, topa
En más.

D. MAN. Mira si cerradas
Esas ventanas están.

COSME. Y con aldabas y rejas.

D. MAN. Con mayor duda me dejas,
Y mil sospechas me dan.

COSME. ¿De qué?

D. MAN. No sabré explicallo.

COSME. En efecto, ¿qué has de hacer?

D. MAN. Escribir y responder
Tre endo, hasta averiguallo,
Con estilo que parezca
Que no ha hallado en mi valor,
Ni admiracion ni temor;
Que no dudo que se ofrezca
Una ocasion en que demos,
Viendo que papeles hay,
Con quien los lleva y los tray.

COSME. ¿Y de aquesto no daremos
Cuenta á los huéspedes?

D. MAN. No,
Porque no tengo de hacer
Mal alguno á una mujer,
Que así de mí se fió.

COSME. ¿Luego ya ofendes á quien
Su galan juzgas?

D. MAN. No tal,
Pues sin hacerla á ella mal,
Puedo yo proceder bien.

COSME. No, señor; más hay aquí
De lo que á tí te parece:
Con cada discurso crece
Mi sospecha.

D. MAN. ¿Cómo así?

COSME Ves aquí que van y vienen
Papeles, y que jamás
Aunque lo examines más,
Ciertos desengaños tienen:
¿Qué crêrás?

D. MAN. Que ingenio y arte
Hay para entrar y salir,
Para cerrar, para abrir,
Y que el cuarto tiene parte

Por dónde. Y en duda tal,
El juicio podré perder:
Pero no, Cosme, creer
Cosa sobrenatural.

COSME. ¿No hay duendes?

D. MAN. Nadie los vió.

COSME. ¿Familiares?

D. MAN. Son quimeras.

COSME. ¿Brujas?

D. MAN. Ménos.

COSME. ¿Hechiceras?

D. MAN. ¡Qué error!

COSME. ¿Hay súcubos?

D. MAN. No.

COSME. ¿Encantadoras?

D. MAN. Tampoco.

COSME. ¿Mágicas?

D. MAN. Es necedad.

COSME. ¿Nigromantes?

D. MAN. Liviandad.

COSME. ¿Energúmenos?

D. MAN. ¡Qué loco!

COSME. ¡Vive Dios que te cogí!
¿Diablos?

D. MAN. Sin poder notorio.

COSME. ¿Hay almas del purgatorio?

D. MAN. ¿Que me enamoren á mí?
¡Hay más necia bobería!
Déjame; que estás cansado.

COSME. En fin, ¿qué has determinado?

D. MAN. Asistir de noche y dia
Con cuidados singulares
(Aquí el desengaño fundo)
Sin creer que hay en el mundo

Ni duendes ni familiares.

COSME. Pues yo en efecto presumo
Que algun demonio los tray,
Que esto y más habrá, donde hay
Quién tome tabaco de humo.

JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de Doña Angela.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

D.ª Beat. Notables cosas me cuentas.
D.ª Ang. No te parezcan notables,
Hasta que sepas el fin.
¿En qué quedamos?
D.ª Beat. Quedaste
En que por el alacena
Hasta su cuarto pasastes,
Que es tan difícil de verse
Como fué de abrirse fácil;
Que le escribiste un papel,
Y que al otro dia hallaste
La respuesta.
D.ª Ang. Digo pues
Que tan cortés y galante
Estilo no ví jamás,
Mezclando entre lo admirable
Del suceso, lo gracioso,
Imitando los andantes

Caballeros, á quien pasan
Aventuras semejantes.
El papel, Beatriz, es éste:
Holgaréme que te agrade.
(Lee.) «Fermosa dueña, cualquier que vos
»seais la condolida deste afanado caballero,
»y asaz piadosa minorais sus cuitas, ruégovos me querais facer sabidor del follon
»mezquino, ó pagano malandrin, que en
»este encanto vos amancilla, para que segunda vegada en vueso nombre, sano ya
»de las pasadas feridas, éntre en descomunal batalla, magüer que finque muerto en
»ella; que non es la vida de más pro que la
»muerte, tenudo á su deber un caballero.
»El dador de la luz vos mampare, é á mí
»non olvide.

»El caballero de la Dama Duende.»

D.ª BEAT. ¡Buen estilo por mi vida,
Y á propósito el lenguaje,
Del encanto y la aventura!

D.ª ANG. Cuando esperé que con graves
Admiraciones viniera
El papel, ví semejante
Desenfado, cuyo estilo
Quise llevar adelante,
Y respondiéndole así,
Pasé...

ISABEL. Detente, no pases,
Que viene D. Juan, tu hermano.

D.ª ANG. Vendrá muy firme y amante
A agradecerte la dicha
De verte, Beatriz, y hablarte
En su casa.

D.ª BEAT. No me pesa,
Si hemos de decir verdades.

ESCENA II.

DON JUAN.—DICHAS.

D. JUAN. No hay mal que por bien no venga,
Dicen adagios vulgares,
Y en mí se ve, pues que vienen
Por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatriz bella,
Que un pesar, que vuestro padre
Con vos tuvo, á nuestra casa
Sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser
Lisonjeros y agradables,
Como para vos mis gustos,
Para mí vuestros pesares;
Pues es fuerza que no sienta
Desdichas que han sido parte
De veros: porque hoy amor
Diversos efectos hace,
En vos de pena, y en mí
De gloria, bien como el áspid,
De quien, si sale el veneno,
Tambien la triaca sale.
Vos seais muy bien venida;
Que aunque es corto el hospedajo,
Bien se podrá hallar un sol
En compañía de un ángel.
D.ª BEAT. Pésames y parabienes
Tan cortesmente mezclasteis,

Que no sé á qué responderos.
Disgustada con mi padre
Vengo: la culpa tuvisteis;
Pues aunque el galan no sabe,
Sabe que por el balcon
Hablé anoche, y miéntras pase
El enojo, con mi prima
Quiere que esté, porque hace
De su virtud confianza.
Sólo os diré, y esto baste,
Que los disgustos estimo;
Porque tambien en mí cause
Amor efectos diversos,
Bien como el sol, cuando esparce
Bellos rayos, que una flor
Se marchita y otra nace.
Hiere el amor en mi pecho,
Y es sólo un rayo bastante
A que se muera el pesar,
Y nazca el gusto de hallarme
En vuestra casa, que ha sido
Una esfera de diamante,
Hermosa envidia de un sol,
Y capaz dosel de un ángel.

D.ª ANG. Bien se ve que de ganancia
Andais hoy los dos amantes,
Pues que me dais de barato
Tantos favores.

D. JUAN. ¿No sabes,
Hermana, lo que he pensado?
Que tú sola, por vengarte
Del cuidado que te da
Mi huésped, cuerda buscaste
Huéspeda, que á mí me ponga

En cuidado semejante.
D.ª ANG. Dices bien, y yo lo he hecho
Sólo porque la regales.
D. JUAN. Yo me doy por muy contento
De la venganza. (Quiere irse.)
D.ª BEAT. ¿Qué haces,
Don Juan? ¿dónde vas?
D. JUAN. Beatriz,
A servirte; que dejarte,
Sólo á tí por tí pudiera.
D.ª ANG. Déjale ir.
D. JUAN. Dios os guarde.

ESCENA III.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

D.ª ANG. Sí, cuidado con su huésped
Me dió, y cuidado tan grande,
Que apénas sé de mi vida,
Y él de la suya no sabe.
Viéndote á tí, con el mismo
Cuidado he de desquitarme;
Porque de huésped á huésped
Estemos los dos iguales.
D.ª BEAT. El deseo de saber
Tu suceso, fuera parte
Solamente á no sentir
Su ausencia.
D.ª ANG. Por no cansarte,
Papeles suyos y mios
Fueron y vinieron, tales
(Los suyos digo) que pueden

Admitirse y celebrarse;
Porque mezclando las véras
Y las burlas, no ví iguales
Discursos.

D.ª BEAT. Y él, en efecto,
¿Qué es á lo que se persuade?

D.ª ÁNG. A que debo de ser dama
De Don Luis, juntando partes
De haberme escondido dél
Y de tener otra llave
Del cuarto.

D.ª BEAT. Sola una cosa
Dificultad se me hace.

D.ª ÁNG. ¿Dí cuál es?

D.ª BAT. ¿Cómo este hombre
Viendo que hay quien lleva y trae
Papeles, no te ha espiado,
Y te ha cogido en el lance?

D.ª ÁNG. No está eso por prevenir;
Porque tengo á sus umbrales
Un hombre yo, que me avisa
De quién entra y de quién sale;
Y así no pasa Isabel
Hasta saber que no hay nadie.
Que ya ha sucedido, amiga,
Un dia entero quedarse
Un criado para verlo,
Y haberle salido en balde
La diligencia y cuidado.
Y porque no se me pase
De la memoria, Isabel,
Llévate aquel azafate
En siendo tiempo.

D.ª BEAT. Otra duda.

¿Cómo es posible que alabes
De tan entendido, un hombre
Que no ha dado en casos tales
En el secreto comun
De la alacena?

D.ª Áng. ¿Ahora sabes
Lo del huevo de Juanelo,
Que los ingenios más grandes
Trabajaron en hacer
Que en un bufete de jaspe
Se tuviese en pié, y Juanelo
Con sólo llegar y darle
Un golpecito, le tuvo?
Las grandes dificultades,
Hasta saberse lo son;
Que sabido, todo es fácil.

D.ª Beat. Otra pregunta.

D.ª Áng. Dí cuál.

D.ª Beat. ¿De tan locos disparates
Qué piensas sacar?

D.ª Áng. No sé.
Dijérate que mostrarme
Agradecida, y pasar
Mis penas y soledades,
Si ya no fuera más que esto,
Porque necia y ignorante,
He llegado á tener celos
De ver que el retrato guardo
De una dama, y áun estoy
Dispuesta á entrar y tomarle
En la primera ocasion;
Y no sé cómo declare
Que estoy ya determinada
A que me vea y me hable.

D.ª BEAT. ¿Descubierta por quién eres?
D.ª ANG. ¡Jesus, el cielo me guarde!
Ni él, pienso yo, que á un amigo
Y huésped traicion tan grande
Hiciera; pues el pensar
Que soy dama suya, hace
Que me escriba temeroso,
Cortés, turbado y cobarde;
Y en efecto, yo no tengo
De ponerme á ese desaire.
D.ª BEAT. ¿Pues cómo ha de verte?
D.ª ANG. Escucha,
Y sabrás la más notable
Traza, sin que yo al peligro
De verme en su cuarto pase,
Y él venga, sin saber dónde.
ISABEL. Pon otro hermano á la márgen,
Que viene Don Luis.
D. ANG. Despues
Lo sabrás
D.ª BEAT. ¡Qué desiguales
Son los influjos! ¡Que el cielo
En igual mérito y partes
Ponga tantas diferencias
Y tantas distancias halle,
Que, con un mismo deseo,
Uno obligue y otro canse!
Vamos de aquí, que no quiero
Que llegue Don Luis á hablarme.
(Quiere irse.)

ESCENA IV.

DON LUIS.—Dichas.

D. Luis. ¿Por qué os ausentais así?
D.ª Beat. Sólo porque vos llegasteis.
D. Luis. La luz más hermosura y pura,
De quien el sol la aprendió,
¿Huye porque llego yo?
¿Soy la noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura
Si atrevido y descortés
En detenerte me ves;
Que yo, en esta contingencia,
No quiero pedir licencia,
Porque tú no me la dés.
Que, estimando tu rigor,
No quiere la suerte mia
Que áun esto, que es cortesía,
Tenga nombre de favor.
Ya sé que mi loco amor
En tus desprecios no alcanza
Un átomo de esperanza;
Pero yo, viendo tan fuerte
Rigor, tengo que quererte,
Por sólo tomar venganza.
Mayor gloria me darás,
Cuando más penas me ofrezcas;
Pues cuando más me aborrezcas,
Tengo de quererte más.
Si desto quejosa estás,
Porque con solo un querer

Los dos vengamos á ser,
Entre el placer y el pesar,
Extremos, aprende á amar
O enséñame á aborrecer;
Enséñame tú rigores,
Yo te enseñaré finezas;
Enséñame tú asperezas,
Yo te enseñaré favores;
Tú desprecios, y yo amores;
Tú olvido, y yo firme fe;
Aunque es mejor, porque dé
Gloria al amor, siendo dios,
Que olvides tú por los dos;
Que yo por los dos querré.

D.ª BEAT. Tan cortésmente os quejais,
Que, aunque agradecer quisiera
Vuestras penas, no lo hiciera,
Sólo porque las digais.

D. LUIS. Como tan mal me tratais,
El idioma del desden
Aprendí.

D.ª BEAT. Pues ese es bien
Que sigais; que en caso tal,
Hará soledad el mal
A quien le dice tan bien.

(Quiere irse, y detiénela Don Luis.)

D. LUIS. Oye, si acaso te vengas,
Y padezcamos los dos.

D.ª BEAT. No he de escucharos. Por Dios,
Amiga, que le detengas. (Vase.)

D.ª ÁNG. ¡Que tan poco valor tengas
Que esto quieras oir y ver!

D. LUIS. ¡Ay hermana! ¿qué he de hacer?

D.ª ÁNG. Dar tus penas al olvido;

Que querer aborrecido
Es morir, y no querer.

D. Luis. Quejoso, ¿cómo podré
Olvidarla? ¡Que es error!
Díla que me haga un favor,
Y obligado olvidaré;
Ofendido no; porqué
El más prudente, el más sabio
Da su sentimiento al labio;
Si olvidarse el favor suele,
Es porque el favor no duele
De la suerte que el agravio. (Vanse.)

ESCENA V.

RODRIGO.—DON LUIS.

Rodrigo. ¿De dónde vienes?
D. Luis. No sé.
Rodrigo. Triste parece que estás:
¿La causa no me dirás?
D. Luis. Con Doña Beatriz hablé.
Rodrigo. No digas más; ya se ve
En tí lo que respondió.
Pero ¿dónde está, que yo
No la he visto?
D. Luis. La tirana
Es huéspeda de mi hermana
Unos dias, porque no
Me falte un enfado así
De un huésped; que cada dia
Mis hermanos á porfía
Se conjuran contra mí;

Pues cualquiera tiene aquí
Uno que pesar me dé:
De Don Manuel, ya se ve,
Y de Beatriz; pues los cielos,
Me traen á casa mis celos,
Porque sin ellos no esté.

RODRIGO. Mira que Don Manuel puede
Oirte, que viene allí.

ESCENA VI.

DON MANUEL.—DICHOS.

D. MAN. (Ap.) ¡Sólo en el mundo por mí
Tan gran prodigio sucede!
¿Qué haré, cielos, con que quede
Desengañado, y saber
De una vez si esta mujer
Dama de Don Luis ha sido,
O cómo mano ha tenido
Y cautela, para hacer
Tantos engaños?

D. LUIS. Señor
Don Manuel.

D. MAN. Señor Don Luis.

D. LUIS. ¿De dónde bueno venís?

D. MAN. De Palacio.

D. LUIS. Grande error
El mio fué en preguntar,
A quien pretensiones tiene,
Dónde va, ni dónde viene;
Porque es fuerza que ha de dar
Cualquiera línea en Palacio,

Como centro de su esfera.

D. MAN. Si sólo á Palacio fuera,
Estuviera más despacio;
Pero mi afan inmortal
Mayor término ha pedido.
Su Majestad ha salido
Esta tarde al Escorial,
Y es fuerza esta noche ir
Con mis despachos allá,
Que de importancia será.

D. LUIS. Si ayudaros á servir
Puedo en algo, ya sabeis
Que soy, en cualquier suceso,
Vuestro.

D. MAN. Las manos os beso
Por la merced que me haceis.

D. LUIS. Ved, que no es lisonja esto.

D. MAN. Ya veo que es voluntad
De mi aumento.

D. LUIS. (Ap.) Así es verdad,
Porque negocies más presto.

D. MAN. Pero á un galan cortesano
Tanto como vos, no es justo
Divertirle de su gusto;
Porque yo tengo por llano
Que estareis entretenido,
Y gran desacuerdo fuera
Que ausentaros pretendiera.

D. LUIS. Aunque hubiérades oido
Lo que con Rodrigo hablaba,
No respondiérais así.

D. MAN. ¿Luego bien he dicho?

D. LUIS. Sí,
Que aunque es verdad que lloraba

De una hermosura el rigor,
A la firme voluntad,
La hace tanta soledad
El desden como el favor.

D. MAN. ¡Qué desvalido os pintais!

D. LUIS. Amo una grande hermosura
Sin estrella y sin ventera.

D. MAN. ¿Conmigo disimulais
Agora?

D. LUIS. ¡Pluguiera al cielo!
Mas tan infeliz nací,
Que huye esta beldad de mí
Como de la noche el velo
De la hermosa luz del dia,
A cuyos rayos me quemo.
¿Quereis ver con cuánto extremo
Es la triste suerte mia?
Pues porque no la siguiera
Amante y celoso yo,
A una persona pidió
Que mis pasos detuviera.
Ved si hay rigores más fieros,
Pues todos suelen buscar
Terceros para alcanzar,
Y ella huye por terceros.

(Vanse Don Luis y Rodrigo.)

ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿Qué más se ha de declarar?
¡Mujer que su vista huyó,

Y á otra persona pidió
Que le llegase á estorbar!
Por mí lo dice y por ella.
Ya por lo ménos vencí
Una duda, pues ya ví
Que, aunque es verdad que es aquella,
No es su dama; porque él
Despreciado no viviera,
Si en su casa la tuviera.
Ya es mi duda más cruel,
Si no es su dama, ni vive
En su casa, ¿cómo así
Escribe y responde? Aquí
Muere un engaño, y concibe
Otro engaño. ¿Qué he de hacer?
Que soy en mis opiniones
Confusion de confusiones.
¡Válgate Dios por mujer!

ESCENA VIII.

COSME.—DON MANUEL.

COSME. Señor, ¿qué hay de duende? ¿acaso
Hasle visto por acá?
Que de saber que no está
Allá, me holgaré.
D. MAN. Habla paso.
COSME. Que tengo mucho que hacer
En nuestro cuarto, y no puedo
Entrar.
D. MAN. Pues ¿qué tienes?
COSME. Miedo.

D. MAN. ¿Miedo un hombre ha de tener?
COSME. No le ha de tener, señor.
Pero ve aquí que le tiene,
Porque al suceso conviene.
D. MAN. Deja aquese necio humor,
Y lleva luz, porque tengo
Que disponer y escribir,
Y esta noche he de salir
De Madrid.
COSME. A eso me atengo,
Pues dices con eso aquí
Que tienes miedo al suceso.
D. MAN. Antes te he dicho con eso
Que no hago caso de tí;
Pues de otras cosas me acuerdo,
Que son diferentes, cuando
En estas me estás hablando.
El tiempo en efecto pierdo.
En tanto que me despido
De Don Juan, ten luz. (Vase.)
COSME. Sí haré.
Luz al duende llevaré,
Que es hora que sea servido,
Y no esté á escuras. Aquí
Ha de haber una cerilla;
En aquella lamparilla,
Que se está muriendo allí,
Encenderla agora puedo.
¡Oh qué prevenido soy!
Y entre estas y estotras voy
Titiritando de miedo. (Vase.)

Cuarto de Don Manuel

ESCENA IX.

ISABEL, *que sale por la alacena con un azafate cubierto.*

Fuera están, que así el criado
Me lo dijo. Agora es tiempo
De poner este azafate
De ropa blanca en el puesto
Señalado.—¡Ay de mí triste!
Que como es de noche, tengo,
Con la grande oscuridad,
De mí misma, asombro y miedo.
¡Válgame Dios, que temblando
Estoy! El duende primero
Soy que se encomienda á Dios.
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?
Con la turbacion y espanto
Perdí de la sala el tiento.
No sé dónde estoy, ni hallo
La mesa. ¿Qué he de hacer? ¡Cielos!
Si no acertase á salir,
Y me hallasen aquí dentro,
Dábamos con todo el caso
Al traste. Gran temor tengo,
Y más agora, que abrir
La puerta del cuarto siento,
Y trae luz el que la abre.
Aquí dió fin el suceso;
Que ya ni puedo esconderme,
Ni volver á salir puedo.

ESCENA X.

COSME, *con luz.*—ISABEL.

COSME. Duende, mi señor, si acaso
Obligan los rendimientos
A los duendes bien nacidos,
Humildemente le ruego
Que no se acuerde de mí
En sus muchos embelecos,
Y esto por cuatro razones:
La primera, yo me entiendo;
(Va andando, é Isabel detras de él, huyendo de que la vea.)
La segunda, usted lo sabe.
La tercera, por aquello
De que al buen entendedor...
La cuarta, por estos versos·
Señora Dama Duende,
Duélase de mí,
Que soy niño y solo,
Y nunca en tal me ví.

ISABEL. (Ap.) Ya con la luz he cobrado
El tino del aposento,
Y él no me ha visto; si aquí
Se la mato, será cierto
Que, miéntras la va á encender,
Salir á mi cuarto puedo;
Que cuando sienta el rüido,
No me verá por lo ménos,
Y á dos daños el menor.

COSME. ¡Qué gran músico es el miedo!

ISABEL. (Ap.) Esto ha de ser desta suerte.
(Dale un golpe, y mátale la luz.)

COSME. ¡Ay infeliz que me han muerto!
¡Confesion!
ISABEL. Ahora podré
Escaparme.

ESCENA XI.

DON MANUEL.—ISABEL, COSME.

D. MAN. ¿Qué es aquesto,
Cosme? ¿cómo estás sin luz?
COSME. Como á los dos nos ha muerto
El duende: á la luz, de un soplo,
Y á mí de un golpe.
D. MAN. Tu miedo
Te hará creer esas cosas.
COSME. Bien á mi costa las creo.
ISABEL. (Ap.) ¡Oh si la puerta encontrase!
D. MAN. ¿Quién está aquí?
(Encuentra Isabel con Don Manuel, y él la tiene del azafate.)
ISABEL. (Ap.) Peor es esto;
Que con el amo he encontrado.
D. MAN. Trae luz, Cosme, que ya tengo
A quien es.
COSME. Pues no le sueltes.
D. MAN. No haré; vé por ella presto.
COSME. Tenle bien. (Vase.)
ISABEL. (Ap.) Del azafate
Asió; en sus manos le dejo.
Hallé la alacena. ¡Adios!
(Vase, dejándole el azafate en la mano.)
D. MAN. Cualquiera que es, se esté quedo

Hasta que traigan la luz;
Porque si no, ¡vive el cielo,
Que le dé de puñaladas!—
Pero sólo abrazo el viento,
Y encuentro sólo una cosa
De ropa y de poco peso.
¿Qué será? ¡Válgame Dios,
Que en más confusion me ha puesto!

ESCENA XII.

COSME, *con la luz.*—DON MANUEL.

COSME. Téngase el duende á la luz.
Pues ¿qué es dél? ¿no estaba preso?
¿Qué es esto, señor?
D. MAN. No acierto
A responder. Esta ropa
Me ha dejado, y se fué huyendo.
COSME. ¿Y qué dices deste lance?
Aun bien, que agora tú mesmo
Dijiste que le tenías,
Y se te fué por el viento.
D. MAN. Diré que aquesta persona,
Que con arte y con ingenio
Entra y sale aquí, esta noche
Estaba encerrada dentro;
Que, para poder salir,
Te mató la luz, y luego
Me dejó á mí el azafate,
Y se me ha escapado huyendo.
COSME. ¿Por dónde?
D. MAN. Por esa puerta.

COSME. Harásme que pierda el seso.
¡Vive Dios! que yo le ví
A los últimos reflejos,
Que la pavesa dejó
De la luz, que me habia muerto!
D. MAN. ¿Qué forma tenía?
COSME. Era un fraile
Tamañito, y tenía puesto
Un cucurucho tamaño;
Que por estas señas creo
Que era duende capuchino.
D. MAN. ¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aquí, y lo que trajo
El frailecito veremos.
Ten este azafate tú.
COSME. ¿Yo azafates del infierno?
D. MAN. Tenle pues.
COSME. Tengo las manos
Sucias, señor, con el sebo
De la vela, y mancharé
El tafetan que cubierto
Le tiene; mejor será
Que le pongas en el suelo.
D. MAN. Ropa blanca es, y un papel.
Veamos si el fraile es discreto.
(Lee.) «En el poco tiempo que ha que vivís »en esa casa, no se ha podido hacer más »ropa; como se fuere haciendo, se irá lle»vando. A lo que decís del amigo, per»suadido á que soy dama de D. Luis, os »aseguro que no sólo no lo soy, pero que »no puedo serlo; y esto dejo para la vista »que será presto. Dios os guarde.»
Bautizado está este duende,

Pues de Dios se acuerda.

COSME. ¿Veslo,
Cómo hay duende religioso?

D. MAN. Muy tarde es; ve componiendo
Las maletas y cojines,
Y en una bolsa pon estos
Papeles, que son el todo
A que vamos; que yo entiendo
En tanto dejar respuesta
A mi duende.

(Da unos papeles á Cosme, pónelos él sobre un silla, y Don Manuel escribe.)

COSME. Aquí yo quiero,
Para que no se me olviden
Y estén á mano, ponerlos,
Miéntras me detengo un rato,
Solamente á decir esto:
¿Has creido ya que hay duendes?

D. MAN. ¡Qué disparate tan necio!

COSME ¿Esto es disparate? ¿Ves
Tú mismo tantos efectos,
Como venirse á tus manos
Un regalo por el viento,
Y áun dudas? Pero bien haces
Si á tí te va bien con eso;
Mas déjame á mí, que yo,
Que peor partido tengo,
Lo crea.

D. MAN. ¿De qué manera?

COSME. Desta manera lo pruebo:
Si nos revuelven la ropa,
Te ries mucho de verlo;
Y yo soy quien la compone,
Que no es trabajo pequeño.

Si á tí te dejan papeles,
Y te llevan los conceptos;
A mí me dejan carbones,
Y se llevan mi dinero.
Si traen dulces, tú te huelgas
Como un padre de comerlos;
Y yo ayuno como un puto,
Pues ni los toco ni veo.
Si á tí te dan las camisas,
Las valonas y pañuelos;
A mí los sustos me dan
De escucharlo y de saberlo.
Si, cuando los dos venimos
Aquí, casi á un mismo tiempo,
Te dan á tí un azafate
Tan aseado y compuesto;
A mí un mojicon me dan
En aquestos pestorejos,
Tan descomunal, tan grande,
Que me hace escupir los sesos.
Para tí sólo, señor,
Es el gusto y el provecho,
Para mí el susto y el daño;
Y tiene el duende en efecto,
Para tí mano de lana,
Para mí mano de hierro.
Pues déjame que lo crea;
Que se apura el sufrimiento,
Queriendo negarle á un hombre
Lo que está pasando y viendo.

D. MAN. Haz las maletas, y vamos;
Que allá en el cuarto te espero
De Don Juan.

COSME. ¿Pues qué hay que hacer

Si allá vestido de negro
Has de andar, y esto se hace
Con tomar un ferreruelo?

D. MAN. Deja cerrado, y la llave
Lleva; que si en este tiempo
Hiciera falta, otra tiene
Don Juan.—Confuso me ausento
Por no llevar ya sabido
Esto, que ha de ser tan presto.
Pero uno importa al honor
De mi casa y de mi aumento,
Y otro solamente á un gusto;
Y así entre los dos extremos,
Donde el honor es lo más,
Todo lo demas es ménos. (Vanse.)

Cuarto de Doña Angela.

ESCENA XIII.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

D.ª ANG. ¿Eso te ha sucedido?

ISABEL. Ya todo el embeleco ví perdido,
Porque, si allí me viera,
Fuerza, señora, fuera
El descubrirse todo;
Pero en efecto, me escapé del modo
Qué te dije.

D.ª ANG. Fué extraño
Suceso.

D.ª BEAT. Y ha de dar fuerza al engaño,

Sin haber visto gente,
Ver que dé un azafate, y que se ausente.

D.ª ANG. Si tras desto consigo
Que me vea del modo que te digo,
Ni dudo de que pierda
El juicio.

D.ª BEAT. La atencion más grave y cuerda
Es fuerza que se espante,
Angela, con suceso semejante;
Porque querer llamalle
Sin saber donde viene, y que se halle
Luego con una dama
Tan hermosa, tan rica y de tal fama,
Sin que sepa quién es, ni dónde vive
(Que esto es lo que tu ingenio le apercibe)
Y haya, vendado y ciego,
De volver á salir y dudar luego,
¿A quién no ha de admirar?

D.ª ANG. Todo advertido
Está ya, y por estar tú aquí no ha sido
Hoy la noche primera
Que ha de venir á verme.

D.ª BEAT. ¿No supiera
Yo callar el suceso
De tu amor?

D.ª ANG. Que no, prima, no es por eso
Sino que estando en casa
Tú, como á mis hermanos les abrasa
Tu amor, no salen della,
Adorando los rayos de tu estrella;
Y fuera aventurarme,
No ausentándose ellos, empeñarme.

ESCENA XIV.

DON LUIS, *al paño*.—DICHOS.

D. LUIS. (Ap.) ¡Oh cielos! quién pudiera
Disimular su afecto! quién pusiera
Límite al pensamiento,
Freno á la voz y ley al sentimiento!
Pero ya que conmigo
Tan poco puedo, que esto no consigo,
Desde aquí he de ensayarme
A vencer mi pasion, y reportarme.
D.ª BEAT. Yo diré de qué suerte
Se podrá disponer, para no hacerte
Mal tercio, y para hallarme
Aquí; porque sintiera el ausentarme,
Sin que el efecto viera
Que deseo.
D.ª ANG. Pues dí de qué manera.
D. LUIS. (Ap.) ¿Qué es lo que las dos tratan,
Que de su mismo aliento se recatan?
D.ª BEAT. Las dos publicaremos
Que mi padre envió por mí, y haremos
La deshecha con modos,
Que creyendo que estoy ya ausente todos
Vuelva á quedarme en casa...
D. LUIS. (Ap.) ¿Qué es esto, cielos, que en mi agravio [pasa?
D.ª BEAT. Y oculta con secreto
Sin estorbos podré ver el efeto...
D. LUIS. (Ap.) ¿Qué es lo que oigo, hado injusto?
D.ª BEAT. Que ha de ser para mí de tanto gusto.
D.ª ANG. Y luégo, ¿qué diremos

De verte aquí otra vez?

D.ª BEAT. ¿Pues no tendremos
(¡Qué mal eso te admira!)
Ingenio para hacer otra mentira?

D. LUIS. (Ap.) Sí tendreis. ¡Que esto escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

D.ª BEAT. Con esto, sin testigos y en secreto,
Deste notable amor veré el efeto;
Pues estando escondida
Yo, y estando la casa recogida,
Sin escándalo arguyo
Que pasar pueda de su cuarto al tuyo.

D. LUIS. (Ap.) Bien claramente infiero
(Cobarde vivo, y atrevido muero)
Su intencion. Mas dichoso
Mi hermano la merece: ¡estoy celoso!
A darle se prefiere
La ocasion que desea; y así quiere
Que de su cuarto pase
Sin que nadie lo sepa, y yo me abrase;
Y porque sin testigos
Se logren (¡oh enemigos!)
Mintiendo mi sospecha,
Hacer quiere conmigo la deshecha.
Pues si esto es así, cielo,
Para el estorbo de su amor apelo:
Y cuando esté escondida,
Buscando otra ocasion, con atrevida
Resolucion veré toda la casa,
Hasta hallarle; que el fuego que me abrasa,
Ya no tiene otro medio;
Que el estorbar es último remedio
De un celoso. Valedme, ¡santos cielos!
Que abrasado de amor, muero de celos. (Vase.)

D.ª ANG. Está bien prevenido,
Y mañana diremos que te has ido.

ESCENA XV.

DON JUAN.—DOÑA ÁNGELA, DOÑA BEATRIZ, ISABEL.

D. JUAN. ¡Hermana! ¡Beatriz bella!
D.ª BEAT. Ya te echábamos ménos.
D. JUAN. Si mi estrella
Tantas dichas mejora,
Que me eche ménos vuestro sol, señora,
De mí mismo envidioso,
Tendré mi mismo bien por sospechoso
Que posible no ha sido
Que os haya merecido
Mi amor ese cuidado;
Y así, de mí envidioso y envidiado
Tendré en tan dulce abismo
Yo lástima y envidia de mi mismo.
D.ª BEAT. Contradecir no quiero
Argumento, Don Juan, tan lisonjero,
Que quien ha dilatado
Tanto el venirme á ver, y me ha olvidado
¿Quién duda que estaría
Bien divertido, sí, y allí tendría
Envidia á su ventura
Y lástima, perdiendo la hermosura
Que tanto le divierte?
Luego claro se prueba desta suerte
Con cierto silogismo
La lástima y envidia de sí mismo.

D. JUAN. Si no fuera ofenderme y ofenderos,
Intentara, Beatriz, satisfaceros
Con deciros que he estado
Con Don Manuel, mi huésped, ocupado
Agora en su partida,
Porque se fué esta noche.

D.ª ÁNG. ¡Ay de mi vida!

D. JUAN ¿De qué, hermana, es el susto?

D.ª ÁNG. Sobresalta un placer como un disgusto.

D. JUAN. Pésame que no sea
Placer cumplido el que tu pecho vea;
Pues volverá mañana.

D.ª ÁNG. (Ap. Vuelva á vivir una esperanza vana.)
Ya yo me habia espantado,
Que tan de paso nos venia el enfado,
Que fué siempre importuno.

D. JUAN. Yo no sospecho que te dé ninguno,
Sino que tú y Don Luis mostrais disgusto,
Por ser cosa en que yo he tenido gusto.

D.ª ÁNG No quiero responderte,
Aunque tengo bien qué; y es por no hacerte
Mal juego, siendo agora
Tercero de tu amor, pues nadie ignora
Que ejerce amor las flores de fullero
Mano á mano, mejor que con tercero.—
Vente, Isabel, conmigo; (Ap. á ella.)
Que aquesta noche misma á traer me obligo
El retrato; pues puedo
Pasar con más espacio y ménos miedo.
Tenme tú prevenida
Una luz, y en que pueda ir escondida;
Porque no ha de tener, contra mi fama,
Quien me escribe, retrato de otra dama.

(Vanse Doña Angela é Isabel.)

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN.

D.ª BEAT. No creo que te debo
Tantas finezas.
D. JUAN. Los quilates pruebo
De mi fe (porque es mucha)
En un discurso.
D.ª BEAT. Díle.
D. JUAN. Pues escucha.
Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,
Mi amor tan firme, mi aficion tan rara,
Que, aunque yo no quererte deseara,
Contra mi mismo afecto te quisiera.
Estímate mi vida de manera,
Que, á poder olvidarte, te olvidara,
Porque despues por eleccion te amara:
Fuera gusto mi amor, y no ley fuera.
Quien quiere á una mujer, porque no puede
Olvidalla, no obliga con querella,
Pues nada el albedrío le concede.
Yo no puedo olvidarte, Beatriz bella,
Y siento el ver que tan ufana quede,
Con la victoria de tu amor mi estrella.
D.ª BEAT. Si la eleccion se debe al albedrío,
Y la fuerza al impulso de una estrella,
Voluntad más segura será aquella
Que no vive sujeta á un desvarío.
Y así de tus finezas desconfío,
Pues mi fe, que imposibles atropella,
Si viera á mi albedrio andar sin ella,

Negara, vive el cielo, que era mio.
Pues aquel breve instante que gastara
En olvidar, para volver á amarte,
Sintiera que mi afecto me faltara.
Y huélgome de ver que no soy parte
Para olvidarte, pues que no te amara
El rato que tratara de olvidarte. (Vanse.)

Calle.

ESCENA XVII.

COSME, *huyendo de* DON MANUEL, *que le sigue.*

D. MAN. ¡Vive Dios, si no mirara...
COSME. Por eso miras.
D. MAN. Que fuera
Infamia mia, que hiciera
Un desatino!
COSME. Repara
En que te he servido bien,
Y un descuido no está en mano,
De un católico cristiano.
D. MAN. ¿Quién ha de sufrirte, quién,
Si lo que más importó,
Y lo que más te he encargado
Es lo que más se ha olvidado?
COSME. Pues por eso se olvidó,
Por ser lo que me importaba;
Que si importante no fuera,
¿En olvidarse, qué hiciera?
¡Viven los cielos! que estaba

Tan cuidadoso en traer
Los papeles, que por eso
Los puse aparte, y confieso
Que el cuidado vino á ser
El mismo que me dañó;
Pues si aparte no estuvieran,
Con los demas se vinieran.

D. MAN. Harto es que se te acordó
En la mitad del camino.

COSME. Un gran cuidado llevaba,
Sin saber qué le causaba;
Que le juzgué desatino,
Hasta que en el caso di,
Y supe que era el cuidado
El habérseme olvidado
Los papeles.

D. MAN. Di que allí
El mozo espere, teniendo
Las mulas; porque tambien
Llegar con ruido no es bien,
Despertando á quien durmiendo
Está ya; pues puedo entrar,
Supuesto que llave tengo,
Y el despacho, por quien vengo,
Sin ser sentido sacar. (Vase Cosme, y vuelve.)

COSME. Ya el mozo queda adverdido,
Mas considera, señor,
Que sin luz es grande error
Querer hallarlos, y el ruido
Excusarse no es posible;
Porque si luz no nos dan
En el cuarto de Don Juan,
¿Cómo hemos de ver?

D. MAN. ¡Terrible

Es tu enfado! ¿Agora quieres
Que le alborote y le llame?
¿Pues no sabrás (dime, infame,
Que causa de todo eres)
Por el tiento, dónde fué
Dónde quedaron?

COSME. No es esa
La duda; que yo á la mesa,
Donde sé que los dejé,
Iré á ciegas.

D. MAN. Abre presto.

COSME. Lo que á mi temor responde
Es que no sabré yo adónde
El duende los habrá puesto;
Porque ¿qué cosa he dejado,
Que haya vuelto á hallarla yo
En la parte que quedó?

D. MAN. Si los hubiere mudado,
Luz entónces pediremos;
Pero hasta verlo, no es bien
Que alborotemos, á quien
Buen hospedaje debemos. (Vanse.

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA XVIII.

DOÑA ANGELA É ISABEL, *que salen de la alacena.*

D.ª ANG. Isabel, pues recogida
Está la casa, y es dueño
De los sentidos el sueño,

Ladron de la media vida,
Y só que el huésped se ha ido,
Robarle el retrato quiero
Que ví en el lance primero.

ISABEL. Entra quedo, y no hagas ruido.

D.ª ANG. Cierra tú por allá fuera,
Y hasta venirme á avisar
No saldré yo, por no dar
En más riesgo.

ISABEL. Aquí me espera.

(Vase Isabel, cerrando la alacena.)

ESCENA XIX.

DON MANUEL, COSME, *á oscuras*. —DAÑA ANGELA.

COSME. (Hablando bajo con su amo junto á la puerta.)
Ya está abierto.

D. MAN. Pisa quedo;
Que, si aquí sienten rumor,
Será alboroto mayor.

COSME. ¿Crêrásme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
Tenernos luz encendida.

D.ª ANG. La luz que traje escondida,
Porque de aquesta manera
No se viese, es tiempo ya
De descubrir.

(Saca una luz que trajo encubierta en una linterna.)

COSME. (Ap. á su amo.) Nunca ha andado
El duende tan bien mandado.
¡Qué presto la luz nos da!
Considera agora aquí

Si te quiere bien el duende,
Pues que para tí la enciende,
Y la apaga para mí.

D. MAN. ¡Válgame el cielo! Ya es
Esto sobrenatural;
Que traer con priesa tal
Luz, no es obra humana.

COSME. ¿Ves
Como á confesar viniste
Que es verdad?

D. MAN. ¡De mármol soy!
Por volver atras estoy.

COSME. Mortal eres: ya temiste.

D.ª ANG. Hácia aquí la mesa veo,
Y con papeles está.

COSME. Hácia la mesa se va.

D. MAN. ¡Vive Dios, que dudo y creo
Una admiracion tan nueva!

COSME ¿Ves cómo nos va guiando,
Lo que venimos buscando,
Sin que veamos quién la lleva?

(Doña Angela pone la luz en un candelero que habrá en la mesa, y toma una silla y siéntase de espaldas á los dos.)

D.ª ANG. Pongo aquí la luz, y agora
La escribanía veré.

D. MAN. Aguarda, que á los reflejos
De la luz todo se ve;
Y no ví en toda mi vida
Tan soberana mujer.
¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
Hidras á mi parecer,
Son los prodigios, pues de uno
Nacen mil. ¡Cielos! ¿qué haré?

COSME. Despacio lo va tomando.

Silla arrastra.

D. MAN. Imágen es
De la más rara beldad,
Que el soberano pincel
Ha obrado.

COSME. Así es verdad;
Porque sólo la hizo él.

D. MAN. Más que la luz resplandecen
Sus ojos.

COSME. Lo cierto es,
Que son sus ojos luceros
Del cielo de Lucifer.

D. MAN. Cada cabello es un rayo
Del sol.

COSME. Hurtáronlos dél.

D. MAN. Una estrella es cada rizo.

COSME. Sí será; porque tambien
Se las trajeron acá,
O una parte de las tres.

D. MAN. ¡No ví más rara hermosura!

COSME. No dijeras eso á fe,
Si el pié la vieras; porque estos
Son malditos por el pié.

D. MAN. ¡Un asombro de belleza,
Un ángel hermoso es!

COSME. Es verdad, pero patudo.

D. MAN. ¿Qué es esto, qué intenta hacer
Con mis papeles?

COSME. Yo apuesto
Que querrá mirar y ver
Lo que buscas, porque aquí
Tengamos ménos que hacer;
Que es duende muy servicial.

D. MAN. ¡Válgame el cielo! ¿qué haré?

Nunca me he visto cobarde,
Sino solo aquesta vez.

COSME. Yo sí, muchas.

D. MAN. Y calzado
De prision de hielo el pié,
Tengo el cabello erizado,
Y cada suspiro es,
Para mi pecho un puñal,
Para mi cuello un cordel.
Mas ¿yo he de tener temor?
¡Vive el cielo que he de ver
Si sé vencer un encanto!

(Llega, y cógela de un brazo.)

Angel, demonio, ó mujer,
A fe que no has de librarte
De mis manos esta vez.

D.ª ANG. (Ap.) ¡Ay infeliz de mí!
Fingida su ausencia fué:
Más ha sabido que yo.

COSME. De parte de Dios (aquí es
Troya del diablo) nos dí...

D.ª ANG. (Ap.) Mas yo disimularé.

COSME. ¿Quién eres, y qué nos quieres?

D.ª ANG. Generoso Don Manuel
Enriquez, á quien está
Guardado un inmenso bien,
No me toques, no me llegues
Que llegarás á perder
La mayor dicha que el cielo
Te previno, por merced
Del habo que te apadrina
Por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
En el último papel,

Que nos veríamos presto,
Y anteviendo aquesto fué.
Y pues cumplí mi palabra
Supuesto que ya me ves,
En la más humana forma
Que he podido elegir, ve
En paz, y déjame aquí;
Porque aun cumplido no es
El tiempo en que mis sucesos
Has de alcanzar y saber.
Mañana lo sabrás todo;
Y mira, que á nadie des
Parte desto, si no quieres
Una gran suerte perder.
Ve en paz.

COSME. Pues que con la paz
Nos convida, señor, ¿qué
Esperamos?

D. MAN. (Ap. ¡Vive Dios,
Que corrido de temer
Vanos asombros estoy!
Y puesto que no los crê
Mi valor, he de apurar
Todo el caso de una vez.)
Mujer, quien quiera que seas,
(Que no tengo de creer
Que eres otra cosa nunca)
Vive Dios, que he de saber
Quién eres, cómo has entrado
Aquí, con qué fin, y á qué.
Sin esperar á mañana
Esta dicha gozaré;
Si demonio, por demonio,
Y si mujer, por mujer;

Que á mi esfuerzo no le da
Que recelar ni temer
Tu amenaza, cuando fueras
Demonio; aunque yo bien sé
Que teniendo cuerpo tú,
Demonio no puedes ser,
Sino mujer.

COSME. Todo es uno.

D.ª ÁNG. No me toques, que á perder
Echas una dicha.

COSME. Dice
El señor diablo muy bien;
No la toques, pues no ha sido
Arpa, laud ni rabel.

D. MAN. Si eres espíritu agora
Con la espada lo veré; (Saca la espada.)
Pues aunque te hiera aquí,
No he de poderte ofender.

D.ª ÁNG. ¡Ay de mí! ¡deten la espada,
Sangriento el brazo deten!
Que no es bien que des la muerte
A una infelice mujer.
Yo confieso que lo soy;
Y aunque es delito el querer,
No delito que merezca
Morir mal, por querer bien.
No manches pues, no desdores
Con mi sangre el rosicler
De ese acero.

D. MAN. Dí, ¿quién eres?

D.ª ÁNG. Fuerza el decirlo ha de ser;
Porque no puedo llevar
Tan al fin como pensé
Este amor, este deseo.

Esta verdad, esta fe.
Pero estamos á peligro,
Si nos oyen, ó nos ven,
De la muerte; porque soy
Mucho más de lo que ves;
Y así es fuerza, por quitar
Estorbos que puede haber,
Cerrar, señor, esa puerta,
Y áun la del portal tambien;
Porque no puedan ver luz,
Si acaso vienen á ver
Quién anda aquí.

D. MAN. Alumbra, Cosme,
Cerremos las puertas. ¿Ves
Cómo es mujer, y no duende?

COSME. Yo ¿no lo dije tambien? (Vanse los dos.)

ESCENA XX.

DOÑA ANGELA, *y luego* ISABEL.

D.ª ANG. Cerrada estoy por defuera.
Ya ¡cielos! fuerza ha de ser
Decir la verdad, supuesto
Que me ha cerrado Isabel,
Y que el huésped me ha cogido
Aquí. (Sale Isabel por la alacena.)

ISABEL. Ce, señora, ce.
Tu hermano por tí pregunta.

D.ª ANG. Bien sucede. Echa el cancel
De la alacena. ¡Ay amor!
La duda se queda en pié.
(Vanse y cierran la alacena.)

ESCENA XXI.

DON MANUEL, COSME.

D. MAN. Ya están cerradas las puertas,
Proseguid, señora; haced
Relacion... pero, ¿qué es esto?
¿Dónde está?
COSME. Pues yo ¿qué sé?
D. MAN. ¿Si se ha entrado en el alcoba?
Ve delante.
COSME. Yendo á pié,
Es, señor, descortesía
Ir yo delante.
D. MAN. Veré
Todo el cuarto. Suelta, digo.
COSME. Digo que suelto.
(Quítale Don Manuel la luz, entra en el cuarto y vuelve á salir.)
D. MAN. ¡Cruel
Es mi suerte!
COSME. Aun bien que agora
Por la puerta no se fué.
D. MAN. ¿Pues por dónde pudo irse?
COSME. Eso no alcanzo yo. ¿Ves
(Siempre te lo he dicho yo)
Cómo es diablo, y no mujer?
D. MAN. ¡Vive Dios, que he de mirar
Todo este cuarto, hasta ver
Si debajo de los cuadros

Rota está alguna pared,
Si encubren estas alfombras
Alguna cueva, y tambien
Las bovedillas del techo!

COSME. Solamente aquí se ve
Esta alacena.

D. MAN. Por ella
No hay que dudar ni temer,
Siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demas ven.

COSME. Yo no soy nada miron.

D. MAN. Pues no tengo de creer
Que es fantástica su forma,
Puesto que llegó á temer
La muerte.

COSME. Tambien llegó
A adivinar y saber
Que, á sólo verla esta noche,
Habíamos de volver.

D. MAN. Como sombra se mostró,
Fantástica su luz fué;
Pero como cosa humana,
Se dejó tocar y ver:
Como mortal se temió,
Receló como mujer,
Como ilusion se deshizo,
Como fantasma se fué.
Si doy la rienda al discurso,
No sé, ¡vive Dios! no sé,
Ni qué tengo de dudar,
Ni qué tengo de creer.

COSME. Yo sí.

D. MAN. ¿Qué?

COSME. Que es mujer-diablo;

Pues que novedad no es,
Si la mujer es demonio
Todo el año, que una vez,
Por desquitarse de tantas,
Sea el demonio mujer.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Doña Angela.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, *á oscuras*; ISABEL, *guiándole*.

ISABEL. Espérame en esta sala:
Luégo saldrá á verte aquí
Mi señora. (Vase, cerrando.)
D. MAN. No está mala
La tramoya. ¿Cerró? Sí.
¡Qué pena á mi pena iguala!
Yo volví del Escorial,
Y este encanto peregrino,
Este pasmo celestial
Que á traerme la luz vino
Y me deja en duda igual,
Me tiene escrito un papel,
Diciendo muy tierna en él:
«Si os atreveis á venir
A verme, habeis de salir
Esta noche con aquel
Criado que os acompaña.
Dos hombres esperarán
En el cementerio (¡extraña

Parte!) de San Sebastian,
Y una silla.» Y no me engaña.
En ella entré y discurrí,
Hasta que el tino perdí.
Y al fin á un portal de horror
Lleno, de sombra y temor,
Solo y á oscuras salí.
Aquí llegó una mujer,
(Al oir y al parecer)
Y á oscuras y por el tiento,
De aposento en aposento,
Sin oir, hablar, ni ver,
Me guió. Pero ya veo
Luz; por el resquicio es
De una puerta. Tu deseo
Lograste, amor, pues ya ves
La dama; aventuras creo.
(Acecha por la cerradura.)
¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada!

(Abren la puerta, y salen várias criadas trayendo toallas, conservas y agua, haciendo reverencias todas al pasar, y detras de todas, Doña Angela, ricamente vestida.)

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, CRIADAS, DOÑA BEATRIZ.—DON MANUEL.

D.ª ANG. (Ap. á Doña Beatriz.)
Pues presumen que eres ida

A tu casa mis hermanos,
Quedándote aquí escondida,
Los recelos serán vanos;
Porque una vez recogida,
Ya no habrá que temer nada.

D.ª BEAT. ¿Y qué ha de ser mi papel?

D.ª ANG. Agora el de mi criada;
Luego el de ver, retirada,
Lo que me pasa con él.—
¿Estareis muy disgustado (A Don Manuel.)
De esperarme?

D. MAN. No, señora;
Que quien espera la aurora,
Bien sabe que su cuidado,
En las sombras sepultado
De la noche oscura y fria,
Ha de tener; y así hacía
Gusto el pesar que pasaba;
Pues cuanto más se alargaba,
Tanto más llamaba al dia.
Si bien no era menester
Pasar noche tan oscura,
Si el sol de vuestra hermosura
Me habia de amanecer;
Que para resplandecer
Vos, soberano arrebol,
La sombra ni el tornasol
De la noche no os habia
De estorbar; que sois el dia
Que amanece sin el sol.
Huye la noche, señora,
Y pasa á la dulce salva
La risa bella del alba,
Que ilumina, mas no dora;

Despues del alba la aurora,
De rayos y luz escasa,
Dora, mas no abrasa. Pasa
La aurora, y tras su arrebol
Pasa el sol; y sólo el sol
Dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
Quiso á la noche seguir;
La aurora, para lucir,
Al alba quiso imitar;
El sol, deidad singular,
A la aurora desafía,
Vos al sol: luego la fria
Noche no era menester,
Si podeis amanecer
Sol del sol despues del dia.

D.ª ANG. Aunque agradecer debiera
Discurso tan cortesano,
Quejarme quiero (no en vano),
De ofensa tan lisonjera;
Pues no siendo esta la esfera,
A cuyo noble ardimiento
Fatigas padece el viento,
Sino un albergue piadoso,
Os viene á hacer sospechoso
El mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
Me falta en contento tanto;
Ni aurora, pues que mi llanto
De mi dolor no os avisa;
No soy sol, pues no divisa
Mi luz la verdad que adoro,
Y así lo que soy ignoro;
Que sólo sé que no soy

Alba, aurora ó sol; pues hoy
No alumbro, rio, ni lloro.
Y así os ruego que digais,
Señor Don Manuel, de mí
Que una mujer soy y fuí,
A quien vos sólo obligais
Al extremo que mirais.

D. MAN. Muy poco debe de ser;
Pues aunque me llego á ver
Aquí, os pudiera argüir
Que tengo más que sentir,
Señora, que agradecer.
Y así, me doy por sentido.

D.ª ANG. ¿Vos de mí sentido?

D. MAN. Sí,
Pues que no fiais de mí
Quién sois.

D.ª ANG. Solamente os pido
Que eso no mandeis; que ha sido
Imposible de contar.
Si quereis venirme á hablar,
Con calidad ha de ser
Que no lo habeis de saber,
Ni lo habeis de preguntar;
Porque para con vos hoy
Un enigma á ser me ofrezco,
Que ni soy lo que parezco,
Ni parezco lo que soy.
Miéntras encubierta estoy,
Podreis verme y podré veros;
Porque si á satisfaceros
Llegais, y quien soy sabeis,
Vos quererme no querreis,
Aunque yo quiera quereros.

Pincel que lo muerto informa,
Tal vez un cuadro previene,
Que una forma á una luz tiene,
Y á otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
Dos luces, que en mí teneis;
Si hoy á aquesta luz me veis,
Y por eso me estimais,
Cuando á otra luz me veais,
Quizá me aborrecereis.
Lo que deciros me importa
Es en cuanto á haber creido
Que de Don Luis dama he sido;
Que esta sospecha reporta
Mi juramento, y la acorta.

D. MAN. ¿Pues qué, señora, os moviera
A encubriros dél?

D.ª ANG. Pudiera
Ser tan principal mujer,
Que tuviera que perder,
Si Don Luis me conociera.

D. MAN. Pues decidme solamente,
¿Cómo á mi casa pasais?

D.ª ANG. Ni eso es tiempo que sepais;
Que es el mismo inconveniente.

D.ª BEAT. (Ap. Aquí entro yo lindamente.)
Ya el agua y dulce está aquí;
Vuexcelencia mire si...

(Llegan todas con las toallas, agua y algunas cajas de dulce.)

D.ª ÁNG. ¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es excelencia?
¿Quieres engañar así
Ahora al señor Don Manuel,

Para que con eso crea
Que yo gran señora sea?

D.ª BEAT. Advierte...

D. MAN. (Ap.) De mi cruel
Duda salí con aquel
Descuido; agora he creido
Que una gran señora ha sido,
Que, por serlo, se encubrió,
Y que con el oro vió
Su secreto conseguido.

ESCENA III.

DON JUAN.—DICHOS.

D. JUAN. (Dentro.) Abre, Isabel, esta puerta.

D.ª ÁNG. (Ap.) ¡Ay cielos! ¿qué ruido es este?

ISABEL. ¡Yo soy muerta!

D.ª BEAT. (Ap.) ¡Helada estoy!

D. MAN. (Ap.) ¿Aun no cesan mis crueles
Fortunas? ¡Válgame el cielo!

D.ª ÁNG. Señor, mi padre es aqueste.

D. MAN. ¿Qué he de hacer?

D.ª ÁNG. Fuerza es que vais
A esconderos á un retrete.
Isabel, llévale tú,
Hasta que oculto le dejes
En aquel cuarto que sabes,
Apartado; ya me entiendes.

ISABEL. Vamos presto.

D. JUAN. (Dentro.) ¿No acabais
De abrir la puerta?

D. MAN. ¡Valedme,

Cielos, que vida y honor
Van jugadas á una suerte!

(Vase Don Manuel con Isabel.)

D. JUAN. (Dentro.) La puerta echaré en el suelo.

D.ª ANG. Retírate tú, pues puedes,
En esa cuadra, Beatriz;
No te hallen aquí.

(Vase Doña Beatriz, y sale Don Juan.)

D.ª ANG. ¿Qué quieres
A estas horas en mi cuarto,
Que así á alborotarnos vienes?

D. JUAN. Respóndeme tú primero,
Angela, ¿qué traje es ese?

D.ª ANG. De mis penas y tristezas
Es causa el mirarme siempre
Llena de luto, y vestíme,
Por ver si hay con qué me alegre
Estas galas.

D. JUAN. No lo dudo;
Que tristezas de mujeres
Bien con galas se remedian,
Bien con joyas convalecen;
Si bien me parece que es
Tu cuidado impertinente.

D.ª ANG. ¿Qué importa el vestirme así,
Donde nadie llegue á verme?

D. JUAN. Dime, ¿volvióse Beatriz
A su casa?

D.ª ANG. Y cuerdamente
Su padre, por mejor medio,
En paz su enojo convierte.

D. JUAN. Yo no quise saber más,
Para ir á ver si pudiese
Verla y hablarla esta noche.

Quédate con Dios, y advierte
Que ya no es tuyo ese traje. (Vase.)

D.ª ANG. Vaya Dios contigo, y véte.

(Vase Don Juan, y vuelve Doña Beatriz.)

D.ª ANG. Cierra esa puerta, Beatriz.

D.ª BEAT. Bien hemos salido deste
Susto. A buscarme tu hermano
Va.

D. ANG. Ya hasta que se sosiegue
Mas la casa, y Don Manuel
Vuelva de su cuarto á verme,
Para ser ménos sentidas,
Entremos á este retrete.

D.ª BEAT. Si eso te sucede bien,
Te llaman la Dama Duende. (Vanse.)

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA IV.

DON MANUEL É ISABEL, *que salen á oscuras de la alacena.*

ISABEL. Aquí has de quedarte, y mira
Que no hagas ruido; que pueden
Sentirte.

D. MAN. Un mármol seré.

ISABEL. Quieran los cielos que acierte
A cerrar, que estoy turbada. (Vase.)

D. MAN. ¡Oh, á cuánto, cielos, se atreve
Quien se atreve á entrar en parte
Donde ni alcanza ni entiende

Qué daños se le aperciben,
Qué riesgos se le previenen!
Véme aquí á mí en una casa,
Que dueño tan noble tiene
(De excelencia por lo ménos),
Lleno de asombros crueles,
Y tan léjos de la mia.
Pero ¿qué es esto? Parece
Que á esta parte alguna puerta
Abren. Sí, y ha entrado gente.

ESCENA V.

COSME.—DON MANUEL.

COSME. Gracias á Dios que esta noche
Entrar podré libremente (A tientas.)
En mi aposento sin miedo,
Aunque sin luz salga y entre;
Porque el duende mi señor
Puesto que á mi amo tiene,
¿Para qué me quiere á mí?
(Encuentra con Don Manuel.)
Pero para algo me quiere.
¿Quién va? ¿quién es?
D. MAN. Calle, digo,
Quienquiera que es, si no quiere
Que le mate á puñaladas.
COSME. No hablaré más que un pariente
Pobre en la casa de un rico.
D. MAN. (Ap. Criado sin duda es este,
Que acaso ha entrado hasta aquí.
Dél informarme conviene

Dónde estoy.) Díme, ¿qué casa
Es esta, y qué dueño tiene?

COSME. Señor, el dueño y la casa
Son del diablo que me lleve;
Porque aquí vive una dama,
Que llaman la Dama Duende,
Que es un demonio en figura
De mujer.

D. MAN. Y tú, ¿quién eres?

COSME. Soy un fámulo ó criado,
Soy un súbdito, un sirviente,
Que, sin qué ni para qué,
Estos encantos padece.

D. MAN. Y ¿quién es tu amo?

COSME. Es
Un loco, un impertinente,
Un tonto, un simple, un menguado,
Que por tal dama se pierde.

D. MAN. Y ¿es su nombre?

COSME. Don Manuel
Enriquez.

D. MAN. ¡Jesus mil veces!

COSME. Yo Cosme Catiboratos
Me llamo.

D. MAN. Cosme, ¿tú eres?
¿Pues cómo has entrado aquí?
Tu señor soy. Díme, ¿vienes
Siguiéndome tras la silla?
¿Entraste tras mí á esconderte
Tambien en este aposento?

COSME. ¡Lindo desenfado es ese!
Díme, ¿cómo estás aquí?
¿No te fuiste muy valiente,
Solo, donde te esperaban?

Pues ¿cómo tan presto vuelves?
¿Y cómo, en fin, has entrado
Aquí, trayendo yo siempre
La llave de aqueste cuarto?

D. MAN. Pues díme, ¿qué cuarto es este?

COSME El tuyo, ó el del demonio.

D. MAN. ¡Viven los cielos, que mientes!
Porque léjos de mi casa,
Y en otra bien diferente
Estaba en aqueste instante.

COSME. Pues cosas serán del duende,
Sin duda; porque te he dicho
La verdad pura.

D. MAN. Tú quieres
Que pierda el juicio.

COSME. ¿Hay más
De desengañarte? Véte
Por esa puerta, y saldrás
Al portal, adonde puedes
Desengañarte.

D. MAN. Bien dices;
Iré á examinarle y verle. (Vase.)

COSME. Señores, ¿cuándo saldremos
De tanto embuste aparente?

Sale Isabel por la alacena)

ESCENA VI.

ISABEL.—COSME; *despues* DON MANUEL.

ISABEL. (Ap. Volvióse á salir Don Juan,
Y porque á saber no llegue
Don Manuel adónde está,

Sacarle de aquí conviene.)
Ce, señor, ce.

COSME. (Ap.) Esto es peor;
Ceáticas son estas cees.

ISABEL. Ya mi señor recogido
Queda.

COSME (Ap.) ¿Qué señor es este?

(Vuelve Don Manuel.)

D. MAN. Este es mi cuarto en efecto.

ISABEL. ¿Eres tú?

COSME. Sí, yo soy.

ISABEL. Vénte
Conmigo.

D. MAN. Tú dices bien.

ISABEL. No hay que temer; nada esperes.

COSME. ¡Señor, que el duende me lleva!

(Toma Isabel á Cosme de la mano, y llévale por la alacena.)

ESCENA VII.

DON MANUEL.

¿No sabrémos finalmente
De dónde nace este engaño?
¿No respondes? ¡Qué necio eres!
¡Cosme, Cosme!—¡Vive el cielo,
Que toco con las paredes!
¿Yo no hablaba aquí con él?
¿Dónde se desaparece
Tan presto? ¿No estaba aquí?
Yo he de perder dignamente
El juicio. Mas pues es fuerza
Que aquí otro cualquiera entre,

He de averiguar por dónde;
Porque tengo de esconderme
En esta alcoba, y estar
Esperando atentamente,
Hasta averiguar quién es
Esta hermosa Dama Duende. (Vase.)

Sala de Doña Angela.

ESCENA VIII.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, CRIADAS; *despues* COSME, ISABEL.

D.ª ANG. Pues á buscarte ha salido
(A Doña Beatriz.)
Mi hermano, y pues Isabel
A su mismo cuarto ha ido
A traer á Don Manuel,
Esté todo apercibido:
Halle, cuando llegue aquí,
La colacion prevenida.
Todas le esperad así.

D.ª BEAT. No he visto en toda mi vida
Igual cuento.

D.ª ANG. ¿Viene?

CRIADA. Sí,
Que ya siento sus pisadas.

(Sale Isabel, trayendo de la mano á Cosme.)

COSME. ¡Triste de mí! ¿dónde voy?
Ya estas son burlas pesadas.
Mas no, pues mirando estoy

Bellezas tan extremadas.
¿Yo soy Cosme, ó Amadis?
¿Soy Cosmillo, ó Belianis?

ISABEL. Ya viene aquí. Mas ¿qué veo?
¡Señor!...

COSME. (Ap.) Ya mi engaño creo,
Pues tengo el alma en un tris.

D.ª ANG. ¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL. (Ap. á su ama.) Señora,
Donde á Don Manuel dejé,
Volviendo por él agora,
A su criado encontré.

D.ª BEAT. Mal tu descuido se dora.

ISABEL. Está sin luz.

D.ª ANG. ¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.

D.ª BEAT. (Ap. Más vale engañarle así.)
Cosme.

COSME. Damiana.

D.ª BEAT. A ese lado
Llegad.

COSME. Bien estoy aquí.

D.ª ANG. Llegad; no tengais temor.

COSME. ¿Un hombre de mi valor,
Temor?

D.ª ANG. ¿Pues qué es no llegar?

(Llégase á ellas.)

COSME (Ap. Ya no se puede excusar,
En llegando al pundonor.)
Respeto no puede ser
Sin ser espanto ni miedo,
Porque al mismo Lucifer,
Temerle muy poco puedo
En hábito de mujer.

Alguna vez lo intentó,
Y para el ardid que fragua,
Cota y nagua se vistió;
Que esto de cotilla y nagua
El demonio lo inventó.
En forma de una doncella
Aseada, rica y bella
A un pastor se apareció;
Y él, así como la vió,
Se encendió en amores della.
Gozó á la diabla, y despues
Con su forma horrible y fea
Le dijo á voces: «¿No ves,
Misero de tí, cuál sea,
Desde el copete á los piés,
La hermosura que has amado?
Desespera, pues has sido
Agresor de tal pecado.»
Y él, ménos arrepentido
Que ántes de haberla gozado,
La dijo: «Si pretendiste,
Oh sombra fingida y vana,
Que desesperase un triste,
Vénte por acá mañana
En la forma que trajiste;
Verásme amante y cortés
No ménos que ántes despues;
Y aguárdate, en testimonio
De que áun horrible no es
En traje de hembra, un demonio.

D.ª Ang. Volved en vos, y tomad
Una conserva y bebed;
Que los ustos causan sed.

Cosme Yo no la tengo.

D.ª BEAT. Llegad;
Que habeis de volver, mirad,
Doscientas leguas de aquí.
COSME. ¡Cielos! ¿qué oigo? (Llaman.)
D.ª ANG. ¿Llaman?
D.ª BEAT. Sí.
ISABEL (Ap.) ¡Hay tormento más cruel!
D.ª ANG. (Ap.) ¡Ay de mí triste!

ESCENA IX.

DON LUIS.—DICHOS.

D. LUIS. (Dentro.) Isabel.
D.ª BEAT. (Ap.) ¡Válgame el cielo!
D. LUIS. (Dentro.) Abre aquí.
D.ª ANG. (Ap.) Para cada susto tengo
Un hermano.
ISABEL. ¡Trance fuerte!
D.ª BEAT. Yo me escondo. (Vase.)
COSME. (Ap.) Este sin duda
Es el verdadero duende.
ISABEL. (A Cosme.) Vénte conmigo.
COSME. Sí haré. (Vanse.)

(Abren la puerta, y sale Don Luis.)

D.ª ANG. ¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?
D. LUIS. Pesares mios me traen
A estorbar otros placeres.
Ví ya tarde en ese cuarto
Una silla, donde vuelve
Beatriz, y ví que mi hermano
Entró.
D.ª ANG. Y en fin, ¿qué pretendes?

D. Luis. Como pisa sobre el mio,
Me pareció que habia gente,
Y para desengañarme
Sólo, he de mirarle y verle.

(Alza una antepuerta, y encuentra á Doña Beatriz.

Beatriz, ¿aquí estás?

(Sale Doña Beatriz.)

D.ª Beat. Aquí
Estoy: que hube de volverme,
Porque al disgusto volvió
Mi padre, enojado siempre.

D. Luis. Turbadas estais las dos.
¿Qué notable estrago es este
De platos, dulces y vidrios?

D.ª Ang. ¿Para qué informarte quieres
De lo en que, en estando solas,
Se entretienen las mujeres?

(Hacen ruido en la alacena Isabel y Cosme.)

D. Luis. Y aquel ruido, ¿qué es?

D.ª Ang. (Ap.) ¡Yo muero!

D. Luis. ¡Vive Dios, que allí anda gente!
Ya no puede ser mi hermano
Quien se guarda desta suerte.

(Toma una luz.)

¡Ay de mí! ¡Cielos piadosos,
Que queriendo neciamente
Estorbar aquí los celos
Que amor en mi pecho enciende,
Celos de honor averiguo!
Luz tomaré, aunque imprudente,
Pues todo se halla con luz,
Y el honor con luz se pierde. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, CRIADOS.

D.ª ANG. ¡Ay, Beatriz, perdidas somos,
Si le encuentra!
D.ª BEAT. Si le tiene
En su cuarto ya Isabel,
En vano dudas y temes,
Pues te asegura el secreto
De la alacena.
D.ª ANG. ¿Y si fuese
Tal mi desdicha, que allí,
Con la turbacion, no hubiese
Cerrado bien Isabel,
Y él entrase allá?
D.ª BEAT. Ponerte
En salvo será importante.
D.ª ANG. De tu padre iré á valerme
Como él se valió de mí;
Porque trocada la suerte,
Si á tí te trajo un pesar,
A mí otro pesar me lleve. (Vanse.)

Cuarto de Don Manuel.

ESCENA XI.

ISABEL, COSME, DON MANUEL; *despues* DON LUIS.

ISABEL. Entra presto. (Vase.)
D. MAN Ya otra vez

En la cuadra siento gente.

(Sale Don Luis con luz.)

D. Luis. (Ap.) Yo ví un hombre ¡vive Dios!

Cosme. Malo es esto.

D. Luis ¿Cómo tienen
Desviada esta alacena?

Cosme. Ya se ve luz; un bufete,
Que he encontrado aquí, me valga.

(Escóndese debajo del bufete.)

D. Man. Esto ha de ser desta suerte.

(Mete mano á la espada.)

D. Luis ¡Don Manuel!

D. Man. ¡Don Luis! ¿qué es esto?
¿Quién vió confusion más fuerte?

Cosme. (Ap.) ¡Oigan por donde se entró!
Decirlo quise mil veces.

D. Luis. Mal caballero, villano,
Traidor, fementido huésped,
Que al honor de quien te estima,
Te ampara y te favorece,
Sin recato te aventuras, (Saca la espada.)
Y sin decoro te atreves,
Esgrime ese infame acero.

D. Man. Sólo para defenderme
Le esgrimiré, tan confuso
De oirte, escucharte y verte,
De oirme, verme y escucharme,
Que, aunque á matarme te ofreces,
No podrás, porque mi vida,
Hecha á prueba de crueles
Fortunas, es inmortal;
Ni podrás, aunque lo intentes,
Darme la muerte, supuesto
Que el dolor no me da muerte;

Que, aunque eres valiente tú,
Es el dolor más valiente.

D. LUIS. No con razones me venzas,
Sino con obras.

D. MAN. Detente,
Sólo hasta pensar si puedo
Yo, Don Luis, satisfacerte.

D. LUIS. ¿Qué satisfacciones hay,
Si así agraviarme pretendes?
Si en el cuarto de esa fiera
Por esa puerta que tiene
Entras, ¿hay satisfacciones
A tanto agravio?

D. MAN. Mil veces
Rompa esa espada mi pecho,
Don Luis, si yo eternamente
Supe desta puerta, ó supe
Que paso á otro cuarto tiene.

D. LUIS. ¿Pues qué haces aquí encerrado
Sin luz?

D. MAN. (Ap. ¿Qué he de responderle?)
Al criado espero.

D. LUIS. Cuando
Yo te he visto esconder, ¿quieres
Que mientan mis ojos?

D. MAN. Sí,
Que ellos engaño padecen
Más que otro sentido.

D. LUIS. Y cuando
Los ojos mientan, ¿pretendes
Que tambien mienta el oido?

D. MAN. Tambien.

D. LUIS. Todos al fin mienten;
Tú sólo dices verdad,

Y eres tú solo el que...

D. MAN. Tente,
Porque áun ántes que lo digas,
Que lo imagines y pienses,
Te habré quitado la vida;
Y, ya arrestada la suerte,
Primero soy yo. Perdonen
De amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir,
Riñamos como se debe:
Parte entre los dos la luz,
Que nos alumbre igualmente;
Cierra despues esa puerta,
Por donde entraste imprudente,
Miéntras que yo cierro estotra;
Y agora en el suelo se eche
La llave, para que salga
El que con la vida quede.

D. LUIS. Yo cerraré la alacena
Por aquí con un bufete,
Porque no puedan abrirla
Por allá cuando lo intenten.

(Levanta el bufete y halla a Cosme.)

COSME. (Ap.) Descubrióse la tramoya.

D. LUIS. ¿Quién está aquí?

D. MAN. ¡Dura suerte
Es la mia!

COSME. No está nadie.

D. LUIS. Díme, Don Manuel, ¿no es éste
El criado que esperabas?

D. MAN. Ya no es tiempo de hablar este
Yo sé que tengo razon;
Crêd de mí lo que quisiereis,
Que, con la espada en la mano,

Sólo ha de vivir quien vence.

D. LUIS. Ea pues, reñid los dos.
¿Qué esperais?

D. MAN. Mucho me ofendes,
Si eso presumes de mí.
Pensando estoy qué ha de hacerse
Del criado, porque echarle
Es enviar quien lo cuente,
Y tenerle aquí, ventaja,
Pues es cierto ha de ponerse
A mi lado.

COSME. No haré tal,
Si ese es el inconveniente.

D. LUIS. Puerta tiene aquesa alcoba
A ese pequeño retrete;
Ciérrale en él, y estaremos
Así iguales.

D. MAN. Bien adviertes.

COSME. Para que yo riña, haced
Diligencias tan urgentes;
Que para que yo no riña,
Ocioso cuidado es ese. (Vase.)

ESCENA XII.

DON MANUEL, DON LUIS.

D. MAN. Ya estamos solos los dos.

D. LUIS. Pues nuestro duelo comience. (Riñen.)

D. MAN. ¡No ví más templado pulso!

D. LUIS. ¡No ví pujanza más fuerte!
(Desguarnécesele la espada.)
Sin armas estoy; mi espada

Se desarma y desguarnece.

D. MAN. No es defecto del valor;
De la fortuna accidente
Sí: busca otra espada pues.

D. LUIS. Eres cortés y valiente.
(Ap. Fortuna, ¿qué debo hacer
En una ocasion tan fuerte,
Pues cuando el honor me quita
Me da la vida y me vence?
Yo he de buscar ocasion,
Verdadera ó aparente,
Para que pueda en tal duda
Pensar lo que debe hacerse.)

D. MAN. ¿No vas por la espada?

D. LUIS. Sí,
Y como á que venga esperes,
Presto volveré con ella.

D. MAN. Presto ó tarde, aquí estoy siempre.

D. LUIS. Adios, Don Manuel, que os guarde.

D. MAN. Adios, que con bien os lleve.

(Vase Don Luis.)

ESCENA XIII.

DON MANUEL; COSME, *encerrado*.

D. MAN. Cierro la puerta, y la llave
Quito porque no se eche
De ver que está gente aquí.
¡Qué confusos pareceres
Mi pensamiento combaten,
Y mi discurso revuelven!
¡Qué bien predije que habia

Puerta que paso la hiciese,
Y que era de Don Luis dama!
Todo, en efecto, sucede
Como yo lo imaginé.
¿Mas cuándo desdichas mienten?

COSME. (Dentro.) ¡Ah señor! por vida tuya,
Que lo que solo estuvieres,
Me eches allá, porque temo
Que venga á buscarme el duendo
Con sus dares y tomares,
Con sus dimes y diretes,
En un retrete que apénas
Se divisan las paredes.

D. MAN. Yo te abriré, porque estoy
Tan rendido á los desdenes
Del discurso, que no hay
Cosa que más me atormente.

(Entra Don Manuel donde entró Cosme.)

ESCENA XIV.

DOÑA ÁNGELA, *con manto*; DON JUAN, *que se queda á la puerta del cuarto.*—DON MANUEL, COSME, *dentro.*

D. JUAN. Aquí quedarás en tanto
Que me informe y me aconseje
De la causa que á estas horas
Te ha sacado de esta suerte
De casa; porque no quiero
Que en tu cuarto, ingrata, entres,
Por informarme sin tí
De lo que á tí te sucede.

(Ap. De Don Manuel en el cuarto
La dejo, y por si él viniere,
Pondré á la puerta un criado
Que le diga que no éntre.) (Vase.)

D.ª ÁNG. ¡Ay infelice de mí!
Unas á otras suceden
Mis desdichas. ¡Muerta soy!

(Salen Don Manuel y Cosme.)

COSME. Salgamos presto.

D. MAN. ¿Qué temes?

COSME. Que es demonio esta mujer,
Y que áun allí no me deje.

D. MAN. Si ya sabemos quién es,
Y en una puerta un bufete
Y en otra la llave está,
¿Por dónde quieres que éntre?

COSME. Por donde se le antojare.

D. MAN. Necio estás.

(Ve Cosme á Doña Angela.)

COSME. ¡Jesus mil veces!

D. MAN. ¿Pues qué es eso?

COSME. El *verbi gratia*
Encaja aquí lindamente.

D. MAN. ¿Eres ilusion ó sombra,
Mujer, que á matarme vienes?
Dí, ¿cómo has entrado aquí?

D.ª ÁNG. Don Manuel...

D. MAN. Dí.

D.ª ÁNG. Escucha, atiende.
Llamó Don Luis turbado,
Entró atrevido, reportóse osado,
Previnose prudente,
Pensó discreto y resistió valiente;
Miró la casa ciego,

Recorrióla advertido, hallóte, y luégo
Ruido de cuchilladas
Habló, siendo las lenguas las espadas.
Yo, viendo que era fuerza
Que dos hombres cerrados, á quien fuerza
Su valor y su agravio,
Retórico el acero, mudo el labio,
No acaban de otra suerte
Que con sola una vida y una muerte;
Sin ser vida ni alma,
Mi casa dejo, y á la oscura calma
De la tiniebla fria,
Pálida imágen de la dicha mia,
A caminar empiezo:
Aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo;
Y torpes mis sentidos,
Prision hallan de seda en mis vestidos.
Sola, triste y turbada,
Llego de mi discurso mal guiada
Al umbral de una esfera,
Que fué mi cárcel cuando ser debiera
Mi puerto ó mi sagrado.
¿Mas dónde le ha de hallar un desdichado?
Estaba á sus umbrales
(¡Cómo eslabona el cielo nuestros males!)
Don Juan, Don Juan mi hermano...
Que ya resisto, ya defiendo en vano
Decir quien soy, supuesto
Que el haberlo callado nos ha puesto
En riesgo tan extraño.
Quién crêrá que el callarme haya hecho daño
Siendo mujer! Y es cierto,
Siendo mujer, que por callar me he muerto.
En fin, él esperando

A esta puerta estaba ¡ay cielo! cuando
Yo á sus umbrales llego,
Hecha volcan de nieve, Alpe de fuego.
El á la luz escasa
Con que la luna mansamente abrasa,
Vió brillar los adornos de mi pecho,
(No es la primera traicion que nos han hecho)
Y escuchó de las ropas el ruido,
(No es la primera que nos han vendido.)
Pensó que era su dama,
Y llegó mariposa de su llama,
Para abrasarse en ella,
Y hallóme á mí por sombra de su estrella.
¿Quién de un galan creyera
Que, buscando sus celos, conociera
Tan contrarios los cielos,
Que ya se contentara con sus celos?
Quiso hablarme, y no pudo;
Que siempre ha sido el sentimiento mudo.
En fin, en tristes voces,
Que mal formadas anegó veloces
Desde la lengua al labio,
La causa solicita de su agravio.
Yo responderle intento,
(Ya he dicho como es mudo el sentimiento.)
Y aunque quise, no pude;
Que mal al miedo la razon acude,
Si bien busqué colores á mi culpa;
Mas cuando anda á buscarse la disculpa,
O tarde ó nunca llega;
Más el delito afirma que le niega.
«Ven, dijo, hermana fiera,
De nuestro antiguo honor mancha primera;
Dejaréte encerrada

Donde segura estés y retirada,
Hasta que cuerdo y sabio
De la ocasion me informe de mi agravio
Entré donde los cielos
Mejoraron, con verte, mis desvelos.
Por haberte querido,
Fingida sombra de mi casa he sido;
Por haberte estimado,
Sepulcro vivo fuí de mi cuidado;
Porque no te quisiera
Quien el respeto á tu valor perdiera;
Porque no te estimara
Quien su pasion dijera cara á cara.
Mi intento fué el quererte,
Mi fin amarte, mi temor perderte,
Mi miedo asegurarte,
Mi vida obedecerte, mi alma hallarte,
Mi deseo servirte,
Y mi llanto en efecto persuadirte
Que mi daño repares,
Que me valgas, me ayudes y me ampares.

D. MAN. (Ap. Hidras parecen las desdichas mias
Al renacer de sus cenizas frias.
¿Qué haré en tan ciego abismo,
Humano laberinto de mí mismo?
Hermana es de Don Luis, cuando creia
Que era dama. Si tanto (¡ay Dios!) sentia
Ofenderle en el gusto,
¿Qué será en el honor? ¡Tormento injusto!
Su hermana es: si pretendo
Librarla, y con mi sangre la defiendo,
Remitiendo á mi acero su disculpa,
Es ya mayor mi culpa,
Pues es decir que he sido

Traidor, y que á su casa he ofendido,
Pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla,
Es decir que ella tiene
La culpa, y á mi honor no le conviene.
¿Pues qué es lo que pretendo,
Si es hacerme traidor si la defiendo;
Si la dejo, villano;
Si la guardo, mal huésped; inhumano,
Si á su hermano la entrego?
Soy mal amigo si á guardarla llego;
Ingrato, si la libro, á un noble trato;
Si no la libro, á un noble amor ingrato.
Pues de cualquier manera
Mal puesto he de quedar, matando muera.)
No receles, señora; (A Doña Angela.)
Noble soy, y conmigo estás agora.

(Llaman á la puerta.)

COSME. Que llaman, señor.

D. MAN. Don Luis
Será, que fué por espada.
Abre pues.

D.ª ANG. ¡Ay de mí triste!
Mi hermano es.

D. MAN. No temas nada,
Pues mi valor te defiende.
Ponte luego á mis espaldas.

(Pónese Doña Angela detras de Don Manuel, y abre la puerta Cosme.)

ESCENA XV.

DON LUIS.—DOÑA ANGELA, DON MANUEL, COSME.

D. LUIS Ya vuelvo.—¿Pero qué miro?
¡Traidora!...
(Ve á Doña Angela, y saca la espada.)
D. MAN. Tened la espada,
Señor Don Luis. Yo os he estado
Esperando en esta sala
Desde que os fuisteis; y aquí
(Sin saber cómo) esta dama
Entró, que es hermana vuestra,
Segun dice; que palabra
Os doy, como caballero,
Que no la conozco; y basta
Decir que engañado pude,
Sin saber á quién hablarla.
Yo la he de poner en salvo
A riesgo de vida y alma:
De suerte que nuestro duelo,
Que habia á puerta cerrada
De acabarse entre los dos,
A ser escándalo pasa.
En habiéndola librado,
Yo volveré á la demanda
De nuestra pendencia; y pues
En quien sustenta su fama,
Espada y honor han sido
Armas de más importancia,
Dejadme ir vos por honor,
Pues yo os dejé ir por espada.

D. Luis. Yo fuí por ella; mas sólo
Para volver á postrarla
A vuestros piés; y cumpliendo
Con la obligacion pasada
En que entónces me pusisteis,
Pues que me dais nueva causa,
Puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana:
No la ha de llevar ninguno
A mis ojos de su casa,
Sin ser su marido; así,
Si os empeñais á llevarla,
Con la mano podrá ser;
Pues con aquesa palabra
Podeis llevarla y volver,
Si quereis, á la demanda.

D. Man. Volveré; pero advertido
De tu prudencia y constancia,
A sólo echarme á esos piés.

D. Luis. Alza del suelo; levanta.

D. Man. Y para cumplir mejor
Con la obligacion jurada,
A tu hermana doy la mano.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, ISABEL, DON JUAN.—Dichos.

D. Juan. Si sólo el padrino falta,
Aquí estoy yo; que viniendo
Adonde dejé á mi hermana,
El oiros me detuvo
No salir á las desgracias,

Como he salido á los gustos.

D.ª BEAT. Y pues con ellos se acaban,
No se acaben sin terceros.

D. JUAN. ¿Pues tú, Beatriz, en mi casa?

D.ª BEAT. Nunca salí della; luégo
Te podré decir la causa.

D. JUAN. Logremos esta ocasion,
Pues tan á voces nos llama.

COSME. ¡Gracias á Dios que ya el duendo
Se declaró!—Díme, ¿estaba
Borracho? (A Don Manuel.)

D. MAN. Si no lo estás,
Hoy con Isabel te casas.

COSME. Para estarlo fuera eso;
Mas no puedo.

ISABEL. ¿Por qué causa?

COSME. Por no malograr el tiempo
Que en estas cosas se gasta,
Pudiéndolo aprovechar
En pedir de nuestras faltas
Perdon; y humilde el autor
Os le pide á vuestras plantas.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR.

PERSONAS.

D. Alonso de Luna.
D. Juan de Mendoza.
D. Luis Osorio.
D. Diego.
Moscatel, *gracioso.*
D. Pedro Enriquez, *viejo.*
Doña Beatriz, *dama.*
Doña Leonor, *dama.*
Inés, *criada.*

La accion pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO; MOSCATEL, *muy triste.*

D. ALON. ¡Válgate el diablo! ¿qué tienes,
Que andas todos estos dias
Con mil necias fantasías?
Ni á tiempo á servirme vienes,
Ni á propósito respondes;
Y por errarlo dos veces,
Si no te llamo, pareces,
Y si te llamo, te escondes.
¿Qué es esto? Dílo.
MOSCAT. ¡Ay de mí!
Suspiros que el alma debe.
D. ALON. ¿Pues un pícaro se atreve
A suspirar hoy así?
MOSCAT. Los pícaros ¿no tenemos
Alma?
D. ALON. Sí, para sentir,
Y con rudeza decir
De su pena los extremos;

Mas no para suspirar;
Que suspirar es accion
Digna de noble pasion.

MOSCAT. ¿Y quién me puede quitar
La noble pasion á mí?

D. ALON. ¡Qué locuras!

MOSCAT. ¿Hay, señor
Más noble pasion que amor?

D. ALON. Pudiera decir que sí;
Mas para ahorrar la cuestion,
Que no, digo.

MOSCAT. ¿Que no? Luego
Si yo á tener amor llego,
Noble será mi pasion.

D. ALON. ¿Tú amor?

MOSCAT. Yo amor.

D. ALON. Bien podia,
Si aquí tu locura empieza,
Reirme hoy de tu tristeza
Más que ayer de tu alegría.

MOSCAT. Como tú nunca has sabido
Qué es estar enamorado;
Como siempre has estimado
La libertad que has tenido
Tanto, que á los dulces nombres
De amor, fueron tus placeres
Burlarte de las mujeres
Y reirte de los hombres,
De mí te ries, que estoy
De véras enamorado.

D. ALON. Pues yo no quiero criado
Tan afectüoso. Hoy
De casa te has de ir.

MOSCAT. Adviérte...

D. ALON. No hay ahora que advertir.
MOSCAT. Mira...
D. ALON. ¿Qué querrás decir?
MOSCAT. Que se ha trocado la suerte
Al paso, pues siempre dió
El teatro, enamorado
Al amo, y libre y al criado.
No tengo la culpa yo
Desta mudanza; y así,
Deja que hoy el mundo vea
Esta novedad, y sea
Yo el galan, tú el libre.
D. ALON. Aquí
Hoy no has de quedar.
MOSCAT. ¿Tan presto,
Que áun de buscar, no me das,
Otro amo, tiempo?
D. ALON. No hay más
De irte al instante.

ESCENA II.

DON JUAN.—DON ALONSO, MOSCATEL.

D. JUAN. ¿Qué es esto?
D. ALON. Es un pícaro, que ha hecho
La mayor bellaquería,
Bajeza y alevosía
Que cupo en humano pecho,
La más enorme traicion,
Que haber pudo imaginado.
D. JUAN. ¿Qué ha sido?
D. ALON. Hase enamorado.

Mirad si tengo razon
De darle tan bajo nombre;
Pues no hace alevosía,
Traicion ni bellaquería
Como enamorarse, un hombre.

D. JUAN. Amor es quien da valor
Y hace al hombre liberal,
Cuerdo y galan.

D. ALON. ¡Pese á tal!
De *Los milagros de amor*
La comedia me habeis hecho,
Que fué un engaño culpable;
Pues nadie hizo miserable,
De avaro y cobarde pecho
Al hombre, sino el amor.

D. JUAN. ¿Qué es lo que decís?

D. ALON. Oid,
Y este discurso advertid:
Vereis cuál prueba mejor.
El hombre que enamorado
Está, todo cuanto adquiere,
Para su dama lo quiere,
Sin que á amigo ni criado
Acuda, por acudir
A su gusto: luego es
Miserable amando, pues
No es ni se puede decir
Virtud, la que no es igual:
Y miserable no ha habido
Mayor, que el que solo ha sido
Con su gusto liberal.

D. JUAN. A vuestra sofistería
Nada quiero responder,
Don Alonso, por no hacer

Agravio á la pena mia,
Que es de amor; y si en su historia
Discurro, temo quedar
Vencido, y no quiero dar
Yo contra mí la victoria.
A buscaros he venido
Para consultar con vos
Un pesar; mas viendo (¡ay Dios!)
Que de mi amor ha nacido,
Le callaré, porque quien
Da á un criado tal castigo,
Mal escuchará á un amigo.

D. ALON. No escuchará sino bien;
Que no es todo uno, Don Juan,
Ser vos el enamorado,
O el bergante de un criado;
Que vos sois noble, galan,
Rico, discreto, y en fin,
Vuestro es amar y querer;
Mas ¿por qué ha de encarecer
El amor la gente ruin?
Y porque sepais de mí
Que trato de un mismo modo
Burlas y véras, á todo
Me teneis, Don Juan, aquí.—
Salte allá fuera.

D. JUAN. Dejad
Que me oiga Moscatel;
Que á vos os busco y á él.

D. ALON. Pues proseguid.

D. JUAN. Escuchad.
Ya, Don Alonso, sabeis
Cuán rendido prisionero
De la coyunda de amor,

El carro tiré de Vénus:
Tan fácil victoria suya,
Que no sé cuál fué primero,
Querer vencer ó vencerme;
Que un tiempo sobró á otro tiempo.
Ya sabeis que la disculpa
De tan noble rendimiento
Fué la beldad soberana,
Fué el soberano sujeto
De Doña Leonor Enriquez,
Hija del noble Don Pedro
Enriquez, de quien mi padre
Amigo fué muy estrecho.
Este, pues, milagro hermoso,
Este, pues, prodigio bello,
Es la dicha que conquisto,
Es la gloria que deseo.
No os digo que venturoso
Amante (¡ay de mí!) merezco
Favores suyos; que fuera
Descortés atrevimiento
Que los merezco decir:
Que aunque es verdad que los tengo
Tenerlos es una cosa,
Y otra cosa merecerlos:
Y así, que los tengo, digo,
Que los merezco, no puedo;
Que es conseguir lo imposible,
Dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
En las alas del deseo,
Lisonjeado de la noche,
Aplaudido del silencio,
Festejado de las sombras,

A quien más favores debo
Que al sol, que á la luz, que al dia,
Vivo de saber que muero,
Hasta que más declarado
Pueda á rostro descubierto
Pedirla á su noble padre,
De quien no dudo, ni temo
Que me la dé, porque iguales
Haciendas y nacimientos,
No hay que esperar, donde amor
Tiene hechos los conciertos.
La causa de no pedirla
Y casarme desde luego
Con ella, es (aquí entra ahora
La pension deste contento,
El subsidio desta dicha
Y el azar de aqueste encuentro)
Tener Leonor una hermana
Mayor; y como no es cuerdo
Discurso querer que case
A la segunda primero,
No me declaro con él:
Porque si á pedirle llego
Alguna de sus dos hijas
(Que claro está que no tengo
De decir á la que adoro),
Por ser la mayor, es cierto
Que me ha de dar á Beatriz;
Y si digo que no quiero
Sino á Leonor, es hacer
Sospechoso mi deseo,
Despertando la malicia
Que hoy yace en profundo sueño,
Y quizá perder la entrada

Que ahora en su casa tengo...
Si no es ya que está perdida
Con el más triste suceso
De amor, que me pasó anoche;
Pues la pena con que vengo
Buscándôs... Oidme, que aquí
Os he menester atento.
Beatriz, de Leonor hermana,
Es el más raro sujeto
Que vió Madrid, porque en él,
Siendo bellísima y siendo
Entendida, están echados
A perder, por los extremos
De una extraña condicion,
Belleza y entendimiento.
Es Doña Beatriz tan vana
De su persona, que creo
Que jamás á ningun hombre
Miró á la cara, teniendo
Por cierto que allí no hay más
De verle ella y caerse muerto.
De su ingenio es tan amante,
Que por galantear su ingenio,
Estudió latinidad
Y hizo castellanos versos.
Tan afectada en vestirse,
Que en todos los usos nuevos
Entra, y de ninguno sale.
Cada dia por lo ménos
Se riza dos ó tres veces,
Y ninguna á su contento.
Los melindres de Belisa,
Que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella

Son melindres muy pequeños;
Y con ser tan enfadosa
En estas cosas, no es esto
Lo peor, sino el hablar
Con tan estudiado afecto,
Que, crítica impertinente,
Varios poetas leyendo,
No habla palabra jamás
Sin frases y sin rodeos,
Tanto, que ninguno puede
Entenderla sin comento.
La lisonja y el aplauso
Que la dan algunos necios,
Tan soberbia, tan ufana
La tienen, que con desprecio
De la deidad del Amor,
Comunera es de su imperio.
Esta tema á todas horas,
Este enfado á todos tiempos,
Aborrecible la hacen
Tanto, que no hay dos opuestos
Tan contrarios, como son
Las dos hermanas, haciendo
Por instantes el estrado
La campaña de su duelo.
Ha dado pues (yo no sé
Si es necia envidia ó si celo)
En asistir á Leonor
De suerte, que no hay momento
Que no ande en alcance suyo
Sus acciones inquiriendo,
Tanto que al sol de sus ojos
Es la sombra de su cuerpo.
Anoche pues, en su calle

Entré embozado y secreto;
Y haciendo al balcon la seña,
Donde hablar con Leonor suelo,
La ventana abrió Leonor,
Y yo á la ocasion atento,
Llegué á hablarla; pero apénas
La voz explicó el concepto
Que estudiado y no sabido
No me cabia en el pecho,
Cuando tras ella Beatriz
Salió, y con notable estruendo
La quitó de la ventana,
Dos mil locuras diciendo,
Que si yo entendí el estilo
Con que las dijo, sospecho
Que fueron que ella á su padre
Diria el atrevimiento.
No sé si me conoció;
Y así, cuidadoso, temo
El saber ó no saber
En qué ha parado el suceso,
Por cuya causa no voy
A visitarla, temiendo
Su enojo; pero tampoco
A dejar de ir me resuelvo,
Porque si acaso ha llegado
A su noticia mi intento,
La vida del dueño mio
No dudo que corra riesgo.
Y así, porque en ir ó estarme
Hay peligro, elijo un medio,
Que es enviar este papel
Disimulado y secreto,
Que áun no va de letra mia:

Para cuyo efecto quiero
A Moscatel, que le lleve,
Valiéndosé de su ingenio,
Y se le dé á Inés, criada
De Leonor; porque no siendo
Conocido por criado
Mio, no hay que tener miedo.
Y así, que le deis licencia,
Don Alonso, es lo que os ruego,
Y que conmigo en la calle
Os halleis; porque si llego
A saber que está Leonor
En peligro, estoy resuelto
A sacarla de su casa,
Aunque todo el mundo entero
Lo estorbe; y para esta accion
He elegido el valor vuestro.
Mi amigo sois, Don Alonso,
Y bien conocido tengo
Que las burlas del buen gusto
Son las véras del acero.

D. ALON. Moscatel, ese papel
Toma; en casa de Don Pedro
Enriquez, con la invencion
Que te ofreciere tu ingenio,
Entra, y dale á esa criada
Que dice Don Juan.

D. JUAN. ¿Tan presto
Lo disponeis?

D. ALON. Si ha de ser,
¿Cuánto es mejor que sea luego?—
Toma el papel, con nosotros
Ven.

MOSCAT. (Ap.) Aunque temer no puedo

El peligro, pues Inés,
Que es de mis sentidos dueño,
Es la que voy á buscar,
Amor me dé atrevimiento.

D. ALON. Guiad ahora hácia la calle.

D. JUAN. ¡Qué amigo tan verdadero!

D. ALON. ¡Qué amores tan enfadosos!
Si me oyeron, no me oyeron...
¡Bien haya yo, que en mi vida
He enamorado con riesgo
Sino dama á todo trance,
Sino moza á todo ruedo,
Que á la primera visita
Llamo recio y hablo recio!
Y el haber en mí ó no haber,
Ó temor ó atrevimiento,
No consiste en otra cosa
Que haber ó no haber dinero. (VANSE.)

Calle.

ESCENA III.

DON ALONSO, DON JUAN, MOSCATEL; *y despues*, DON LUIS Y DON DIEGO.

D. JUAN. Esta es la calle. Porque
No nos vean, estaremos
En algun portal metidos.

D. ALON. Decís bien.

(Salen Don Luis y Don Diego, y cruzan la calle, quitándose los sombreros.)

Mas ¿quién son éstos
Que parece que á la casa
De Leonor miran atentos?

D. JUAN. Este es un Don Luis Osorio,
A quien muy continuo veo
En la calle aquestos dias,
Y ha dado, viven los cielos,
En cansarme.

D. ALON. Pues ¿hay más
De que tambien le cansemos
Nosotros á él?

D. JUAN. Dejadlo,
Que no es destas cosas tiempo.
Pasemos de largo, y no
Demos qué decir.

D. ALON. Pasemos,
Aunque con tantas figuras,
Pueda ser hombre.

D. JUAN. (A Moscatel.) Tú luego
Darás la vuelta, y darás
El papel á Inés.

MOSCAT. Me temo...

D. JUAN. No hay que temer. Aquí estamos
A la vista: éntrate presto. (Vanse.)

ESCENA IV.

DON LUIS, DON DIEGO.

D. LUIS. Esta es la capaz esfera,
Este el abreviado cielo
De la más bella deidad
Y del planeta más bello

Que vió el sol desde que nace
En jóven golfo de fuego,
Hasta que abrasado muere
En canas ondas de hielo;
Y con ser tal su hermosusa
En ella ha sido lo ménos,
Porque pudiera ser fea,
En fe de su entendimiento.

D. DIEGO. Y en fin, ¿mujer tan discreta
Servís para casamiento?

D. LUIS. Por conveniencia y amor
La sirvo y la galanteo,
Para cuyo efecto, ya
Han de tratarlo mis deudos.

D. DIEGO. Pues no sé si lo acertais.

D. LUIS ¿Por qué no, si en ella veo
Virtud, nobleza y hacienda,
Gran beldad y grande ingenio?

D. DIEGO. Porque el ingenio la sobra;
Que yo no quisiera, es cierto,
Que supiera mi mujer
Más que yo, sino ántes ménos.

D. LUIS. Pues ¿cuándo el saber es malo?

D. DIEGO. Cuando fué el saber sin tiempo.
Sepa una mujer hilar,
Coser y echar un remiendo;
Que no ha menester saber
Gramática ni hacer versos.

D. LUIS. No es ejercicio culpable,
Donde es tan noble el exceso,
Que no tiene inconveniente.

D. DIEGO. Ni yo que le tenga creo;
Pues ántes sé lo contrario
Del rigor y del desprecio

Con que os trata.

D. LUIS. Ese desden
Adoro. La vuelta demos
A la calle: no otra vez
Pasen estos caballeros,
Que ya miro con cuidado.

D. DIEGO. Vamos, pues.

D. LUIS. ¡Hermoso centro
De la ingratitud que adoro,
Presto á tus umbrales vuelvo! (Vanse.)

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, INÉS.

D.ª LEON. ¿Está mi hermana vestida?

INÉS. Tocándose ahora quedó;
Y por no pudrirme yo
De ver cuán desvanecida
Pide uno y otro consejo
A su espejo, la dejé.

D.ª LEON. Tan necio es como ella fué
A todas horas, su espejo.

INÉS. ¿Cómo necio?

D.ª LEON. ¿No lo es
Quien á gusto, en un pesar,
No sabe un consejo dar
A quien se le pide, Inés?
Pues si á Beatriz la he pedido
Mil consejos cada dia,

Y á tan continua porfía
Nunca á gusto ha respondido,
Muy necia es.

INÉS. Ahora reparo
La causa.

D.ª LEON. ¿Cuál puede ser?

INÉS. Que no os debeis de entender;
Que ella habla culto, tú claro,
Y así os estais todo el dia
Porfiando las dos.

D.ª LEON. ¡Quién fuera
Tan feliz que no tuviera
Más cuidado! ¡Ay, Inés mia!
¡Con cuánto temor estoy
De que aquesta melindrosa,
Esta crítica enfadosa,
A mi padre cuente hoy
Lo que anoche me escuchó
Al balcon hablar!

INÉS. Supuesto
Que haber salido tan presto
Mi señor de casa, dió
Lugar para prevenir
El lance, y que no ha tenido
Tiempo de haberlo sabido,
Procuremos desmentir
Su malicia con alguna
Invencion.

D.ª LEON. Ya he imaginado,
Y digo que no he hallado
A propósito ninguna;
Porque ¿cómo la he de hallar,
Si ella misma quien vió, fué,
A Don Juan?

INÉS. Lo que se ve,
Es lo que se ha de negar
Con brió y con desenfado,
Procurando deshacello;
Lo que no llegan á vello,
Señora, se está negado.

D.ª LEON. El medio (¡ay de mí!) mejor
Que me ofrece el pensamiento,
Es, Inés, con rendimiento
Dueño hacerla de mi amor,
De mi empleo y mi esperanza;
Pues es hacer en efeto
Puerta de hierro á un secreto
El hacer dél confianza.
¿Qué puedo hacer (¡ay de mí!),
Inés, si esta industria sola
Es la que me queda?

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ.—DOÑA LEONOR, INES.

D.ª BEAT. (Dentro.) ¡Hola!
¿No hay una fámula aquí?

(Sale con un espejo en la mano, mirándose en él.)

INÉS. ¿Qué es lo que mandas?

D.ª BEAT. Que abstraigas
De mi diestra liberal
Este hechizo de cristal,
Y las quirotecas traigas.

INÉS. ¿Qué son *quirotecas?*

D.ª BEAT. ¿Qué?
Los guantes. ¡Que haya de hablar

Por fuerza en frase vulgar!

INÉS. Para otra vez lo sabré.
Ya están aquí.

D.ª BEAT. ¡Cuánto lidio
Con la ignorancia que hay!
Hola, Inés.

INÉS Señora.

D.ª BEAT. Tray
De mi biblioteca á Ovidio:
No el *Metamorfosis*, no,
Ni el *Arte Amandi* pedí;
El *Remedio Amoris*, sí,
Que es el que investigo yo.

INÉS. Pues ¿cómo he de conocer
Libro (si es que eso has pedido)
Si áun el cartel no he sabido
De una comedia leer?

D.ª BEAT. Oscura, idïota y lega,
¿No te medra cada dia
La concomitancia mia?

D.ª LEON. (Ap.) Ahora mi papel llega.)
Hermana...

D.ª BEAT. ¿Quién me habla así?

D.ª LEON. Quien á tus piés obediente
Viene á arrojarse.

D.ª BEAT. Detente:
No te apropincues á mí;
Que empañarás el candor
De mi castísimo bulto,
Y profanarás el culto
De las aras de mi honor.
Porque mujer que fió
Del caos de la sombra fria
Y en descrédito del dia

Nocturno amor aceptó,
No mirar consiga atento
Mi semblante á voz profana,
Pues víbora será humana,
Que con su, inficione, aliento.

D.ª LEON. Beatriz discreta y hermosa,
Mi hermana eres.

D.ª BEAT. Eso no;
Que tener no puedo yo
Hermana libidinosa.

D.ª LEON. ¿Qué es *libidinosa*, hermana?

D.ª BEAT. Una hermana, que al farol
Trémulo, virey del sol,
Osa abrir una ventana,
Y susurrando por ella
A voz media y labio entero,
Da que decir á un lucero,
Da que callar á una estrella.
Pero yo minoraré
El escándalo que has hecho,
Diciendo al paterno pecho
Sacrilegios de tu fe.
Un devoto anoche ví...

D.ª LEON. ¿Y conocístele?

D.ª BEAT. No,
Ni pudo ser, porque yo
¿Qué másculo conocí?

D.ª LEON. Pues yo te quiero decir
Quién era, y con el intento
Que me habló.

D.ª BEAT. ¡Qué atrevimiento!
¿Tal insulto habia de oir?

D.ª LEON. Pues aunque oirlo no quieras,
Lo has de oir; porque tambien

No está á mi decoro bien
Que tú con locas quimeras
Te persuadas á que ha sido
Liviandad lo que honor fué.

D.ª BEAT. ¿Honor?

D.ª LEON. Oye.

D.ª BEAT. No daré
Directo á tu voz mi oido.

D.ª LEON. Pues directo ó no dirèto,
Todo has de escucharlo ya.

D.ª BEAT. Oido por fuerza, será
Clandestino tu secreto,
Y no puedo error tan mucho
Cometer.

D.ª LEON. Si hablando estoy...

D.ª BEAT. Aspid al conjuro soy:
No lo escucho, no lo escucho. (Vase.)

D.ª LEON. Oye. Mas ¿quién ahí ha entrado?

INÉS. A mi señor buscará.

D.ª LEON. Mira quién es, miéntras va
Mi desdicha y mi cuidado
Siguiendo una fiera. (Vase.)

ESCENA VII.

MOSCATEL.—INÉS.

MOSCAT. (Ap.) Amor,
¡Qué cobarde eres conmigo,
Pues áun no valen contigo
Las leyes de embajador!

INÉS. ¿Es posible que has tenido,
Moscatel, atrevimiento

De entrar hasta este aposento?

MOSCAT. Sin saber qué me ha movido
A haber entrado hasta aquí,
Rigor es anticipado...

INÉS. Pues ¿no basta haber entrado?

MOSCAT. Sí y nó.

INÉS. Pues ¿cómo nó y sí?

MOSCAT. No, pues no sabes á qué;
Sí, pues enojada estás;
No, pues presto lo sabrás;
Sí, pues tarde lo diré.
Y aunque pude haber venido
De tu hermosura llamado,
Traido de mi cuidado
Y del tuyo distraido;
A darte aqueste papel
Vengo, que Don Juan envía,
Que de mi cuidado fía
Lo que á Leonor dice en él.
Que por no ser conocido
Por criado suyo yo,
Con el papel me envió;
Si ya la causa no ha sido
Conocer de mi dolor,
Saber de mi mal severo,
Que de amor no es buen tercero
El que no sabe de amor.

INÉS. Pues dí que el papel me diste,
Y que á Leonor le daré:
Y véte presto, porque
Temerosa (¡ay de mí triste!)
De que Beatriz...

MOSCAT Yo me iré;
Que aunque adoro tu presencia,

Las leyes de tu obediencia
Tan constante observaré,
Que á precio de tu rigor
Compraré el desprecio mio,
Y á costa de tu desvío
Mereceré tu favor.

INÉS. Bien pudiera responderte
Que tan ingrata no he sido
Como te habré parecido;
Pero tiéneme de suerte
El temor de verte aquí,
Que dejo para despues
La respuesta. Véte, pues;
Que tiempo... Mas ¡ay de mí!
Mi señor por la escalera
Sube. Aquí no me ha de hallar,
Viéndote contigo hablar. (Vase.)

MOSCAT. Oye, aguarda, escucha, espera.

ESCENA VIII.

DON PEDRO.—MOSCATEL.

D. PED. ¿Quién ha de esperar y oir?
¿Quién aguardar y escuchar?

MOSCAT. Quien me tuviere que hablar,
O yo tenga que decir.

D. PED. ¿Qué haceis aquí?

MOSCAT. ¿Qué he de hacer?
¿Ya vos no lo estais mirando?

D. PED. ¿No hablais?

MOSCAT. Estaba pensando
Lo que os he de responder.

D. PED. ¿Qué buscais?

MOSCAT. (Ap. ¿Que aquesto pase?)
A quien sea mi homicida.
D. PED. ¿Por qué?
MOSCAT. Porque yo en mi vida
Hallé cosa que buscase.
D. PED. ¿Quién sois?
MOSCAT. Habeis preguntado
En propios términos. Soy
Un criado honrado, si hoy
Hay un honrado criado.
D. PED. ¿A quién servís?
MOSCAT. No serví,
Aunque criado me llamo.
D. PED. ¿Cómo no?
MOSCAT. Como mi amo
Es el que me sirve á mí.
D. PED. Ya es mucha bellaquería
Hablarme desa manera,
Y ya más plazo no espera
La justa cólera mia.
MOSCAT. (Ap.) ¡Malo va esto, vive Dios!
Si me da con algo aquí,
¡Miren qué se me da á mí
Que en la calle estén los dos!
D. PED. Quién sois me habeis de decir,
Qué quereis y qué buscais,
Y á qué en esta casa entrais,
O en ella habeis de morir
A mis manos.
MOSCAT Si firmado
Habeis la sentencia ciego
Con «ejecútese luégo,»
Yo soy Moscatel, criado
De un Don Alonso de Luna...

ESCENA IX.

DON JUAN, DON ALONSO.—DON PEDRO, MOSCATEL.

D. JUAN. (Ap. á Don Alonso á la puerta.)
Pues está aquí Moscatel,
Y vimos entrar tras de él
A Don Pedro, mi fortuna
No espera más.
D. ALON. Yo dispuesto
A cuanto suceda estoy.
A tomar la puerta voy. (Vase.)
D. PED. (Á Moscatel.) Proseguid.
(Llega Don Juan.)
D. JUAN. Señor, ¿qué es esto?
MOSCAT. (Ap.) Eso sí.
D. PED. (Ap. Forzoso es ya
Reportarme.) Este hombre hallé
Aquí: qué busca, no sé.
D. JUAN. ¿No? Pues él nos lo dirá,
O á aqueste acero rendido
Morirá. (Ap. á Moscatel. Miente algo aquí,
Moscatel, que importa así.)
MOSCAT. (Ap. ¡Buen socorro me ha venido!)
Un hombre busco; y no hallando
Nadie que me respondiera,
De escalera en escalera
Me fuí poco á poco entrando,
Sin ver á quién preguntar.
Hasta esta parte llegué,
Donde una doncella hallé,
(La verdad en su lugar).

Pensando que era ladron,
Huyó de mí; y á ella era
El «escucha, aguarda, espera.»

D. JUAN. Bien puede tener razon.

D. PED. (Ap. Aunque no estoy satisfecho
De que me diga verdad,
Fuera necia liviandad
De mi espada y de mi pecho
Saber Don Juan que he tenido
Otra sospecha; y así
Fingir me conviene aquí
Que su disculpa he creido,
Porque ménos recatado
Le pueda despues seguir,
Saber quién es, y salir
De una vez deste cuidado.)
Pues si venís á buscar
Un hombre, ¿por qué os turbais
De verme á mí?

MOSCAT. Porque dais,
Y soy fácil de turbar.

D. JUAN. Id con Dios.

MOSCAT. Que á los dos guarde.

D. JUAN. (Ap. á Moscatel.) A Don Alonso le dí
Se quite luego de ahí. (Vase Moscatel.)

D. PED. Luégo vuelvo. Adios, que es tarde.

D. JUAN. ¿Dónde vais?

D. PED. Vuelvo á buscar
Unas cartas que perdí.

D. JUAN. No habeis de salir de aquí,
U os tengo de acompañar.

D. PED. (Ap. Algo sin duda ha entendido
De mi enojo: fuerza es
Deslumbrarle.) Venid, pues.

D. JUAN. (Ap.) Bien hasta aquí ha sucedido,
Pues sin sospechar en mí
Asistirle á todo puedo. (Vanse.)

ESCENA X.

INÉS, *y luego*, DOÑA LEONOR.

INÉS. Confusa de mirar quedo
Lo que ha sucedido aquí.
Informarse tan severo,
Cobrarse tan recatado,
Hablar con él tan pesado,
Y seguirle tan ligero,
Muchos efectos han sido.
No sé qué ha de suceder.
(Sale Doña Leonor.)
D.ª LEON. ¡Válgate Dios por mujer,
Qué temeraria has nacido!
INÉS. Señora, ¿qué te ha pasado,
Que tan colérica vienes?
D.ª LEON. Que no me escuchó Beatriz,
Porque ha estado impertinente,
Con más soberbia que nunca,
Tan cansada como siempre.
Dice que dirá á mi padre
El suceso.
INÉS. Cuando vienen
Los pesares, nunca (¡ay triste!)
Vienen solos; pues de suerte
Se eslabonan unos de otros,
Que enredándose crueles,
Es víspera del segundo

El primero que sucede.
Aquel hombre que dejaste
Aquí, para que supiese
Yo quién era, te buscaba
A tí, señora, con este
Papel; que Don Juan no quiso,
Por el riesgo, que viniese
Criado suyo. El papel
Me dió apénas, cuando quiere
El cielo que éntre tu padre,
Y que con el hombre encuentre.
Llegó al empeño Don Juan,
Y hizo que el hombre le diese
No sé qué necias disculpas.
Pero aunque quiso prudente
Disimular mi señor,
No pudo, y tras él se vuelve.

D.ª LEON. ¡Qué bien dicen que los males
Son, si hay uno, como el fénix,
Pues cuna es en que uno nace,
La tumba donde otro muere!
Dáme el papel, porque quiero
Al instante responderle
A Don Juan, en el peligro
Que estoy.

INÉS. No le guardes, léle;
Que quizá advertirá algo
Que en tu cuidado aproveche.

D.ª LEON. Dices bien, abrirle quiero;
Que nada en ello se pierde.
(Lee.) *¡Qué mal podré, hermoso dueño,*
Decirte ni encarecerte...

INÉS. Tu hermana viene.

D.ª LEON. ¡Ay de mí!

ESCENA XI.

BEATRIZ.—LEONOR, INÉS.

D.ª BEAT. ¿Qué misivo idioma es ese
Que, ajado, ocultas?
D.ª LEON. ¿Yo?
D.ª BEAT. Sí.
D.ª LEON. No entiendo lo que me quieres
Decir.
D.ª BEAT. Con vulgar disculpa
Me has obstinado dos veces.
Ese manchado papel
En quien cifró líneas breves
Cálamo ansarino, dando
Cornerino vaso débil
El etíope licor,
Ver tengo.
D.ª LEON. En vano pretendes
Ver el papel, porque fuera
Tambien ser necia dos veces
No querer saber de mí,
Cuando de oirme te ofendes,
Lo que yo quiero decir,
Y querer saber aleve
Lo que pretendo callarte.
D.ª BEAT. Mi fraternidad no atiende
A tu lengua, sí á tu accion,
Porque aquella mentir puede,
Y esta ha de decir verdad:
Y así, en la ocasion urgente,
Si oir lo que quieres no quiero,

Saber sí lo que no quieres.

D.ª LEON. ¿De qué suerte, si no quiero,
Lo has de saber?

D.ª BEAT. Desta suerte.

(Ase del papel, y porfían las dos.)

Suelta la epístola.

INÉS. No es
Sino evangelio.

D.ª LEON. Aunque intentes
Por fuerza verle, tirana,
Poco podré, ó no has de verle.

D.ª BEAT. Deja el papel.

(Sale Don Pedro á tiempo que rompen el papel, quedándose con la mitad cada una.)

ESCENA XII.

DON PEDRO.—DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, INÉS.

D. PED. ¿Qué papel
Es? ¿Por qué reñís, aleves?

INÉS. (Ap.) Cayóse la casa, como
Dice el fullero que pierde.

D. PED. Suelta ese pedazo tú,
Y tú suelta esotro.

D.ª LEON. (Ap.) Déme
Ingenio amor.

D.ª BEAT. El que abstracs
Fragmento á mi mano débil,
Te referirá baldones
Que tu pundonor padece.

D.ª LEON. El papel, señor, que miras,

Yo no sé lo que contiene;
Y pues que Beatriz lo sabe,
¿Quién duda que suyo fuese?
Leyéndole estaba, cuando
Llegué ..

D.ª BEAT. ¿Yo?

D. PED. (A Doña Beatriz.) Calla.

D.ª LEON. Y al verme,
Le ocultó con tal cuidado,
Que me le puso de verle.
Quise quitársele, y ella
Me le defendió. No pienses
Que fué atrevimiento en mí,
Que despues que sé que tiene
Beatriz quien la escriba, y quien
La hable de noche por ese
Balcon, mi virtud me ha dado
Disculpa para atreverme,
Aunque soy menor hermana,
A tratarla desta suerte.

INÉS. (Ap.) De mano gana Leonor,
Cuando un mismo punto tienen.

D. PED. ¡Por cierto, Beatriz!...

D.ª BEAT. Ignoro,
Atónita, responderte;
Que me construyó su acento
Estatua de fuego y nieve;
Porque cuanto me acumula
Delito es suyo *in specie*.

D.ª LEON ¿Pues aquí no estaba Inés,
Que decir la verdad puede?

D.ª BEAT. ¿Pues Inés no estaba aquí,
Que dirá lo que sucede?

INÉS. (Ap.) Yo soy, en fin, la presencia

De todo el hecho presente.

D. PED. (Ap. ¡Ay de mí! que combatido
De uno y otro mal tan fuerte,
Ambos me están mal, pues ambos
Armados contra mí vienen!
Que al averiguar (¡ay triste!)
Cúya es la culpa evidente,
No es excusarme la pena;
Pues cuando á saberla llegue,
Tan sitiado mi dolor,
Tan acosado mi suerte,
Tan cercado mi desdicha
En este lance me tienen,
Que habiendo (¡ay de mí!), que habiendo
De morir precisamente,
Quien me dé muerte sabré,
Mas no excusaré la muerte.)
Véte tú, Beatriz, de aquí;
Y tú, Leonor, de aquí véte.

D.ª BEAT. Señor, yo...

D. PED. Nada digais.

D.ª LEON. (Ap.) Quiera amor que no confiese
El papel lo que yo niego. (Vase.)

D.ª BEAT. Tú, mentil hermana, tienes
La culpa de todo. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON PEDRO, INÉS.

D. PED. Inés.

INÉS. (Ap.) Aquí entro ahora.

D. PED. Detente.

INÉS. (Ap.) Honor, con quien vengo, vengo.
D. PED. Pues sola el testigo eres,
¿Quién leia el papel?
INÉS. (Ap.) Yo
Ni quito ni pongo leyes;
Pero hago lo que debo...
D. PED. ¿Qué es lo que dudas, qué temes?
INÉS. (Ap.) Al oficio de criada
Es ayudar á quien miente.)
Señor, poco ántes que tú
Llegué yo, sin que pudiese
De la accion ni de las voces
Saber cúyo el papel fuese.
Esta es la verdad, so cargo
Del juramento que tiene
Fecho cualquiera criada
En el pleito que refiere.
D. PED. ¡Aun este pequeño alivio
Del desengaño, no quiere
Darme el dolor!—Véte, Inés...
INÉS. (Ap.) Viva á toda ley quien vence. (Vase.

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

Que el papel confesará
Cuanto tú y ellas me nieguen.
Juntar quiero los pedazos
De esta víbora, esta sierpe,
Que dividido el veneno
En dos mitades contiene.
(Lee.) *¡Qué mal podré, hermoso dueño,*

Decirte ni encarecerte
El cuidado con que estoy
De que anoche nos oyese
Tu hermana! Avísame, al punto
Que á tu padre se lo cuente,
Para que te ponga en salvo.
A entrambas á dos conviene
El papel, para que sea
Hoy mi desdicha más fuerte,
Pues si supiera de una
Que con liviandad procede,
Supiera tambien de otra
La virtud; y desta suerte,
Templado estuviera el daño.
Mas para que no se temple,
Quiere el cielo que á ninguna
Crea, y que en las dos sospeche.
Hallar un criado aquí,
Turbarse (¡ay de mí!) de verme,
Llegar Don Juan y dejarle,
Salir tras él y perderle,
Volver á casa y hallar
La confusion que me vence.
Cosas son que han menester
Atenciones más prudentes.
Y así, pues sé que el criado
Es, si su temor no miente,
De Don Alonso de Luna,
Saber quién es me conviene,
Y atender á sus acciones;
Y hasta que á mis manos llegue,
O desengaño ú venganza,
¡Valedme, cielos, valedme!

JORNADA SEGUNDA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, DON JUAN, MOSCATEL.

D. ALON. De buena salimos.
MOSCAT. Yo
Soy el q̃ue salí de buena
Y entré en mala, pues me ví
Ya de la muerte tan cerca.
D. JUAN. Determinarme yo á entrar
(Viendo la ocasion tan cerca)
Tras Don Pedro, fué tu dicha.
MOSCAT. Y áun la tuya, pues si dejas
De entrar, confieso de plano.
D. ALON. ¿Eso dices?
MOSCAT. Y áun lo hiciera
Mejor que lo digo.
D. ALON. Mira,
Don Juan, si amando, hay quien tema.
D. JUAN. Pues ¿un amante es cobarde?
MOSCAT. Mucho más, por ver que arriesga
Una vida que no es suya,
Sino de su hermosa prenda.
Y si es deuda de un amante

En su servicio perderla,
Ya es de amor estelionato
Hipotecarla á otra deuda.

ESCENA II.

INÉS, *tapada.*—DICHOS.

INÉS. Señor Don Juan.
D. JUAN. ¿Quién me llama?
INÉS. Yo soy.
D. JUAN. Vengas norabuena,
Inés.
INÉS. Para haberte hallado
He dado á Madrid mil vueltas.
D. JUAN. ¿Qué ha sucedido, que así
Vienes?
MOSCAT. (Ap.) Inesilla es esta.
¡Quiera el cielo que mi amo
Ni la atisbe ni la vea!
INÉS. A darte aqueste papel
He venido. Adios.
D. JUAN. Espera,
La lêré.
(Lee Don Juan, y entre tanto se pone Moscatel en medio de Don Alonso y de Inés.)
D. ALON. No tiene, á fe,
Mala cara la mozuela.
MOSCAT. (Ap.) Vióla: no daré un ochavo
Por mi honra toda entera.
D. ALON. Oye, Moscatel. (Ap. á él.)
MOSCAT. Señor.
D. ALON. Si como esta moza, fuera

La tuya, te disculpara,
Si hay disculpa que amor tenga.

MOSCAT. (Ap. Celos, vamos poco á poco,
No mateis con tal violencia.)
¿Esta te parece bien?

D. ALON. Pues ¿no es bien hermosa esta
Para fregona?

MOSCAT. No es
Sino muy mala y muy fea.
Si vieras, señor, la mia,
Pondré un brazo que dijeras
Que era pecado nefando
Si entraba en su competencia.

D. ALON. Viven los cielos, que mientes.

D. JUAN. Ya he leido.

D. ALON. ¿Y qué hay?

D. JUAN. Mil quejas
De Leonor; y en fin, me avisa
Que bien puedo ir á verla,
Que no hay sospecha de mí,
Por una industria: cuál sea
No dice. Despues, de todo
Yo volveré á daros cuenta.—
Vamos, Inés. (Vase.)

D. ALON. Moscatel,
No la dejes ir, detenla.

MOSCAT. (Ap.) ¡Esto más, celos!

D. ALON. ¡Ah, hermosa!

INÉS. ¿Qué quereis?

D. ALON. Veros quisiera
Esa buena cara.

MOSCAT (Ap.) ¡Ay cielos!

INÉS. Hay mucho que ver en ella,
Y no vengo tan despacio.

D. ALON. Yo la sabré ver apriesa
MOSCAT. (Ap.) Y áun dejar de verla y todo.

ESCENA III.

DON LUIS, DON DIEGO.—DON ALONSO, INES, MOSCATEL.

D. DIEG. (Ap. á Don Luis.) La criada suya es esta.
D. LUIS. (Ap. á Don Diego.) Desde su casa la he visto
Salir, y vengo tras ella,
Por ver si para Beatriz
Darla un recado pudiera.
INES. (Ap.) No sé lo que Moscatel
Me quiere decir por señas.
D. DIEG. Con Don Alonso de Luna
Habla.
D. LUIS. Cierta es mi sospecha;
Que venir una criada
De Beatriz desta manera
A buscarle, estar él siempre
En su calle y á su reja
Con el otro amigo suyo,
Mirar que cuando se aleja
Se quedan los dos hablando,
No es posible que no sean
Lances de amor.
D. DIEG. ¿Qué quereis
Hacer?
D. LUIS. Que aquí no me vea;
Que no tengo yo favores
Para que empeñarme pueda:
Y reñir un desvalido

Es valentía muy necia.
D. DIEG. Decís bien... y quizá mienten
Los viles celos que os cercan.
D. LUIS. Nunca son viles los celos,
Don Diego.
D. DIEG. Opinion es nueva.
D. LUIS. ¿Hay más nobleza que hablar
Verdad? Pues esta nobleza
Solos los celos la tienen,
Porque no hay celos que mientan.
(Vanse Don Luis y Don Diego.)

ESCENA IV.

DON ALONSO, MOSCATEL, INES.

INES. Bien está. Adios, que es muy tardo.
D. ALON. Dejad que vaya siquiera
Con vos aqueste criado:
No vais sola.
INES. Norabuena,
Venga el criado conmigo.
MOSCÁT. (Ap.) ¿Que esto escuche? ¿Que esto vea?
D. ALON. Moscatel.
MOSCAT. Señor.
D. ALON. Escucha.
Inés me ha dado licencia
Para que en mi nombre vayas
Hasta su casa con ella:
Vé, y dirásla en el camino
Que como tal vez se venga
A casa, no faltará
Algun regalo que hacerla.

MOSCAT. ¿Es posible que tal dices?
D. ALON. Sí, que si en su amor ya es fuerza
Acompañar á Don Juan,
No es muy mala conveniencia
Tener quien aquel instante
Tambien á mí me entretenga.
MOSCAT. Yo se lo diré.
D. ALON. En los trucos
Te aguardo con la respuesta. (Vase.)
MOSCAT. (Ap.) ¡Quedamos buenos, honor!
INES Moscatel, vamos. ¿Qué esperas?
MOSCAT. Vamos, Inés. (Vanse.)

Otra calle.

ESCENA V.

MOSCATEL, INES.

INES. Pues ¡tan triste
Conmigo vas, que áun apénas
Alzas á verme la cara!
¿Qué es aquesto?
MOSCAT. ¡Ay, Inés bella!
¡Ay dulce hechizo del alma,
Qué de cuidados me cuestas!
INES. ¿Qué tienes?
MOSCAT. Amor y honor.
Quiero y sirvo, y hoy es fuerza
Entre mi dama y mi amo,
Que no sirva ó que no quiera.
INES. No entiendo tus disparates.

MOSCAT. Pues yo haré que los entiendas.
Don Alonso mi señor
Te vió Inés... y ¡á Dios pluguiera.
Que ántes cegase, aunque yo
El mozo del ciego fuera!
Vióte, Inés ¡ay Dios! y al verte,
Fué precisa consecuencia
Quererte; no tanto, Inés,
Por tu infinita belleza,
Como por su amor finito,
Que eres en fin cara nueva.
Conmigo á decir te envía...
—Aquí se turba mi lengua.—
Dice que si vas, Inés,
A verle, tendrás (¡qué pena!)
Si es por la mañana, almuerzo;
Si es por la tarde, merienda.

INES. Grosero, descortés, loco,
Suspende la aleve lengua;
Que no sé, no sé qué has visto
En mí para que te atrevas
A hablar con tal libertad
A una mujer de mis prendas.
Dile á tu amo, villano,
Que soy quien soy, y no tenga
Prevenciones para mí;
Que de cualquiera manera
Iré á servirle á su casa,
Porque yo no soy de aquellas
Mujercillas que se pagan
De almuerzos y de meriendas;
Que soy moza de capricho,
Y esto le doy por respuesta.

MOSCAT. ¿Eso dices?

INÉS. Esto digo,
Y presto de aquí te ausenta,
No te vean en mi casa:
Mira que ya estamos cerca.
MOSCAT. En fin, ¿te vas enojada?
INÉS. No me sigas, no me veas.
MOSCAT. Obedecerte es forzoso.
Pues tan triste Inés me deja,
Bien podeis, ojos, llorar,
No lo dejeis de vergüenza. (Vase.)
INÉS. Aquesta es mi casa. El manto
Me he de quitar á la puerta;
Que para esto solamente
Creo que en las faldas nuestras
Usamos los guardainfantes.
Ahora, aunque mi ama la necia
Me haya echado un rato ménos,
No sabrá que he estado fuera.
Nadie de ustedes lo diga,
Que les cargo la conciencia. (Vase.)

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA LEONOR.

D.ª LEON. Esta mentira ha sido
La que nuestro cuidado ha divertido.
D. JUAN. Fué del ingenio tuyo,
Que con eso que fué sutil arguyo.
D.ª LEON. Ya del todo perdida

La vida, restauré en parte la vida;
Que lo que era evidencia,
Puse con el engaño en contigencia;
Que no es pequeño aviso
Saber hacer dudoso lo preciso.

D. JUAN. Tu padre en fin, ¿de entrambas sospechoso
Quedó?

D.ª LEON. Tanto, que anda cuidadoso,
Yendo á casa y viniendo,
Escuchando á la una, á la otra oyendo;
Que hasta aquí no ha sabido
Cúyo el papel ni para quién ha sido:
Porque Inés, que tenía
Sola noticia de la culpa mia,
Sin que á decirlo acuda,
Dejó en su fuerza la primera duda.

INÉS. Yo no dije que era
El papel de Beatriz, porque pudiera
El papel desmentirme;
Y así en lo que dijiste estuve firme.

D. JUAN. Dicha fué que viniera
El papel de manera
Que á entrambas convenia;
Que bien se acuerda la memoria mia
De que no te nombraba
Y de que escrito de otra letra estaba.
Pero dime,¿qué ha hecho
Beatriz al testimonio?

D.ª LEON. Yo sospecho
Que, sujeta al indicio,
Si juicio tiene, ha de perder el juicio.
Pues, sobre su melindre y su locura,
Tan vana de su ingenio y hermosura,
Verse indiciada tanto

De una sospecha, la convierte en llanto.
Y estoy, Don Juan, gustosa de manera
De verla así, que diera
Porque fuera verdad y no fingido
El amor que en su culpa he introducido,
La vida.

INÉS. Piensa tú, señor, qué haremos
Por llevar adelante sus extremos.

D.ª LEON. De nuestro amor industria lisonjera
El divertirla y el culparla fuera,
Pues con eso dejara
De perseguirme á mí, y ella callara.

D. JUAN. Ahora bien, pues yo quiero
Desta venganza tuya ser tercero,
Y trayendo conmigo
Para que la entretenga, un cierto amigo,
Haré... Pero ella viene.
Despues lo oirás, que aquí callar conviene.

D.ª LEON. Pues véte, no te vea;
Que aunque aquesta sospecha en tí no sea
A toda ley, bien creo
Que es mejor desvelar nuestro deseo.

D. JUAN. Pues adios, Leonor bella.

INÉS. ¡Santiago, cierra España! ¡A ella, á ella!

(Vanse Don Juan é Inés.)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ.—DOÑA LEONOR.

D.ª BEAT. (Para sí.) Aquí, que fénix estoy
(Porque al fin la fantasía
Hace y no hace compañía),

Soliloquiar quiero hoy
Por qué tan infeliz soy,
Y en qué horóscopo nací;
Pues siendo mi honor en mí
Sol que el dia iluminó,
El eclipse padeció,
Y yo el efecto sentí.
Entre mi luz y mi ardor,
Con epiciclo confuso
El cuerpo opaco me puso
La mentira de Leonor.

D.ª LEON. ¿Qué me quieres?

D.ª BEAT. Es error,
Aunque á solas te he nombrado,
Fantasiar que te he llamado;
Que si el nombrar es llamar,
Hoy desvia con llamar,
Al contrario, mi cuidado.

D.ª LEON. Pues ¿por qué, cruel conmigo,
Tu voz á solas se emplea?

D.ª BEAT. Pues que me interrogas, sea
Tu mendacio tu castigo.
¿Tú no fuiste, amor testigo,
La escrita?

D.ª LEON. Sí.

D.ª BEAT. ¿Tú no fuiste
La que, al paterno, dijiste,
Orden, que era para mí
El lineado papel?

D.ª LEON. Sí.

D.ª BEAT. ¿Tú no fuiste quien hiciste
Tan válida la mentira,
Que embelecó la verdad,
Acuada su puridad?

D.ª LEON. Sí, Beatriz.
D.ª BEAT. Pues ¿qué te admira
Lamentar tu fraude?
D.ª LEON. Mira
Lo que tu enfado causó;
Que no lo intentara, no,
Si tú ayudaras mi engaño;
Mas ya sucedido el daño,
Beatriz, primero era yo.
Negarte á solas no quiero
Que mia la culpa fué;
Pero tampoco querré
Confesársela á un tercero.—
Yo amo, yo adoro, yo muero
De amor...

(Sale Don Pedro al paño á espaldas de Doña Beatriz, y de cara á Doña Leonor: esta le ve y él se recata.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO.—DICHAS.

D.ª LEON. (Ap.) Mi padre. ¡Ay de mí!
D. PED. (Ap.) «Yo muero de amor» oí
A Leonor.
D.ª LEON. (Ap. Cure mi error
Mi voz.) ¡Yo muero de amor,
Dices delante de mí!
¡Yo quiero!
D. PED. (Ap.) ¿Esto llego á ver?
D.ª LEON. ¡Yo amo!
D. PED. (Ap.) ¿Aquesto llego á oir?
D.ª LEON. ¡*De amor muero*, ha de decir

Una principal mujer!
Mi padre lo ha de saber;
Que aunque tú me has dicho aquí
Que á él no, pero á mí sí
Lo confiesas, brevemente
Lo sabrá.

D.ª BEAT. ¿Qué dices?

D.ª LEON. Tente,
No te apropincues á mí.

D.ª BEAT. El concepto dificulto
De tus extremos, Leonor.

D.ª LEON. No me empañes el candor
De mi castísimo bulto.

D.ª BEAT. ¿Qué mudanza?...

D.ª LEON. ¿Tal insulto
Pronunciar tu lengua osa?

D. PED. (Ap.) Leonor es la virtüosa.

D.ª BEAT. Oye, hermana.

D.ª LEON. Aqueso no,
Que tener no puedo yo
Hermana libidinosa. (Vase.)

ESCENA IX.

DON PEDRO, DOÑA BEATRIZ.

D.ª BEAT. ¿Quién tales extremos vió?
¿Quién vió tales sentimientos?
¿Quién vió tales fingimientos
De un instante á otro?

D. PED. Yo,
Yo los ví, Beatriz, y no
En vano el cuidado ha sido

Que con las dos he tenido.
D.ª BEAT. Señor, ¿tú estabas aquí?
D. PED. Sí, sí, Beatriz, aquí estaba.
D.ª BEAT. ¿Oiste á Leonor lo que hablaba?
D. PED. Lo que habló Leonor oí.
D.ª BEAT. ¿Luego ya estarás de mí
Desengañado?
D. PED. Sí estoy,
Pues he llegado á ver hoy
Que una hermana menor pueda
Reñirte.
D.ª BEAT. ¡Que tal suceda!
Infausta y crinita soy.
D. PED. ¿Qué crinita, ni qué infausta?
D.ª BEAT. Señor...
D. PED. Beatriz, bueno está;
Basta lo afectado ya,
Lo enfadoso basta, basta;
Que es lo que más te contrasta
Para que vencida quede
Tu opinion: bien verse puede,
Si á hablar así te acomodas,
Que quien no habla como todas,
No como todas procede.
Yo sé que el cuidado ha sido
Y el papel de un caballero,
Bachiller y chocarrero,
Libre y mal entretenido:
Y que le quieres he oido,
Cuando Leonor te reñia.
Culpa ha sido tuya y mia;
Mas remediarélo yo.
Aquí el estudio acabó,
Aquí dió fin la poesía.

Libro en casa no ha de haber
De latin, que yo le alcance.
Unas *Horas* en romance
Le bastan á una mujer.
Bordar, labrar y coser
Sepa sólo: deje al hombre
El estudio... Y no te asombre
Esto; que te he de matar.
Si algo te escucho nombrar
Que no sea por su nombre.

D.ª BEAT. Subordinaba al respeto,
Girasol de tu semblante,
En estilo relevante
No frasificar prometo.
Deja empero á tu conceto
Desvanecer la apariencia,
Que el engaño hizo evidencia,
Que hizo caso la malicia,
Queriendo con su injusticia
Captar tu benevolencia.

D. PED. ¡Beatriz!

D.ª BEAT. Ausculta propicio...

D. PED. ¡Bien enmendada te veo!

D.ª BEAT. Por tu anticipata...

D. PED. Creo
Que hoy me has de quitar el juicio. (Vanse.)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA X.

DON ALONSO, MOSCATEL.

D. ALON. ¿Eso la pícara dijo?
MOSCAT. De tu amor tan ofendida,
Como si fuera hija Inés
Del Preste Juan de las Indias:
«Decid, dijo, á vuestro dueño
Que mi valor no conquista,
Que soy grande para dama,
Y para esposa soy chica.»
D. ALON. Eso á reyes de comedia
No hay condesa que no diga
De Amalfi, Mantua ó Milan,
Mas no las de Picardía.
¡Válgate el diablo, picaña!
¿Cómo no tienes á dicha
Que te hable un hombre que al fin
Una camisa trae limpia?
MOSCAT. Señor, cada ropa blanca
Su semejante codicia.
D. ALON. ¿Y qué te pasó con Celia?
MOSCAT. Estaba á su celosía
Asomada, y áun borracha,
Pues dijo, ¿por qué no ibas
A verla? Y esto, señor,
En juicio no lo diria,
Porque ¿cómo has de ir á verla,
Si ya la viste ha tres dias?
D. ALON. Mi firmeza me destruye;

Porque todas imaginan,
Siendo galan al quitar,
Que lo he de ser de por vida.
Pues ¡mejor es lo que á mí
Me ha pasado! Como iba
En un coche Doña Clara,
Llamóme, lleguéme á oirla,
Y díjome que á la tarde
(Ahí es una niñería)
La enviase veinte varas
De lana, porque queria
Hacer en mi nombre una
Pollera. Y á media risa
Pregunté de qué color:
Respondió que de la mia,
Y así al propósito hice
De repente esta quintilla:
«De mi color, bien mi amor
Dar la pollera quisiera;
Mas es tanto mi temor,
Que no me dejas color
De que hacerte la pollera.»
Con esto me descarté
De la lama.

MOSCAT. Linda finca
Es un desenfado.

D. ALON. ¿Cómo?

MOSCAT. Como paga á chanza vista.

D. ALON. ¿No sabes lo que en aquesto
Más me mata, más me admira?
Que usándose hombres que nieguen,
Se usen mujeres que pidan.

MOSCAT. Piden por su devocion.
(Ap. ¡Qué presto de Inés se olvida!

Celos, adios.)

D. ALON. Moscatel.

MOSCAT. Señor.

D. ALON. ¿Quieres que te diga
Una verdad?

MOSCAT. Si contigo
Lo puedes acabar, dila.

D. ALON. La Inesilla me ha picado.

MOSCAT. ¿Tan aguda es la Inesilla?

D. ALON. Y por hacer burla della
Solamente, he de rendilla.
Allá has de volver.

MOSCAT. ¿Yo?

D. ALON. Sí.

MOSCAT. (Ap.) Celos, no adios tan aprisa.

D. ALON. La dirás...

ESCENA XI.

DON JUAN.—DON ALONSO, MOSCATEL.

D. JUAN. ¡Gracias al cielo
Que os traigo nuevas un dia
De contento! porque amor
No siempre ha de ser desdichas.
Ya cesaron sus disgustos,
Sus pesares, sus rencillas;
Que como es niño, el semblante
Que ayer fué llanto, hoy es risa.
Ayer de vuestro valor
Me valí, cuando tenía
Empeños de honor; y ahora
Que han mejorado de dicha,

Me he de valer, Don Alonso,
De vuestra cortesanía,
Buen gusto y sutil ingenio,
Porque en dos iguales líneas
Los dos extremos toqueis
Del pesar y la alegría.

D. ALON. Pues bien, ¿qué os ha sucedido?

D. JUAN. De cuanta culpa tenía
Leonor, hizo á Beatriz dueño,
Cautelosa y prevenida.
Dudó el padre entre las dos
Cúya fuese la malicia,
Y quedó por fe dudosa
La que era culpa precisa.
Para ayudar este engaño
Con Beatriz y divertirla
(Que si hay envidia entre hermanos
Es la más cruel envidia),
Me ha pedido que con ella
Algun nuevo amante finja,
Porque la importa en extremo,
Ó culparla ó divertirla.
Y aqueste habeis de ser vos,
Ayudandôs ella misma
A la entrada de su casa;
Y así, desde aqueste dia
La habeis de asistir, pasear,
Adorar su celosía,
Solicitar sus criadas,
Donde saliere seguirla,
Escribirla...

D. ALON. Deteneos;
Que ni hablarla ni servirla,
Ni pasearla ni mirarla

Sabré yo hacer en mi vida.
¿Yo mirar á una ventana
Embobado todo el dia,
Haciendo el amor ardiente
A un cántaro de agua fria?
¿Yo sobornar á una moza,
Porque mis penas la diga?
¿Yo abrazar un escudero
Con la barba hasta la cinta?
¿Yo seguir á una mujer,
Ni saber dónde va á misa
Ni si la oye? (Que al fin yo,
Don Juan, en toda mi vida
He averiguado á mi dama
Si tiene ó no tiene crisma:
Y ellas se alegran, pues todas
Niegan donde se bautizan.)
¿Yo escribir papel tan cuerdo
Que mil locuras no diga,
Donde ande el razonamiento
Entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar á una ventana,
Dos horas de noche fria,
Para pedir una mano
A quien siempre que la pida
Me responda, «es de mi esposo,
Y con aquesta porfia
Me ande con su doncellez
Dando en rostro cada dia?
Vive Dios, que ántes me dejo
Morir, que á una mujer siga,
Ni solicite ni ronde,
Ni mire ni hable ni escriba.
Porque en no teniendo yo

Libre entrada á mis visitas,
Donde tome mi despejo
A la primera vez silla,
La segunda taburete,
Y la tercera tarima,
Siendo mi lecho el estrado,
Y mi almohada una rodilla,
Y haciendo así que me rasquen
La cabeza, si me pica;
No daré por cuanto amor
Hay en el mundo, dos higas.
Y ¡mirad, pues, qué mujer
Tan chistosa y entendida
Traeis! sino una mujer
Que habla siempre algarabía,
Y sin calepino no
Puede un hombre entrar á oirla.
Y así, mirad si teneis
Algun disgusto en que os sirva;
Que, vive Dios, que primero
Con diez hombres legos riña,
Que con una mujer culta;
Que ha de ser la dama mia,
Como fianza, abonada,
Sobre lega, llana y lisa.

D. JUAN. En la corte, D. Alonso,
¿Cada dia no se mira
Por hacer tercio á un amigo,
Enamorar á una amiga?

D. ALON. Tambien se mira, Don Juan,
En la corte cada dia
Perder uno su dinero
Por hacer tercio á una rifa.

D. JUAN Yo no quiero que tu amor

Sea, sino que lo finjas;
Que esto todo ha de ser burla.

D. ALON. Mucho lo fingido obliga,
Y ¡hacer burla de una loca
Tan vana y tan presumida!...

MOSCAT. (Ap.) ¡Qué presto hizo la razon
A la ocasion que le brinda!
Tan loco nos venga el año.

D. ALON. Cuanto sea engaño y mentira,
Vaya; mas pensar que tengo
De obligarla ni sufrirla,
Es pensar un imposible.

D. JUAN. Ni nadie á aqueso os obliga.

D. ALON. Desde aquí empezaré á hablarla.

D. JUAN. Vamos á su casa misma,
Y en el camino os diré
Destas cosas conocidas
Que importan, y haré que entreis
A hablarla.

D. ALON. Vamos aprisa;
Que ya de pensar, Don Juan,
Lo que hoy á las burlas mias
Han de responder sus véras,
Me estoy muriendo de risa.

MOSCAT. Quiera amor no pare en llanto.

D. ALON. ¿Qué llanto, necio, si miras
Que todo es burla? pues solo
Mi libertad solicita
Hacer buen tercio á Don Juan,
Vengar á Leonor divina,
Burlar á Beatriz hermosa,
Y retozar á Inesilla.

MOSCAT. (Ap.) No será, no, sino echarse
Con la carga de mis dichas.

Cuarto de Beatriz con una alacena.

ESCENA XII.

BEATRIZ, INÉS.

INÉS. Grande, señora, es tu melancolía.
D.ª BEAT. ¿Cómo no ha de ser grande, siendo mia?
Y ¿harta razon no tengo? [go (1)
Pues por Leonor, con mi ascendente ven-
A padecer calumnias de que amo,
Cuando la misma ingratitud me llamo.
¡Yo, pensar que he escuchado á un hombre [amores,
Que un papel admití, que dí favores, [tra,
Que entró en mi cuarto abriendo una fenes-
Que fué el tacto la nube de mi diestra!
Cosas son, que el escrúpulo más leve,
Dentro de mí ni áun á pensar se atreve.
Y así, aqueste retiro
Donde la luz del sol apénas miro,
Lúgubre será esfera,
Donde equívoca yo que vivo, muera:
Estancia será esquiva,
En que burlando lo que muero, viva.
El sol, Narciso de jazmin y grana,
Desde el primer fulgor de la mañana
Al parasismo de la noche fria
Adonde espera el parangon del dia,
No me ha de ver la cara;
Si ya con luz no penetrase avara

(1) Mi padre.

A esta mansion, en donde
Mi profanado pundonor se esconde.
Lloren aquí mis ojos
Sinónomos neutrales... digo, enojos
De torpes desvaríos,
Que son ajenos, y parecen mios.
—Inés, ¿no me he quejado
En bien humilde estilo, en bien templado
Si mi padre me oyera,
¡Oh cuánta enmienda en mis discursos viera!

INÉS. Mucha, bien que del tema reformado
Algunas palabrillas te han sobrado.

D.ª BEAT. Díme, ¿cuáles han sido?

INÉS. *Lúgubres* y *crepúsculos* he oido,
Equívocos, *sinónomos neutrales*,
Fenestras, *parasismos*, y otras tales
De que yo no me acuerdo.

D.ª BEAT. Con la estulticia que hay, el juicio pierdo.
Pues esas ¿no son voces de cartilla,
Que un portero las sabe de la villa?
Mas desde aquí prometo
Que calce mi conceto,
A pesar de Saturno,
Vil zueco, en vez de trágico coturno.

INÉS. (Ap.) Enmendándose va.

D.ª BEAT. Y si tú me oyeras
Frase negada á bárbaras mujeres,
Por ver si en esto topa,
Tírame de la manga de la ropa.

INÉS. La concesion aceto,
Y ser fiscala de tu voz prometo

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, DON ALONSO, MOSCATEL.—DOÑA BEATRIZ, INÉS.

D.ª LEON. (Ap. á Don Alonso.)
Esta es Beatriz, y puesto que has venido
A divertirla, su galan fingido,
Hablarla aquí podrás seguramente:
Yo atenta á que no haya inconveniente,
Con Don Juan allí hablando,
Hoy las espaldas te estaré guardando.
(Vase.)

D. ALON. (Ap.) ¿Quién crêrá que he tenido
Mudo el amor, áun siendo amor fingido?

INÉS. Moscatel, ¿qué es aquesto? (Ap. á él.)

MOSCAT. La droga introducir, que se ha dispuesto.

INÉS. ¿Por qué entras acá tú?

MOSCAT. Porque te amo,
Y no has de estar á tiro de mi amo
Sin escucha.

D.ª BEAT. (Viendo á Don Alonso.)
¿Qué es esto?

INÉS. Un hombre osado,
Que hasta aquí se ha entrado.

D.ª BEAT. ¡Un hombre en mi cubículo!.....
(1) .....
(2) ..... (Ap. á Inés. ¿Qué haces?

INÉS. Tirarte de la manga.

D.ª BEAT. ¡Necio intento!

(1-2) El sentido y el verso están cabales uniendo las palabras *¿Qué haces?* con las anteriores; pero el consonante falta, quizá por efecto de alguna breve supresion.

Deten, que sólo digo en mi aposento.

D. ALON. Hermosa Beatriz, la voz
No des al aire, no des
Al cielo quejas, huidas
De la prision de clavel.
Oye piadosa mi pena.
Sin enojarte, porque
No siempre fué de lo hermoso
Patrimonio lo cruel.

D.ª BEAT. ¡Andas por antonomasia!

INÉS. (Ap. á su ama.) Dos veces tiro.

D.ª BEAT. Está bien.
Atrevido caballero,
(Que has sido osado á romper
La clausura, donde el sol,
Que fénix y hoguera es,
Si tal vez entra atrevido,
Sale cobarde tal vez;
Y á no traer por disculpa
Que me viene el dia á traer,
No osara donde yo estoy
A entrar en átomos él),
¿Qué atrevimiento, qué audacia
Rige tu alevoso pié?

INÉS. (Ap.) Aquí empiezan sus engaños.

MOSCAT. (Ap.) El mismo vaya con él.

D. ALON. Peritísima Beatriz,
Beatriz, dulce enigma, en quien
Vive de más el hablar
Ó de más el parecer:
Yo soy aquel que dos años
Viviente girasol fué
De la luz de tu beldad,
Fragrante al llegarte á ver,

Cuanto mustio al ausentarte,
Que entre el morir y el nacer,
No hubo más distancia, que entre
Si se ve, ó si no se ve.

INÉS. (Ap.) Atencion, señoras mias;
Entre mentir ó querer,
¿Cuál será lo verdadero,
Si esto lo fingido es?

D. ALON. La causa hoy de tanto absurdo
Es haber hallado ayer
Tu padre el criado mio,
Que te traia un papel;
Y viendo la obligacion
Que tengo á quien soy, osé,
Temeroso de tu riesgo,
Ahora que ocasion hallé,
Entrar hasta aquí.

D.ª BEAT. Detente,
Que ya me incumbe saber,
Aunque mi riesgo derogue
La más inviolable ley,
Qué papel, ó qué criado,
Aquese que dices fué.

D. ALON. El criado, este criado;
El papel, aquel papel
Que abrió Leonor, siendo tuyo,
Porque á ella se le dió Inés.

INÉS. Yo no se le dí, que ella
Me le quitó sin querer.

D.ª BEAT. ¿Tuyo era el criado?

D. ALON. Sí.

D.ª BEAT. ¿Y tuyo el papel?

D. ALON. Tambien.

D.ª BEAT. ¿Y para mí?

D. ALON. Pues ¿qué dudas?
D.ª BEAT. Antes no dudo, pues sé
Que mi muerte y homicida
Fuiste de mi paz, cruel,
Tirano, que introdujiste
Escrúpulos en mi fe.
Vuelve, vuelve las espaldas
De piadoso y de cortés;
Que solicitas mi muerte
Si aquí mi hermana te ve,
Porque hará verdades hoy
Los fingimientos de ayer.
INÉS. (Ap.) ¡Qué fácilmente creyó
Lo que él contó y yo afirmé!
MOSCAT. (Ap.) En fin, no hay cosa más fácil
Que engañar una mujer.
D.ª BEAT. Y no quieras más victoria
De mi vanidad, que ver
Que por tí lloran mis ojos;
Que puede en efecto hacer
Costar lágrimas un hombre,
Sin quererle una mujer;
Que no las lágrimas siempre
Señas son de querer bien.
Véte.
D. ALON. (Ap.) Más lo deseo yo;
Que estoy ya para perder
El juicio, buscando modos
Para responder.
D.ª BEAT. No dés
Más escándalo en mi casa;
Que basta el primero ser
Que concupiscible oí.—
(Tírale Inés de la manga.

No tires más, déjame;
Que tienes traza, por Dios,
De dejarme manca.

D. ALON. En fe
De amante humilde, será
Opuesto planeta quien
Ausentándose, sabrá
Obedeceros cortés;
Pero en sabiendo mi amor.

D.ª BEAT. Pues adios, que ya lo sé.

D. ALON. (Ap. á Moscatel.) No se ha empezado muy mal

MOSCAT. Ni se ha acabado muy bien,
Que viene gente.

INÉS. ¡Ay, señora!
Ir no le dejes.

D.ª BEAT. ¿Por qué?

INÉS. Porque al paso están hablando
Leonor, Don Juan, y tambien
Tu padre.

MOSCAT. El padre es el diablo
Destos enemigos tres.

D.ª BEAT. Mi climatérico dia
Es hoy (¡ay de mí!) si os ven,
Porque contra mí los cielos
Han sabido disponer
Evidencias que acrediten
Culpas, que no imaginé.
Para el cuarto de mi padre
El paso esta cuadra es:
No podeis salir de aquí,
Ni allá dentro entrar podeis;
Y así, ántes que aquí entren,
Fuerza el esconderos es.

D. ALON ¿Es comedia de Don Pedro

Calderon, donde ha de haber
Por fuerza amante escondido,
O rebozada mujer?

D.ª BEAT. Esto conviene á mi honor.

D. ALON. ¿Yo me tengo de esconder?

MOSCAT. Inés, mala burla es esta. (Ap. á ella.)

INÉS. Y muy mala, Moscatel.

D.ª BEAT. Esto he de deberos.

D. ALON. (Ap.) ¡Cielos!
Considerad que no es bien
Darme tan fino el pesar,
Siendo tan falso el placer.

D.ª BEAT. ¿Qué esperais?

D. ALON. ¿Qué he de esperar?
Saber adónde ha de ser
Donde tengo de esconderme.

INÉS. Donde estar mejor podeis,
Es en aquella alacena
De vidrios.

D.ª BEAT. Has dicho bien.

D. ALON. ¡Lindo búcaro del Duque,
O de la Maya seré!
¿Yo en alacena de vidrios?
¡Vive Dios!...

D.ª BEAT. Preciso es.

INÉS. Entrad.

D. ALON. Sin un calzador,
No es posible.

INÉS. Entra tambien.

MOSCAT. ¿Es alacena de dos,
Como mula de alquier?

(Al entrar en la alacena, quiébranse vidrios.)

INÉS. Mirad que quebrais los vidrios.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, DOÑA LEONOR, DON JUAN.—DOÑA BEATRIZ, INÉS.

D. PED. Hola, unas luces traed
A esta sala.
D. JUAN. (Ap.) ¡Vive Dios,
Que no sé lo que he de hacer,
Si halla á Don Alonso aquí
Don Pedro! que yo bien sé
Que no tiene el cuarto puerta
Por donde salir; y en fe
De haberle empeñado yo,
Y ser mi amigo tambien,
No sé, como llegue á verle,
Qué remedio puede haber.
D.ª LEON. (Ap.) ¡Oh nunca hubiera inventado
La venganza que busqué,
Pues empezando de burlas,
Tan de véras viene á ser!
D. PED. Aquestas noches, Don Juan,
¿A qué hora os recogeis?
D. JUAN. Temprano. (Ap. Aquesto es decirme
Que me vaya, y fuerza es.
En grande peligro dejo
A Don Alonso, por ser
Mi amigo. El estarme aquí
No es posible. Lo que haré,
Será estar siempre á la mira
De lo que ha de suceder.)
Queda adios.

D. PED. Adios.—Alumbra
Al señor Don Juan, Inés.
D. JUAN. No habeis de salir de aquí.
D. PED. Yo sé bien lo que he de hacer.
(Va Inés alumbrando, y Don Pedro acompañando á Don Juan.)
D.ª LEON. (Ap.) ¿Adónde Beatriz habrá,
Pues yo no lo puedo ver,
A Don Alonso escondido?
D.ª BEAT. (Ap.) ¡Que tantos sustos me dé
Un hombre que no conozco!
(Vuelve Don Pedro, y Inés con la luz.)
D. PED. Entra aquesa luz, Inés,
En mi cuarto.
D.ª LEON. (Ap.) Ahora sin duda
Da en su aposento con él.
D. PED. Entrad conmigo las dos,
Que os tengo que hablar.
(Suenan en la alacena vidrios rotos; Inés, al oirlo, deja caer la luz.)
Mas ¿qué
Es aquello?
INÉS. El candelero
Se me cayó.
D. PED. ¡Que no estés
Nunca, Inés, en lo que haces!
INÉS. Sí estoy, señor.
(Vanse Don Pedro y Doña Leonor.)

ESCENA XV.

BEATRIZ, INÉS.

D.ª BEAT. Oye, Inés.
Pues mi padre se recoge

Tan presto, haz al punto que
Salgan de ahí aquesos hombres,
Sin que lo llegue á entender
Leonor.

INÉS. No lo entenderá.
Mas díme, ¿cómo ha de ser?
Que mi señor no bajó
Con Don Juan por ser cortés,
Tanto como por cerrar
Las puertas.

D.ª BEAT. Procura hacer
Que salgan como pudieren. (Vase.)

INÉS. Ya por donde salgan sé. (Abre la alacena.
Mis aprensados señores,
Bien desdoblaros podeis.

ESCENA XVI.

DON ALONSO, MOSCATEL.—INÉS.

D. ALON. ¡Vive Dios, que si no fuera,
Pícaro, por no sé qué,
Que te matara!

MOSCAT. No pude
Mas, si los vidrios quebré,
Que eran vidrios en efecto.

INÉS. Venid conmigo.

D. ALON. ¡Ay, Inés!
Si fuera el susto por tí,
Fuera empleado más bien.

MOSCAT. No fuera sino muy mal.
¿Que ahora de humor estés?

D. ALON. No puedo conmigo más.

Vamos... Mas por no perder
Ocasion, toma un abrazo.

MOSCAT. (Ap.) Cordero en brazos de Inés,
El hombre le vió mil veces;
Pero sola aquesta vez
Es el abrazado el hombre,
Y el cordero el que lo ve.

INÉS. Salgamos presto de aquí.

D. ALON. ¿Quién dice que no?

INÉS. Que aunque
Mi señor cerró las puertas,
Bien salir los dos podeis.
Arrojáos, sin que os sientan,
Por este balcon. Ea, pues.

D. ALON. ¿Eso tenemos ahora,
Inés? ¡Balconear, despues
De una alacena!

INÉS. Es forzoso.

MOSCAT. Y diga la tal Inés,
¿Es muy alto?

INÉS. Del segundo
Cuarto no más. No aguardeis.

D. ALON. ¿Mas que me quiebro una pierna?
Hombres que enamorais, ved,
Si estos lances en quien ama
Se dejan aborrecer,
En quien no ama, ¿qué será?
¡Mal haya quien quiere bien!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ.—INÉS.

D.ª BEAT. ¿Qué dices?
INÉS. Digo que habiendo...
D.ª BEAT. ¡Ay Dios! ¿Cómo, Inés, ha sido?
INÉS. Los dos Luzbeles caido,
Llegaron con mucho estruendo
Unos hombres, pretendiendo
Conocerlos; y despues
Repararon (tanta es
De amo y mozo la destreza)
El uno con la cabeza
Lo que el otro con los piés.
D.ª BEAT. ¿Quién, Inés, te lo contó?
INÉS. Relacion es de un criado
Del galan de pié quebrado
Cuanto he referido yo;
Que como cojo partió
Del salto del balcon, fuí
A verle á su casa.
D.ª BEAT Y dí,
¿Quién le vulneró, ó le ha herido?
INÉS. Aqueso no se ha sabido.

D.ª BEAT. ¿Doliente, en fin, yace?
INÉS. Sí.
Pierna y cabeza llevó
Quebradas; aunque ya está
Mucho mejor.
D.ª BEAT. ¿Quedará
Claudicante?
INÉS. ¿Qué sé yo
Que es claudicante? ¡Que no
Has de perder vicio tal!
D.ª BEAT. ¿Hay demencia? ¿Hay tosca igual?
El claudicante no es
Hombre de alternados piés,
Sí el que ambula desigual.
INÉS. No sé lo que es, ni qué no;
Solo sé, de temor llena,
Que ha estado herido.
D.ª BEAT. Su pena,
¡Ay de mí! padezco yo.
Un hombre en mi cuarto entró,
De mis ánsias informado,
Resuelto y determinado:
Accion fué que me obligó
Al compas que me ofendió;
Pues si ofensa el amor piensa
Ser, la accion en mi defensa
La construye obligacion:
Luego compatibles son
La obligacion y la ofensa.
Vino mi padre; y aquí
Trágica mi historia fuera,
Si cortés no obedeciera
Los preceptos que le dí.
Por mí escondido, por mí

Precipitado y caido,
De otra mano quedó herido:
Pues si iguales llego á ver
Qué sentir y agradecer,
¿Cuál será lo preferido?

INÉS. Pues ¿qué pena es esta ahora?
¿Qué tienes, que triste estás?

D.ª BEAT. ¿Qué quieres que tenga más?

INÉS. No le gastes á la aurora
Las blancas perlas ahora
Que ha de echar ménos despues.

D.ª BEAT. ¡Ay, Inés mia! ¡Ay, Inés!
Si tú guardarme quisieras
Un secreto, tú supieras
Mi tormento.

INÉS. Dile pues,
Que aunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido
Dia de trabajo ha sido,
Le quiero canonizar
Y hacer fiesta de guardar.

D.ª BEAT. Pues si eso ha de ser así,
Yo he de fiarme de tí.
A este galan caballero
Agradecer, Inés, quiero
Lo que ha pasado por mí;
Pero no quisiera que él
Sepa que lo siento yo,
Porque ser piadosa hoy, no
Es dejar de ser cruel.
A mi obligacion fiel
Y fiel á mi honor, que intento
Saber dél mi fe consiente,
No por él, sino por mí.

INÉS. Claro está que será así.
(Ap. ¡Ay, señores! que ya siente.)
D.ª BEAT. Quisiera que te llegaras,
Como que de tí salia,
A visitarle, Inés mia,
Y de su mal te informaras.
INÉS. ¿Y qué más?
D.ª BEAT. Que le llevaras
Una banda, y le dijeras
Que tú la ladrona eras
Del favor.
INÉS. Está muy bien,
Y haré este papel tan bien,
Como tú misma le hicieras.
Dame la banda, y verás
Cuál mi chinelita anda.
D.ª BEAT. Yo voy, Inés, por la banda,
Pero mira que jamás
Nada á Leonor le dirás.
INÉS. Nada le diré á Leonor. (Vase Beatriz.)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.—INÉS.

INÉS. ¡Victoria por el amor!
D.ª LEON. ¿De qué es el contento, Inés?
INÉS. Yo te lo diré despues...
Pero primero es mejor,
Que reviento (te prometo),
Porque en Dios y mi conciencia
Que hizo nuestra diligencia
En Beatriz un grande efeto.

D.ª LEON. ¿Qué fué?
INÉS. Encargóme un secreto,
Y fué haberme encomendado
Que le cuente de contado:
Claro es, pues cuando no fuera
Por decirlo, lo dijera
Por habérmelo encargado.
De Beatriz la fantasía
Ya Don Alonso rindió:
En tal lenguaje la habló,
Que á pesar de su porfía,
Conmigo una banda envía.
En fin, en fin ha de ser
Mujer cualquiera mujer.
Por la banda quiero ir...—
Y aunque te lo he de decir
Yo, tú no lo has de saber.
D.ª LEON Digo que no lo sabré. (Vase Inés.)

ESCENA III.

DON JUAN.—DOÑA LEONOR.

D. JUAN Pues ya yo lo tengo oido:
Con esto quedo advertido
De cuán en vano esperé
La firmeza de tu fe.
Ahora veo que en amor
Número hay; pues en rigor,
Por no dejarte infeliz,
Crece un afecto en Beatriz,
Cuando ha faltado en Leonor.
D.ª LEON. Pues ¿en mí ha faltado? ¡Ay.

D. JUAN. En tí, Leonor, ha faltado;
Que aunque he sufrido y callado
Mis desdichas hasta aquí,
Fué porque pensé hoy de tí
Que averiguarlas pudiera,
Sin que á tí te lo dijera;
Mas siendo fuerza sentirlas,
No muera yo sin decirlas,
Ya que sin vengarlas muera.
Don Alonso, por tu gusto,
A hablar á Beatriz entró.
Ni arguyo ni pruebo yo
Si fué justo ó no fué justo.
Por excusar su disgusto
A costa de su opinion,
Se arrojó por un balcon,
Cuando yo en la calle estaba
A esperar en qué paraba
Su empeño. Fué en ocasion
El bajar, que habian entrado
Dos hombres en ella; y yo
Me desvié, porque no
Les diese el verme cuidado.
Estando pues apartado,
Las cuchilladas oí,
Y á ellas al punto acudí;
Y por presto que llegué,
Ya los dos hombres no hallé,
Y herido á mi amigo vi.
Mira si de mis recelos
Puede haber causa mayor,
Pues en su fingido amor
Ví mis verdaderos celos.
Testigos hago á los cielos

Del dolor que sentí allí.
Quien acuchilla (¡ay de mí!)
A quien sale de tu casa,
Bien dice que en ella pasa
Mi agravio. Por tí y por mí
Disimular he querido,
Como he dicho, hasta llegar
(¡Ay Leonor!) á averiguar
Quién ese galan ha sido:
Y viendo que no he podido
Y que son intentos vanos,
Porque mis celos villanos
No murmuren en mi mengua
Quiero que diga la lengua
Lo que no han hecho las manos.
Quédate, ingrata, que no,
Pues que ya me he declarado,
Me has de ver desengañado.

D.ª LEON. ¿No tengo una hermana yo
Que pueda ser causa?...

D. JUAN. No.
Que si tú hermana tuvieras
De quien amores supieras,
No culparla procuraras,
Pues no era bien la acusaras
Ni de burlas ni de véras.
Y supuesto que has querido
Fingirla un galan, infiero
Que á tenerle verdadero,
No se le dieras fingido.

D.ª LEON. Plegue al cielo...

D. JUAN. No te pido
Satisfacciones, Leonor.

D.ª LEON. Ni estas lo son, que es error,

Cuando nunca te he ofendido.
D. JUAN Pues que tú la causa has sido,
Deja que muera mi amor. (Vanse.)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA IV.

DON ALONSO, MOSCATEL.

MOSCAT. Señor, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?
¿En qué piensas? ¿En qué tratas?
En qué discurres? En qué
Imaginas? Dí, ¿en qué andas?
¡Tú melancólico! ¡Tú
Divertido! ¿Qué mudanza
Es aquesta? ¿Tan valida
Ha sido una cuchillada
Contigo, tanto consigue
Una herida, tanto alcanza
Ul balcon, que han acabado
Contigo no hablar de chanza?
D. ALON. ¡Ay de mí! que no sé, no,
Qué es lo que siento en el alma,
Que es bien y parece mal,
Que es gusto y parece ánsia.
MOSCAT. ¿Tú, señor, no me dijiste
Que no era tan afectada,
Como Don Juan te habia dicho?
D. ALON. Es verdad.
MOSCAT. ¿Tú no la alabas
De hermosa?

D. ALON. Sí.
MOSCAT. ¿Tú no sientes
Que hombres en su calle haya
Que acuchillen?
D. ALON. No lo niego;
Pero tal tengo la causa.
MOSCAT. Luego son celos.
D. ALON. No son,
Que no se me diera nada
Que hubiera hombres, como dicran
Celos, y no cuchilladas.
Fuera de que si yo fuí
A verla, fué por burlarla,
De Don Juan apadrinado;
Y fuera historia muy mala
Haberme llevado á ser
El burlado yo.
MOSCAT. En la plaza
Un toricantano un dia
Entró á dar una lanzada,
De un su amigo apadrinado.
Airoso terció la capa,
Galan requirió el sombrero,
Y osado tomó la lanza
Veinte pasos del toril.
Salió un toro, y cara á cara
Hácia el caballo se vino,
Aunque pareció anca á anca,
Porque el caballo y el toro,
Murmurando á las espaldas
Se echaron dos melecinas
Con el cuerpo y con el asta.
Cayó el caballero encima
Del toro, sacó la espada

El tal padrino, y por dar
Al toro una cuchillada,
A su ahijado se la dió;
Y siendo de buena marca,
Levantóse el caballero,
Preguntando en voces altas:
«¿Saben ustedes á quién
Este hidalgo apadrinaba?
¿A mí, ó al toro?» Y ninguno
Le supo decir palabra.
Aplica ahora: apadrinado
De Don Juan, fuiste á la casa
De Beatriz, la suerte erraste,
Y nadie á saber alcanza
Si era Don Juan tu padrino,
U de Beatriz.

D. ALON. Calla, calla.
¡Qué mal aplicado cuento!

MOSCAT. Bien ó mal, á Dios doy gracias
De que ya no reñirás
Mi amor; pues que ya en la danza
Entras tambien.

D. ALON. Si es así,
Díme, ya que desta dama
Esté un hombre enamorado,
¿De qué servicio es guardarla?

MOSCAT. Eso no, que no se pierde
Tan presto una mala maña.

(Llaman dentro.)

D. ALON. Mira quién llama á esa puerta.

MOSCAT. ¿Quién es?

ESCENA V.

INES.—DON ALONSO, MOSCATEL.

INÉS. ¿Está tu amo en casa,
Moscatel?
MOSCAT. (Ap. ¡Cielos! ¿qué miro?
Inés es ésta.) ¡Ay ingrata!
(Hablan los dos junto á la puerta.)
¡Viven los cielos, que vienes
A verle!
INÉS. Pues ¿qué pensabas?
(Ap. Quiero decir que es verdad,
Porque lo que más me agrada
Es dar celos de poquito.)
Sí, que le importa á mi fama
Que Don Alonso conozca
Que sé cumplir mi palabra.
MOSCAT. ¡Bien honrado pundonor!
INÉS. Quita.
MOSCAT. No has de entrar.
INÉS. Aparta.
D. ALON. ¿Quién habla contigo?
MOSCAT. Nadie.
INÉS. Mientes, que álguien es quien habla.
D. ALON. Y muy álguien. ¡Inés mia!
Una y mil veces me abraza.
INÉS. Mil veces te abrazo y una,
Por pagarte en otras tantas.
(Pellízcala Moscatel.)
¡Ay!
D. ALON. ¿Qué es eso?

INÉS. Dióme un golpe
La guarnicion de tu daga.
D. ALON. No dudo que tu venida
Sea á darme vida y alma;
Que aunque tú con Moscatel
Me respondiste enojada,
En fin, sabes que te quiero,
Y no has de ser siempre ingrata.
INÉS. Nunca lo fuí yo contigo;
Que á la primera palabra
Dije que á verte vendria.
D. ALON. ¡Pícaro! ¿Pues tú me engañas?
MOSCAT. ¿Yo, señor?
D. ALON. ¡Viven los cielos,
Que he de matarte á patadas!
MOSCAT. (Ap.) Cumplióse el refran; mas no,
Que mandarme bailar falta.
INÉS. (Ap.) En sabiendo á lo que vengo,
Moscatel se desengaña.
Duren los celos un poco.
MOSCAT. ¡Vive Dios! ¿De una picaña?...
INÉS. Pícaro, hablad con respeto:
Mirad que soy vuestra ama.—
A solas quisiera hablarte. (A Don Alonso.)
MOSCAT. (Ap.) ¡A solas!
D. ALON. Salte allá, y guarda
Esa puerta.
MOSCAT. (Ap.) ¡Yo la puerta!
¡Viven los cielos!
D. ALON. ¿Qué hablas?
MOSCAT. Que soy leal, y no tengo
De consentir tal infamia,
Que por una picarona
Exceso ninguno hagas,

Y se aventure tu vida.

D. ALON. ¿De cuándo acá tanto guardas
Mi salud? Salte allá fuera.

MOSCAT. No me saldré, si me matas;
Que esto conviene á tu vida.

D. ALON Nunca te he visto con tanta
Lealtad.

MOSCAT. Guardéla otras veces
Para esta ocasion.

D. ALON. Ya basta.

(Echale á empellones.)

ESCENA VI.

DON ALONSO.—INÉS.

D. ALON Ya estás sola: vuelve, Inés,
A abrazarme.

INÉS. Aunque culpada
Me has hecho en venir á verte,
Por la opinion de mi ama
Ha sido, no porque vengo,
Como dije, por tu causa.

D. ALON. No sé qué quieras decirme.

INÉS. Dirélo en breves palabras.
Beatriz, habiendo sabido
Como hubo unas cuchilladas,
De donde herido saliste,
A la puerta de su casa;
De tu herida condolida,
De tu término obligada,
Y de tu salud dudosa,
Te envía toda esa banda.

Favor es suyo, aunque ella
Me mandó que no llegaras
A saber que te la envía.
Con esto, adios.

D. ALON. Oye, aguarda.
¿Beatriz se acuerda de mí?
¿Beatriz siente mis desgracias?
¿Beatriz me envía favores?
Novedad se me hace extraña.

INÉS. A mí no, porque en sabiendo
Que era tu voluntad falsa,
Supe que sería dichosa;
Que por no acertar en nada,
Más con nosotras merece
Quien finge, que no quien ama.

ESCENA VII.

MOSCATEL.—TICHOS.

MOSCAT. (Ap. al paño.) ¡Qué mal descansa un celoso!
Qué mal un triste descansa!
Mis penas veré; que ménos
Es verlas, que imaginarlas.

D. ALON. Inés bella, pues Beatriz
Hoy de extremo á extremo pasa,
Pase yo de extremo á extremo;
Que aunque fineza no haga
De enamorado, de noble
La he de hacer. Aquí te aguarda
A que la escriba un papel. (Vase.)

MOSCAT. (Ap. Él se entra en esotra cuadra:
Descanse mi corazon.)

Tigre fregatriz de Hircania,
Vil cocodrilo de Egipto,
Sierpe vil, leon de Albania,
¿Tendrá mi lengua razones,
Tendrán mis labios palabras
Para quejarse de tí?

INÉS. No.

MOSCAT. Pues si voces me faltan,
Tenga mi mano licencia
De darte de bofetadas
Siquiera.

INÉS. No quiera hacer
Tu mano tal; que ya bastan
Las burlas, que todo ha sido
Por sólo tomar venganza.
Picon fué.

MOSCAT. Pues los picones
Si juegan, muden baraja
O truequen la suerte. Dáme
Los brazos.

INÉS. De buena gana.

(Sale Don Alonso.)

D. ALON. ¿Qué es esto?

INÉS. Esto es abrazar
En mi tierra.

MOSCAT. Ha sido tanta
La alegría de haber visto
Que ya esa fiera se ablanda
(La curiosidad perdona,
Si he escuchado cuanto hablas),
Que le dí á Inés este abrazo,
En albricias de la banda.

D. ALON. Toma, Inés, este papel
Que le has de dar á tu ama,

Y para tí este diamante.
INÉS. Vivas edades más largas
Que claro está que es el fénix
Suegra mentira de Arabia. (Vase.)
MOSCAT. Ea, hagamos, señor, cuentas,
Que no he de quedar en casa.
D. ALON. ¿Por qué, Moscatel?
MOSCAT. Porque
Amo no quiero que ama,
Y que no me acude á mi
Por acudir á su dama.
D. ALON. ¡Bien el haberte sufrido
Tantas locuras, me pagas!
MOSCAT. Esto ha de ser.

ESCENA VIII.

DON JUAN.—DON ALONSO, MOSCATEL.

D. JUAN. ¿Qué ha de ser?
D. ALON. Irse quiere de mi casa.
D. JUAN. ¿Por qué, Moscatel?
MOSCAT. Porque
Ha hecho la mayor infamia,
La mayor ruindad, mayor
Bajeza, mayor...
D. JUAN. Acaba,
¿Qué ha sido?
MOSCAT. Hase enamorado.
Mira si tengo harta causa.
D. ALON. En esta locura ha dado,
Por haber visto con cuanta
Fineza sirvo á Beatriz

Por vos.

D. JUAN. Al amor doy gracias
Que ese cuidado dió fin,
Y han cesado ya mis ánsias.

D. ALON. Pues ¿cómo de aquese empeño
Libre estais?

D. JUAN. Como se acaba
Hoy mi amor.

D. ALON. Pues ¿y Leonor?

D. JUAN. Leonor de mi pecho falta;
Que como amor es fortuna,
Sujeto vive á mudanzas.

D. ALON. Habeis de ir allá conmigo.

D. JUAN. Yo no he verla ni hablarla
En mi vida.

D. ALON. Por Beatriz
He de volver á su casa,
Y á su calle á hablarla y verla
Por la tarde y la mañana,
Siendo yo el descalabrado,
Y vos la cabeza sana;
¿Y no ireis?

D. JUAN. No, porque herida
Más penetrante y tirana
Son mis celos, porque son
Mortal herida del alma.

D. ALON. Pues troquemos las heridas;
Que yo primero tomara
Sea mortal ó venial,
Tener hoy descalabrada
El alma, que la cabeza.
Y esto bien claro se saca
Del efecto, pues si curan
En falso una herida, mata;

Y á los celosos da vida
Cualquier cura, aunque sea falsa.

D. JUAN. En fin, Don Alfonso, sea
Con poca ó con mucha causa,
No he de volver á poneros
En la confusion pasada.

D. ALON. Ni por mí habeis de dejarlo,
Que á mí no se me da nada.

D. JUAN. Por mí lo dejo y por vos,
Porque vuestra herida basta.

D. ALON. De una herida no escarmientan
Caballos de buena casta.

D. JUAN. Yo no he de volver allá,
Ni á su calle, ni á su casa.

D. ALON. Pues cuando por vos no sea,
Por ver si á saber se alcanza
Quién me ha herido, he de volver.

D. JUAN. Cuando importe á vuestra fama,
Desde acá fuera podremos
Hacer diligencias várias.

D. ALON Yo más pretendo, Don Juan,
Buena opinion con las damas
Que con los hombres; y no
Es bien que mujer tan vana
Como Beatriz, de mí piense...

D. JUAN. Yo sabré desengañarla
De todo.

D. ALON. Don Juan, Don Juan,
Hablemos verdades claras.
Yo he de ir á ver á Beatriz.

MOSCAT. (Ap.) ¡Hablara para mañana!
Y dirá que miento yo.

D. JUAN. Si eso os importa, ¿qué os falta?
Id vos muy en hora buena.

D. ALON. ¿Cómo, sin que las espaldas
Me guardeis vos y Leonor?
D. JUAN. Yo no he de volver á hablarla.
D. ALON. Esto habeis de hacer por mí;
Que no es cosa tan extraña,
Por hacer tercio á un amigo,
Volver á hablar una dama.
D. JUAN. Por vos, Don Alonso, haré
Lo que en mi vida pensaba.
Ahora bien, por vos iré,
Mas mirad ántes que vaya,
Que hay alacena.
D. ALON. ¿Qué importa?
MOSCAT. Que hay balconazo.
D. ALON. Que haya.
MOSCAT. Que hay cuchillada.
D. ALON. Eso no:
Fuera de que si amor traza
Que por sola una mentira
Me sucedan cosas tantas,
Vengan ya, por ser verdades,
Alacena y cuchilladas. (Vanse.)

—

Calle.

ESCENA IX.

DON DIEGO, DON LUIS.

D. DIEGO. Ya sabeis la voluntad
Con que siempre os he servido.
D. LUIS. Conozco vuestra amistad

Y sé, Don Diego, que ha sido
Con fineza y con verdad.

D. Diego. Pues no me tengais á exceso
Una reprension.

D. Luis. No haré.

D. Diego. Aquel pasado suceso...

D. Luis. ¿Quereisme decir que fué
Locura? Yo lo confieso;
Porque haber á un hombre herido,
Que conmigo no ha tenido
Lances de competidor,
No trae disculpa mejor.
Fuerza es remediarlo, pues
Quien lleva ya en sus recelos
Perdido el miedo á los celos,
No se le tendrá despues.

D. Diego. Y ahora ¿qué habeis de hacer
De lo que ya se trató?
Pues es cierto que á saber
Vuestros intentos llegó
Don Pedro.

D. Luis. ¿Qué hay que temer?
Deshácese un casamiento,
Siendo santo sacramento,
Despues que se efectuó,
¿Y no le desharé yo,
Sin efectuarle?

ESCENA X.

DON PEDRO.—DON DIEGO, DON LUIS.

D. Ped. (Ap.) Atento
A este hielo que me abrasa,

A este, que me hiela, ardor,
A lo que en mi agravio pasa
Y al respeto de mi honor,
Tan tarde salgo de casa.
A Don Luis pretendo hablar;
Que mejor es acabar
De una vez con mi recelo,
Que no esperar que un mozuelo,
Que es fábula del lugar,
Se me atreva. El viene aquí.
¡Cuánto de verle me alegro
Galan y noble! Este sí.

D. DIEGO. Vuestro suegro viene allí.

D. LUIS. Pues huyamos de mi suegro.

D. PED. Señor Don Luis, informado
De vuestros deudos he estado
De que honrar habeis querido
Mi casa; y agradecido,
Como es justo, os he buscado
Para mostrar cuánto estoy
Ufano de merecer...

D. LUIS. Señor Don Pedro, yo soy
El que las dichas de ayer
Tiene por disculpas hoy.
Confieso que me atreví
A tanto empeño, y que fuí
Venturoso en tanto empeño,
Pues ser destas honras dueño
Por lo ménos merecí.
Pero fuí tan desdichado
En estas dichas, señor,
Que para tomar estado,
Un nuevo empeño de honor
Lo ha deshecho y lo ha estorbado.

D. PED. ¿De honor empeño (Ap. ¡Ay de mí!)
Os retira desto?
D. LUIS. Sí.
D. PED. Pues ¿cómo? ¿En qué (Ap. Estoy mortal.)
Puede á Beatriz estar mal?
D. LUIS. Que no lo entendeis así;
Que de vuestro enojo, no
De mis disculpas ha sido
El honor bien entendido.
D. PED. ¿De qué suerte?
D. LUIS. Porque yo,
Señor, habiendo sabido
Que su Majestad (que el cielo
Guarde por sol desta esfera,
Por planeta deste suelo)
Con su católico celo
Sale aquesta primavera;
Y sabiendo como hacía
Gente un señor, de quien fuí
Deudo por ventura mia;
Que me honrase le pedí
Con alguna compañía.
Hámela dado: este ha sido
El empeño que he tenido
Para no tomar estado;
Que el que es marido y soldado,
No es soldado ó no es marido.
Si yo volviere, señor,
Entónces con más valor
Me podeis hacer feliz;
Porque hoy casar con Beatriz
No le está bien á mi honor.
(Vanse Don Luis y Don Diego.)

ESCENA XI.

DON PEDRO.

«¡Porque hoy casar con Beatriz
No le está bien á mi honor!»
¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido
Lo que he visto y lo que he oido?
Poco siento (¡ay infeliz!)...
—Pero afligirme es error:
Si en aquel caso consiste
Su honor, miente mi temor.
¿Que en fin, cuanto piense un triste,
Siempre ha de ser lo peor? (Vase.)

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XII

BEATRIZ, INÉS.

D.ª BEAT. Inés, ¿cómo el papel tomaste?
INÉS Como
Todo cuanto me dan, señora, tomo.
D.ª BEAT. ¡Sin duda le dirias
Que de mi parte ibas!
INÉS. Desconfías
De mí sin causa, porque yo he callado
Que era tuya la banda, y el recado
Callé por tu respeto,

Como suelo callar cualquier secreto.

D.ª BEAT. Pues Inés, ¿á qué efeto,
Si es así, me has traido
Papel?

INÉS. (Ap. ¡Vive el Señor, que me ha cogido!
Mas yo me soltaré.) Que le trajera,
Me dijo, y que si acaso hallar pudiera
Ocasion, te le diese.
Yo le tomé, porque de mí creyese
Cuán de su parte estaba;
Que puesto que una banda le llevaba
Hurtada, que era tuya, bien crêria
Que un papel, que es más fácil, te traeria.

D.ª BEAT. Esa satisfaccion algo me agrada.

INÉS. Aquesto es dar satisfaccion honrada.
Leonor, señora, viene.

D.ª BEAT. Pues que el papel me vea no conviene.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR.—DOÑA BEATRIZ, INÉS.

D.ª LEON. Bien pudiera yo ahora
Decir con mayor causa (¿quién lo ignora?)
«¿Qué idioma fué misivo el que en lineado
Papel ocultas en tu manga ajado?»

D.ª BEAT. Y yo tambien pudiera
Decir que en vano preguntarlo fuera:
Pues quien saber no quiere
Lo que quiero decir, saber no espere
Lo que callarle quiero.

(Retírase, quedándose oculta detras de una puerta.)

D.ª LEON. Inés, ¿qué es esto?

INÉS. Por hablarte muero.
D.ª LEON. Díme presto, ¿qué ha sido
Este papel?
INÉS. ¡Qué poco te he debido!
¿No aguardaras siquiera
A que sin preguntar te lo dijera?
Que se me hace conciencia, te prometo,
La pregunta llevar por un secreto.
(Entreabre la puerta Doña Beatriz.)
D.ª BEAT. (Ap.) Mal segura, escuchar desde aquí quiero
Qué hablan las dos.
INÉS. Fuí á verle, y lo primero
Le dije que Beatriz me lo mandaba.
D.ª LEON. Bien hiciste.
D.ª BEAT. (Ap.) Y yo mal, pues me fiaba
De quien con Leonor en chismes anda.
INÉS. Lo segundo, en su nombre dí la banda.
D.ª BEAT. (Ap.) ¡Ay infeliz! ¡Qué he oido!
D.ª LEON. En esa cuadra hay ruido.
INÉS. Don Juan es el que ha entrado.
D.ª LEON. Pues ¿cómo, si de aquí se fué enojado,
Diciendo que en su vida no me habia
De ver?
INÉS. ¿Que estés tan nueva todavía,
Que no sepas que cuando está un amante
Diciendo, más furioso y arrogante:
«No he de volver á verte, ingrata bella,»
Es cuando muere por volver á vella?
D.ª BEAT. (Ap.)
Ya que á escuchar mis penas he empezado,
Acabe de escucharlas mi cuidado.

ESCENA XIV.

DON JUAN, DON ALONSO, MOSCATEL.—DOÑA LEONOR, INÉS; DOÑA BEATRIZ, *oculta.*

D. JUAN. Pensarás que me han traido
A verte, Leonor, y hablarte
Mis celos, porque los celos
(Perdona el civil lenguaje)
Son ordinarios de amor,
Que así llevan como traen.
Pues no, Leonor, no he venido
Para que me desengañes;
Porque el desaire de amor
Es hablar en el desaire.
Con otra ocasion he vuelto
A pisar estos umbrales,
Porque nunca les faltó
Ocasion á los pesares.
Don Alonso, á quien tú hiciste
De Beatriz fingido amante,
Sucediéndole en tu casa
Con desaire el primer lance;
Pero atento á que no piensen
De Beatriz las vanidades
Que el no volver aquí es
De escarmentado y cobarde,
Me ha pedido que le traiga
A verla. ¿Cómo negarle
Puedo yo lo mismo á él,
Que él no me negó á mí antes?
D.ª LEON. En notable obligacion

Le estais: forzoso es pagarle.

D. JUAN. El viene, Leonor, á esto;
Y porque en aquesta parte
Nunca piensen mis desdichas,
Nunca sospechen mis males,
Nunca imaginen mis penas
Que fué gana de buscarte,
En la calle me estaré
En tanto que á Beatriz hable,
Y deste escrúpulo leve,
Y desta materia fácil
Desempeñe su opinion,
Su crédito desengañe.—
Don Alonso, entrad; y pues
Ya el sol, helado cadáver,
Agonizando entre sombras,
De la noche en brazos yace,
Hablad á Beatriz, y ved
Que aquí Don Pedro no os halle.

D.ª LEON. Aguarda, Don Juan, espera.

D. JUAN. ¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

D.ª LEON. Disculpas.

D. JUAN. Serán en vano.

D.ª LEON. Desengaños.

D. JUAN. Son en balde. (Vase.)

D.ª LEON. Tras él iré.—Don Alonso,
Luégo vuelvo. Perdonadme,
Que Don Juan está celoso,
Y es fuerza desengañarle. (Vase.)

D. ALON. ¿Mas que me voy sin hablar
A Beatriz?

MOSCAT. No dirás ántes:
¿Mas que entramos en aprieto
Al pasado semejante?

D. ALON. Inés, díme, ¿donde está,
Para que en tanto la hable,
Beatriz?

ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ.—DON ALONSO, MOSCATEL, INÉS.

D.ª BEAT. Aquí está Beatriz,
Escuchando los ultrajes
De una vil hermana, de un
Falso amigo, de un infame
Criado, una criada aleve,
Y de un cauteloso amante.
¡Que entre Leonor y Don Juan,
Inés y Moscatel, no halle,
Si no consuelo á mis penas,
Disculpa á mis disparates!
Sólo en esta parte intento,
Sólo quiero en esta parte,
Como quejosa ofenderme,
Como ofendida quejarme
Del mayor de mis agravios,
Y no el menor de mis males.
¿Tan pocas las partes son
De mi hacienda y de mi sangre,
Tan pocas de mi persona
(Decirlo tengo) las partes
Que hay, que si un hombre hubiera
Que atrevido me mirase,
Fuese, con fingido amor,
Quererme á mí por burlarme?
¡A mí por...

D. ALON. Beatriz hermosa,
Si de tus pesares sales
Tan airosa como ahora,
Con pagar finezas tales,
Fácil es el desengaño.
D.ª BEAT. ¿Cómo el desengaño es fácil,
Cuando el quererme es por burla?
D. ALON. Si atiendes, con escucharme.
Tal vez por burla se atreve
Uno al mar, sin que presuma
(Viéndole jardin de espuma,
Viéndole selva de nieve)
Que hay peligro en él; y en breve
Selva y jardin con horror
Le anegan; y así es amor:
Luego en placer y pesar,
Si no hay burlas con el mar,
No hay burlas con el amor.
Tal vez por burla ó ensayo
Polvorista artificial
Hace un rayo material,
Y forja contra sí el rayo,
Cuando con mortal desmayo
Muere á su violento ardor.
Rayo es amor en rigor
Contra su artífice: luego,
Si no hay burlas con el fuego,
No hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo
La espada para esgrimir
Con otro, y le viene á herir
Como si fuera enemigo.
Su destreza es su castigo;
Y así, usar della es error.

Espada amor en rigor
Es: luego desenvainada,
Si no hay burlas con la espada,
No hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
Doméstica y mansa ya
Una fiera, un hombre está
Con ella, Beatriz, jugando.
Cuando más la halaga blando,
Volver suele á su furor.
Fiera es amor en rigor:
Luego si, ya lisonjera,
No hay burlas con una fiera,
No hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,
Por burla el rayo encendí,
Con blanca espada esgrimí,
Con brava fiera jugué;
Y así, en el mar me anegué,
Del rayo sentí el ardor,
De acero y fiera el furor:
Luego si saben matar
Fiera, acero, rayo y mar,
No hay burlas con el amor.

D.ª BEAT. A ese argumento...

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, *alborotada.*—DOÑA BEATRIZ, INÉS, MOSCATEL.

D.ª LEON. ¡Ay de mí!
Huyendo salió á la calle

Don Juan: y miéntras le daba
Voces, ví entrar á mi padre.
Esconder importa ahora...

D.ª BEAT. No, Leonor, porque ya es tardo...

D.ª LEON. A Don Alonso...

D.ª BEAT. Que hoy
Ha de saber cuanto pase,
Mi padre, aquí, y tus engaños
Se han de saber.

D.ª LEON. Cuando trates
Tú decirlo, yo sabré
Culparte á tí y disculparme.
Y así, puesto que las dos
Corremos el riesgo iguales,
Iguales, Beatriz, busquemos
El remedio.

D.ª BEAT. Por mostrarte
A proceder bien, lo haré;
Que es fuerza estar de tu parte.

MOSCAT. Alacena como iglesia
Pido.

D. ALON. Eso no haré yo, que ántes...

INÉS Él entra ya.

D.ª BEAT. Este aposento
Hoy de su vista te guarde.

MOSCAT. Y á mí me guarde tambien.

D. ALON. (Ap.) ¡Qué pesados son los lances
De amor hijo de familias!

MOSCAT. Inés, avisa en la calle
Que ya estamos escondidos:
Que haya quien nos descalabre.

(Escóndense los dos.)

ESCENA XVII.

DON PEDRO. — DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, INÉS; DON ALONSO Y MOSCATEL, *ocultos.*

D. PED. ¡Tan tarde, y no han encedido!
Haz tú que unas luces saquen.
INÉS. Ya las tengo prevenidas.
D. PED. (Ap.) ¡En mi cara tal desaire!
¡A mis ojos tal afrenta!
Cielos piadosos, ó dadme
Paciencia, ó dadme la muerte.
D.ª BEAT. Señor, ¿qué tienes?
D.ª LEON. ¿Qué traes?
D. PED. Tengo honor, y traigo agravios...
Aunque miento en esta parte;
Que yo no soy quien los traigo:
Ellos vienen á buscarme
Dentro de mi casa misma.
D.ª LEON. (Ap.) ¡Ay de mí! todo se sabe.
D.ª BEAT. Pues ¿no me dirás, señor,
De qué esos extremos nacen?
D. PED. De tus locuras, Beatriz;
Que ya es fuerza declararme,
Viendo que por tí se atreve
Hoy un mozuelo arrogante
Al honor de aquesta casa.
D.ª LEON. (Ap.) Ya no hay cosa que no alcance.
D.ª BEAT. ¿Yo, señor?
MOSCAT. (Ap. al paño.) Malo va esto.
D. PED. Sí, pues por tí Don Luis hace
Desprecios della y de mí.

D.ª BEAT. (Ap.) Convaleciendo va el lance.
D.ª LEON. (Ap.) Eso sí, cobre mi aliento.

ESCENA XVIII.

DON JUAN.—DON PEDRO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, INÉS; DON ALONSO Y MOSCATEL, *ocultos.*

D. JUAN. (Ap. Un caso bien puede errarse
De una vez; pero de dos
La una, no le yerra nadie.
No he de esperar á que cierren
Las puertas, y despues baje
Por el balcon Don Alonso:
Remediarlo pienso ántes.)
Señor Don Pedro, si en vos
Hoy la amistad de mis padres
Hereda la obligacion
De mi casa y de mi sangre...
D.ª LEON. (Ap.) ¿Qué es lo que intenta Don Juan?
D.ª BEAT. (Ap.) Muerta estoy hasta escucharle.
D. JUAN. Os obliga en un aprieto
A valerme y ampararme.
De vuestra casa á las puertas
Me ha sucedido un desaire
Con tres hombres, y me importa
No volver solo á buscarles.
Muy bien sé que puedo á vos
Atreverme y declararme,
Porque sé que es vuestro pecho
El Etna, que dentro arde,
Aunque cubierto de nieve.
D. PED. No paseis más adelante;

Que ya sé que es ley precisa
De mi honor y de mi sangre
En esta edad, no dejar
A hombre que de mí se vale.
Vamos.

D. JUAN. En fin, sois quien sois.—
En llevando yo á tu padre,
Leonor, echa á Don Alonso. (Ap. á ella.)

D. ALON. Ap. asomándose á la puerta del cuarto donde entró.)
Estos son los que matarme
Quisieron. No me está bien
Ir con ellos ni quedarme.

D. PED. Esperad, pues ya es de noche,
Que de aquesta sala saque
Un broquel, prenda olvidada
De mi mocedad.

D. JUAN. Sacadle
Presto.

(Don Pedro entra en el cuarto donde está Don Alonso.)

D.ª BEAT. El se ha empeñado más,
Por donde pensó librarse.

D. PED. (Dentro.) ¿Quién está aquí dentro?

D. ALON. (Dentro.) Un hombre.

(Salen del cuarto Don Pedro, Don Alonso y Moscatel.)

MOSCAT. Dice bien, porque no es nadie
El otro que está con él.

D. PED. Don Juan, pues que yo á ayudarte
Iba contra tu enemigo,
Obligacion es más grande
El ayudarme tú á mí,
Cuando la causa es más grave.
Este hombre ofende mi honor,
Y á mí me importa matarle.

D. ALON. Don Juan, en tan grande empeño
La obligacion tuya sabes.
Mi vida y la destas damas
Es preciso que yo ampare.
D.ª LEON. ¡Ay de mi!
D.ª BEAT. ¡Infelice soy!
D. JUAN. (Ap.) ¿Quién vió empeño semejante?
D. PED. (A Don Juan.) ¿Te suspendes?
D. ALON. (A Don Juan.) ¿Ahora dudas?
D. PED. Mas soy bastante á vengarme
Sin ti.
(Riñen, y Don Juan se pone en medio.)
D. JUAN. Tente, Don Alonso.—
Tente, señor.
D. PED. Pues ¿tú paces
Pones?
D. ALON. Pues ¿tú contra mí
Tan viles extremos haces?

ESCENA XIX.

DON LUIS, DON DIEGO.—DICHOS.

D. LUIS. (Dentro.) Cuchilladas hay en casa
De Don Pedro.
D. DIEG. (Dentro.) Más no aguardes.
Entremos, Don Luis.
D. LUIS. (Dentro.) Tenéos.
D. PED. Gente viene.
D. ALON. ¡Duro trance!
(Salen Don Luis y Don Diego.)
D. LUIS. ¿Qué es esto?
D. PED. Esto es, Don Luis,

Satisfacer el ultraje
Que te oí; pues si no está
Bien á tu honor el casarte
Con Beatriz, al mio está bien
Satisfacer y vengarme.

D. LUIS. Ahí verás que no sin causa
Traté yo de disculparme,
Quizá por haber tenido
Algun empeño en la calle.

D. ALON. Sin duda, que tú me heriste.

D. LUIS. Es verdad.

D. ALON. Yo he de vengarme.

D. JUAN. Pues quiere el cielo que así
Hoy mis celos desengañe,
Viva Leonor en mi pecho:
Ya es forzoso que la guarde
Contra tí.

D. PED. Don Juan, Don Juan,
En aquesta casa nadie
Ha de defender mis hijas,
Sino quien con ellas case.

D. ALON. Esa palabra te tomo.

D. JUAN. Pues el remedio es tan fácil,
Yo soy de Leonor.

D. ALON. Y yo
De Beatriz.

D. PED. Fuerza es que callo
Que ya sucedido el daño,
Nada puede remediarse.

MOSCAT. En fin, el hombre más libre,
De las burlas de amor sale
Herido, cojo, y casado,
Que es el mayor de sus males.

INÉS. En fin, la mujer más loca,

Más vana y más arrogante,
De las burlas del amor,
Contra gusto suyo sale
Enamorada, y rendida,
Que es lo peor.

MOSCAT. Inés, dame
Esa mano: si ha de ser,
No lo pensemos, y acaben
Burlas de amor, que son véras.

D. ALON. No se burle con él nadie,
Sino escarmentad en mí.
Todos del amor se guarden,
Y perdonad al poeta,
Que humilde á esas plantas yace.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DON HIPÓLITO.
DON LUIS.
ARCEO, *gracioso.*
PERNIA, *escudero vejete.*
DOÑA CLARA.
DOÑA ANA.
DOÑA LUCIA, *dueña.*
INÉS, *criada.*

La escena pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN *embozado;* ARCEO, *con una luz en un candelero.*

ARCEO. Ya he dicho que no está en casa
Mi señor, y es, caballero
O fantasma, ó lo que sois,
En vano esperarle, puesto
Que no sé á qué hora vendrá
A acortarse.

D. JUAN. Yo no puedo
Irme de aquí sin hablarle.

ARCEO. Pues en el portal, sospecho
Que estareis mucho mejor.

D. JUAN. Mejor estaré aquí dentro.

ARCEO. Muerto de capa y espada,
Que tan pesado y tan necio
Has dado en andar tras mí
Rebozado y encubierto,
Agradécele al Señor
Que te tengo mucho miedo;
Que si no, yo te pusiera

A cuchilladas muy presto
En la calle.

D. JUAN. No lo dudo;
Mas no os turbeis: de paz vengo.
De Don Pedro soy amigo,
Sosegaos...

ARCEO. ¡Lindo sosiego!

D. JUAN. Y sentaos aquí.

ARCEO Yo estoy
En mi casa, y si yo quiero
Me sentaré.

D. JUAN. Pues estad
Como quisiéredes.

ARCEO. Cierto
Que sois fantasma apacible
Y que teneis mil respetos
Del Convidado de piedra.

D. JUAN. Decidme, ¿qué hace Don Pedro
Fuera de casa á estas horas?
¿Diviértele amor ó juego?

ARCEO. Juego ó amor le divierte.

D. JUAN. Todo es uno, á lo que pienso,
Pues amor y juego, en fin,
Son de la fortuna imperios.
¿Anda de ganancia ahora?

ARCEO. Yo de pérdida me veo.

D. JUAN. ¿Está desfavorecido?

ARCEO. No lo sé.

D. JUAN. ¿Pues sus secretos
No fía de vos?

ARCEO. No fía,
Sino presta algunos dellos.
(Ap. ¿No bastaba entremetido
Sino pregunton?)

ESCENA II.

DON PEDRO.—DON JUAN, ARCEO.

D. PED. ¿Qué es esto?
ARCEO (A D. Juan.) Esperad en hora mala
En la calle ó el infierno,
Si no quereis...
D. PED. Dime, loco,
¿Qué ha sido?
ARCEO. Vienes á tiempo;
Que si un poco más tardaras,
A ese embozado, sospecho
Que le echo por la ventana
Tan alto, que deste vuelo,
Ya que no sieto-durmiente,
Uno-volante, primero
Que volviera, se mudaran
Los trajes y los dineros,
Y se hablaran otras lenguas.
D. PED ¿Quién es?
ARCEO. No lo sé; mas pienso
Que es algun hombre casado
Que viene á verte encubierto,
Pues no se ha dejado ver
La cara.
D. PED. Pues, caballero,
¿A quién buscais así?
D. JUAN. A vos.
D. PED. Decid, ¿qué quereis?
D. JUAN. Dirélo
En quedando solos.

ARCEO. ¿Ves,
Si digo bien?
D. PED. Majadero,
Salte allá fuera.
ARCEO. En buen hora.
(Ap. Porque aunque ir á parlar tengo
Con Doña Lucía, la dueña
De mi vecina, más quiero
Ser hoy criado que amante,
Y he de estarme aquí, por serlo,
Escuchando cuanto digan.) (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN, DON PEDRO.

D. PED. Ya estoy solo, y sólo espero
Que me digais, qué quereis.
D. JUAN. Cerrad la puerta.
D. PED. Suspenso
Me teneis. Ya está cerrada.
D. JUAN. (Desembózase.)
Pues ahora, á esos piés puesto,
Me dad, Don Pedro, los brazos.
D. PED. ¡Don Juan, amigo! ¿Qué es esto?
¿Cómo os atreveis á entrar
Así en Madrid, sin que el riesgo
De vuestra vida mireis?
D. JUAN. Como la muerte no temo:
Así no guardo la vida;
Que ya, de tratarlas, tengo
Con la compañía perdido
A mis desdichas el miedo.

Ya sabeis (como quien fué
Por la vecindad, tercero
De mi desdichado amor)
Aquel venturoso tiempo
Que amé á Doña Ana de Lara,
Cuyo divino sujeto
Se coronó de hermosura,
Se laureó de entendimiento.
Ufano con mi esperanza,
Y con su favor soberbio,
Viví. En esto no me alabo,
Antes me desluzco en esto;
Que en materias de favores
Es tan desdichado el premio,
Que es el que los goza más,
El que los merece ménos.
Ya sabeis que viento en popa
Este amor, este deseo,
En el mar de la fortuna
Tuvo de su parte al cielo,
Hasta que, alterado el mar,
El bajel del pensamiento
En piélagos de desdichas
Corrió tormenta de celos.
Una noche... Ciegamente
Lo que vos sabeis os cuento;
Pero dejad que lo diga,
Ya que es el pesar tan necio,
Que repetirle el dolor
Es repetirle el consuelo.
Una noche pues salí
De su casa yo, creyendo
Que para mí solo estaba
El falso postigo abierto

De un jardin, cuando, llegando
A abrirle (¡ay Dios!) por de dentro,
Hácia la parte de afuera
Torcer otra llave siento.
Suspendo la accion, y á un lado
Me retiro, por si puedo
Mis celos averiguar,
Si es que han menester los celos,
Para estar averiguados,
Más diligencia que serlo.
Entreabrieron el postigo,
Y á la poca luz que dieron
Las estrellas en la calle,
Entrar solo un hombre veo
Que sin luz y sin razon,
Andaba dos veces ciego.
Bien le pudiera matar
A mi salvo entónces; pero
Quise apurar la malicia
A mis desdichas, y quedo
Me estuve un rato. ¡Mal haya
Tan curioso sufrimiento!
Él, tentando las paredes
(Que no estaba, no, tan diestro
Como yo en ellas, que habia
Estudiádolas más tiempo),
Llegó á tropezar en mí;
Y desalumbrado, viendo
Que habia gente en el portal,
Dijo atrevido y resuelto:
«No puede haber aquí nadie,
Que matarlo ó conocerlo
No me importe: otro no tenga
Las dichas que yo no tengo.»

No se qué le respondí,
Y los dos con un esfuerzo
Hasta la calle salimos,
Donde los dos cuerpo á cuerpo
Reñimos, hasta que igual
Partió la fortuna el duelo
Entre los dos (¡ay de mí!);
Pues á quien me dió primero
Celos, le dí yo la muerte,
Como quien dice: «Hoy intento
Que sea paz de nuestra lid,
O morir, ó tener celos;»
Y dándome lo peor,
Quedé celoso, y él muerto.
Al ruido de las espadas
Llegó la justicia luégo,
Y yo, apelando á los piés
De la ejecucion que hicieron
Las manos, me puse en salvo;
Mas no tanto, que cogiendo
Un criado, que esperaba
Con un rocin en el puesto,
No dijese á la justicia
Quién era. Sólo por esto
Son señores los señores,
Que al fin se sirven de buenos.
Con esta declaracion
Me ausenté; mas no pudiendo
Vivir ausente y celoso,
Desta manera me he vuelto
A Madrid, y confiado
En vuestra amistad, me atrevo
A venirme á vuestra casa;
Y escarmentado en efecto

De la lengua de un criado,
Me he recatado del vuestro.
Aquí estaré algunos dias,
Sólo hasta saber si puedo
Ver á Doña Ana, por quien
Tantas desdichas padezco;
Que aunque es verdad que ofendido
Estoy, la estimo y la quiero
Tanto, que sólo á quejarme
Hoy á la corte me vuelvo,
Por ver si acaso (¡ay de mí!)
Se disculpa; que si llego
(Hablándola alguna noche,
Siendo vos sólo el tercero)
A oir satisfaccion (que ántes
Que ella la diga, la creo),
Me iré á Flándes, consolado
De que sus disculpas llevo,
Que haciendo amistades, sean
Camaradas de mis celos.
Porque así estaré seguro,
Que ni el pesar ni el contento
Me maten: bien como aquel
Que está herido de un veneno,
Y otro veneno le cura;
Que este es el último extremo
De un hombre celoso, pues
No puede, ni yo lo creo,
Hacer de su parte más
Que decir: «Quejoso vengo
A creer cuanto digais;
Y pues que vivir no puedo,
Hacer que muera del gozo,
Si he de morir del tormento.»

D. Ped. En dos empeños me pone
La merced que me habeis hecho
De valeros desta casa
Y de mí, y es el primero
El ampararos en ella;
Y así cortesmente ofrezco
Casa, hacienda, honor y vida,
Don Juan, al servicio vuestro.
El segundo es ayudaros
En vuestro amor. Para esto
Y para todo, es forzoso
(Supuesto que él ha de veros)
Fiaros dese criado;
Que aunque ha poco que le tengo,
Tengo dél satisfaccion.
No hablo ahora en vuestro pleito;
Que ya sabeis que un Don Luis
De Medrano, que era deudo
Del muerto, es quien se ha mostrado
Parte.

D. Juan. Ya nos conocemos
Los dos.

D. Ped. Pues esto dejado
(Porque en efecto no quiero
Hablaros en penas hoy),
De Doña Ana lo que puedo
Deciros es que ni el rostro
La he visto desde el suceso
Desa noche, ni en ventana,
Ni en iglesia, ni en paseo
De Prado y calle Mayor;
Que es mucho para mí, siendo,
Como soy, vecino suyo.

D. Juan. Fineza es, Don Pedro. Pero

¿Quién puede á mí asegurarme
Que es por mí, y no por el muerto
Ese luto que ha vestido
Su hermosura?

D. PED. Mas ¡qué presto
A lo que le está peor
Discurre el entendimiento!

D. JUAN. ¿Qué quereis? Es más honrado
El mal que el bien.

D. PED No lo entiendo.

D. JUAN. Yo sí, pues dudo del bien
Cuanto dice, y del mal creo
Cuanto imagina; y mirad
Cuál es más honrado, puesto
Que uno siempre está tratando
Verdad, y otro está mintiendo.
Pero lo que de la noche
Restaba al nocturno velo
Se ha desvanecido ya,
De la hermosa luz huyendo
Del sol. Recogeos, y haced
Del dia noche.

D. PED. No puedo,
Porque tengo á aquestas horas
Que hacer, y ántes agradezco
Haberme hallado vestido.

D. JUAN. Desvelado galanteo
Teneis, pues os recogeis
Tan tarde y volveis tan presto.

D. PED. Ando por averiguar,
Don Juan amigo, unos celos,
Por dejar desengañada
Una pretension que tengo;
Y he de ir al Parque, porque

Su apacible sitio ameno
De las flores y las damas
Es el cortesano imperio
Estas *mañanas de Abril*
Y Mayo, y he de ir siguiendo
Esta dama. Vos podeis
Descansar en tanto.—Arceo.

ESCENA IV.

ARCEO.—DON JUAN, DON PEDRO.

ARCEO. Señor.
D. PED. Haz que luego al punto
Se haga en aqueste aposento
Una cama, y esto sea
Con recato y con silencio;
Que importa que nadie sepa
Que al señor Don Juan tenemos
En casa: y de tí lo fío
Solamente.—Adios. (Vase.)
ARCEO. Tú has hecho
Conmigo lo que se suele
Con los galeotes; y es cierto,
Pues dellos nada hay seguro
Sino lo que se fía dellos.
D. JUAN. Yo me recaté de vos,
Arceo, hasta conoceros. (Vanse.)

Calle.

ESCENA V.

DOÑA CLARA É INÉS, *con mantos y sombreros.*

INÉS. ¿En fin, has dado en que has de ir
Al Parque?

D.ª CLAR. ¿Quieres saber
Si puede dejar de ser,
Inés? Pues has de advertir
Que me ha dicho que no vaya
A él Don Hipólito; y creo
Que fué alentar mi deseo
Para que más presto le haya;
Pues si ayer, cuando me habló,
Que viniera me dijera,
Presumo que no viniera;
Y sólo porque llegó
A persuadirse que habia
De obedecerle, me ha dado
Tal gana, que he madrugado
Dos horas ántes del dia.

INÉS. No es en nosotras hoy nueva
Esa culpa, ese pecado;
Que pecar en lo vedado
Es el patrimonio de Eva.
Pero no sé lo que diga
Deste amor, deste deseo
De los dos, porque no creo
Lo que á los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre,
Por loco y por maldiciente

Conocido de la gente
Más que por su propio nombre;
Tú (perdona que lo diga),
Mújer, en justo ó injusto
Muy amiga de tu gusto,
De tu libertad amiga.
El á todos quiso bien,
Tú á todos quisiste mal:
Díme, ¿amor tan desigual,
Cómo ha de parar en bien?

D.ª CLAR. Pensarás que me he enojado,
Inés, por haberme dicho
Su capricho y mi capricho,
Y ántes gran gusto me has dado;
Porque no hay para mí cosa
Como hombres de extraños modos;
Y que al fin me tengan todos
Por vana y por caprichosa.
¡Qué! ¿quisieras que estuviera
Muy firme yo y muy constante,
Sujeta sólo á un amante,
Que mil desaires me hiciera
Porque se viera querido?
Eso no: el que he de querer,
Con sobresalto ha de ser,
Miéntras que no es mi marido.
Y así por dársele hoy
A Don-Hipólito, quiero
Ir al Parque, donde espero,
Porque disfrazada voy,
Pasear, hablar, reir,
Preguntar y responder,
Ser vista en efecto y ver;
Porque no se ha de admitir

Al amante más fiel
Por el gusto que ha de dar...

INÉS. Pues ¿por qué?

D.ª CLAR. Por el pesar
Que yo le he de dar á él.

INÉS. Y tienes mucha razon;
Con lo cual hemos llegado
A la calle, que fué prado,
En virtud del azadon.

D.ª CLAR. Pues bajemos por aquí
A la de Alamos, que es
Arrendajo del Pajés.

INÉS. Parece que cantan.

D.ª CLAR. Sí.

Cantan dentro.

Mañanicas floridas
De Abril y Mayo,
Despertad á mi niña,
No duerma tanto.

Parque del palacio de Madrid.

ESCENA VI.

DON LUIS, DON HIPÓLITO.

D. LUIS. Sólo haceros compañía,
Don Hipólito, pudiera
Vencer de mi pena fiera
La grave melancolía.

D. HIPÓL. Por divertiros yo á vos

De vuestro primo en la muerte,
Os traigo de aquesta suerte
Al Parque, donde los dos
Divirtamos la mañana.

D. LUIS. Más hermoso el sol parece,
Porque embozado amanece
Entre nubes de oro y grana.

D. HIPÓL. Desde aquí podemos ver
La gente que va bajando.
¡Qué tierno va enamorando
Don Sancho allí á la mujer
De aquel letrado, su amigo!

D. LUIS. Que es amistad, no se ignora,
Porque otro no la enamore.

D. HIPÓL. A un pleito está aquí, y yo digo
Que parecer tomará
De los dos, pues le conviene
Verla á ella por el que tiene,
Como á él por el que dará.

D. LUIS. Maldiciente estais. ¿Que no
Os reduzca yo?

D. HIPÓL. Advertid
Que no hay hombre hoy en Madrid
De mejor lengua que yo.
Aquella ¿no es Flora?

D. LUIS. Sí.

D. HIPÓL. Harto es que á fiesta de á pió
Haya venido.

D. LUIS. ¿Por qué?

D. HIPÓL. Porque en mi vida la ví
Sino en coche. Por aquesta
Fué por quien se ha presumido
Que le dijo á su marido:
«Con lo que la casa cuesta

De alquiler, echemos coche.»
Y volviéndola á decir:
«¿Pues dónde hemos de vivir
Y estar el dia y la noche?»
Dijo: «Si el coche tuviera,
Sin casa vivir podia,
En el coche todo el dia,
Y de noche en la cochera.»

D. LUIS. Eso es como lo que pasa
A Doña Clara de Ovalle;
Pues viviendo hácia la calle,
La sobra toda la casa.

D. HIPÓL. Es verdad; y cierto dia,
Cumpliendo el plazo, el casero
Vino á pedirle el dinero
De la casa en que vivia.
Y ella dijo: «¿Hay tal traicion?
¿Esta desvergüenza pasa?
Aunque yo alquilo la casa,
No vivo sino el balcon.»

D. LUIS. ¡Qué diera porque os oyera!

D. HIPÓL. Por eso no lo oirá, no;
Que anoche la dije yo
Que de casa no saliera.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, INÉS.—DON LUIS, DON HIPÓLITO.

D.ª CLAR. Mejor mañana no ví
En mi vida.

INÉS. Ni yo, á fe.
Pero tápate.

D.ª CLAR. ¿Por qué?
INÉS. Don Hipólito está allí.
D. LUIS. ¿Habeis visto en vuestra vida
Mujer más airosa?
D. HIPÓL. No,
Ni al Parque jamás salió
Más aseada y bien prendida.
D. LUIS. Pues la donada, por Dios,
Que no es muy mala.
D. HIPÓL. Embistamos
Esta empresa, pues estamos
En el campo dos á dos.
INÉS. (Ap. á su ama.) Don Hipólito y Don Luis
Llegan á hablarnos.
D.ª CLAR. Repara
En que de ninguna suerte
Respondas una palabra;
Que no quiero que los dos
Me conozcan.
INÉS. Si tapadas
Estamos, y en este traje,
Que es en el que todas andan,
¿Cómo te han de conocer?
D.ª CLAR. Si le respondo, en el habla;
Que persuadirse que puede
Estar segura una dama
Solamente con taparse,
Es bueno para la farsa,
Mas no para sucedido.
D. HIPÓL. (A Doña Clara.) Señora Doña tapada,
Que á honrar el festin alegre
Que hoy la primavera traza
En este verde salon
(Donde vivas flores danzan

Al són del agua en las piedras
Y al són del viento en las ramas)
De rebozo habeis venido,
Dad licencia cortesana
A un hombre para que os diga
Que ha sido accion excusada
Madrugar tanto, supuesto
Que árbitro del sol y el alba
Esa negra sutil nube
Trae consigo la mañana;
Y á cualquier hora que vos
Descubriérades la llama,
Amaneciera, y tuviera
Luz el dia, aliento el aura.
¿No me respondeis? ¡Por señas
Me hablais! No me desagrada.
¿Ni áun para pedir no hablais?
¿No? Pues sois la mejor dama
Que he visto en toda mi vida.
Albricias me pide el alma
De que me ha deparado una
Mujer que no pide, y calla.

D. Luis. (A Inés.) ¿Y vos tambien profesais
La religion cartujana?
¡Linda cosa! ¡Vive Dios,
Que ha dos mil años que andaba
Buscándós! Mas que seais
Tuerta, zurda, coja ó manca,
Pedigüeña, melindrosa,
Contrahecha, roma ó calva,
Desde aquí por vos me muero.

D. Hipól. (A Doña Clara.) Ya que me negais el habla,
Como si hubiera reñido
Con vos, mostradme la cara.

¿Ni eso tampoco? Mirad
Que dais á entender que es mala.
¿Es verdad? Yo no lo dudo:
Mas mujer tan extremada
No ha menester perfeccion
Mayor, que no hablar palabra.
Mas si yo no entiendo mal,
Eso es decir que me vaya.
Pero veis aquí que yo
No quiero entenderos nada;
Que en mi vida he sido mudo,
Y muy poco se me alcanza
Desto de hablar por la mano.
¿Qué haceis? ¡Volverme la espalda!
Arte de enseñar á hablar
A los mudos, oye, aguarda. (Vanse las dos.

D. Luis. No ví mujer en mi vida
De mejor gusto.

D. Hipól. Su casa
Sepamos; que vive el cielo,
Que he de verla y he de hablarla
Hoy en ella, hasta saber
En qué este embeleco pára.

D. Luis. Sigámosla pues.

D. Hipól. Sigamos;
Que ya veis cuánto me arrastra
Una mujer tramoyera,
Pues el serlo sólo es causa
De que á Doña Clara ame;
Y aquesta, si no me engaña
La pinta, lo es mucho más
Que la misma Doña Clara. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA VIII.

ARCEO, DOÑA LUCIA.

D.ª Luc. No me tienes que decir;
Que no te has de disculpar
De hacerme anoche esperar.
Arceo. No pude anoche venir,
Vive Dios, Doña Lucía.
D.ª Luc. Pues ¿qué tuviste que hacer?
Arceo. Si eso pudieras saber,
Supieras que la fe mia
Te trata verdad.
D.ª Luc. ¿Pues qué es,
Que yo saberlo no puedo?
Arceo. No es nada.
D.ª Luc. Ofendida quedo
Dos veces de tí, porqué
No venir anoche á verme,
Hoy venir y no fiarme
Un secreto, es agraviarme,
Arceo.
Arceo. No sé qué hacerme.
¡Eh! no haya secreto entero,
Que eres dueña y soy criado.
Anoche entró rebozado
En mi casa un caballero,
Por mi señor preguntando
(Mas que has de callar advierte).
Este pues, por una muerte
Ausente está, y aguardando

A mi señor, me detuvo
(Nadie en fin lo ha de saber),
Pues hasta el amanecer
Hablando con él estuvo.
Luégo en casa se quedó,
Donde dice que ha de estar
(Mira que lo has de callar)
Escondido, y sólo yo
Lo sé; que en fin soy secreto.
Don Juan de Guzman se llama.
De la casa de una dama
(Que esto no oí bien en efeto),
Saliendo una noche, dió
A un caballero la muerte.
Y en fin está desta suerte
Retirado, donde no
Lo saben más que los dos.
Y pues me fio de tí,
Esto no salga de aquí.
¡Bendito sea mi Dios,
Que salí deste cuidado!

D.ª LUC. Y yo por él, darte quiero
Los brazos. (Abrázale.)

ARCEO. Más bien espero.

ESCENA IX.

PERNÍA.—DOÑA LUCIA, ARCEO.

PERNÍA. (Ap.) A muy mal tiempo he llegado.
¿Hay tan gran bellaquería?

ARCEO. Pernía á los dos nos vió.

D.ª LUC. Poco importa, porque no

Es muy celoso Pernía.
Mas véte de aquí.

ARCEO. Sí haré,
Y corriendo como un potro. (Vase.)

PERNÍA. Doña Lucía, si otro
Entrara, como yo entré,
¡Estaba bueno el honor
Desta casa! A mi señora
He de contar cuanto ahora
Pasa, pues de tu rigor
Vengarme, ingrata, hoy espero.
Hecho estoy un fuego, un rayo.
¿De cuándo acá así un lacayo
Se prefiere á un escudero?

D.ª LUC. Unas cartas me ha traido
Este hombre de un hermano
Que está en las Indias; y es llano
Que el abrazo el porte ha sido,
Pues sólo te quiero á tí.

PERNÍA. Pues trueca el modo, cruel,
Y desde hoy quiérele á él,
Y dáme el abrazo a mí.

D.ª LUC. (Abrazándole.)
Sí abrazaré (Ap. Procurando
Hacer que calles.) supuesto...
Mas ¡mi señora!

ESCENA X.

DOÑA ANA, *con manto.*—DOÑA LUCÍA, PERNÍA.

D.ª ANA. ¿Qué es esto?

PERNÍA. Es que andan aquí abrazando.

D.ª Luc. Hame traido Pernía
Nuevas de un hermano mio,
Y gozoso mi albedrío
Tales extremos hacía.
Pernía. Es, señora, caso llano,
Y creerla te conviene.
(Ap. Para cada abrazo tiene
Doña Lucía un hermano.)
D.ª Ana. (A Pernía.) Salga, y mire si está puesto
El coche; que es hora ya
(Vase á espacio Pernía.)
De ir á misa. ¿Pues no va
Presto?
Pernía. Aquesto ¿no es ir presto? (Vase.)

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.

D.ª Luc. ¿Tú, señora, tan dejada
De el aliño y la belleza,
Que, fuera de la tristeza,
Vives de tí descuidada?
D.ª Ana. No hay consuelo para mí,
Ni me has de ver en tu vida
Sino triste y afligida.
D.ª Luc. Pues ¿qué remedias así?
D.ª Ana ¿Quién te ha dicho que yo quiero
Remediar, sino sentir?
Aunque si llego á advertir
Que es el remedio primero
Del mal el sentir el mal;
Por sentirle más, no sé

Si el sentirle dejaré;
Pues es mi desdicha tal,
Que apeteciendo el morir
Sin pretender resistirle,
Por no dejar de sentirle
Le dejara de sentir.
Desde el dia que á Don Juan
En mi casa sucedió
Aquella desdicha (y yo
Veo que todos me dan
La culpa sin merecella),
Tan muerta y tan otra estoy,
Que áun sombra mia no soy.

D.ª Luc. Si tan noble como bella,
Tu perfeccion me asegura
De callarlo, yo diré
Que adónde está Don Juan, sé:

D.ª Ana. ¡Qué neciamente procura
Tu lisonja divertir
Mi mal!

D.ª Luc. Yo sé dónde está;
Y aunque tú no lo oigas, ya
Lo tengo yo de decir.
Don Juan á Madrid llegó
(Mas que lo calles te pido),
Y está en la casa escondido
De nuestro vecino. Yo
Lo sé, porque una criada
Me lo ha dicho ahora á mí.
Pero no salga de aquí:
Ya ves que es cosa pesada.

D.ª Ana. ¡Qué dices!

D.ª Luc. Lo que es verdad

D.ª Ana. Siendo dicha mia, no sé

Si algun crédito la dé,
Siendo esa temeridad.

ESCENA XII.

DOÑA CLARA é INES, *con mantos y sombreros.*—
DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA

INÉS. (Hablando aparte con su ama á la puerta.)
¿Qué es lo que tu pasion hacer procura?
D.ª CLAR. ¿Qué? Llevar adelante una locura;
Que aunque nada importara
El verme Don Hipólito de Lara,
Por lo que se ha picado,
No ha de salir hoy, no, deste cuidado.
INÉS. Que hay aquí gente, mira.
D.ª CLAR. ¿Faltará á una mujer una mentira
Que la saque de otra?—Dama hermosa,
(A Doña Ana.)
Si quien dice mujer, dice piadosa,
Un rato (mal mi pena significo)
Que me dejeis entrar aquí, os suplico,
Miéntras un hombre pasa
Esa calle: sagrado vuestra casa
Sea de mi cuidado,
Pues casa de deidad siempre es sagrado.
D.ª ANA. Holgaréme por cierto
Que sea, no sagrado, sino puerto,
Pues la congoja vuestra
Bien que os importa el ocultaros muestra.
D.ª LUC. Un hombre aquí se ha entrado.
D.ª CLAR. ¡Ay Dios, que es mi marido! Y pues me ha
Vuestra piedad licencia, [dado

Aquí he de retirarme. Con prudencia
Haced que una criada le despida,
Porque me va la fama, honor y vida.

D.ª ANA. Pues decid...

D.ª CLAR. Nada espero.

(Entranse Doña Clara é Inés, dejando aquella su sombrero á Doña Ana.)

D.ª ANA. Turbada me dejó con su sombrero.

D.ª LUC. Yo voy tras ella, porque no sea ganga,
Y se eche alguna sábana en la manga.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DON HIPOLITO.—DOÑA ANA.

D. HIPÓL. Perdonad que la esfera,
Dosel florido de la primavera,
Donde son vuestros bellos resplandores
La primera oficina de las flores,
Pisar mi pié presuma,
Calzado más de plomo que de pluma.

D.ª ANA. (Ap. Disimular, fingiendo enojo, intento.)
¿Quién os dió para tanto atrevimiento,
Caballero, osadía?

D. HIPÓL. Yo la tomé de la ventura mia;
Que hasta veros, divina
Deidad, vencer la nube que, cortina
De humo, ocultaba el fuego,
Descanso no tuviera; y así ciego
Con el humo pasado,
Y ahora desos rayos abrasado,
Llorar y arder presumo:

Arder del fuego, pues lloré del humo.

D.ª ANA. No entiendo, caballero,
Estilo tan cortés y lisonjero,
Ni sé qué causa he dado
Para que desta suerte hayais entrado
En mi casa. Si esfera
La llamais de la hermosa primavera,
No introduzcais en ella tal desmayo,
Que espire su esplendor ántes del rayo.
Si humo seguís, que en sombras se resuelve,
No lo espereis; que el humo nunca vuelve.
Y si buscais el fuego,
No os acerqueis á él, y volveos luego;
Que no vive enseñado á acciones tales
El antiguo blason destos umbrales.

D. HIPÓL. Vos, ni veros ni oiros
En el Parque dejasteis, y el seguiros
A riesgo de ofenderos,
Tambien fué por oiros y por veros.
Y ahora advierto que fuera accion piadosa
Oiros discreta, cuando os miro hermosa;
Porque si allí, sin veros os oyera,
A la dulce armonía suspendiera
El alma y el sentido
Desa voz, que es veneno del oído;
Y si hermosa os mirara
Sin oiros discreta, aquí postrara
Alma y vida en despojos
Desa luz, que es veneno de los ojos.
Y así, porque no muera al advertiros
Tan hermosa, me da la vida oiros;
Y así, porque no muera al conoceros
Tan discreta, me da la vida el veros:
De suerte que mi vida

Está de un daño en otro defendida.
Quedad con Dios, en fin; porque no quiero,
Ya que he sido atrevido, ser grosero;
Pues ser grosero culpa mia habrá sido,
Y vuestra lo ha de ser ser atrevido. (Vase.

D.ª ANA. ¿Hay cosa semejante? [te,
¡Que éntre un hombre marido y salga aman-
Y de sus mismas penas descuidado,
Llegue celoso y vuelva enamorado!

ESCENA XIV.

DOÑA LUCIA, DOÑA CLARA, INES. — DOÑA ANA

D.ª CLAR. ¿Fuése?
D.ª ANA. Sí.
D.ª CLAR. Tus piés pido.
D.ª ANA. Vos teneis un finísimo marido.
D.ª CLAR. Harto á Dios lo que paso en eso ofrezco,
Pues sabe Dios lo que con él padezco.
D.ª ANA. Creyó en fin que era yo (¡raro suceso!)
La dama que siguió; que áun para eso
Sirvió el sombrero y el estar con manto,
Y el ser los trajes parecidos tanto;
Que, como en los conceptos repetidos,
Se encuentran tambien dos en los vestidos.

ESCENA XV.

PERNIA. — DICHAS.

PERNÍA. Ya está el coche esperándote, señora.
D.ª ANA. Lucía, mira ahora

La calle.

D.ª Luc. Bien podrás seguramente
Salir.

D.ª Clar. Aquesa vida el cielo aumento

D.ª Ana Ved si serviros puedo
En otra cosa.

D.ª Clar. Yo obligada quedo...
(Ap. á Inés. Y no sé si ofendida,
Pues lo que no pensé en toda mi vida
Que suceder pudiera,
Que es tener celos yo (¿quién tal creyera?),
Acaso ha sucedido.)

Inés. Pues díme, ¿qué has sentido?

D.ª Clar. Que haya este hombre á otra parte enamorado,
Y en mi misma presencia requebrado.

(Vanse Doña Clara é Inés.)

D.ª Ana. Nada oigo, nada miro, nada siento
Que para mí no sea otro tormento.

D.ª Luc. ¿Pues qué tienes ahora?

D.ª Ana. Ver que en todos la suerte se mejora,
En todos convalece,
Y sólo en mí de cualquier mal fallece.
Cuando es culpada, halla esta la salida;
Así inocente pierdo yo la vida;
Porque no está la culpa en que la culpa
Se cometa, sino en no hallar disculpa.

(Vanse.)

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, *por la puerta derecha*, y DON JUAN *por la izquierda, que es la de su aposento.*

D. PED. Seais, Don Juan, bien hallado.
D. JUAN. Vos, Don Pedro, bien venido.
¿Cómo en el Parque os ha ido?
D. PED. Mal.
D. JUAN. ¿Cómo?
D. PED. Como no he hallado
La dama que iba á buscar;
Y creo que son desvelos
De otro amante, cuyos celos
Ando por averiguar,
Para que desengañado
Cure con dolor al pecho;
Que es mi amigo el que sospecho
Y está ya desconfiado.
D. JUAN. ¿Es Doña Clara la dama?
D. PED. Sí.
D. JUAN. ¿Y el galan?
D. PED. Es un hombre
De buena opinion y nombre:
Don Hipólito se llama.
Y, esto para otro lugar,
Vos, ¿qué habeis hecho?
D. JUAN. Sentir,
Desesperarme, morir,
Sin poderlo remediar.
Decid, ¿qué traza daremos

Para que logre mi fo
Ver á Doña Ana?

D. PED. No sé;
Que no hay verla. Mas pensemos
Si habrá por dónde.

ESCENA XVII.

ARCEO.—DON JUAN, DON PEDRO.

ARCEO. Señor,
Don Hipólito, un tu amigo,
Te busca ahí fuera. Testigo
No puede venir peor,
Que él dirá cuanto supiero.

D. JUAN. Por lo que puede pasar,
Presente tengo de estar
A cuanto aquí sucediere,
A vuestro lado.

D. PED. No es justo
Que os vea: á vuestro aposento
Os retirad.

D. JUAN. Mucho siento...

D. PED. Don Juan, hacedme este gusto.
(Retíranse Don Juan y Arceo.)

ESCENA XVIII.

DON HIPÓLITO.—DON PEDRO; *despues* DON JUAN Y ARCEO.

D. HIPÓL. ¿Qué hay, Don Pedro? ¿Cómo estais?

D. PED. A vuestro servicio. ¿Y vos?

D. HIPÓL. Al vuestro.
D. PED. Pues ¿qué mirais?
D. HIPÓL. Si hay aquí más que los dos.
D. PED. No. ¿Qué quereis?
D. HIPÓL. Que me oigais.
Esta mañana salí
A ese verde hermoso sitio,
A esa divina maleza,
A ese ameno paraíso,
A ese Parque, rica alfombra
Del más supremo edificio,
Dosel del cuarto planeta,
Con privilegios de quinto,
Esfera en fin de los rayos
De Isabel y de Filipo;
Desde cuyo heroico asiento,
Siempre bella, siempre invicto
Están, católicas luces,
Dando resplandor al indio,
Siendo en el jardin del aire
Ramilletes fugitivos.
D. PED. (Ap.) ¿En qué parará el venir
A contar lo que yo he visto?
(Sale Don Juan y Arceo al paño.)
D. JUAN. (Ap.) Sin duda sabe que allí
Hoy á su dama ha seguido,
Y viene quejoso dél.
De todo estaré advertido.
D. HIPÓL. De cuantas al alba dieron
Envidia, en varios corrillos
Tejiendo corros sin órden,
Dando vueltas sin aviso,
Una embozada hermosura
Tal ventaja á todas hizo,

Que oscureció con su sombra
Las demas luces. Yo he visto
Salir al campo á traer rosas
De sus jardines floridos,
Pero á dejar rosas, no,
Sino hoy, que al desperdicio
De un pié debió el campo cuantas
Fueron al contacto activo,
Quedando blancos jazmines,
Quedando marchitos lirios.
Bajaba por una cuesta
Una mujer (¡qué mal digo!),
Un encanto, sí, embozado,
Disfrazado, sí, un hechizo.
El sutil manto en celajes,
Ya oscuros y ya distintos,
O negaba ó concedia
El rostro. ¿Cuándo ha salido
Más hermosa el alba, cuándo
Se mostró el sol más lucido,
Que cuando el alba entre sombras,
Que cuando el sol entre visos
Da recateada la luz,
Y anda dudoso el sentido,
Haciendo apuesta entre sí,
Si lo ha visto ó no lo ha visto?

D. PED. (Ap.) Todo esto vendrá á parar
En que Doña Clara ha sido,
Por venir á hablar en ella.

D. JUAN. (Ap.) ¡Oh qué cansados estilos!

D. HIPÓL. Coronaba sobre el manto
Los bien descuidados rizos
Airoso un blanco sombrero,
Por una parte prendido

De un corchete de diamantes
Sobre un penacho, que hizo
Lisonja al aire, diciendo
A sus halagos rendido:
«Pues inclinada la frente,
Sí á cuanto me dicen digo,
Mejor que mi dueño, yo
Sé obligarme de suspiros.»
El talle era bien sacado,
Y de buen gusto el vestido
Más que rico; pero si era
De buen gusto, ¿qué más rico?
Dejo aquí, por no cansaros,
Lo que en el Parque tuvimos,
Y voy á que la seguí
A su casa, que atrevido
Entré en ella, que ví al sol
Cara á cara, que rendido,
Lo que antes diera por verla,
Diera por no haberla visto
Despues; porque de sus rayos
Mariposa mi albedrío,
Entró enamorando el riesgo,
Salió halagando el peligro.
Esta pues mal lisonjeada
Beldad... Turbado lo digo.

ARCEO. (Ap.) ¡Aquí es ello!

D. JUAN. (Ap. á Arceo.) Escucha.

D. PED. (Ap.) Ahora
Se va á declarar conmigo.

D. HIPÓL. Es una vecina vuestra.
Esa pared sola ha sido
La que su esfera divide;
Y pues que, como vecino,

Es fuerza...

D. JUAN. (Ap.) ¡Ay de mí! ¿Qué escucho?

D. PED. (Ap.) ¿Qué haré, si Don Juan lo ha oido.

D. HIPÓL. Que sepais quién es, decidme
Su nombre; porque atrevido
Pienso adorar su belleza,
Y para todo es arbitrio
Entrar, Don Pedro, informado,
Y más de tan buen amigo.

D. JUAN. (Ap. á Arceo.) Estaba por responderle
Yo...

ARCEO. Detente.

D. PED. (Ap. ¿Quién se ha visto
En igual duda? ¿Qué haré?
Si es quién es, aquí le digo,
Será alentar su esperanza;
Si lo niego, es desvarío,
Pues podrá saberlo de otro:
Si el amor le significo
De Don Juan, su honor ofendo.
Mas queden con buen estilo
Un amor desengañado,
Un honor seguro y limpio
Y atajados unos celos
Con la verdad, sin peligro
De no decir la verdad.
Mucho haré si lo consigo.)
Don Hipólito, pues ya
Vuestra relacion he oido,
Oidme á mí, y agradeced
De que tan á los principios
Os halle este desengaño.
La dama que habeis seguido,
Doña Ana de Lara es,

Y más que por su apellido,
Ilustre por su virtud;
Que esa casa que habeis dicho,
Es el templo de la fama.
Paréceme desvarío
Seguir este galanteo;
Que os aseguro, os afirmo
Que intentais un imposible.

D. Hipól. Yo noticia os he pedido,
No consejo; y pues la llevo,
Quedad con Dios; que si altivo
Muriere mi pensamiento,
Osado y desvanecido
De atrevimiento tan noble,
¿Qué más premio que el castigo? (Vase.

ESCENA XIX.

DON JUAN.—DON PEDRO.

D. Juan. Decidme ahora, Don Pedro,
Que el sol apénas ha visto
En esta ausencia á Doña Ana.
Mas direis bien, si ha salido
De su casa ántes que el sol,
A ser del Parque prodigio.

D. Ped. No sé qué os diga.

D. Juan. Yo sí.

D. Ped. ¿Qué?

D. Juan. Que huyamos el peligro.
Ya la he perdido dos veces,
Ya verla ni hablarla estimo.
Haced que me busquen postas;

Que esta noche (¡ah cielo impio!)
He de volver de una vez
La espalda.

D. PED. Mirad...

D. JUAN. Ya miro
Que en mi presencia hallo á otro
En su casa (¡estoy sin juicio!),
Y que en mi ausencia despues
Sale (con razon me aflijo)
A ser vista (¡qué rigor!),
De donde trae (¡qué martirio!)
Nuevo amor. ¡Oh quién quitara
Del año este mes florido!
Mas no tiene la culpa él;
Yo sí, que una sombra sigo,
Yo sí, que un áspid adoro,
Yo sí, que amo un basilisco.
Mañanas de Abril y Mayo,
Noches para mí habeis sido.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, *afligida*; INÉS.

INÉS. ¡Tú triste, tú pensativa,
Melancólica y suspensa,
Tan bien perdida, y tan mal
Hallada contigo mesma!
¿Dónde, señora, está el brío,
El buen gusto, la belleza
Y el despejo?

D.ª CLAR. No lo sé,
Y no es mucho (¡ay Dios!) que necia,
Pues que no sé de mi vida,
De mis acciones no sepa.
¿Quién crêrá de mi (¡ay de mí!)
Que yo llore y que yo sienta
Desaires de un hombre? Yo,
Que tan altiva y soberbia
Me llamé la vengadora
De las mujeres, ¡sujeta
Tanto á un desaire me veo!

INÉS. Yo no sé qué razon tengas

Para tanto sentimiento;
Pues si bien se considera,
Él te siguió á tí, y tú fuiste
La causa de la fineza.
Luego si estás ofendida
Y obligada tambien, sea
Tu mal consuelo de otro,
Supuesto que representas,
Despreciada y pretendida,
La celosa de tí mesma.
Ya fué el cuidado por tí,
Pues por tí en la casa entra
De la otra; y si se halla
Tan empeñado con ella,
¿Cómo se puede excusar
De andar galan? Considera
Que si has de olvidar á un hombre
Porque á una hable y á otra vea,
No hay que querer á ninguno;
Que maldito de Dios sea,
Señora, el que hay que no diga
Lo mismo á cuantas encuentra.

D.ª CLAR. Con todo eso, ya llegué
(Confieso que anduve necia)
A darme por entendida
Deste agravio con mis penas,
Y me tengo de vengar.

INÉS. ¿De qué suerte?

D.ª CLAR. Escucha atenta.
Un papel le he de escribir
Disfrazándole mi letra,
Y escribiéndomele tú)
En nombre de la encubierta
Dama, diciéndole en él

Cuan obligada me deja
Su cortesía, y que quiero
Hablarle á solas, que tenga
Una silla prevenida,
Y una casa donde pueda
Verle esta tarde. Él, muy vano,
Creido de su soberbia,
Pensará que tiene lance;
Y para que no le tenga,
Iré yo, y será buen paso
Lo que hará cuando me vea.

INÉS. ¿Y qué consigues con eso?

D.ª CLAR. Dos cosas: es la primera
Burlarme dél; la segunda
Desengañarle, y que sepa
Que fuí la tapada yo.
Porque no se desvanezca
Presumiendo que la otra
Le dió ocasion de que fuera
Tras ella, y su galanteo
Prosiga.

INÉS. Esta diligencia
¿No pudiera hacerse en casa?

D.ª CLAR. Con venganza no pudiera.

INÉS. No sé si aciertas en eso.

D.ª CLAR. ¿Cómo?

INES. Yo te lo dijera,
Si él y aquel Don Luis no entraran.

D.ª CLAR. Pues disimula: no entiendan,
Hasta este lance, que fuimos
Las tapadas.

ESCENA II.

DON HIPÓLITO, DON LUIS.—DOÑA CLARA, INÉS

D. HIPÓL. Considera,
Don Luis, que importa saca·mo
Presto de aquí.
D. LUIS. (Ap. á él.) Sí haré.
D.ª CLAR. ¿Era,
Señor Don Hipólito, hora
De veros? ¡Tan larga ausencia!
Desde ayer no me habeis visto.
D. HIPÓL. Sólo pudiera esa queja
Hacer mi ausencia feliz;
Que es sutil estratagema
De amor, que una pena misma
Hacerse lisonja sepa.
Mas no vine esta mañana,
Presumiendo que estuvieras
En el Parque, como anoche
Dijiste.
D.ª CLAR. Deten la lengua;
Pues si anoche me dijiste
Que de casa no saliera,
¿Habia de salir de casa?
¡Jesus! de mí no se crea
Tal desenvoltura, tal
Liviandad de mi obediencia.
D. LUIS. Harto le encarezco yo
A Don Hipólito esa
Verdad, y cuán obligado
Debe estar desa·fineza;

Y áun él la conoce bien,
Pues la paga con la mesma.

D.ª CLAR. ¿Luego él al Parque no fué?

D. HIPÓL. ¡Jesus! ¿Pues tal de mí piensas,
Sabiendo que para mí
No hay, Clara, holgura ni fiesta
Donde tú no estás?

D.ª CLAR. Y yo
Lo creo como si lo viera;
Pues si tú hubieras estado
Hoy en el Parque; hoy hubiera
Estado en el Parque yo,
Claro está, y es cosa cierta;
Pues si yo en tu pecho vivo,
Y tú en el pecho me llevas,
Contigo hubiera yo estado
Disfrazada y encubierta.

D. HIPÓL. (Ap.) ¡Qué fácil es engañar
A la mujer más discreta!

D.ª CLAR. (Ap.) ¿Que sea bobo el más bellaco
De los hombres?

INÉS. (Ap.) Hombres y hembras
Así unos á otros se engañan,
Cuando que se quieren piensan.
(Hace señas Don Luis á Don Hipólito.)

D. LUIS. Aunque es el primer precepto
De amor no estorbar, licencia
Me dareis para que os diga
Que unos amigos me esperan,
Donde es preciso llevar
A Don Hipólito. Esta
Ausencia os deba el ser yo
Tan vuestro criado.

D.ª CLAR. Cesa,

Don Luis; que no es esta sala
Donde hablar la parte es fuerza
Por procurador. Si él quiere
Hablar, hable, y no por señas.—
Id, Don Hipólito, adios;
Que esta casa es siempre vuestra
Para iros y para estaros,
Pues siempre de la manera
Que abierta para que entreis,
Para que os vais está abierta.—
Pon esos hombres, Inés,
En la calle, y luego cierra
Las puertas.

D. HIPÓL. Escucha.

D.ª CLAR ¿Yo
Escucharte?

D. LUIS. Considera
Que si yo tuve la culpa,
No ha de tener él la pena.

D.ª CLAR. Yo no me enojo con él
Ni con vos: doy la licencia
Que me pedís. (Ap. Mucho hago
En no declarar mis quejas,
Porque estoy muy enfadada
En verlos hablar por señas.)

(Vanse Doña Clara é Inés.)

ESCENA III.

DON HIPÓLITO, DON LUIS.

D. HIPÓL. ¿Qué os parece, Don Luis,
Deste amor, desta fineza?

D. Luis. Que vos habeis reducido
A precepto y obediencia
La condicion más rebelde
De una mujer. ¿Quién creyera
Que Doña Clara llegara
Nunca á verse tan sujeta,
Que no saliera de casa,
Por decir que no saliera?
En fin, vos lo rendís todo.

D. Hipól. Yo tengo notable estrella
Con mujeres.

D. Luis. Bien se ve,
Pues habeis triunfado desta.
Pero decidme, ¿á qué efecto
Ha sido toda la priesa
De que salgamos de aquí?

D. Hipól. ¿Tan mal mi dolor lo muestra,
Que há menester explicarlo
Más que el efecto la lengua?
No os dije que la tapada
Ví en su casa descubierta,
Donde, porque entrara yo,
Os quedasteis á la puerta?
¿No os dije como la hablé,
Y que es entendida y bella,
Sin que subsidios de hermosa
Den excusados de necia?
¿No os dije como informado
De Don Pedro, dijo que era
Rica y noble?

D. Luis. Sí.

D. Hipól. ¿Pues cómo
Dudais dónde voy? ¿No es fuerza
Que vaya á estarme en su calle,

(No digo bien) en la esfera
Luciente del mejor sol,
A cuya dulce violencia
Arde abrasada la pluma
Y derretida la cera?

D. LUIS. ¿No creeis al desengaño
De decir Don Pedro que era
La pretension imposible
Por su virtud y sus prendas?

D. HIPÓL. Si es esa otra parte más
Para ser amada, esa
Es hoy la que más me anima,
Es hoy la que más me alienta.

D. LUIS. Pues ¿y la comodidad?

D. HIPÓL. Pues ¿no es comodidad esta,
Si es rica, noble y hermosa,
De buena opinion y honesta,
Y puedo dentro de un mes
Estar casado con ella? (Vanse.)

Calle en que están las casas de Doña Ana y Don Pedro.

ESCENA IV.

INÉS, *con manto*; *despues*, DON HIPÓLITO Y DON LUIS.

INÉS. Apriesa escribió mi ama
El papel, y más apriesa
Yo tras ellos me he venido,
Y cogiéndoles las vueltas,
Hasta la calle he llegado
De la madama... y áun esta

Es su casa: allí se paran.
Yo no quiero que me vean
Tras ellos, porque no echen
De ver que los seguí: sea
Otra vez, de mi delito,
Sagrado su casa mesma.

(Entra en el portal Doña Ana. Aparece en la calle Don Hipólito y Don Luis.)

D. HIPÓL. Esta es la calle feliz...
¿Pero quién dudar pudiera
Que habia de vivir Flora
En la calle de las Huertas?
Este es el balcon por donde,
En tornasoles envuelta,
Sale el alba á todas horas,
De jazmines y azucenas
Coronada, pues el dia
En sus umbrales despierta.

INÉS. (Ap. Saliendo del portal.)
Ya de que los he seguido,
Desmentida la sospecha
Está: daréle el papel
Como mi ama lo ordena.
Vuelvo á penar en lo mudo.

D. LUIS. Una mujer encubierta
Ha salido de su casa.

D. HIPÓL. Y hácia nosotros se acerca.

D. LUIS. De las dos debe de ser,
Pues que vuelve á hablar por señas.

D. HIPÓL. Estas mujeres sin duda
En casa el hablar se dejan
Cuando salen della, pues
Sólo hablan dentro della.—
¿Es á mí? ¿Sí? Pues ya estoy (A Inés.)

Aquí: ¿qué quieres? Espera,
Mujer.
(Da Inés un papel á Don Hipólito, y vase.)

ESCENA V.

DON HIPÓLITO, DON LUIS.

D. LUIS. Aquello es decir
Que no la sigais.
D. HIPÓL. Ligera
Volvió la espalda, avisando
Que calle, y el papel lea.
(Lee.) *El mayor argumento de la nobleza fué siempre la cortesía. La vuestra me asegura la verdad de todo; y así os he menester para fiar de vos un secreto. Tened una silla para luego en San Sebastian, y una casa donde pueda hablaros. Dios os guarde.*—LA DAMA MUDA.
¿Qué decís deste papel?
Decid ahora que crea
A Don Pedro, y que desista
De la pretension.
D. LUIS. Empresa
Notable seguís.
D. HIPÓL. ¿No os digo
Que yo tengo linda estrella
Con mujeres?
D. LUIS. ¿Y qué habeis
De hacer?
D. HIPÓL. Todo cuanto ordena.
Y así entre los dos partamos

Ahora las diligencias;
Que este es oficio de amigo.
Id, Don Luis, por vida vuestra,
Pues venimos sin cuidado,
Por la silla, y esté puesta
Al punto en San Sebastian,
Como dice. Y cuando venga,
Le direis que por no dar
De aquesto á un criado cuenta,
Os la dí á vos, porque hagamos
La necesidad fineza;
Que yo os espero en mi casa.

D. Luis. ¿Y si Doña Clara acierta
A ir allá?

D. Hipól. Habeis reparado
Bien; que gran disgusto fuera
Que ella llegara á saberlo.
¿Qué haremos?

D. Luis. Pues que es tan cerca
La casa deste Don Pedro,
Mejor es llevarla á ella.

D. Hipól. Es verdad; prevenid vos
La silla, por vida vuestra,
Mientras prevengo la casa.

D. Luis. Oid: de la suya mesma
Otras dos salen.

D. Hipól. Mirad
Si lo han tomado de véras.
No malogremos la dicha.
Vámonos sin que nos vean;
Que estando aquí, podrá ser
Que ir á otra parte no quieran.

D. Luis. Voy á prevenir la silla. (Vanse.)

ESCENA VI.

PERNÍA, DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.

D.ª LUC. ¿Qué es, señora, lo que intentas?
¿En este traje, de casa
Sales?
D.ª ANA. A esto amor me fuerza.
En la casa de Don Pedro
He de entrar, ya estoy resuelta,
Hasta saber si Don Juan
En ella se oculta ó cierra.
D.ª LUC. Pues ¿dónde vas? Esta es
La casa.
D. ANA. ¿No eres más necia?
Pasa de largo, porque
Deslumbremos las sospechas,
Si acaso me ha visto alguno
Salir de casa; no entienda
Que á esotra voy.—¡Ay Don Juan!
¡Ay, amor, lo que me cuestas! (Vanse.)

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON PEDRO.

D. PED. Notable sois, por cierto.
D. JUAN ¿No lo he de ser, Don Pedro, si estoy muerto

De celos y de agravios,
Las manos sin accion, la voz sin labios?

D. PED Si yo de vuestros celos
Hoy traigo averiguados los recelos
Y deshecho el engaño,
¿Qué os quejais?

D. JUAN. Para mí no hay desengaño.

D. PED. Pues yo puedo deciros
Que solo por serviros,
Ahora cauteloso
Y con vuestro poder, Don Juan, celoso,
De uno y otro criado
En casa de Doña Ana me he informado
Si salió esta mañana
Al Parque, y dicen todos que Doña Ana
Sólo á misa ha salido
En su coche á las once, y nadie ha habido
Que lo contrario diga.

D. JUAN. ¿Pues quién á Don Hipólito le obliga,
Don Pedro, á haber mentido?

D. PED. Asegurad vos bien vuestro partido;
Pero no averigüeis tan neciamente,
Puesto que mienta el otro, por qué miente.

D. JUAN. ¿Quereis ver cuán atento
Estoy á mi dolor y mi tormento?
Pues con creer el daño como daño,
Me ha sosegado en parte el desengaño.
Y así, aunque no queria
Ver á Doña Ana, al espirar el dia
Verla y hablarla quiero
Y decir, ya que muero, por qué muero,
Quejándome de todo.

D. PED. Pues yo os diré, ya que así estais, el modo
Que me parece que hay de prevenilla.

Vos habeis de escribilla
Un papel que ha de darle ese criado...
—Mas luego lo diré, porque han llamado.

ESCENA VIII.

ARCEO.—DON JUAN, DON PEDRO.

ARCEO. Hasta aquí Don Hipólito se entra.
D. PED. Ya veis lo que perdeis si aquí os encuentra.
Yo saldré á recibille.
D. JUAN. Eso no, porque yo tengo de oille.
D. PED. Pues ¿no os fiais de mí?
D. JUAN. Yo si me fío;
Mas es desconfiado el amor mio.
D. PED Yo estoy tan satisfecho
Del honor de Doña Ana, que sospecho
Que viene á retractarse;
Y así muy poco llega á aventurarse.
Retiraos.
D. JUAN. Piedad ¡cielos!
Escuche dichas quien escucha celos.
(Retirase.)

ESCENA IX.

DON HIPÓLITO.—DON PEDRO, ARCEO; DON JUAN, *en su cuarto.*

D. HIPÓL. Don Pedro, siempre vengo
A vos, ó con el mal ó el bien que tengo.
Ya que de vos me fío,

Amparadme, pues sois amigo mio.
Doña Ana...

D. PED. (Ap. ¿Hay semejante
Confusion?) No paseis más adelante:
No teneis que decirme
Que á vuestra pretension constante y firme
Está, que yo lo creo, como es justo.

D. HIPÓL. Léjos dais de mi dicha y de mi gusto;
Que es lo contrario lo que hablaros quiero.

D. PED. (Ap.) ¡Cielos! ¡qué es esto!

D. JUAN. (Ap. al paño.) Hasta escucharle espero.

D. PED. (Ap.) ¿Qué he de hacer? Porque temo
Que pase este negocio á más extremo.

D. HIPÓL. Doña Ana, en fin...

D. JUAN. (Ap.) ¿Quién mi desdicha ignora?

D. PED. Esperad un instante.

(Cierra la puerta del aposento donde está Don Juan.)

Hablad ahora.

D. HIPÓL. ¿Por qué cerrais?

D. PED. No quiero que esa puerta,
Cuando fuera me voy, se quede abierta.
(Ap. Con esto he asegurado
Aquí, de dos cuidados, un cuidado.
Celos y riesgo le han buscado: ¡cielos!
Estorbe el riesgo, ya que no los celos.)

D. HIPÓL. Doña Ana pues, este papel me escribe.
Que busque donde hablarla me apercibe
Y pues mi dicha pasa
Tan adelante, dadme vuestra casa,
Adonde pueda vella:
Tapada vendrá á ella.
Yo he menester á Arceo
Que se venga conmigo; que deseo
Miéntras llega, advertido,

Tener algun regalo prevenido.
Y pues que la respuesta
Ha de ser ayudar dicha como esta,
Quedad con Dios; que con el bien que toco,
Loco debo de estar, si no voy loco.

D. PED. Oid, mirad.

D. HIPÓL. No me deja mi deseo,
Ni lo espereis; que me llevo á Arceo.

(Vase con Arceo.)

D. PED. ¿Qué haré de dos amigos empeñado,
Si uno me busca, y otro está encerrado,
Y ambos de mí se fian? Triste llego
A abrir las puertas, y en las dudas ciego.

(Abre.)

ESCENA X.

DON JUAN, *que sale de donde estaba.*—DON PEDRO.

D. PED. Don Juan, viendo que aquí (¡confusion bra-
Una desdicha y otra acá os buscaba [va!)
En deshecha fortuna,
Quise de dos embarazar la una,
Y porque no saliérades restado,
Ya que celoso...

D. JUAN. Todo fué excusado;
Que oyendo lo que oí, aunque estuviera,
Abierto, no saliera;
Pues á tal desengaño, cosa es clara
Que esperara hasta verle cara á cara:
Necedad en el mundo introducida,
Solicitar lo que quitó la vida.

D. PED. Esa ahora es mi duda;
Yo no sé como á tanto empeño acuda.
Don Hipólito (¡ay cielos!) este dia
De mí su gusto y vuestra pena fía.
Mi obligacion en vuestras manos dejo.
¿Qué hiciérades? ¡Ay Dios! Dadme consejo.

D. JUAN. Yo no sé lo que hiciera,
Si vos, Don Pedro, fuera,
En un caso tan nuevo;
Mas siendo yo, bien sé lo que hacer debo;
Que es, aunque el alma en celos se me abra-
El respeto guardar á vuestra casa. [sa,
Mas fuera della le daré la muerte,
Ya que el duelo de amor es ley tan fuerte,
Que dispone severa
Que ofenda la mujer, y el hombre muera.

D. PED. Vos no habeis de salir de aquí.

D. JUAN. Es en vano,
Que he de salir.

D. PED. Vuestro peligro es llano.

D. JUAN. Y esotro ¿no lo es? ¿Quereis que vea
Hoy mis desdichas yo? Pues asi sea.
Que aquí me estaré, digo,
Y que de mi dolor seré testigo.
Venga Doña Ana, de otro enamorada,
Y... Mucho iba á decir; no digo nada.

D. PED. Eso tampoco es justo.

D. JUAN. Pues ni irme ni quedarme no os da gusto
(¡Estoy perdido y loco!)
¿Qué quereis?

D. PED. No lo sé.

D. JUAN. Ni yo tampoco.

D. PED. Sólo deciros quiero
Que, aunque como desdichas las espero,

Estoy tan confiado
Del honor de Doña Ana, que he pensado
Que este se desvanece,
O que su amor algun error padece.

D. JUAN. Confianza tan vana
¿De qué os nace?

D. PED. De ser quien es Doña Ana,
Que es mujer principal.

D. JUAN. Necio anduvisteis,
Si ántes que *principal*, *mujer* dijisteis,
Y ved si engaño habrá, que ya han entrado
Dos mujeres.

D. PED. Yo estoy desesperado,
Pues consultando extremos,
Tratando mucho, nada resolvemos,
Y ya el lance llegó. No sé qué hacerme.
Escondeos.

D. JUAN. Yo no tengo de esconderme.

D. PED. ¿Pues quereis que aquí os vean?

D. JUAN. ¿Habrá desdichas que mayores sean?

D. PED. Haced esto por mí, hasta que sepamos
La verdad, y despues los dos muramos
En la defensa del agravio vuestro.

D. JUAN. Mi amistad así os muestro;
Pero con condicion (¡desdicha grave!)
Que a aquesta puerta he de quitar la llave,
Y ha de estar siempre abierta. (Vase.)

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA Y PERNÍA.—DON PEDRO; DON JUAN, *en su cuarto.*

D.ª Luc. Oye, Pernía, quédese á la puerta.
(Vase Pernía.)
D.ª Ana. Señor Don Pedro Giron,
Muy admirado estareis
De ver hoy en vuestra casa
Entrarse así una mujer.
Galan y discreto sois,
Y como todo, sabeis
Que extremos de amor obligan
A más extremos; y pues
De alguno se han de fiar,
¿De quién, Don Pedro, de quién
Mejor que de vos, que sois
Noble, entendido y cortés? (Descúbrese.)
D. Ped. (Ap.) Ya no me queda esperanza:
Doña Ana, vive Dios, es.
D. Juan. (Ap. entreabriendo la puerta del cuarto donde está.)
¡Y querrán que calle yo!
Mas puesto que así ha de ser,
Arded, corazon, arded,
Que yo no os puedo valer.
D.ª Ana. Ya que con vos declarada
Estoy, Don Pedro, sabed
En lágrimas y suspiros
Mis desdichas de una vez.
Y pues sabeis que he venido

A vuestra casa, entended
(¡Cuánta vergüenza me cuesta!)
Ya, señor Don Pedro, á qué.
Un hombre vengo á buscar,
Porque de muy cierto sé
Que le puedo hallar en ella.

(Sale Don Juan.)

D. JUAN. Adios, Don Pedro; porque
Darme tormento de celos,
Y querer que calle, es
Nuevo rigor. Yo confieso
Que es mi delito querer,
Si eso pretendeis de mí...

D.ª ANA. ¡Don Juan, mi señor, mi bien!...

D. JUAN. ¡Doña Ana, mi mal, mi muerte!

D.ª ANA. Dame los brazos.

D. JUAN. Deten,
No con los brazos añadas
Al tormento otro cordel,
Pues ya he dicho la verdad.

D. PED. (Ap.) No sé, vive Dios, qué hacer.
Mas porque ni uno éntre, ni otro
Salga, el paso cerraré.

D. JUAN. No cerreis, porque he de irme.

D.ª ANA. No has de irte.—Sí cerreis.—
¿Pues cómo tan rigoroso,
Cómo tan tirano, pues
Agradeces desa suerte
Haberte venido á ver?

D. JUAN. ¿A quién?

D.ª ANA. A tí, porque supe
Que aquí estabas.

D. JUAN. ¡Bien á fe!
Buena disculpa has hallado.

¡Ah fiera! ¡ah ingrata! ¡ah cruel!
¡Qué pronto vive á mentir
El ingenio en la mujer!

D.ª ANA. Don Juan, si de las pasadas
Ofensas (al parecer
Justas) te dura el enojo,
Y huyes de mí (¡ay Dios!) porque
Estás engañado, ya
Te vengo á satisfacer.
Aquel hombre, á quien le diste
La muerte...

D. JUAN. Yo no hablo dél
¡Mira, mira tus engaños,
Cuáles han llegado á ser,
Pues quejándome de uno,
A otro respondes! Y pues
Son tantos que unos á otros
Se embarazan, no me des
Satisfaccion de ninguno;
Que mejor será tener
Queja de todos; que al fin
Está mejor puesto aquel
Que, ántes que mal satisfecho,
Se queda quejoso bien.

D.ª ANA. No te entiendo; y si es la causa
Que yo imagino que es
La que tú sientes, señor,
¿De qué te quejas? ¿de qué?
¿Qué nueva causa te he dado?
Pero si no puede ser
Darla yo, ¿qué nueva causa
Te ha dado mi estrella? Ten
El paso, y díme, ¿qué es esto?

D. JUAN Traiciones tuyas; si bien

No siento que sean traiciones,
Porque te llego á perder;
Pues lo que llego á sentir,
Sólo (he de decirlo) es
Que otro merezca en un dia
Lo que en siglos no alcancé
A merecer yo. Y en fin
Me consuela en parte, que
El no te ha llegado á amar,
Pues te llega á merecer.

D.ª ANA. Si mi desdicha, Don Juan,
Te ha sabido disponer
Otra evidencia aparente
Que yo no alcanzo ni sé,
¿Cómo he de desengañarte?
¿Cómo te he de responder?
¡Vive Dios, que te han mentido!

D. JUAN. No, que es verdad cuanto hablé.

D.ª ANA. ¿Quién te lo dijo?

D. JUAN. El galan
A quien tú vienes á ver.

D.ª ANA. Yo á verte á ti, Don Juan, vengo..

D. JUAN. ¡Es verdad, dices muy bien!

D.ª ANA. Porque supe que aquí estabas.

D. JUAN. ¿De quién pudiste? ¿de quién?

D.ª ANA. Desta criada.

D. JUAN. ¡Por cuánto
Llegara el testigo á ser,
Que no fuera tu criada!
Que criadas y amas teneis
Pacto explícito á mentir.

D.ª ANA. Esta es verdad.

D. JUAN. ¿Quién tal crê?

D.ª ANA. Quien quiere bien.

D. JUAN. Pues yo quiero
Muy mal por aquesta vez.
D.ª ANA. Pues muera de desdichada.
D. JUAN. Y yo de infeliz tambien.

ESCENA XII.

ARCEO.—DICHOS.

ARCEO. (Dentro.) Abran aquí.
D. PED. (Ap.) Esto es peor.
No sé ¡vive Dios! qué hacer,
Que Don Hipólito viene.
D. JUAN. ¿Quieres, ingrata, saber
Si me han mentido? Pues ésto
El galan que buscas es.
D.ª ANA. Yo me huelgo de que sea,
Puesto que no puede ser
El que busco, el que imaginas
Abrid, Don Pedro. Entre pues,
Y sepa Don Juan que miente
El que contra mi altivez
Bajo concepto ha formado.
D. JUAN. ¡Plegue á Dios! Y aquesta vez,
O por vivir ó morir,
Escuchándote estaré,
Supuesto que es ya mi vida
El juego del esconder.

(Escóndese Don Juan y abre Don Pedro; sale Arceo con una fuente de dulces.)

ARCEO. ¿Tanto tardan en abrir
A quien llama con los piés,
Que es señal que trae algo

En las manos? ¡Vive diez,
Que queda saqueada toda
La tienda del Portugues!—
Ya Don Hipólito viene, (A doña Ana.
Señora.—¿Pero qué ven
Mis ojos? ¿Doña Lucía
En mi casa?

D.ª LUC. (Ap.) Aquesta vez,
Por el chisme de una dueña,
Muertes de hombres ha de haber.

ESCENA XIII.

DON HIPOLITO.—DICHOS.

D. HIPÓL. (Ap. ¿Si habrá ya Don Luis llegado
Con la silla? Sí, pues ver
Puedo la dama. ¡Ay amor!
Todo ha sucedido bien.)
Seais, señora, bien venida
A este, aunque humilde dosel
Del mayo y el sol, ya esfera
De verdor y rosicler.

D.ª ANA. (Ap.) ¡Cielos! ¿Qué pasa por mí?
¿Este el marido no es
De la que hoy se entró en mi casa?

D. JUAN. (Ap. entreabriendo la puerta.)
¡Quién vió lance más cruel!

D. PED. (Ap.) Mal se va poniendo todo:
Lo que resuelva no sé.

D. HIPÓL. Don Pedro, no tan penada
Tengais á esta dama: ved
Que por vos no se descubre.

D. PED. Yo, por no estorbar, me iré.
(Ap. Mas será á estar á la mira.)
D.ª ANA. Don Pedro, no os ausenteis,
Porque habeis de ser aquí,
De cuanto pasare, juez.—
Caballero, á quien apénas
Ví, pues si os ví, á penas fué,
(A Don Hipólito).
Ya que por vos las padezco,
¿Conoceisme?
D. HIPÓL. No y sí, pues
En este instante os conozco,
Y os desconozco tambien.
Conózcôs, pues que quien sois,
Muy bien informado, sé;
Y desconózcôs, señora,
Porque desa suerte hableis.
Si os ví en el Parque primero,
Y en vuestra casa despues;
Si para venir á hablaros
Llamado fuí de un papel;
Y si habeis venido adonde
Yo os traigo, ¿cómo ó por qué
Así os extrañais de verme
Donde me venís á ver?
D. JUAN (Ap.) ¿Querrán Doña Ana y Don Pedro
Que esto llegue á oir y ver,
Y no salga? ¡Vive Dios,
Que infamia del amor es!
D.ª ANA. ¡Yo á veros á vos! Mirad
Lo que decís: no busqueis
Desengaños, que á vos solo
Mal el saberlos esté.
Yo en mi vida al Parque fuí;

Ni en él os ví ni os hablé.
Si os entrasteis en mi casa,
No me pregunteis á qué;
Que aunque lo puedo decir,
Vos no lo podeis saber;
Que habeis de ser el postrero
Que el desengaño toqueis.
Basta decir que engañado
Estais, y que me dejeis;
Que puede ser sea causa
De todo vuestra mujer.

D. HIPÓL. ¡Mi mujer! Ahora conozco
De qué ha podido nacer
Vuestro enojo. Yo hice mal
En traeros aquí: haced
La deshecha norabuena;
Pero no me acumuleis
Que soy casado, que es susto
De que jamás sanaré.

D. PED. (Ap.) Ya ni áun á mentir acierta
Doña Ana.

D. JUAN. (Ap.) Ni yo á tener
Paciencia; pero si salgo,
Rompo de amistad la ley,
A Doña Ana la destruyo,
Y á mí me pierdo tambien
Sin efecto, pues en medio
Han de estar su criado y él,
Y es hacer ruido no más,
Dejando la duda en pié.
Pues sufrirlo, es imposible;
Que ¿quién ha podido, quién,
Oir requebrar á su dama?
Haya un medio entre los tres,

Como yo solo me pierda,
Donde... Pero esto despues
Ha de decir el suceso.
Ya he visto cómo ha de ser. (Vase.)

D.ª ANA. Dejadme, señor, por Dios:
Y porque mejor mireis
Que huyo de vos, y lo más
A que se puede atrever
Una mujer como yo,
A voces digo que quien
En este aposento está,
Mi dueño y mi amante es,
Y es á quien vine á buscar,
Y es á quien yo quiero bien;
Porque á vos no os escribí,
Ni os ví en mi vida, ni hablé,
Desmintiendo desta suerte
Su peligro y mi desden.

(Éntrase donde estaba Don Juan; Doña Lucía la sigue.

D. HIPÓL. Cerró la puerta. ¿Quién vió
Mas tramoyera mujer?
Desde el punto que la ví,
Enredadora la hallé.

D. PED. (Ap.) Bien cuerda resolucion
Tomó Doña Ana porque
Con esto estorba que salga
Don Juan, que es lo que á temer
Llegué siempre.

D. HIPÓL. Estoy confuso
Y qué he de decir no sé.

ESCENA XIV.

DON LUIS.—DON HIPÓLITO, DON PEDRO.

D. Luis. Yo llego á muy buena hora.
Don Hipólito, ahí está
Aquella señora ya
En la silla.
D. Hipól. ¿Qué señora?
D. Luis. La que esperais.
D. Hipól. ¿Qué decís?
D. Luis. Que tomó en San Sebastian
La silla, y que ahí fuera están
D. Hipól. Engañado estais, Don Luis;
Porque la dama, á quien yo
Vengo á ver, ya estaba aquí
Cuando vine.
D. Luis. ¿Cómo así,
Si ahora conmigo llegó
En la silla la mujer
Que hoy en el Parque encontramos
A quien seguimos y hablamos?
D. Hipól. Eso ¿cómo puede ser,
Si la misma, destapada,
Aquí la he visto y hablado,
Y en este aposento ha entrado?
D. Luis. No quiero deciros nada,
Sino que entra ya.
D. Hipól. ¡Por Dios,
Que es rigorosa mi estrella!

ESCENA XV.

DOÑA CLARA é INES, *tapadas*. — DON HIPÓLITO, DON PEDRO, DON LUIS.

D. LUIS. Ahora decid si es aquella.
D. HIPÓL. Ó es ella, ó ellas son dos.
D. PED. ¿Veis, Don Hipólito, veis
Cómo la dama que estaba
Hoy aquí, á vos no os buscaba?
D. HIPÓL. Quitarme el juicio quereis.—
Mujer, dos veces tapada, (A doña Clara.
Que á mi deshecha fortuna,
Por si se me pierde una,
Se me envía duplicada,
¿No me hablaste en el Parque hoy?
¿No eres tú la que seguí,
Y la que en tu casa ví?

Hasta aquí á todas las preguntas ha respondido Doña Clara por señas, y ahora se descubre.)

Confuso otra vez estoy.
D.ª CLAR. Yo soy, el mi caballero,
Ya que descubierta os hablo,
Aquella habladora muda,
Por las lecciones de un manto;
Que viendo que era muy poca
Victoria, muy poco aplauso
De toda aquesta mujer
Un hombre no más, buscando
Ocasion de que alcanzara
Sola una parte del lauro,
Le quise dar de ventaja

La discrecion á mi garbo.
Bien pensó vuesa merced
Muy necio y muy confiado
Que tenía muerta al vuelo
La hermosura de los campos;
Pues no, señor Para-todas,
Y conozca escarmentando
Que ha dado vuesa merced,
Por lo entendido ó lo raro,
Mala cuenta de su amor,
Pues deja este dèsengaño
Vengada á la hermosa Filis
De los desdenes de Fabio.
Pues cuando fuera verdad
Que yo le amara; pues cuando
Fuera verdad que celosa
Aquí le hubiera buscado,
El verme vengada sólo
Me hubiera el amor quitado.
Yo lo estoy con que haya visto
Que los celos que me ha dado,
Han sido conmigo misma;
Pues nadie pudiera darlos
A este talle, que no fuera
Su mismo desembarazo.
Envaine vuesa merced
Todo ese grande aparato
De dulces de Portugal,
Que le han salido tan agrios;
Que no es la boda por hoy.
Pero agradezca el cuidado
Que en ella ha puesto el señor
Casamentero del diablo;
Que cierto que de su parte

Nada faltó, porque ha estado
Con mucha puntualidad
Con la tal silla esperando,
Y hizo muy bien el papel,
Encareciendo el recato;
Porque es amigo muy fino
Del que es amante muy falso.
Con esto adios, y ninguno
Me siga; que si echo el manto,
Si vuelvo la calle, si otro
Embeleco desenvaino,
Les haré creer que soy
Otra dama, aunque al estrado
Me entre de una mesurada,
Como esta mañana, cuando
Le hizo creer que era otra
Sólo un sombrerillo blanco. (Vase

D. HIPÓL. Oye, aguarda, espera, escucha.

D. LUIS. ¡En toda mi vida he hallado
Hombre de tan buena estrella
Con mujeres!

D. HIPÓL. ¿Que burlando
Esteis, cuando estoy muriendo?—
Detente, Inés.

INÉS. Será en vano;
Que vamos muy enojadas. (Vase.)

D. HIPÓL. No sé qué hacer en tal caso.
Mas sí sé, que es apelar
De todo al desembarazo,
Desengañando hoy la una,
Y la otra despues amando.

(Vanse Don Hipólito y Don Luis.)

D. PED. ¡Gracias á Dios, que con esto
Ya los celos se acabaron

De Doña Ana y de Don Juan,
Pues todo lo han escuchado,
Y mi amor, pues Doña Clara
Viene á Hipólito buscando!
¡Cielos! sin querer, he visto
Mis celos averiguados.

ARCEO. Y si el galan y la dama
Están ya desengañados,
Aquí acaba la comedia.

D. PED. ¿Oiste ya el desengaño,
Don Juan?

(Llegándose á la puerta del cuarto donde estuvo.)

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.—DON PEDRO, ARCEO

D.ª ANA. No soy tan dichosa
Yo.

D. PED. ¿Cómo así?

D.ª ANA. Como cuando
Yo entré, sólo ví un hombre,
Que atrevido y temerario
Se echaba por la ventana,
Que hay, señor, á esos tejados.

ARCEO. Pues no acaba la comedia.

D. PED. ¡Qué rigoroso, qué extraño
Afecto de amor y celos!
Ap. El iba á salir al paso:
Seguir á los dos importa,
No suceda algun fracaso.) (Vase.)

D.ª ANA. Grande desdicha es la mia,
Pues cuando vengo buscando

Hoy, Don Juan, finezas tuyas,
Solas mis desdichas hallo.
Cuando te siguen sospechas,
Tú las estás esperando
Firme, ¡y vuelves las espaldas
Si te siguen desengaños!
¿Qué mujer es esta ¡cielos!
Que hoy en mi casa se ha entrado?
¿Qué hombre es este que asegura
Que yo le vengo buscando?
¡Oh nunca en el tiempo hubiera,
Oh nunca hubiera en el año,
Si es que la culpa han tenido
De enredos y enojos tantos,
Las mañanas floridas
De Abril y Mayo!

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *á oscuras.*

Nada me sucede bien.
¿Qué roca habrá que contraste
Tanta avenida de penas,
Tantos golpes de pesares?
Del aposento en que estaba
Por testigo de mis males,
Imposible de sufrirlos,
E imposible de vengarme,
Celoso y desesperado
Salir pretendo á la calle
A esperar aquel galan
Tan feliz, que coronarse
Pudo de tantos favores,
De dichas que son tan grandes.
Echéme por la ventana
(Porque allí no me estorbasen
La venganza de mis celos),
Presumiendo que era fácil,
Ganando desde el tejado

De la puerta los umbrales;
Y saltando dél á un patio,
Donde la ventana sale,
Perdí el tino, y dí á otra casa.
Pero parece que abren
Una puerta, y entra gente...
Y con las luces que traen
Percibo mejor las señas.
¿Hay suceso semejante?
¡Vive Dios, que esta es la casa
De Doña Ana! ¡Si tomase
Hoy puerto en el mismo golfo
Esta derrotada nave!
Ella es. ¿Qué he de hacer, cielos?
Que no es bien que aquí me halle,
Y presuma que he venido
Cobardemente á quejarme
De mis celos, sin vengarlos.
¿Hay confusion más notable?
¿Qué haré? Que no me está bien
Ya ni el irme ni el quedarme. (Escóndese.

ESCENA II.

DOÑA ANA y DOÑA LUCIA, *con luz*.—DON JUAN, *escondido*.

D.ª ANA. Quítame este manto. ¡Gracias
A mi fortuna inconstante
Que me ha dado (¡ay infelice!)
Un solo punto, un instante
De tiempo para llorar,
De lugar para quejarme!

Y así, ya que estoy á solas,
Sean tormentas, sean mares
Mis lágrimas y mis quejas
Entre la tierra y el aire.

D.ª Luc. Señora, si dese modo
Tan justos extremos haces,
Triunfará de amor la muerte.
Consuelo tus penas hallen;
Que para todo hay consuelo.
Que si Don Juan (por guardarle
A Don Pedro aquel decoro
Que debió á sus amistades)
Se arrojó por la ventana,
Ya en su seguimiento parten
Don Pedro, Arceo y Pernía,
Porque los dos no se maten.

D.ª Ana. Y cuando remedie (¡ay triste!)
Mi temor, ¿para adelante
Puede ya dejar de ser
Lo que fué? ¿Pueden borrarse
De la memoria los celos
En que yo no tuve parte?

D. Juan. (Ap. al paño.) De cuanto yo desde aquí
Puedo á las dos escucharles,
Nada entiendo; y sólo entiendo
Que temo que me declaren
Mis congojas, mis desdichas,
Mis recelos, mis pesares;
Porque no es posible, no,
Que un celoso sufra y calle.

D.ª Luc. Acuéstate, por tu vida,
Porque en la cama descanses.

D.ª Ana. No hay descanso para mí.
Fuera de que he de esperarle

A Don Pedro; que le dije
Que con lo que le pasase
En alcance de Don Juan
(Pues todos van á buscarle),
Viniese á avisarme; y ya
Parece que llaman. Abre.

ESCENA III.

DON PEDRO, ARCEO, PERNÍA.—Dichos.

D.ª Ana. Señor Don Pedro, ¿qué hay?
D. Ped. Que todo ha salido en balde.
D.ª Ana. ¿Cómo?
D. Ped. No habemos hallado
A Don Juan, y es bien notable
Suceso, porque de aquella
Ventana, que al patio cae,
Para salir al portal
Hay una puerta, y la llave
Está echada, de manera
Que ha sido imposible hallarle,
Cuando ni en mi casa está,
Ni salir pudo á la calle.
Arceo. No le hemos buscado bien,
Si va á decir las verdades;
Porque á un celoso, señora,
Le ha de buscar el que hallarle
Quisiere, ahogado por los pozos,
O ahorcado por los desvanes.
Pernía. Ya le he dicho que se meta
En juntar sus consonantes.
No hable palabra donde

Yo estoy.

ARCEO. Quínola pasante,
Tambien yo le tengo dicho
Que de dar lanzadas trate,
Y sacar, no para el toro,
Para el lacayo el alfanje,
Y no más.

D.ª LUC. Entre dos ruines
Sea mi mano el montante.

D. PED. No es posible hallarle, en fin.

D.ª ANA. Son mis penas, no os espanto,
Y bien dicen que son mias.
Pues ellas disponer saben
Tantas falsas apariencias,
Que me culpen y le agravien.
¡Plegue á Dios, señor Don Pedro,
Que él me destruya y me falte,
Si á aquel hombre ví en mi vida,
Sino hoy, que pudo entrarse
Aquí tras una mujer,
A quien siguió desde el Parque,
Y vióme á mí! ¿Mas por qué
Lo digo ¡ay Dios! si escucharme
No puede Don Juan, y doy
Satisfacciones al aire?

D. PED. Quedad, señora, con Dios;
Que por si vuelve á buscarme
A mi casa, vuelvo á ella.
¿Qué mandais?

D.ª ANA. No es bien que os mande,
Que os ruegue sí, que volvais
A la mañana á contarme
Lo que hubiere sucedido.

D. PED. Quedad con Dios. (Vase.)

D.ª ANA. El os guarde.—
Lucía, cierra esas puertas,
Y entra despues á acostarme;
Que he de madrugar mañana,
Porque he de salir al Parque
A hacer una diligencia.—
¡Oh si á este vivo cadáver
Hoy ese lecho de pluma
Sepulcro fuera de jaspe! (Vase.)

ESCENA IV.

DON JUAN, *al paño;* ARCEO, DOÑA LUCIA.

D. JUAN. (Ap.) ¿Al Parque mañana? ¡Ay cielos!
No estos desengaños basten:
Vuelvan atras mis desdichas,
Pues pasa el riesgo adelante.
ARCEO. De todos estos enredos,
De todos estos debates,
Vos teneis, Doña Lucía,
La culpa, pues vos contasteis
A vuestra ama que en mi casa
Estaba Don Juan.
D.ª LUC. De tales
Sucesos, quien me lo dijo
A mí, tiene mayor parte;
Que ya sabe quien me cuenta
A mí el suceso que sabe,
Que es decirme que lo diga
El decirme que lo calle.
ARCEO. Eres tan dueña, que puedes
Servir desde aquí adelante

De molde de vaciar dueñas.

D.ª LUC. Tú escudero vergonzante.

ARCEO. Eres dueña.

D.ª LUC. Tú eres loco.

ARCEO. Eres dueña.

D.ª LUC. Tú un bergante.

ARCEO. Eres dueña.

D.ª LUC. Tú un bufon.

ARCEO. Eres dueña.

D.ª LUC. Tú un infame.

ARCEO. Eres dueña.

D.ª LUC. Tú un bribon.

ARCEO. Item más, dueña; y no trates
De desquitarte, porque
No has de poder desquitarte.

D.ª LUC. ¿Cómo no? Eres un...

ARCEO. Dí, dí.

D.ª LUC. Mal poeta.

ARCEO ¡Tate, tate!
¿Poeta, dijiste? Adios, dueña;
Que ya quedamos iguales.

D.ª LUC. ¿Desa manera te vas?

ARCEO. Pues ¿qué quieres?

D.ª LUC. Que te aguardes
Aquí, miéntras que mi ama
Acaba de desnudarse,
Y volveré á hablar contigo
Un rato.

ARCEO. Aquí espero.

(Vase Doña Lucía, llevándose la luz.)

ESCENA V.

DON JUAN, *al paño;* ARCEO.

ARCEO. Madres
Las que á los hijos parísteis
Para nocturnos amantes
De viejas, mirad en mí
Las desdichas á que nacen.
Esperando una estantigua
Estoy, confuso y cobarde,
Aquí donde mis suspiros
Pueblan estas soledades.

(Sale Don Juan del cuarto en que estaba.)

D. JUAN. (Ap.) Ahora, desconfianzas,
Es tiempo de aconsejarme,
Si esto que pasa por mí
Son mentiras ó verdades.
El recatarme me importa
De Doña Ana: ella no sabe
Que la escucho, y en suspiros
Que mal pronunciados salen
Desde el corazon al labio,
Me ha dado ciertas señales
De que mi desdicha llora,
De que siente mis pesares.
Estos criados no pueden
Engañarse ni engañarme,
Puesto que Arceo á Lucía
La contó cómo ocultarme
Pude en casa de Don Pedro,
Y ella á Doña Ana: bastante

Desengaño de que fué
Entónces ella á buscarme.
Mas ¡ay de mí! si es aquesto
Como dicen señas tales,
¿Don Hipólito á qué efecto
Dijo que á él iba á buscarle?
¿O qué mujer es aquesta?
Y en fin, ¿para qué ir al Parque
Mañana quiere Doña Ana,
Para que á mí no me falte
Cuidado? ¡Pues vive Dios,
Que tengo de averiguarle!
Si aquí estoy, es imposible
Que disimule y que calle;
E imposible, si me ven,
De que la ida del Parque
Averigüe: luego irme
Será lo más importante.
Este criado á Lucía
Espera: miéntras no sale,
Pues no ha cerrado la puerta,
Salir pretendo á la calle,
Por seguirla donde fuere.
Que me prendan ó me maten,
Todo, todo importa ménos
Que no que me desengañe.

ARCEO. Ya siento pasos.—Lucía,
Seas bien venida, dáme
Los brazos. (Abraza á Don Juan.)
¡Barbada vienes!
¿Quién es?

D. JUAN. Callad, que no es nadie.

ARCEO. ¿Cómo no es nadie? Yo soy
Tan cortés y tan galante,

Que ántes crêré que sois muchos.
¡Ay, ay!

D. JUAN. ¡Vive Dios, que os mate,
Si no callais!

ESCENA VI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.—DON JUAN, ARCEO.

D.ª ANA. (Dentro.) ¿Que rüido
Es aquél?

(Sale Doña Lucía á oscuras y encuentra con Don Juan.)

D.ª LUC. (Bajo á Don Juan.) ¡Eres notable!
¿Es posible que tu miedo
Tan grandes extremos hace,
¿Que des voces? Salte presto,
Para que aquí no te hallen.
Vénte tras mí.

D. JUAN. (Bajo á ella. Vamos.) (Ap. ¡Cielos!
Hasta que me desengañe
He de callar; que esta es
Propia condicion de amantes.)

(Vanse Doña Lucía y Don Juan, que al entrarse, encuentra con Arceo.)

ARCEO. ¿Otro diablo? ¡Vive Dios,
Que tienen aquestos lances
Cosas de la Dama Duende!

ESCENA VII.

DOÑA ANA, *medio desnuda, con luz.*—ARCEO; *despues*, DOÑA LUCIA.

D.ª ANA. ¡Hola! ¿No responde nadie?
Mas ¡ay de mí!
ARCEO. (Ap.) Yo me embozo,
Por ver si puedo excusarme
De que me conozcan. (Sale Doña Lucía.)
D.ª LUC. (Ap.) Ya
No hay peligro que me espante,
Pues ya en la calle está Arceo.
¿Mas no es el que está delante?
¿Quién era, si él está aquí,
El que yo puse en la calle?
ARCEO. (Ap.) ¡Aquí muero!
D.ª ANA. Caballero,
Que, recatado el semblante,
La noble clausura rompes
Destos sagrados umbrales,
Si necesidad acaso
Te ha obligado á extremos tales,
De mis joyas y vestidos
Francas te daré las llaves:
Ceba tu hidrópica sed
En sus telas y diamantes.
Pero si, más codicioso
De honor que de hacienda, haces
Estos extremos, te ruego
(Estoy muerta) que no trates
Con tal desprecio (¡ay de mí!)
El honor (estoy cobarde)

De una mujer infelice,
Sujeta á desdichas tales.
Porque si para mi afrenta
A aqueste cuarto llegaste,
Vive Dios, que ántes que intentes
Hablarme palabra, y ántes
Que ofenda al dueño que adoro,
Yo con mis manos me mate;
Porque si lágrimas solas
No enternecen un diamante,
Rompiéndome el pecho yo,
Le sabré labrar con sangre.

ARCEO. No labraréis, si yo puedo;
Que fuera mucho desaire
Ser pelícana una dama,
Y ser labradora un ángel.
Grandes casos de fortuna
A vuestra casa me traen,
No á hacer mella en vuestras joyas,
Ni á vuestra opinion ultraje.
Y porque os asegureis
De mi término galante,
Segura quedais de mí.
A Dios, señora, que os guarde. (Vase.)

D.ª LUC. ¡Qué miro!

D.ª ANA. ¿Fuése ya?

D.ª LUC. Sí.

D.ª ANA. Echa á esa puerta la llave;
Y pues ya la blanca aurora
Venciendo las sombras sale,
No me quiero desnudar.
¡Ay, Don Juan, si esto mirases!...
¿Quién de que no es culpa mia
Pudiera desengañarte? (Vanse.)

El Parque.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA é INÉS, *en el traje corto, como primero.*

INÉS ¿Al Parque vuelves?
D.ª CLAR. Rendida,
Sin ley, razon ni sentido,
Donde la vida he perdido,
Vuelvo, Inés, á hallar la vida.
INÉS. Bastante está lo sentido,
Y si yo no me he engañado,
Toda la gloria ha parado
En que has, señora, advertido
De ayer el raro suceso.
D.ª CLAR. ¿De que sirviera negar
Con la lengua mi pesar,
Si con llanto lo confieso?
Vana de que hallarse habia
Don Hipólito burlado,
Le llamé; y su desenfado
Burló de la industria mia.
Que aunque es verdad que me dió
Satisfacciones que allí
Por mi respeto creí,
Inés, por mi gusto no;
Pues no me pudo negar
Que fué donde otra mujer
Le llamaba, y mi placer
Se convirtió en mi pesar.
Yo misma (¡ay de mí!) encendí
El fuego en que triste peno,

Yo confecioné el veneno
Que yo misma me bebí,
Yo misma desperté, yo,
La fiera que me ha deshecho,
Yo crié dentro del pecho
El áspid que me mordió.
Arda, gima, pene y muera
Quien sopló, confecionó,
Alimentó, despertó,
Veneno, ardor, áspid, fiera.

INÉS. Bien en tantos pareceres
Hoy dirán cuantos te ven,
Que sólo queremos bien,
Tratadas mal, las mujeres.
¿Para qué habemos venido
Al Parque con tal cruel
Pena?

D.ª CLAR. A ver si viene á él
Don Hipólito.

INÉS. Él ha sido,
Por cierto, muy lindo ensayo.

D.ª CLAR. Si hoy doy tregua á mis temores,
Yo os coronaré de flores,
Mañanas de Abril y Mayo. (Vanse.)

ESCENA IX.

DON HIPÓLITO, DON LUIS.

D. HIPÓL. En efecto, hasta su casa
A Doña Clara seguí
Como visteis, y la dí
Del engaño que me pasa

Satisfacciones, diciendo
¿Qué ofensa era ir á ver,
Llamado de una mujer,
Lo que mandaba? Y haciendo
Extremos de enamorado,
Que supe fingir muy bien
(Porque ya no hay, Don Luis, quien
No haga el papel estudiado),
La dejé desenojada,
Atenta á mi desengaño;
Y al fin, con su mismo daño
Vino ella á ser la engañada,
Pues mis extremos creyó;
Siendo así, Don Luis, verdad
Que alma, vida y voluntad
La Doña Ana me robó;
Porque una vez persuadido
De que me llamaba á mí
Y hallarla despues allí,
Me empeñó en haber creido
Que ella fué quien me llamó.

D. LUIS. Vos teneis lindo despejo.

D. HIPÓL. ¿Fuera más cuerdo consejo
Darme por vencido?

D. LUIS. No.
Mas á haberme sucedido
A mí lo que á vos con ellas,
Jamás volviera yo á vellas
De turbado y de corrido.

D. HIPÓL. Fuera linda necedad.
Puntualidades teneis
Tan necias, que pareceis
Caballero de ciudad.
Mira, si aquesta fortuna

A corrella te acomodas,
Querer por tu gusto á todas,
Por tu pesar á ninguna.

ESCENA X.

DOÑA ANA y DOÑA LUCÍA, *vestidas como Doña Clara.*—DON HIPÓLITO, DON LUIS.

D.ª Luc Ya estás en el Parque, ya (Ap. las dos.)
Decirme, señora, puedes
Con qué intento deste modo
A su hermoso sitio vienes.
D.ª Ana. Si has de verlo, ¿para qué
Ahora que lo diga quieres?
Que es retórica excusada
Decir las cosas dos veces,
Y más cuando están tan cerca
De suceder, que presente
Está el que vengo buscando.
D.ª Luc. (Ap. á ella.) El hombre, señora, es este
De los engaños de ayer,
Si mis ojos no me mienten.
D.ª Ana. Por él lo digo; pues solo
He salido á hablarle y verle,
Donde por la obligacion
Que á ser caballero tiene,
Desengañe mi opinion;
Pues los que son más corteses
Caballeros, siempre amparan
El honor de las mujeres.
D.ª Luc. ¿Para aquesto de tu casa
Al Parque, señora, vienes,

Donde es una culpa más
Si aquí acertaran á verte?

D.ª ANA. Don Juan está retraido
Donde quiera que estuviere,
Y solo, á este sitio, donde
Hay tal concurso de gente,
No se atreverá á venir.
Y así más seguramente
Es donde le puedo hablar.

D.ª LUC. ¡Plegue á Dios que no lo yerres!

D.ª ANA. Tápate, y llega á llamarle.
Dí que una mujer pretende
Hablarle: que se retire
Del amigo con quien viene.

D.ª LUC. (A Don Hipólito.) Caballero, una tapada
A solas hablaros quiere,
Que es la que mirais. Seguidnos.

D. HIPÓL. (Ap. Doña Clara es, claramente
Lo dice el traje. Otra vez
Al engaño de ayer vuelve;
Mas hoy no lo ha de lograr.)
(Llégase, y habla á Doña Ana.)
Notable, vive Dios, eres,
Pues que tan mal te aseguras
De quien te estima y no ofende.
Si buscas satisfacciones
Mayores de las que tienes,
No es menester que me sigas,
Pues en el alma estás siempre.

D.ª ANA. Por otra me habeis tenido:
En vuestras voces se infiere,
Y quiero desengañaros
Desde luego. ¿Conoceisme? (Descúbrese.)

D. HIPÓL. Otra vez me preguntasteis

En otra ocasion más fuerte
Eso mismo, y respondí
Que sí y que no; y me parece,
Pues siempre es una la duda,
Dar una respuesta siempre.
Sí os conozco, pues que os miro;
No os conozco, porque suelen
Los bienes pasarse á males,
Y hoy al reves me sucede.

D.ª ANA. Seguidme hácia la Florida,
Porque hablaros me conviene
Donde estéis solo; y decidle
A ese amigo que se quede. (Vanse las dos.)

D. HIPÓL. Don Luis, de nueva aventura
Podeis darme parabienes.
Doña Ana es esta tapada.
Ahora no puedo hacerme
Engaño, que yo la he visto
Con mis ojos claramente.
¿Veis cómo fué la de ayer
Esta misma? ¿Veis si vuelve
A buscarme? Aquí os quedad,
Y murmurad, si os parece,
El haber dicho que tengo
Buena estrella con mujeres.

ESCENA XI.

DOÑA CLARA é INÉS, *tapadas.* — DON HIPÓLITO, DON LUIS.

INÉS. (Ap. á Doña Clara.) Don Hipólito está aquí.
D.ª CLAR. Pues no andemos más, detente.
(Quédanse paradas Doña Clara é Inés; Don Hipólito, engañado por el traje, cree que son Doña Ana y Lucía, que esperan á que las siga, y se acerca y las habla.)
D. HIPÓL. Ya os sigo. Guiad, señora
Doña Ana, donde quisiereis;
Que yendo con vos, hermosa
Deidad de estos campos verdes,
Cualquiera sitio será
La Florida; que le deben
A vuestros ojos de fuego
Y á vuestra planta de nieve
Púrpura y verde las flores,
Cristal y aljófar las fuentes.
D.ª CLAR. (Ap. Doña Aña dijo: ¡ay de mí!
Mas ¿qué nuevo engaño es este?
Mas no tarde en discurrillo
Quien averiguarlo puede.
La Florida es el lugar
Citado, y á él me conviene
Llevarle.) Venid.
D. HIPÓL. (Ap.) Fortuna,
¡Oh cuánto mi amor te debe,
Pues seguro de los celos
De Doña Clara, me ofreces

A Doña Ana! Triunfo hermoso
De tu gran deidad es este.
(Vanse todos, y queda solo Don Luis.)

ESCENA XII.

DON JUAN.—DON LUIS.

D. JUAN. Hácia esta parte bajó
Doña Ana; que entre la gente
Que venía, la perdí
De vista. Pero no puede
Esconderse. Y es verdad;
Pues cuando á mí me mintiesen
Tantas señas, me dijera
Verdad mi infelice suerte.
Con Don Hipólito va
Hablando. Ya no hay que espero.
Muera de cólera y rabia
Quien de amor y celos muere.
D. LUIS. (Ap. ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!
Don Juan de Guzman ¿no es este?)
¡Señor Don Juan de Guzman!
D. JUAN. ¿Quién llama? (Ap. ¿Quién vió más fuerte
Confusion? Este es Don Luis.)
D. LUIS. Donde quiera que yo viere
A quien agravia mi sangre
Y á quien mi opinion ofendo,
Primero que con la lengua,
Sin ceremonias corteses
Le saludo con la espada,
Voz de honor más elocuente.
Sacad la vuestra; porque

Con más opinion me vengue.

D. JUAN. Yo no he rehusado en mi vida
Con la mia responderle
A quien me habla con la suya.
Y si matarme os conviene,
Daos priesa; que si os tardais,
Os podrá quitar la suerte
Otra herida, y no es capaz
Una vida de dos muertes.

D. LUIS. No os respondo, porque ya
Hablar el acero debe. (Riñen.)

D. JUAN. (Ap.) Con Doña Ana entró en la huerta
Don Hipólito. ¡Oh aleve
Pena! ¿Quién crêrá que allí
Me agravien, y aquí se venguen?

D. LUIS. Desguarnecióse la espada.

D. JUAN. Daros pudiera la muerte;
Pero porque echeis de ver
Cómo mi valor procede,
Y como debí de darla
A vuestro primo igualmente
(Pues el que fuera una vez
Traidor, lo fuera dos veces;
Porque ser uno cobarde
No es defecto que se pierde),
Id por espada, que aquí
Os espero.

D. LUIS. (Ap. ¡Trance fuerte,
Pues quien me agravia me obliga,
Pues me halaga quien me ofende!
Mas ya sé qué debo hacer.)
Esperad, que brevemente
Volveré.

D. JUAN Ya veis el riesgo

A que estoy, si aquí me viesen.
Y por quitarme del paso,
Puesto que veis que lo es este,
Dentro estoy de la Florida.

D. LUIS. Antes de un instante breve
A ella volveré á buscaros. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

¿Qué haré en penas tan crueles,
Que un inconveniente es
Sombra de otro inconveniente?
Cuando sigo un daño, otro
En mi seguimiento viene;
Uno busco y otro hallo,
Y en todos no sé qué hacerme;
Que soy en un caso mismo
Persona que hace y padece.
Si á Don Hipólito sigo,
Falto á Don Luis neciamente;
Y si espero á Don Luis, falto
A mis celos. ¿Mas qué teme
Mi valor? ¿No es morir todo?
Máteme el que ántes pudiere,
Don Hipólito ó Don Luis;
Pues cosa justa parece,
Si me busca al que yo ofendo,
Que busque yo el que me ofende. (Vase.)

La Florida.

ESCENA XIV.

DOÑA CLARA, DON HIPÓLITO.

D. HIPÓL. En aqueste hermoso márgen,
En este florido albergue,
Que la hermosa primavera
A tanto estudio guarnece,
Podeis decirme, señora
Doña Ana, lo que á esto os mueve
(Pues ya sabeis que he de estar
A vuestro servicio siempre),
Y no esa grosera nube
Tan bellos rayos afrente.
Amanezca vuestro sol,
Pues ya el del cielo amanece.

D.ª CLAR. Yo haré lo que me mandais;
Que á conceptos tan corteses,
Que á discursos tan galantes,
Hace mal quien no obedece. (Descúbrese.)

D. HIPÓL. (Ap.) ¡Doña Clara es, vive Dios!

D.ª CLAR. ¿Qué os admira? ¿Qué os suspende?
Yo soy: proseguid, que va
El discursillo excelente.

D. HIPÓL. Ni me suspendo ni admiro,
Sino sólo de que pienses
Que no te habia conocido,
Y sabido que tú eres.
Pero quíseme vengar
De que salgas desta suerte
De casa, trocando el nombre.

D.ª CLAR. ¡Oh qué anciano chiste es ese!
D. HIPÓL. ¡Vive Dios, que cuando dije
A Don Luis que no viniese
Tras mí, le dije quién eras!
Venga él, y si no dijere
Que es verdad, castiga entónces
Mis culpas con tus desdenes.
Yo voy por él, y dirá...
D.ª CLAR. Todo cuanto tú quisieres.
No le llames.
D. HIPÓL. Pues ¿por qué?
D.ª CLAR. Porque es el «Muñoz, que miento
Mas que vos» del refrancillo.
D. HIPÓL. No, no: mejor es que éntre
A desengañarte. (Ap. No es
Sino que yo busco este
Desahogo, con que pueda
Admirarme y suspenderme
De que de una mano á otra
Así una mujer se trueque.) (Vase.)

ESCENA XV.

DON JUAN.—DOÑA CLARA, *que al verle se echa el manto.*

D. JUAN. (Ap. De toda la Florida
La esfera, de matices guarnecida,
Celoso he discurrido,
Y hallar en ella ¡ay cielos! no he podido,
Mis celos. ¿Cuándo ¡cielos!
Se hicieron de rogar tanto los celos,
Que se esconden buscados?

Mas huyen porque están ya declarados.
¿No es aquella Doña Ana?
Vano es mi enojo, y mi venganza vana,
Pues sola la he encontrado.
¿Quién crêrá que es tan necio mi cuidado,
Que me pesa de vella,
No estando Don Hipólito con ella?
Volverme quiero. Pero ¿cómo ¡cielos!
Podré? que son mis rémoras los celos.)
Fiera enemiga mia, (A ella.)
Falsa sirena y engañosa arpía,
Esfinge mentirosa,
Aspid de nieve y rosa,
¿Dónde está aquel amante
Que tan firme te adora, tan constante,
Porque me vengue en él de tí mi acero,
Y no en tí dél mi lengua?

D.ª CLAR. Caballero,
Vos venís engañado
Con tanta pena y tanto desenfado;
Pues ocasion no ha habido, (Descúbrese.)
Para que á mí, tan necio y atrevido
Me hableis, sin conocerme, con desprecio.

D. JUAN. Decís bien: atrevido anduve y necio.
Por otra dama os tuve;
Que como á luna y sol guarda una nube,
Con embozo de sol hallé una luna.
Perdonad, mi señora,
Que no hablaba con vos.

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.—DOÑA CLARA, DON JUAN.

D.ª ANA. Yo puedo ahora
Serviros de testigo,
Pues no hablaba con vos, sino conmigo.
D.ª CLAR. Pues si con vos hablaba,
Hable con vos, que aquí mi enojo acaba.
(Vase.)

ESCENA XVII.

DOÑA ANA, DON JUAN, DOÑA LUCÍA.

D.ª ANA. Mucho me alegro, Don Juan,
De que hayais llegado á tiempo
Que os desengañen y engañen
A vos vuestros ojos mesmos;
Porque si vos padeceis
A un mismo instante esos yerros,
Ya es fuerza que lo creais,
Como quien pasa por ellos;
Pues pensar que lo que vos
Crêis, no puede otro creerlo,
Es hacer más advertido
Al otro, y á vos más necio;
Y no hay ninguno que quiera
Tan mal á su entendimiento.
D. JUAN. ¡Oh, qué necio desengaño,

Doña Ana, pues cuando veo
Que es verdad que me engañaron
Mis ojos, tambien advierto
Que el desengaño me ofende,
Pues tú le traes á este puesto!
Luego engaño y desengaño
Todo ha sido engaño: luego
No te puedes excusar
Del agravio de mis celos;
Pues hoy, como del engaño,
Del desengaño me ofendo;
Pues el engaño era agravio,
Y el desengaño desprecio.

D.ª ANA. En haber venido aquí,
Ni te engaño ni te ofendo;
Pues por tí sólo he venido.

D. JUAN. ¿Pues pudiste tú saberlo?

D.ª ANA. No; mas pude adivinarlo,
Desta manera viniendo
Para hacer que te buscara
Don Hipólito.

D. JUAN. ¿A qué efecto?

D.ª ANA. A efecto de que te diese
La satisfaccion él mesmo.

D. JUAN. ¡Oh qué necia prevencion!
Porque cuando da muy necio
El que fué segundo amante
Al que fué amante primero,
De celos satisfacciones,
Es cuando le da más celos.

D.ª ANA. No hagas graduacion de amores;
Que no soy mujer que puedo
Tener primero y segundo.

D. JUAN. Calla, calla, que me acuerdo

De una noche... Pero aquí,
Más que yo, dice el silencio.

D.ª ANA. ¡Pluguiera á Dios, las disculpas
Que yo desa noche tengo,
Pudiera significarte!
Pero puedo, si no puedo,
Con decir que soy quien soy.

D. JUAN. ¡Ojalá bastara eso!

D.ª ANA. Sí bastara, si me amaras.

D. JUAN. Porque te amo, no te creo.

D.ª ANA. Pues ves aquí que en mi casa
Anoche un hombre encubierto
Estaba, que allí se entró...

D. JUAN. Dí.

D.ª ANA. De la justicia huyendo.
Y en efecto, enternecido
A mi llanto ó á su esfuerzo,
Se fué. Y si le vieras tú
Salir de mi casa, es cierto
Que pagara yo la pena
De la culpa que no tengo.

D. JUAN. No hiciera, cuando aquel hombre
Fuera un hombre como Arceo,
Que es el que anoche en tu casa
Escondido y encubierto
Le tuvo Doña Lucía.

D.ª LUC. (Ap.) ¡Por Dios, que me ven el juego!

D.ª ANA. ¿Qué dices?

D. JUAN. Lo que es verdad.

D.ª ANA. ¿Hay tan grande atrevimiento?

D. JUAN. Pero siendo un hombre noble
El que entónces quedó muerto,
Y abriendo con llave, ¿no
Entraba?... Pero no quiero

Pronunciarlo, por no ser
Víbora yo de mi aliento.
Quédate á Dios, que te guarde,
Doña Ana, para otro dueño;
Que son muchos desengaños
Para un hombre que va huyendo.
(Ap. Por esperar á Don Luis
Solo me voy y me quedo.) (Vase.)

D.ª ANA. ¡Tente, espera, escucha, aguarda!
¿Quién crérá mis sentimientos?

ESCENA XVIII.

DON HIPÓLITO, *y tras él* DOÑA CLARA, *siguiéndole.*—DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.

D. HIPÓL. (A Doña Ana.) No pude hallar á Don Luis
En todo el Parque...

D.ª CLAR. (Ap.) Yo vuelvo
Tras Don Hipólito, á ver
En qué paran sus enredos.

D.ª LUC. (Ap.) ¿Que hubiese tan mala lengua?

D. HIPÓL. (A D.ª Ana.) Pero, vive Dios, que es cierto,
Clara, que te conocí
Desde el instante primero.

D.ª ANA. No hicisteis, porque si hubierais
Conocídome, sospecho
Que no os debiera mi honor,
Don Hipólito, estos riesgos:
Advertid que hablais conmigo. (Descúbrese

D. HIPÓL. (Ap.) ¿Qué tramoya es esta, cielos?

D.ª CLAR. No hablaba sino conmigo,
Como vos dijisteis, puedo

Decir yo; que yo tambien
Quien hable conmigo tengo. (Descúbrese.)

D. HIPÓL. (Ap.) ¡Vive Dios, que me han cogido
Por hambre las dos en medio!

D.ª ANA. Pues aunque vos me imitais
A mí, imitaros no puedo
Yo á vos; que no he de dejaros
Sin averiguar primero
Un engaño con los dos.

D.ª LUC. (Ap.) ¿Que haya en el mundo parleros?

D. HIPÓL. Pues ¿qué esperais?

D.ª ANA. Un testigo
Que ha de oirlo y ha de verlo...
Y él viene ya; que esta sola
Piedad al cielo le debo.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON JUAN, ARCEO.—DICHOS.

D. PED. No habeis de ir desa suerte,
Ya que en el Parque os encuentro,
Despues que toda la noche
Os busqué.

D. JUAN. Mirad que tengo
Que hacer, y me va el honor.

D. PED. Oid á Doña Ana primero.

ARCEO. ¿Qué hay, Lucía? (Ap. á ella.)

D.ª LUC. Parlerías.
Ya todo se sabe, Arceo.

D.ª ANA. ¡Gracias á Dios que llegais,
Don Juan, una vez á tiempo
Que mi verdad conozcais!—
Decid, Doña Clara, ¿es cierto

Que ayer fuisteis á mi casa,
De Don Hipólito huyendo,
Y que él creyó que yo fuí
La tapada?

D.ª CLAR. Sí, y queriendo
Cortesanamente hacerle
Una burla, escribí luégo
Un papel en vuestro nombre.
Y en la casa de Don Pedro
Le fuí á ver, donde pasó
Lo que proseguirá él mesmo.

D.ª ANA. Con esto, Don Juan, he dado
Los desengaños que puedo.
El cielo en los otros hable,
Pues solo los sabe el cielo.

ESCENA XX.

DON LUIS.—DICHOS.

D. LUIS. ¡Señor Don Juan de Guzman!

D. PED. (Ap.) Peor se va poniendo esto.

ARCEO. (Ap.) ¡Por Dios que le ha conocido
Don Luis, el primo del muerto!

D. HIPÓL. (A Don Luis.) ¿Este es Don Juan de Guzman?
El no conocerlo siento,
Para haber en vuestra ausencia
Hecho...

D. LUIS. Esperad, deteneos;
Que este duelo ha de vencer
La hidalguía, y no el acero.

D. JUAN. Pudiérades esperar

A verme solo en el puesto.

D. Luis. Importa que haya testigos
Para lo que hacer intento.
A que fuese por espada,
Que se me quebró riñendo
Con vos, me disteis lugar:
Si tardo, disculpa tengo,
Pues por haberos escrito
Este papel me detengo.
De la causa en que soy parte,
Este es el apartamiento;
Que si deudor de una vida
Erais mio, y noble y cuerdo
Me la disteis, contra vos
Derecho ninguno tengo.
Y si entónces no lo hice,
Fué porque allí, no teniendo
Espada, no presumierais
Que os daba el perdon de miedo;
Y así os le entrego, Don Juan,
Cuando en la cinta la tengo.

D. Juan. No sólo me dais la vida,
Sino el honor; y pues viendo
Estais la dama que fué
La ocasion deste suceso,
Ella os pague con los brazos
Lo que con almas no puedo.

D.ª Ana. Pues con vuestras amistades
Todas las nuestras hacemos.

D.ª Clar. No hacemos; porque si ya
No tengo quien me dé celos,
No tengo á quien quiera bien.

D. Hipól. Pues ¿hay más de no quereros?

D.ª Ana. Arceo y Doña Lucía

Se casen luégo al momento.

ARCEO. ¿Mas que nace el Ante-Cristo
De Lucías y de Arceos?

D. JUAN. *Mañanas de Abril y Mayo*
Dan fin: perdonad sus yerros.